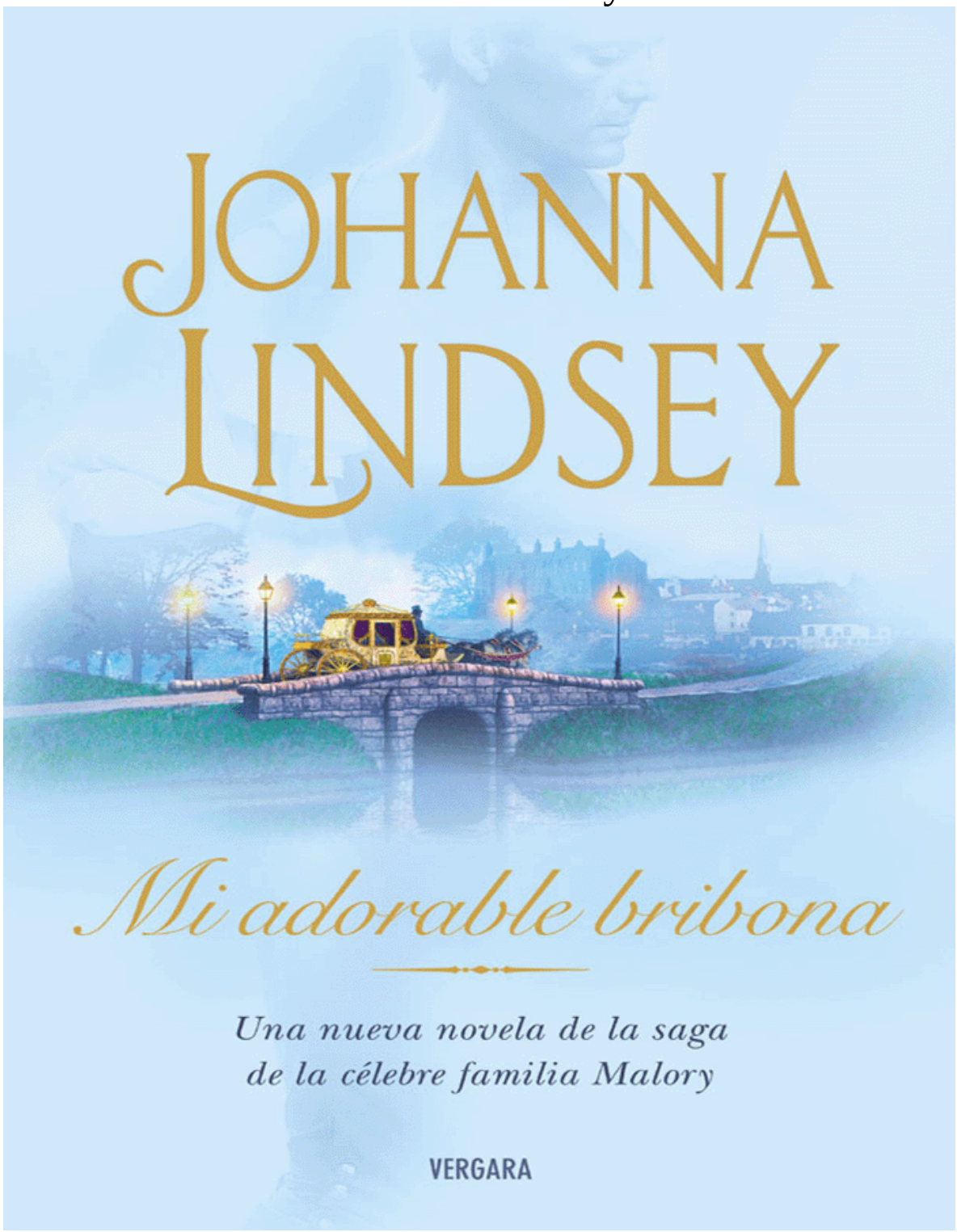
Mi Adorable Bribona
Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

La lluvia no se llevó el hedor ni mitigó el calor, sino que pareció intensificarlos. La basura se acumulaba en altas pilas en el callejón: cajas, comida podrida, platos rotos y toda clase de desechos que ya nadie quería. La mujer y la niña se habían metido en uno de los cajones más grandes que había junto al montón de basura, para esconderse. La pequeña no sabía por qué tenían que ocultarse, pero compartía el miedo de la mujer.

Ese miedo había estado siempre presente en la expresión de la mujer, en su voz, en la mano temblorosa que sujetaba a la niña y la arrastraba de un pasadizo a otro por la noche, nunca durante el día, cuando podían toparse con otras personas.

La mujer le había dicho que la llamara señorita Jane. La niña creía que debía conocer ese nombre, pero no era así. Tampoco sabía su propio nombre, aunque la mujer la llamaba su «pequeña Danny», de modo que debía de ser ése.

La señorita Jane no era su madre. Danny se lo había preguntado y le había respondido: «No, soy tu niñera.» Pero jamás se le ocurrió preguntar qué era una niñera, porque parecía algo que debería saber. La señorita Jane había estado con ella desde el principio, es decir, el principio de sus recuerdos, que en realidad se remontaban sólo a unos días atrás. Se había despertado tendida junto a la mujer en un callejón muy parecido a ése, ambas cubiertas de sangre, y desde entonces habían estado corriendo y ocultándose en otros callejones.

La mayor parte de esa sangre era de la señorita Jane. Tenía un cuchillo clavado en el pecho y otros cortes tras haber sido apuñalada varias veces. Había conseguido arrancarse el cuchillo ella misma, cuando volvió en sí, pero no se había ocupado de curarse las heridas. Su única preocupación era la niña, detener la sangre que todavía manaba de la parte posterior de la cabeza de Danny... y salir de aquel lugar en el que habían despertado.

—¿Por qué nos escondemos? —había preguntado Danny cuando comprendió lo que estaban haciendo.

—Para que no te encuentre.

—¿Quién?

—No lo sé, hija. Creía que no era más que un ladrón al que le dio por matar a todos para no dejar testigos. Pero ahora no estoy tan segura. Parecía demasiado resuelto a encontrarte. Pero yo te saqué de allí a salvo y te protegeré. No volverá a hacerte daño, te lo prometo.

—No recuerdo que nadie me hiciera daño.

—Tus recuerdos volverán, pequeña Danny, no te preocupes por eso, aunque podemos confiar en que no sea demasiado pronto. Es una verdadera suerte que de momento se hayan borrado.

A Danny no le molestaba no recordar nada anterior a la sangre. Y era demasiado pequeña como para inquietarse por lo que podría

suceder luego. Sus preocupaciones eran inmediatas, el hambre y el malestar, y la posibilidad de que la señorita Jane no se despertara de su último sueño.

Al parecer su niñera había imaginado que tal vez encontrarían algo útil entre la basura acumulada a su alrededor, pero estaba demasiado débil para buscarlo. De modo que se habían escondido dentro del cajón de embalaje en plena noche, y la señorita Jane se había pasado todo el día durmiendo.

Volvía a ser de noche y todavía dormía. Danny la sacudió, pero la señorita Jane no se movió. Estaba fría y rígida. Danny no sabía que eso significaba que estaba muerta ni que ése era el motivo por el que olía tan mal.

Finalmente Danny salió del cajón, decidida a aprovechar la lluvia que caía, para que le lavara parte de la sangre seca que tenía pegada. No le gustaba ir sucia y por lo tanto llegó a la conclusión de que no debía de estar acostumbrada al desaseo. Sin embargo, la desconcertaba saber cosas sencillas como ésa sin tener ningún recuerdo que las sustentara.

Pensó que podía hurgar entre la basura, como la señorita Jane quería hacer, pero no sabía qué debía buscar, qué podía considerarse «útil». Acabó por recoger algunas cosas que le parecieron interesantes: una sucia muñeca de trapo a la que le faltaba un brazo, un sombrero de hombre que le protegería los ojos de la lluvia, un plato desconchado en el que podrían comer, el brazo roto de la muñeca...

La señorita Jane había vendido la víspera un anillo que llevaba a cambio de algo de comida. Fue la única vez que se atrevió a salir de día, envuelta en su chal para ocultar las manchas de sangre más visibles.

Danny no sabía si su niñera tenía más anillos para vender, no se le había ocurrido mirarlo. Pero ésa fue la última vez que habían comido. Vio alimentos podridos entre la basura, pero aunque tenía hambre no quiso tocarlos. No por prudencia, sino porque no tenía conciencia de estar desesperada y porque el hedor que desprendían le resultaba muy desagradable.

Probablemente habría acabado por morirse de hambre, acurrucada dentro del cajón junto al cuerpo de la señorita Jane, esperando pacientemente a que ésta se despertara. Pero esa noche oyó cómo alguien hurgaba entre la basura y se encontró con una joven. En realidad era una niña de no más de doce años, pero como era mucho más corpulenta que ella Danny la tomó al principio por una persona mayor.

Así pues, su tono fue respetuoso, si bien algo vacilante, cuando dijo:

—Buenas noches, señora.

La muchacha se sobresaltó al oír su voz.

—¿Qué estás haciendo bajo la lluvia, pequeña? —preguntó con fuerte acento cockney.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Eh?

—Ése es mi nombre: Pequeña Danny.

La chica soltó una risita.

—Seguramente es sólo la última mitad, querida. ¿Vives cerca de aquí?

—No, no lo creo.

—¿Dónde está tu mamá entonces?

—Creo que no tengo mamá —se vio obligada a admitir Danny.

—¿Y tu familia? ¿Y los tuyos? Eres demasiado bonita para que te hayan dejado sola. ¿Con quién estás?

—Con la señorita Jane.

—Ah, ¿lo ves? —exclamó la muchacha alegremente—. ¿Y adónde se ha ido?

Danny señaló el cajón que tenía detrás, lo cual hizo que la chica frunciera el ceño con poca convicción. Aun así echó una ojeada, luego miró más detenidamente y se introdujo en el cajón. Danny prefirió no volver a entrar. Olía mucho mejor fuera, entre la basura.

Cuando la joven salió, respiró hondo y se estremeció. Luego se inclinó para ponerse a la altura de Danny y esbozó una sonrisa.

—Pobrecilla. ¿Era ella lo único que tenías?

—Estaba conmigo cuando me desperté. Las dos estábamos heridas. Dijo que la herida de mi cabeza me había borrado los recuerdos, pero que los recuperaría algún día. Desde entonces hemos estado escondiéndonos, para que el hombre que nos hizo daño no nos encontrara.

—Vaya, eso sí que es una vergüenza. Supongo que podría llevarte a casa conmigo, aunque en realidad no es una casa, sólo una pandilla de chiquillos como tú, sin «naide» que cuide de ellos. Pero nos apañamos como podemos. Todos nos ganamos el sustento, hasta los más pequeños como tú. Los chicos y chicas afanan carteras, hasta que son lo bastante mayores para ganarse unas monedas metiéndose a golfa, que es lo que yo haré pronto si ese canalla de Dagger se sale con la suya.

Dijo esto último con indignación, lo que hizo que Danny preguntara:

—¿Es un trabajo malo?

—El peor, querida, tanto como para coger la sífilis y morir joven, pero a Dagger le importa un bledo mientras cobre buen dinero.

—Entonces no quiero ese trabajo. Me quedaré aquí, gracias.

—No puedes... —empezó a decir la chica, pero luego se arrepintió—. Escucha, se me ocurre una idea. Ojalá lo hubiera hecho yo misma, pero entonces no sabía lo que sé ahora. Ya es «demasiao» tarde «pa» mí, pero no «pa» ti..., no si te toman por un chico.

—Pero soy una chica.

—Claro que sí, pequeña, pero podemos buscarte unos pantalones, cortarte el pelo y... —la muchacha soltó una risita—, no necesitarás siquiera decirles qué eres. Te verán con pantalones y se creerán enseguida que eres un chico. Será como jugar a disfrazarse. Será divertido, ya lo verás. Y te permitirá decidir por ti misma qué trabajo quieres hacer cuando seas mayor, en vez de que te digan que sólo hay un trabajo «pa» ti porque eres una chica. ¿Qué te parece? ¿Quieres intentarlo?

—No creo haber jugado nunca a disfrazarme, pero estoy dispuesta a aprender, señora.

La joven puso los ojos en blanco.

—Hablas «demasiao» elegante, Danny. ¿No sabes hablar de otra forma?

Danny se disponía a responder «no lo creo» otra vez, pero en su lugar sacudió la cabeza, avergonzada.

—Entonces mejor no digas «na», ¿eh?, hasta que sepas hablar como yo. No queremos que tu forma de hablar llame la atención. Yo te enseñaré, ya verás.

—¿Podrá venir con nosotras la señorita Jane, cuando se encuentre mejor?

La muchacha suspiró.

—Está muerta. Demasiadas heridas que no se han cerrado me ha parecido. La cubriré con ese chal grande. No llores. Ahora me tienes a mi «pa» cuidarte.

1

Jeremy Malory ya había estado antes en algunas tabernas de mala reputación, pero aquélla era probablemente la peor. No era de extrañar, puesto que se encontraba en el límite del que era posiblemente el peor suburbio de Londres, un vecindario ocupado por ladrones y asesinos, prostitutas y pandillas de golfillos huérfanos que sin duda estaban siendo adiestrados para convertirse en la siguiente generación de delincuentes de Londres.

De hecho, no se atrevía a adentrarse en el corazón de aquel sector. De hacerlo, probablemente su familia no volvería a saber más de él. Pero aquella taberna, en la frontera misma de esa guarida de malhechores, estaba allí para que los tipos confiados entraran, se tomaran unas copas y les robaran la cartera o, si eran lo bastante estúpidos, alquilaran una habitación para pasar la noche donde se lo quitarían todo, ropa incluida.

Jeremy había alquilado una habitación. No sólo eso: había derrochado su dinero pródigamente, invitando a una ronda a los pocos clientes de la taberna y dando la impresión de ser bastante despistado.

Había creado deliberadamente todas las circunstancias para que le hicieran víctima de un robo. Pero para eso él y su amigo Percy habían ido allí: para capturar un ladrón.

Asombrosamente, por una vez Percy Alden mantenía la boca cerrada. Era parlanchín por naturaleza, y además bastante atolondrado. El hecho de que Percy estuviera tan callado durante aquel insólito paseo daba fe de su nerviosismo. Era comprensible. Si bien Jeremy podía sentirse como pez en el agua en aquel ambiente, al haber nacido y haberse criado en una taberna hasta que su padre dio con él cuando tenía dieciséis años, Percy pertenecía a la sociedad elegante.

Jeremy había heredado más o menos a Percy cuando los dos mejores amigos de éste, Nicholas Eden y el propio primo de Jeremy, Derek Malory, optaron por una vida hogareña y se dejaron domesticar. Derek había tomado a Jeremy bajo su protección cuando éste y su padre, James, regresaron a Londres una vez que James puso fin al largo distanciamiento de su familia, de modo que era bastante normal que ahora Percy considerara a Jeremy su mejor acompañante para las distracciones del tipo menos hogareño.

A Jeremy no le importaba. Después de ocho años de estrecha amistad con Percy, le tenía mucho cariño. Si no le apreciara, seguramente no se habría ofrecido a sacar a Percy del último aprieto en que se había metido, al dejarse desplumar por uno de los amigos jugadores de lord Crandle durante una reunión celebrada el anterior fin de semana. Había perdido tres mil libras, su coche y no una sino dos reliquias de familia. Le habían emborrachado hasta el punto de que ni siquiera se acordaba de ello, pero uno de los invitados se compadeció

de él al día siguiente y le contó todo lo ocurrido.

Percy se había sentido muy desgraciado, y con razón. Perder el dinero y el coche era un justo castigo por haber sido tan crédulo, pero las dos sortijas eran algo muy distinto. Una de ellas tenía tantos años que era el sello de la familia, y la otra, bastante valiosa por sus gemas, llevaba cinco generaciones perteneciendo a su linaje. A Percy no se le habría ocurrido nunca ofrecerlas como prenda para una apuesta de juego. Seguramente lo habrían coaccionado, incitado o embaucado de alguna manera para que las pusiera sobre la mesa.

Ahora todo eso pertenecía a lord John Heddings, y Percy se puso fuera de sí cuando Heddings se negó a venderle las sortijas. El lord no necesitaba dinero. Tampoco necesitaba el coche. Debió de considerar las sortijas como trofeos, un testimonio de su habilidad en el juego. O más probablemente un testimonio de su habilidad para hacer trampas, pero Jeremy era incapaz de demostrarlo porque no había estado allí para verlo.

Si Heddings fuese un tipo decente, habría mandado a Percy a la cama en lugar de seguir sirviéndole más copas y aceptar que apostara las sortijas. Si fuese un tipo decente, habría dejado que Percy las rescatara a cambio de su valor. Percy se había mostrado dispuesto incluso a pagar más de lo que valían. A fin de cuentas no era pobre, puesto que ya había entrado en posesión de su herencia al morir su padre.

Pero a Heddings no le apetecía hacer lo que era decente. En lugar de eso se había mostrado irritado por la insistencia de Percy y francamente desagradable al final, amenazándole con daños físicos si no dejaba de molestarle. Esto es lo que había fastidiado a Jeremy lo suficiente como para proponer aquella solución. Al fin y al cabo, Percy estaba convencido de que su madre iba a repudiarle por haberse jugado las joyas. Había estado evitándola desde entonces, a fin de que no reparara en que las sortijas habían desaparecido de sus dedos.

Desde que se habían retirado a la habitación del piso alto de la taberna, habían intentado robarles tres veces. Intentos chapuceros todos ellos, y después del último, Percy empezaba a perder la esperanza de encontrar un ladrón que pudiera llevar a cabo la misión que querían encomendarle. Jeremy tenía más fe. Tres intentos en dos horas significaba que habría muchos más antes de que terminara la noche.

La puerta volvió a abrirse. No había luz en la habitación. Tampoco en el pasillo. Si el nuevo ladrón era experto, no necesitaría luz: esperaría a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Se oyeron unas pisadas, un poco demasiado ruidosas. Se encendió una cerilla.

Jeremy suspiró y, con un movimiento rápido, se levantó de la butaca en la que montaba guardia junto a la puerta. Lo hizo con más sigilo que el empleado por el ladrón para entrar en la habitación y le cortó el paso. Jeremy era un hombretón, por lo menos comparado con el bajito ratero, pero aun así era lo bastante grande como para propinar una tremenda paliza al pilluelo, quien salió corriendo de inmediato por donde había venido.

Jeremy cerró de un portazo. Todavía no estaba desalentado. La noche era joven. Los ladrones aún harían otras intentonas. Y, si era necesario, retendría a uno de ellos hasta que aceptaran traerle al mejor.

Percy, en cambio, perdía rápidamente la esperanza. Ahora estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared; la mera idea de meterse entre aquellas sábanas le horrorizaba. Pero Jeremy había insistido en que se acostara, para por lo menos dar la impresión de que estaba dormido, de modo que accedió de mala gana a echarse sobre el cubrecama.

—Tiene que haber un modo más fácil de contratar un ladrón —se quejó Percy—. ¿No cuentan con una agencia para estos menesteres?

Jeremy contuvo las ganas de reír.

—Paciencia, viejo amigo. Ya te advertí que esto probablemente nos llevaría toda la noche.

—Deberíamos habérselo encargado a tu padre —murmuró Percy.

—¿Qué has dicho?

—Nada, muchacho, nada en absoluto.

Jeremy sacudió la cabeza, pero no abrió la boca. La verdad era que no se podía reprochar a Percy que dudara de que Jeremy fuera capaz de manejar aquel embrollo por su cuenta. Al fin y al cabo, Jeremy era nueve años más joven que él, y Percy, atolondrado como era e incapaz de guardar un secreto, nunca había sido informado del verdadero origen de su amigo.

Residir y trabajar en una taberna durante los primeros dieciséis años de su vida habían conferido a Jeremy algunos talentos insospechados: una tolerancia a los licores fuertes que había llegado hasta el extremo de que bebiendo podía tumbar a sus amigos mientras él seguía estando prácticamente sobrio; una forma de luchar que podía recurrir al juego sucio en caso necesario, y una extraordinaria capacidad para distinguir un verdadero peligro de una simple contrariedad.

Pero su educación poco ortodoxa no terminó cuando su padre descubrió su existencia y le recogió. No, en aquella época James Malory seguía distanciado de su numerosa familia y llevaba la vida despreocupada de un pirata en el Caribe, o un «caballero» pirata, como prefería que le llamaran. Y la variopinta pandilla de James se hizo cargo de Jeremy y le enseñó todavía más cosas que un muchacho de su edad no habría aprendido nunca.

Pero Percy no sabía nada de eso. Lo único que Jeremy le había permitido ver era lo que saltaba a la vista, su encanto de pillastre, ya no tan pillastre a los veinticinco años, pero todavía encantador, y tan guapo que no podía entrar en una estancia sin que todas las mujeres que la ocupaban se enamorasen un poco de él. Aparte de las mujeres de su familia, desde luego, que sencillamente le adoraban.

Jeremy se parecía físicamente a su tío Anthony; de hecho, todo aquel que le veía por vez primera le tomaba por hijo de Tony y no de

James. Como su tío, era alto y ancho de espaldas, estrecho de cintura y de caderas, y tenía las piernas largas. Ambos poseían una boca grande y una mandíbula fuerte y arrogante, además de una nariz aguileña y elegante, un cutis atezado y un pelo negro y abundante.

Pero los ojos eran el rasgo más revelador, una característica de sólo unos pocos Malory: de color azul purísimo, con párpados gruesos, y de una forma ligeramente almendrada que les daba un aire exótico, enmarcados por pestañas negras y cejas bien marcadas. Solía rumorearse que esos ojos de gitano los había heredado de su bisabuela, Anastasia Stephanoff, de quien la familia había averiguado justo el año anterior que en realidad era medio cíngara. Tanto cautivó Anastasia a Christopher Malory, el primer marqués de Haverston, que se casó con ella al segundo día de conocerse. Pero ésa era una historia que la familia mantenía celosamente en secreto.

Era bastante comprensible que Percy hubiera querido que, en lugar de Jeremy, le ayudara el padre de éste. ¿Acaso su mejor amigo, Derek, no había acudido directamente a James cuando había tenido problemas delicados? Puede que Percy no conociera el pasado filibustero de James, ¿pero quién no sabía que James Malory había sido uno de los calaveras más célebres de Londres antes de hacerse a la mar, y que casi nadie se atrevía a desafiar a James, antes o ahora, tanto en el cuadrilátero como en el campo del honor?

Percy había vuelto a tenderse en la cama para fingir que dormía. Al cabo de unos cuantos murmullos, giros y cambios de postura, se quedó quieto esperando la siguiente intrusión.

Jeremy dudaba en decirle a su amigo que, de haberle encargado aquel asunto a su padre, no habría conseguido nada, pues James se había apresurado a ir a Haverston a visitar a su hermano Jason al día siguiente de que Jeremy recibiera como regalo su nueva residencia urbana. Estaba seguro de que su padre se había ido al campo para pasar allí una semana o dos por miedo a que Jeremy le obligara a acompañarle a comprar muebles.

A Jeremy por poco no le pasa desapercibida la sombra que avanzaba furtivamente por la habitación en dirección a la cama. Esta vez no había oído abrirse la puerta, ni tampoco cerrarse, no había oído nada. Si los ocupantes de la habitación hubiesen estado dormidos, como era de esperar, la aparición de aquel intruso no los habría despertado.

Jeremy sonrió para sí justo antes de encender una cerilla y acercarla a la vela situada sobre la mesa que había colocado junto a su butaca. La mirada del ladrón se fijó en él al instante. Pero Jeremy no se movió, sino que continuó sentado muy tranquilo. El ratero ignoraba que Jeremy era capaz de moverse a la velocidad del rayo para impedirle la huida en caso necesario. Pero tampoco él se movió, pues estaba visiblemente paralizado por la sorpresa de haber sido descubierto.

—Oh, vaya. —Percy levantó la cabeza—. ¿Hemos tenido suerte por fin?

—Eso creo —replicó Jeremy—. No le he oído en absoluto. Es

nuestro hombre, o quizá nuestro muchacho.

El ladrón empezaba a sobreponerse a su sorpresa y probablemente no le gustó lo que estaba oyendo, a juzgar por la mirada de recelo que dirigió a Jeremy. Éste no hizo caso. Primero se cercioró de que el caco no llevara ninguna arma. Desde luego, Jeremy llevaba las suyas escondidas, una pistola en cada bolsillo del abrigo, de modo que el hecho de que no viera ninguna no implicaba que el muchacho no estuviera armado.

Este ladrón era mucho más alto que los sinvergüenzas anteriores que habían intentado robarles, y además flaco, probablemente no contaba más de quince o dieciséis años, a juzgar por la tersura de sus mejillas. Su pelo rizado y corto era de un rubio tan claro que parecía casi blanco. Llevaba un sombrero negro deformado que debió de estar de moda varios siglos atrás. Vestía una chaqueta de terciopelo verde oscuro, sin duda robada y de aspecto bastante mugriento, como si hubiera dormido mucho con ella puesta. Debajo asomaba una camisa blanca descolorida con algunos frunces en el cuello, pantalones negros demasiado largos, y no llevaba zapatos. Un chico listo: no era extraño que no hubiera hecho todavía ni el menor ruido.

Un atuendo muy llamativo para tratarse de un ladrón, pero probablemente porque era un joven muy guapo. Y desde luego ya se había repuesto de su sorpresa. Jeremy adivinó al segundo cuándo se movería y llegó antes que él a la puerta, en la que se apoyó con los brazos cruzados sobre el pecho.

Esbozó una sonrisa.

—No debes irte todavía, muchacho. No has oído nuestra propuesta.

El ratero volvía a estar boquiabierto, podría ser por la sonrisa de Jeremy, aunque se debía más probablemente a su rapidez para llegar primero a la puerta. Pero Percy se dio cuenta de su expresión y se quejó.

—Maldita sea, te está mirando como lo hacen las chicas. Lo que necesitamos es un hombre, no un niño.

—La edad es irrelevante, viejo amigo —respondió Jeremy—. Lo que necesitamos es habilidad, por lo que la envoltura con que se presenta no importa demasiado.

El muchacho, sonrojándose, pareció ofenderse y mirando ceñudo a Percy, habló por primera vez:

—No he visto nunca un ricachón tan lindo, eso es «to» —dijo con acento cockney.

La palabra «lindo» hizo reír a Percy. Pero a Jeremy no le pareció divertido. El último hombre que le había llamado lindo había perdido unos cuantos dientes por ello.

—Mira quién habla, con esa cara de niña —dijo Jeremy.

—La tiene, ¿verdad? —admitió Percy—. Deberías dejarte crecer la barba en esas mejillas, por lo menos hasta que tu voz baje una o dos octavas.

El chico volvió a sonrojarse y murmuró de forma audible:

—No me crecerá... todavía. Sólo tengo quince años, creo. Sólo que soy alto «pa» mi edad.

Jeremy se sentía inclinado a compadecerse del muchacho por ese «creo», que implicaba que no sabía en qué año había nacido, como solía suceder a los huérfanos. Pero había reparado en dos cosas al mismo tiempo. Al principio la voz del chico era aguda, y luego se hizo más grave antes de que terminara de hablar, como si estuviera pasando por esa etapa difícil en la vida de un muchacho en la que su voz empieza a adoptar el tono más grave de la virilidad. Y, sin embargo, a Jeremy no le pareció que ese cambio fuese natural; había sonado demasiado artificial.

Pero lo segundo que advirtió tras una observación más detenida fue que el muchacho no sólo era guapo, sino francamente bello. Lo mismo habría podido decirse de Jeremy cuando tenía esa edad, salvo que la apostura de éste era decididamente masculina, mientras que la belleza de aquel chico era indudablemente femenina. Las mejillas tersas, los labios carnosos, la naricita respingona..., pero había mucho más. La barbilla era demasiado frágil, el cuello demasiado delgado, incluso la postura resultaba harto elocuente, por lo menos para un hombre que conocía tan bien a las mujeres como Jeremy.

Con todo, Jeremy no habría sacado la conclusión a la que llegó, por lo menos no tan pronto, si su propia madrastra no hubiera utilizado la misma estratagema cuando conoció a su padre. Estaba loca por regresar a América, y al parecer no había tenido más remedio que enrolarse como grumete de James. Desde luego, éste supo desde cl principio que no era un chico y, según contaba, se había divertido de lo lindo fingiendo creer que era un muchacho.

Jeremy podía equivocarse en este caso. Existía esa remota posibilidad. Y, sin embargo, rara vez se equivocaba en lo que concernía a las mujeres.

Pero no había ninguna necesidad de desenmascararla. Fuera cual fuese el motivo que tenía para ocultar su sexo, era asunto suyo. Jeremy podía sentir curiosidad, pero había aprendido hacía mucho tiempo que la paciencia daba los mejores frutos. Y además, sólo necesitaban una cosa de ella: sus habilidades.

—¿Cómo te llaman, jovenzuelo? —preguntó Jeremy.

—Eso no te importa.

—No creo que sepa todavía que le vamos a hacer un gran favor —terció Percy.

—Me habéis tendido una trampa...

—No, no, plantéatelo como una oportunidad de trabajo —corrigió Percy.

—Una trampa —insistió el ladrón—. Y no necesito «pa na» lo que podáis proponerme.

Jeremy arqueó una de sus negras cejas.

—¿No sientes ni siquiera una pizca de curiosidad?

—No —dijo el ladronzuelo con obstinación.

—Qué lastima. Lo bueno que tienen las trampas es... que no puedes escaparte a menos que te dejen salir. ¿Tenemos pinta de dejarte salir de ésta?

—Tenéis pinta de haber perdido la chaveta. No creeréis que estoy solo, ¿«verdá»? Vendrán a buscarme si no vuelvo cuando me esperan.

—¿Quién?

La pregunta de Jeremy no obtuvo más respuesta que otra mirada colérica. Jeremy se encogió de hombros, impertérrito. No dudaba que la muchacha formaba parte de una banda de ladrones, la misma que había estado mandando sistemáticamente a sus miembros, uno tras otro, para robar al confiado burgués que se había metido en su territorio. Pero dudaba que vinieran a buscarla. Estarían más interesados en hacerse con la gruesa cartera, antes de plantearse rescatarla. Si acaso, supondrían que este intento había fracasado, que la habían capturado, dejado fuera de combate o eliminado, y no tardarían en mandar al siguiente ladrón.

Lo cual significaba que debían dar por concluido el asunto y marcharse, ahora que tenían su presa, de modo que Jeremy dijo en tono simpático:

—Siéntate, jovenzuelo, y te explicaré para qué te has ofrecido voluntario.

—Yo no me he ofrecido vo...

—Lo has hecho. Tan pronto como has entrado por esa puerta te has ofrecido voluntario.

—Me he «equivocao» de habitación —trató de aseverar el ratero—. ¿Vosotros no habéis «entrao» nunca en una habitación por equivocación?

—Desde luego, pero normalmente con los zapatos puestos —dijo Jeremy irónicamente.

Ella volvió a sonrojarse y soltó una palabrota.

Jeremy bostezó. Por mucho que le gustara jugar al gato y al ratón, no quería que aquello durase toda la noche. Y todavía tenían un buen trecho que recorrer hasta la casa de campo de Heddings.

Infundió un tono severo a su voz cuando ordenó:

—Siéntate, o te sentaré yo en esa butaca...

Jeremy ni siquiera tuvo que acabar la frase. La muchacha corrió hacia el asiento y prácticamente se abalanzó sobre él. Era evidente que no quería que la tocara. Jeremy contuvo otra sonrisa cuando se apartó de la puerta para situarse frente a la joven.

Percy, sorprendentemente, aportó un poco de lógica a la situación:

—Digo yo que podríamos explicárselo por el camino, ¿no? Tenemos a nuestro hombre. ¿Hay algún otro motivo para permanecer en este horrible alojamiento un minuto más?

—Tienes razón. Tráeme algo con que atarle.

—¿Qué?

—Algo para atarle. ¿O no te has dado cuenta de que nuestro ladrón no está nada dispuesto a colaborar… todavía?

En aquel momento su ladrón echó a correr desesperadamente hacia la puerta.

2

Jeremy sabía que iba a ocurrir, que intentaría de nuevo huir de ellos antes de que fuese demasiado tarde. Lo había visto en sus ojos un instante antes de que pasara por su lado como una exhalación. Pero él llegó a la puerta antes de que la muchacha pudiera abrirla y, en lugar de apoyarse contra el batiente para impedirle salir, decidió averiguar resueltamente si tenía razón sobre su sexo y desde detrás la rodeó con sus brazos. Estaba en lo cierto. Notó unos pechos femeninos debajo de sus antebrazos, unos pechos comprimidos para ocultar su forma, pero inconfundibles al tacto.

La joven no se quedó inmóvil. Se volvió, y desde luego eso fue todavía mejor, porque él seguía teniéndola abrazada. Lo último que esperaba encontrarse aquella noche era una chica bonita debatiéndose entre sus brazos. Ahora que estaba seguro de que era una chica, se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Creo que debería registrarte para ver si llevas armas —dijo Jeremy con voz ronca—. Sí, claro que debería.

—No llevo… —empezó a afirmar ella, pero lanzó una exclamación ahogada cuando las manos de él se deslizaron por su trasero y se quedaron allí.

En lugar de registrarle los bolsillos como había insinuado, Jeremy le dio un suave apretón en cada nalga. Las tenía suaves y tersas, y de repente sintió el impulso de hacer algo más que tocarla; deseaba atraer firmemente sus caderas hacia sí, bajarle aquellos pantalones ridículos que llevaba puestos, pasarle los dedos por la piel desnuda y entrar en su calor húmedo. No podía estar en mejor posición para hacerlo, rodeando con las manos aquel delicioso trasero. Pero ya se estaba poniendo a la altura de las circunstancias, por así decirlo, y no quería que ella notara el efecto que le causaba.

—¿Servirá esto? —preguntó Percy, recordando a Jeremy que no estaba solo con la chica.

Suspirando, Jeremy volvió al asunto que les ocupaba, arrastró a la ladrona hacia la butaca y la hizo sentarse de un empujón. Se inclinó sobre ella, apoyando las manos en los brazos del asiento, y susurró:

—Quédate aquí a menos que quieras sentir mis manos sobre todo tu cuerpo.

Estuvo a punto de echarse a reír al verla inmovilizarse. Pero la mirada irritada que la muchacha le lanzó prometía un justo castigo. Jeremy no la creía capaz de hacer nada parecido, pero probablemente ella sí lo creía.

Cuando miró hacia atrás vio que Percy había rasgado la sábana, encontrándole por lo menos una buena utilidad, y sujetaba en la mano unas cuantas tiras de tela.

—Servirán perfectamente, tráelas —dijo Jeremy.

Hubiera debido dejar que Percy realizara la tarea, pero no lo hizo. Y aunque procuró no tocar a la chica más de lo necesario, era un hombre que adoraba a las mujeres y no pudo contenerse. Le sujetó ambas manos con una de las suyas mientras ataba una tira de tela alrededor de sus muñecas. Ella tenía las manos calientes y húmedas por el miedo. No podía saber que ellos no querían hacerle ningún daño, por lo que su miedo era lógico. Jeremy podría haberla tranquilizado, pero Percy tenía razón: debían abandonar el lugar antes de que apareciera el siguiente ladrón, de modo que las explicaciones podían esperar.

Luego le puso la mordaza, y no le importó para nada inclinarse sobre ella para atársela en la nuca. Probablemente debería haberle atado las manos a la espalda, pero no tuvo valor para incomodarla más de lo necesario. No se esperaba el puñetazo que recibió en el vientre, aunque no le molestó demasiado porque la situación en la que ahora se encontraba la chica le impedía golpear con fuerza.

Sin embargo, no se fió en absoluto de las piernas de la ladrona. Agacharse para atarle los tobillos le habría situado en una postura idónea para recibir un puntapié que lo habría tumbado, por lo que en vez de eso se sentó en el brazo de la butaca y le levantó ambas piernas apoyándolas en su regazo. Ella soltó un chillido bajo la mordaza, pero luego volvió a guardar silencio y se quedó quieta. Llevaba pantalones y calcetines largos, de modo que no había piel al descubierto que tocar. Pero el mero hecho de sentir esas piernas sobre sus rodillas afectó intensamente a Jeremy, mucho más de lo que debería. Cuando hubo terminado la miró, y había tanta pasión en sus ojos que la muchacha no habría albergado ninguna duda de que él la había descubierto pese a su disfraz... si se hubiera tomado la molestia de mirarle. Pero no lo hizo. Intentaba liberar las muñecas de las ataduras y casi lo había conseguido.

Jeremy colocó una mano sobre las suyas y dijo:

—No lo hagas, o en vez de ser mi amigo quien te saque de aquí lo haré yo.

—¿Qué? ¿Por qué yo? —se quejó Percy—. Tú eres el más fuerte con mucho. No me importa reconocerlo, desde luego que no, sobre todo cuando es tan evidente.

Por más que a Jeremy le encantaría llevar a la chica, tenía que ser prudente de momento.

—Porque uno de los dos tiene que asegurarse de que nadie ponga objeciones cuando nos vean marcharnos con este muchacho. Y si bien tú podrías hacerlo, viejo amigo, dudo que te divirtieras tanto como yo.

—¿Objeciones? —dijo Percy, incómodo.

—No vamos a pasear los tres precisamente cogidos del brazo.

Comprendiendo ahora la situación, Percy dijo abruptamente:

—Tienes razón. No sé en qué estaba pensando. A ti se te da mucho mejor romper crismas.

Jeremy se contuvo para no echarse a reír, pues probablemente Percy no había roto la crisma a nadie en su vida.

No se toparon con demasiada resistencia. Sólo el tabernero se encontraba todavía abajo, un tipo grande y feo que probablemente haría retroceder a cualquiera con tan sólo mirarle.

—Eh, vosotros, ¿adónde vais con ese equipaje? —gruñó.

—Este «equipaje» ha intentado robarnos —replicó Jeremy, tratando por el momento de resolver el asunto de forma pacífica.

—¿Ah sí? Entonces matarle o dejarle, pero no le llevaréis a la patrulla. No quiero que ningún poli meta las narices aquí.

Jeremy lo intentó por última vez.

—No tenemos intención alguna de visitar a las autoridades por esta cuestión, amigo. Y este «equipaje» será devuelto por la mañana, y no en peores condiciones.

El hombretón comenzó a rodear la barra pesadamente con la intención de cerrarles el paso.

—Aquí tenemos unas reglas, patrón. Lo que hay aquí se queda aquí, si entiendes lo que quiero decir.

—Oh, lo entiendo perfectamente. Y también tenemos reglas allí donde vengo. A veces no necesitan explicación alguna, si entiendes lo que quiero decir.

Jeremy no se veía capaz de romper una crisma tan grande como aquélla, por lo que se limitó a sacar una de sus pistolas y a encañonar con ella la cara del tipo. Fue una acción muy eficaz. El hombre levantó los brazos y empezó a recular.

—Chico listo —prosiguió Jeremy—. Ahora podrás quedarte con tu ladrón...

—No es mío —creyó oportuno mencionar el fornido tabernero.

—Da lo mismo —replicó Jeremy, encaminándose hacia la puerta —. Te lo devolveremos tan pronto como hayamos concluido nuestro negocio con él.

Nadie trató de impedirles que abandonaran el lugar. Y la única persona con la que se toparon a aquella avanzada hora de la madrugada fue una vieja borracha que en cuanto les vio todavía tuvo suficiente sentido común para cruzar al otro lado de la calle a fin de evitarles.

Pero después de recorrer cuatro manzanas cargando con la ladrona atada sobre los hombros, Percy estaba sin aliento. No habían querido que el cochero les esperara cerca de la taberna por motivos obvios, básicamente porque ya no habría estado allí cuando hubieran resuelto marcharse. Dejaron el carruaje a cuatro manzanas de distancia, en una zona más segura y mejor iluminada, les había parecido un lugar razonable, pero quedaba un poco lejos para trasladar a su ratero. Así pues, no es de extrañar que al llegar allí Percy dejara caer su carga en el suelo del coche sin excesiva delicadeza, debido al cansancio.

Subiendo detrás de Percy, Jeremy se dio cuenta de que tendría que volver a tocar a la muchacha para colocarla en el asiento. Había tratado de evitar la tentación dejando que la acarreara Percy. El propio Jeremy hubiera podido cargar con ella y barrer cualquier obstáculo que se interpusiera en el camino. Pero había cedido la tarea a Percy porque ya había comprobado el efecto que le producía tocar a la muchacha. Mirar era una cosa. No afectaba a un hombre que se dejara llevar por las mujeres. Tocar, en cambio, era algo mucho más íntimo, y Jeremy reaccionaba a la intimidad de un modo puramente lascivo.

Y la verdad era que no quería tocar a aquella chica. Era bonita, sí, pero era una ladrona, probablemente criada en el hampa o en lugares peores. Sus hábitos personales debían de estar tan por debajo de los de él que ni siquiera merecía la pena considerarlos.

Pero no le quedaba otro remedio. El pobre Percy estaba sin duda tan cansado como parecía. Sin embargo, antes de que Jeremy pusiera las manos sobre la muchacha, se dio cuenta de que había estado tanto rato contemplado su dilema que el carruaje ya estaba en camino, las afueras de la ciudad ya estaban a la vista y ahora sería sencillo impedir que su presa se escapara. Así pues, se limitaría a desatarla y ella podría acomodarse en el asiento.

Procedió a desatarla, primero los pies, que eran condenadamente bonitos. Luego las manos. No tocó la mordaza. Ahora podía quitársela ella misma, cosa que la chica hizo con celeridad. También le propinó un rápido puñetazo tan pronto como se levantó del suelo.

Era lo único que Jeremy no había previsto, aunque debería haberlo hecho, puesto que ella ya había intentado golpearle antes. Podía esperarse que vociferara y despotricara, que jurara como un carretero, pero que hiciera aquello de lo que un hombre era capaz...

El golpe falló, por supuesto. Jeremy no era lento de reflejos. Y aunque su mandíbula, que era el objetivo inicial, eludió el golpe, el puño de la muchacha le rozó la mejilla e impactó en su oreja, que ahora le escocía.

Pero antes de que Jeremy le diera su merecido, Percy dijo en un tono cortante:

—Si vas a darle una paliza, compañero, hazlo en silencio, por favor. Quiero echar una cabezadita mientras llegamos a nuestro destino.

La ladrona aprovechó el momento para volverse hacia la portezuela. Jeremy extendió un brazo, la cogió por la parte posterior del cuello y la sentó sobre su regazo.

—Inténtalo otra vez y podrás pasarte las próximas horas aquí — le advirtió, sujetándola con los brazos con tanta fuerza que ella podía moverse.

Cierto que la muchacha no sería capaz de soltarse, pero esto no significaba que dejase de intentarlo. Sin embargo, debatirse en su regazo era probablemente lo peor que podía hacer. Aquella postura resultaba demasiado sensual, provocándole a Jeremy pensamientos lascivos sobre lo que le gustaría hacerle..., no, sobre lo que haría si

tuvieran solos. Quitarle la ropa despacio, averiguar cómo ocultaba sus pechos, mordisquearle los hombros mientras se introducía en ella. «Maldita sea.» Si seguía brincando sobre él de aquel modo, tendría que echar a Percy del coche durante un rato.

La chica debió de comprender que sus esfuerzos eran inútiles casi al mismo tiempo que Jeremy se daba cuenta de que ya no podía soportar las sacudidas de aquel trasero sobre sus muslos sin que se hiciera evidente lo que estaba provocando. Ella lanzó una quejido, pero como a él le pareció más de pasión que de frustración la dejó caer como si se hubiera quemado. Por todos los santos, no debería afectarle de un modo tan intenso. Tenía que controlar la situación.

La muchacha había vuelto a caer al suelo, pero se encaramó de inmediato en el asiento situado frente a Jeremy, donde procedió a alisarse las solapas de la chaqueta y a sacudirse el polvo de los mugrientos pantalones evitando mirarle todo lo posible, mientras vigilaba el contraataque que Percy había pronosticado.

Jeremy esperó cinco minutos, aproximadamente el tiempo que le llevó dominar su deseo y cerciorarse de que su voz no lo reflejara. Finalmente estiró las piernas, las entrecruzó, se recostó en el asiento, se cruzó de brazos y dijo:

—Tranquilízate, jovenzuelo. No te haremos ningún daño. Vas a hacernos un favor, y al mismo tiempo te harás rico. ¿Qué puede ser más satisfactorio que eso?

—Que me llevéis de vuelta.

—Eso no es posible. Nos hemos tomado muchas molestias para encontrarte.

—Antes tendríais que haberme pedido permiso..., milord. —Agregó este tratamiento por si acaso, y en un tono de marcado desdén.

La muchacha volvía a mirarle con irritación, ahora que estaba relativamente segura de que no iba a estrangularla. Jeremy había tratado de no mirarle los ojos con demasiada atención, confiando en que la tenue luz de la vela de la taberna le hubiera engañado. Pero la lámpara más intensa del coche y la proximidad fueron su perdición. Los ojos de la ladrona eran sencillamente increíbles y multiplicaban por diez su belleza. Eran de color violeta oscuro, intenso, en llamativo contraste con sus rizos, de un tono rubio casi blanco. Tenía unas pestañas largas, pero no demasiado oscuras. Tampoco lo eran sus cejas, tan sólo un poco más doradas.

Jeremy se esforzó de veras por encontrar algún rasgo masculino en el rostro que tenía delante, pero no había ninguno. No acertaba a comprender cómo alguien podía confundirla con un chico. Y sin embargo Percy la tomaba por un muchacho, uno muy guapito.

Supuso que esa confusión se debía a su estatura. A fin de cuentas, era raro encontrar una mujer tan alta, casi tan alta como el padre de Jeremy. Era natural suponer que alguien tan alto fuese un varón. Intentó también no reaccionar ante ella como lo haría ante cualquier otra mujer hermosa con la que se topara. Pero aquellos ojos... renunció a seguir luchando. La tendría en su cama, y antes de

que terminara la noche. Así sería. Ya no albergaba la menor duda.

Después de rendirse a su naturaleza lasciva, el cambio en Jeremy inmediato. Algunos lo llamarían encanto, pero en realidad no lo era, sino pura sensualidad, y verle cuando albergaba esos pensamientos equivalía a saber que prometía placeres fabulosos. La chica reaccionó de inmediato a la mirada de él, apartándolos pero no sin sonrojarse. Jeremy sonrió. Ya sabía que no sería una conquista fácil, pero aquel rubor decía mucho. No era más inmune que otras mujeres. Sin embargo, Jeremy no pensaba descubrir el pequeño secreto de la joven. Por ahora dejaría que representara su papel masculino... por lo menos hasta que estuvieran solos.

De momento respondió a su comentario preguntándose en voz alta:

—¿Nos habías pedido permiso tú antes de robarnos? —Estas palabras hicieron que ella se sonrojara otra vez, de modo que se limitó a concluir—: No, no me ha parecido que lo tuvieras por costumbre. Así pues, déjame que te explique qué necesitamos y por qué, antes de volver a negarte sin más. A mi amigo le robaron, ¿sabes?, pero de forma legal.

—Si insistes en contármelo —le interrumpió ella—, por lo menos que tenga sentido.

Una simple queja. Alentador. Al parecer estaba dispuesta a escucharle.

—La forma «legal» a la que me refiero fue el juego.

Un bufido.

—Entonces no le robaron, se portó como un estúpido. Hay una gran diferencia, amigo.

Jeremy sonrió y la muchacha se mostró visiblemente confusa, lo cual hizo que la sonrisa de él se hiciera más maliciosa. Acto seguido le contó que Heddings era el culpable por no jugar limpio y que ella iba a vengarles por ello.

—Te llevamos a la casa de campo de Heddings —prosiguió Jeremy—. Es bastante grande, está llena de criados, y por lo tanto creen que ningún ladrón en su sano juicio se atrevería a pensar en robarles, y con razón. Eso juega a tu favor, muchacho.

—¿Ah sí?

—Puede que las puertas estén cerradas, pero probablemente las ventanas estarán abiertas en esta época del año. El hecho de que no se esperen que les roben significa que estarán desprevenidos. Y ya es más de medianoche, de modo que los criados sin duda estarán dormidos y fuera de la circulación. Así pues, no deberías tener ninguna dificultad para entrar en la casa.

—¿Y entonces qué?

—Tendrás que entrar en el dormitorio principal sin que se den cuenta. Lo más probable es que Heddings se encuentre en él cuando lo hagas, pero tú ya debes de estar acostumbrado a eso. Al igual que el

servicio, debería estar profundamente dormido a esas horas de la noche. Entonces procede a hacer lo que se te da mejor: robarle.

—¿Qué te hace pensar que no tiene sus objetos de valor guardados en una caja fuerte?

—Porque no vive en Londres. La alta burguesía se siente mucho más segura en sus propiedades en el campo.

—¿Cuáles son las cosas que tengo que afanar?

—Dos anillos, ambos muy antiguos.

—Necesito una descripción, amigo, si tengo que llevármelos. —Jeremy sacudió la cabeza.

—No importa, ya que no puedes limitarte a llevarte los dos anillos de Percy. Eso permitiría a Heddings señalar al culpable con el dedo. Tu misión, querido muchacho, no es distinta a la que tienes por costumbre: robar todos los objetos de valor que encuentres. Tu ganancia es que podrás quedarte con todo lo demás, miles de libras en joyas, estoy seguro de ello.

—¡Miles! —exclamó la chica, boquiabierta.

Él asintió, riendo.

—¿No te alegras ahora de que insistiéramos en llevarte con nosotros? —preguntó.

De repente, aquellos encantadores ojos violeta le miraron con recelo.

—Eres un maldito idiota si te crees que cualquier baratija, por más valiosa que sea, compensará el castigo que me espera por no haber pedido permiso antes para robarla.

Jeremy frunció el ceño, pero no por lo de «maldito idiota».

—¿Tan sujeto te tiene?

—Tengo unas normas que cumplir, y me las habéis hecho infringir casi todas.

Él soltó un suspiro prolongado.

—Podrías haberlo dicho antes.

—Creí que el tabernero os impediría salir conmigo. No lo tenía por un cobarde, siendo tan grande.

—A nadie le gusta que le disparen una bala en la cara, muchacho —dijo Jeremy en defensa del tabernero—. Pero podrá atestiguar que no te dieron ninguna posibilidad de elección. Entonces, ¿cuál es el problema?

—No es asunto tuyo...

—Lamento no estar de acuerdo: has hecho que ahora sea de mi incumbencia.

—Y un cuerno. Tienes que entender, amigo, que os habéis entrometido demasiado en mi vida. Déjalo, o no tenemos «na» más que hablar.

Transcurrió un prolongado momento hasta que Jeremy asintió con la cabeza. Causarle un grave perjuicio a su ladrón no formaba parte de sus planes para esa noche. Ahora tendría que acompañar chica a su casa en cuanto terminaran, para resolver cualquier problema que él le hubiera ocasionado. Sin embargo, no habría tenido que surgir ninguna dificultad, y eso hacía que su situación fuese de lo más insólita. Ofrecían a un ladrón una oportunidad de oro. Cualquier ratero normal la habría aprovechado y habría agradecido que le hicieran semejante favor. Pero no, tenían que toparse con la única excepción: una ladrona de una banda que al parecer se regía por unas normas tan rígidas que la chica no podía realizar un trabajito eventual sin autorización previa. Aquello era inaudito. ¿Qué diablos importaba cuándo, dónde o qué robara, mientras el botín llegara a casa?

El coche se detuvo. Percy suspiró y dijo:

—Por fin. —Y agregó—: Buena suerte, jovenzuelo. No es que la necesites. Tenemos plena confianza en ti, desde luego. Y no sabes cuánto te lo agradezco. Es terriblemente difícil esconderse de tu propia madre, sobre todo si vives con ella.

Jeremy abrió la portezuela del carruaje e hizo bajar a la muchacha antes de que la disertación de Percy se hiciera interminable, como era habitual en él. Estaban parados en el bosque contiguo a la propiedad de Heddings. Tomó a la chica del brazo y la condujo a través de los árboles hasta que divisaron la mansión.

—Yo también te desearía suerte, pero no creo que la necesites —dijo cuando llegó el momento de separarse—. He visto lo competente que eres en tu trabajo.

—¿Qué te hace pensar que no me escaparé a casa en cuanto me pierdas de vista?

Jeremy sonrió, aunque probablemente ella no lo vio.

—Porque no tienes ni la más remota idea de dónde estás. Porque es de noche. Porque nosotros podemos devolverte a Londres mucho más pronto que si lo intentaras por tu cuenta. Porque preferirás regresar a casa con los bolsillos llenos de joyas deslumbrantes que vacíos. Porque...

—Ya tengo suficientes razones, amigo —lo interrumpió ella en tono hosco.

—Muy bien. Pero una última advertencia. Si por alguna inexplicable razón te apresan, no te dejes llevar por el pánico. No te arrojo a los lobos, querido muchacho. Me ocuparé de rescatarte cueste lo que cueste. Puedes contar con ello.

3

No te arrojo a los lobos.» ¿A quién creía engañar? Él era el maldito lobo. Pero ella fue capaz de volver a respirar normalmente, ahora él ya no estaba a su lado mirándola con aquellos ojos azules y penetrantes.

La joven había estado a punto de delatarse con tantos sonrojos, y había temido ser incapaz de controlar lo que aquel caballero le hacía sentir. Por lo general se las arreglaba bien con los hombres; a fin de cuentas era «uno de ellos». Pero nunca había estado tan cerca de uno del calibre de Malory. Sólo con mirarle se ponía nerviosa, de tan atractivo que era.

Danny no se había trastornado tanto en toda su vida, posiblemente con una excepción. Pero entonces era demasiado joven para aprender el peligro que corría, no había sabido que si se queda donde estaba seguramente moriría; sólo sabía que estaba completamente sola en el mundo, sin nadie a quien pedir ayuda. Ya no estaba sola, pero era como si lo estuviera. Llevaba varios años atenazada por la inquietud porque se estaba haciendo demasiado - mayor para ocultar que nunca adquiriría las proporciones masculinas, como los demás chicos hacían con el tiempo. Tarde o temprano alguien se daría cuenta y revelaría que había engañado a todo el mundo desde el principio.

Había resultado sencillo guardar su secreto a lo largo de los años, mucho más fácil de lo que se esperaba, y todo porque Lucy había acertado. Llevarla a la pandilla vestida con un calzón andrajoso, una camisa demasiado grande, una chaqueta demasiado pequeña, ese viejo sombrero con el que se había quedado para protegerse los ojos de la lluvia, y con el pelo cortado a la altura del cuello, había causado una impresión duradera que no se había alterado.

Pronto se convirtió en «uno de los chicos». Había aprendido a robar con ellos, a luchar con ellos, todo cuanto hacían... excepto cuando buscaban una compañía femenina de la que Danny no quería saber nada.

Ahora eran catorce, y vivían en una casa destartalada de cuyo alquiler se ocupaba Dagger. Se habían albergado en muchas casas parecidas a través de los años, incluso en algunos pisos abandonados cuando no había suficiente dinero para pagar un alquiler.

Dagger nunca permanecía demasiado tiempo en un mismo lugar. La casa actual tenía cuatro habitaciones: una cocina, dos dormitorios y una amplia sala de estar. Dagger ocupaba uno de los dormitorios. El otro estaba destinado a las chicas, que en él dormían o trabajaban, si tenían la edad suficiente para empezar a prostituirse. Todos los demás dormían en la espaciosa sala, Danny entre ellos.

Había un pequeño patio trasero. Aunque no crecía hierba en él, era un buen lugar de juego para los niños más pequeños. También a

Danny le gustaban los patios, una vez superada su aversión a ensuciarse. No se planteaba la posibilidad de bañarse, por lo menos no en las tinas comunes que se instalaban una vez por semana en la cocina. En lugar de eso se escapaba al río siempre que podía. Y la lluvia se convirtió en su aliada.

Lucy era su única confidente. Lucy no contrajo la sífilis como había temido, pero acabó por vender su cuerpo ante la insistencia de Dagger. Danny entendía la lógica de éste, aunque no la compartía. Al ser una mujer bonita, Lucy habría llamado demasiado la atención de las victimas a las que hubiera intentado robar. Un ratero tenía que ser casi invisible para su víctima. Lucy no podía serlo, ¿y de qué otro modo iba a ganarse el sustento?

Dagger había sido el mayor de todos ellos y seguía siéndolo, era el líder. Al principio no había más que unas pocas reglas, nada que pudiera importar a nadie. Pero al parecer Dagger pensaba que, si añadía más reglas de vez en cuando, no desempeñaba bien su papel.

Danny jamás discutió con él. Hacía lo que le mandaban sin rechistar. El ojo clínico de Dagger era el único que temía de veras porque, aparte de Lucy, él era el único de los que quedaban en la pandilla que la había visto llegar con Lucy, y tarde o temprano se le ocurriría contar los años... y se preguntaría por qué un hombre de veinte años seguía teniendo el rostro de un niño de doce.

Dagger tenía ahora unos treinta años, y todavía dirigía una banda de huérfanos. Habría podido marcharse. La mayoría lo hacía cuando llegaban a los veinte años, pues aspiraban a algo más, como poder quedarse con lo que robaban en lugar de entregárselo todo a Dagger para que comprara comida, pagara el alquiler y trajera a casa alguna otra chuchería para hacer sonreír a uno de ellos. Dagger habría ido dedicarse a actividades más lucrativas, pero no lo hizo.

Pese a ser brusco, tenía buenas intenciones. Danny había llegado a la conclusión, años atrás, de que tenía un corazón bondadoso oculto en algún rincón de su flaco pecho. Como líder, probablemente pensaba que debía mostrarse duro e inflexible. Pero ella adivinaba que Dagger no se consideraba sólo su jefe, sino también su padre, y por esa razón no se había marchado con los demás. A medida que llegaban más huérfanos, otros se iban, de modo que los componente de la banda nunca pasaron de veinte ni bajaron de diez. Siempre había alguno que necesitaba cuidados.

La primera regla de la banda era que no se debía robar nunca a la clase alta en sus propias casas. Ésa era la forma más segura y más rápida de conseguir que las víctimas pusieran el grito en el cielo y que las autoridades registraran los barrios bajos en busca de los culpables. Si dieran con una casa llena de huérfanos no oficiales sería su perdición. Y los relatos de horror que Dagger contaba sobre los verdaderos orfanatos bastaban para hacer cumplir esa regla. Dagger lo sabía de primera mano, puesto que se había escapado de uno de ellos años atrás. Pero Danny estaba infringiendo esta norma esa noche.

No era que tuvieran prohibido desvalijar a la clase alta, ni mucho menos. Pero sólo se les debía robar en lugares concurridos, en las

calles, en tabernas, en el mercado o en las tiendas, donde no se dieran cuenta de que les faltaban unas cuantas monedas y, si lo hacían, pudieran pensar que se les habían caído por descuido o las habían gastado en algo que no recordaban.

La segunda regla que les daba buen resultado era que debían ceñirse a actuar en sus zonas sin aventurarse a robar en lugares que no conocían. Dagger asignaba una zona a cada uno y la cambiaba todas las semanas, para que los residentes habituales de esos barrios no empezaran a reconocer a alguno de ellos. Danny también estaba infringiendo esta norma.

Otra regla la atañía sólo a ella y a unos pocos más, puesto que su edad y su estatura denunciaban que ya no eran niños. La lógica era que, cuanto más altos fuesen, más trabajo les costaría meter la mano en un bolsillo. Así pues, cuando alcanzaban una estatura determinada, se graduaban en la clase de «sólo trabajos específicos», lo cual implicaba que ya no robaban por su cuenta sino que se limitaban a cumplir las misiones que Dagger les asignaba. Evidentemente, Danny estaba incumpliendo esta regla.

Para esos trabajos Dagger se había puesto de acuerdo con tres tabernas y una posada. Y puesto que Danny era muy reconocible debido al color de su pelo y de sus ojos, Dagger ya no le asignaba otra tarea que no fuese robar a «durmientes». Nunca había fallado hasta entonces, porque nunca le habían tendido una trampa deliberada.

Pero de ese embrollo, Danny tendría que salirse sola. Si algún otro de los chicos hubiera sido capturado en su lugar, ella no dudaba que Dagger lo habría considerado un caso excepcional y se habría alegrado de las inesperadas riquezas que les mantendrían a flote durante un tiempo. Habría felicitaciones y celebraciones. Pero puesto que era ella la que había sido capturada y obligada a infringir las reglas, la actitud de Dagger sería la opuesta... porque había estado buscando un motivo para ponerla en la calle.

Durante más de dos años, casi tres, Danny había tenido problemas con Dagger. Si bien antes se llevaban bien, bromeaban y reían mucho, ahora parecía que él la despreciaba. La reprendía siempre que tenía ocasión. La criticaba constantemente, lo mereciera o no. No podía dejar más claro que quería que se fuera, pero ella no le había dado ningún motivo para echarla. Hasta ahora.

Ni siquiera sabía por qué se había vuelto contra ella, pero la cosa empezado aproximadamente cuando Danny le superó en altura. Podía ser simplemente que, como líder, Dagger pensaba tenía que ser el más alto. Pero, de hecho, no era un tipo alto: medía sólo un metro setenta. Y Danny vestía de un modo llamativo mientras que el atuendo de Dagger era anodino. Esto impresionaba a los niños. Muchos de ellos la imitaban y acudían a ella cuando necesitaban algo.

Danny suponía que Dagger temía que quisiera suplantarle. Pero no era así. A ella ni siquiera le gustaba robar, por lo que no quería para nada la responsabilidad de mandar a otros hacer lo mismo. Le parecía que estaba mal, un sentimiento arraigado del que nunca había podido librarse. Pero no había tenido más remedio que hacerlo,

viviendo entre ladrones. Con todo, había tratado sutilmente de tranquilizar a Dagger, de demostrarle que su puesto no la atraía, sin llegar a comentarlo abiertamente; pero no parecía que eso hubiera servido de nada. Podría mentir a Dagger, decir que la habían sacado de la taberna para llevarla a la cárcel pero había conseguido huir, que le costado mucho tiempo regresar a casa. Dagger no podía echarlo porque hubiera caído en una trampa. Ella tenía que conformarse con esa esperanza.

Su inquietud no era sólo debida a saber lo que tendría que afrontar cuando llegara a casa. Se debía también a él, a ese lord Malory. La había turbado tanto que no podía pensar, ni siquiera respirar. Pero aún había más: la asustaba hasta la médula porque la fascinaba.

Danny no se había imaginado en su vida que alguien pudiera ser como él. No sólo era guapo. Su apostura era tanta que simplemente no acertaba a encontrar una palabra para describirlo. Lo que más se acercaba era bello, pero en un sentido masculino, que era una combinación absolutamente sorprendente... y fascinante.

Ante él se sentía tan aturdida, que no entendía cómo había sido capaz de hablarle. Y sabía exactamente qué era lo que le alteraba tanto los sentidos y le cortaba la respiración cuando le miraba. La atraía sexualmente, algo que no le había ocurrido nunca antes. Otros hombres habían llamado su atención durante aquellos años, pero ninguno le había hecho desear hacer algo al respecto. Representar el papel de un varón implicaba que debía hacer caso omiso de tales cosas, lo que le había resultado bastante sencillo. Pero no esta vez. Y eso era lo que más la asustaba de lord Malory.

Se había pasado quince años, de hecho toda su vida —por lo menos la parte que pudiera recordar—, evitando el destino de Lucy. Y lo había hecho por una sola razón: para no acabar siendo una puta. Nunca había cambiado de opinión al respecto. Puede que Lucy se hubiera adaptado bien al trabajo, puede que no se quejara tanto de ello como había hecho de antemano, pero Danny seguía considerándolo la peor forma de degradación.

Para ella sería el fin de sus días, y no sólo en sentido metafórico, porque preferiría morirse de hambre en algún callejón antes de dejar que unos desconocidos pagaran para usar su cuerpo. Pero allí había un hombre que podría hacer que aceptara de buen grado ese papel. Peor aún, la había mirado como si conociera su secreto, como si pudiera ver su interior..., como si quisiera tocarla. Seguramente su imaginación la estaba engañando, pero no lograba sacudirse la sensación de que él lo sabía, sobre todo cuando su mirada se volvía tan sensual y hacía que casi se derritiera.

Debía de ser un «amante». La palabra era de Lucy. Ésta clasificaba a todos los hombres en una categoría u otra, dependiendo de cómo quisieran utilizarla y por cuánto tiempo. Los calificativos que les asignaba eran en su mayoría despectivos, y algunos eran explícitos, como los «sobones» y los «animales». Prefería los «rápidos» porque no le robaban mucho tiempo, entraban y salían en menos de cinco minutos y apenas se quedaban lo suficiente como para despedirse, afirmaba,

eran raros los hombres que en realidad deseaban tanto dar placer como recibirlo.

Lord Malory era un verdadero peligro. Un peligro para los sentidos de Danny, para su paz espiritual, para su secreto. Cuanto antes le perdiera de vista, mejor.

4

La misión que aquellos jóvenes lores le habían encomendado era tan sencilla en comparación con sus inquietudes que Danny la cumplió casi sin pensárselo. Casi todas las ventanas de la enorme mansión estaban abiertas. Trepó por una situada en un lado de la casa, se encaminó al vestíbulo y subió la escalera alfombrada.

No había ninguna lámpara encendida, pero con tantas ventanas abiertas la luz de la luna entraba a raudales. Danny no necesitaba luz, por cuanto estaba acostumbrada a trabajar a oscuras. Pero incluso al final del pasillo del primer piso había una ventana abierta.

Vio allí muchas puertas cerradas. Era una casa muy grande, más que cualquiera en la que hubiera estado antes. En un costado del pasillo había más puertas que en el otro, por lo que comenzó por el lado en el que había menos, sospechando que daban acceso a habitaciones más espaciosas, y concretamente al dormitorio principal.

Acertó. Era la segunda puerta que abrió. Las dimensiones de aquella habitación demostraban que era la del dueño, y éste formaba un bulto en la cama. Heddings dormía profundamente, roncando con insólito estruendo. Era una lástima, porque Danny se preciaba de actuar con movimientos felinos, sin hacer el menor ruido, pero ahora no tenía necesidad de adoptar precauciones con los ronquidos de Heddings.

Primero se dirigió al alto escritorio. El segundo cajón contenía el joyero: un cofre grande, que ocupaba prácticamente todo el cajón. estaba cerrado con llave, ni siquiera tenía cerrojo. Lord Heddings pasaba de confiado.

Levantó la tapa y quedó deslumbrada por un momento por el brillo desparramado en el fondo del cofre: no sólo anillos, sino también pulseras, broches, incluso collares. De hecho, la mayoría de las joyas que contenía eran femeninas. ¿Más ganancias de juego? A Danny la tenía sin cuidado.

Decidió no llevarse el cofre. Era demasiado voluminoso y ni siquiera estaba segura de poder levantarlo del cajón, de modo que optó por llenarse los bolsillos de la chaqueta. Pasó una mano por el fondo del cofre forrado de terciopelo antes de terminar, para cerciorarse de que no se dejaba ni una sola alhaja. No quería tener que hacerlo otra vez si las dos reliquias de familia de Percy no estaban entre el botín.

Con esa idea en la mente, efectuó incluso un rápido registro de demás cajones, pero no encontró nada más de interés. Examinó bien la mesa, pero sólo contenía papeles. Finalmente se acercó al tocador, donde descubrió un grueso fajo de billetes, una leontina de oro y otra sortija que se había escurrido entre los frascos de colonia, como si la hubieran tirado sobre la mesa. Se apoderó también de todo esto, introduciendo el dinero en el bolsillo de sus pantalones, puesto que los

de la chaqueta ya estaban llenos.

No había nada más donde mirar. Las mesillas de noche anexas a la cama no tenían cajones, y descartó la librería, razonando que era poco probable que un hombre que tenía una fortuna en joyas en un escritorio no cerrado con llave escondiera efectos en libros simulados.

Aliviada por haber casi terminado, se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo en seco cuando Heddings sufrió un ataque de tos. Ella se acurrucó al pie de la cama. La tos era lo bastante violenta como para despertarle. Incluso podía levantarse para servirse un vaso de agua de la jarra que se hallaba al otro extremo de la habitación. En ese caso, ella estaba dispuesta a deslizarse debajo de la cama.

Heddings tosió aún más fuerte. Hasta parecía que se estuviera ahogando. A Danny le pasó por la cabeza el horrible pensamiento de que pudiera morir, y se imaginó siendo acusada de homicidio, compareciendo ante un juez y siendo condenada a la horca. Un sudor frío le inundó las palmas de las manos. Por un momento se preguntó si debería tratar de ayudarle. Pero estaba paralizada por el miedo y no habría podido moverse para ayudarle aunque fuese temporalmente tan estúpida para hacerlo.

Le llevó otro momento darse cuenta de que el hombre volvía a roncar plácidamente, el sonido más dulce que había oído. Bueno, de hecho no tardó en resultarle desagradable de nuevo una vez que hubo pasado la crisis, y no perdió más tiempo en salir de allí.

Abajo todo estaba tranquilo. Regresó enseguida a la habitación por la que había entrado y de inmediato sintió que alguien la estiraba contra un pecho duro y le tapaba la boca con una mano para impedirle gritar. No estaba en disposición de hacerlo teniendo el corazón en un puño. Estuvo a punto de desmayarse...

Entonces oyó que le susurraban al oído:

—¿Por qué has tardado tanto?

¡Él! Pero su alivio duró apenas un segundo, pues de inmediato sintió dominada por la cólera. Se soltó y le espetó furiosa, aunque con un hilo de voz:

—¿Te has vuelto majareta? ¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupado por ti —contestó él, en un tono de cierto arrepentimiento.

Danny soltó un bufido. Menuda bola. Lo más probable era que estuviera preocupado por la posibilidad de que huyera llevándose sus preciosas sortijas.

—La próxima vez que quieras dar un susto de muerte a alguien, prueba contigo. Ya he «terminao» con esto.

—¿Tienes las sortijas?

—Este no es el lugar «pa» hablarlo -replicó ella—. Hay que salir pitando

—Tienes razón —le oyó decir a su espalda cuando se dirigía hacia la ventana... y tropezó con una alfombrilla. La caída la cogió por

sorpresa. No era nada torpe, y esa alfombra estaba lisa cuando la pisó al entrar. Sin duda Malory la había levantado. Braceó buscando algo a que agarrarse, pero lo único que había cerca era un alto pedestal con un busto encima. El pedestal era pesado y evitó su caída, pero el impacto hizo caer el busto. Éste chocó contra el suelo con un ruido sordo. Danny gimió para sus adentros. En el silencio de la noche, ese ruido habría bastado para despertar a los muertos o, por lo menos, a uno de los criados que dormían en la misma planta. Se volvió decir a Malory que saliera de inmediato y vio a un hombre de en la puerta apuntando al caballero con una pistola. Danny se quedó tan rígida que hasta dejó de respirar. El hombre estaba vestido por completo, evidentemente ya se había acercado a ellos antes incluso de que el busto golpeara contra el suelo. Quizá Malory había hecho algún ruido al entrar, impulsando al hombre a investigar.

Estaba en su perfecto derecho de dispararles primero y averiguar qué estaban haciendo allí después. Eso es lo que ella habría hecho si hubiera sorprendido a un par de individuos rondando furtivamente por su casa en mitad de la noche. Malory estaba de espaldas a la puerta. Había dado un salto adelante para tratar de evitar que ella se cayera, pero se había detenido al ver que conseguía levantarse por sí misma. Todavía la miraba, ahora con buena luz, ya que el hombre tenía una lámpara en la mano. Ella ni siquiera estaba segura de que Malory se hubiese cuenta de que había alguien allí sujetando esa lámpara.

—No te vuelvas —susurró Danny con la voz más baja que pudo—. Si te reconocen, te meterás en un lío más gordo que si te dispara.

Recobrando el valor, Danny se colocó delante de Malory para tratar de ocultarle y dijo al hombre que empuñaba la pistola:

—No hay necesidad de armas, amigo. Solo buscábamos un sitio «pa» pasar la noche. Nuestro carruaje se ha averiado en el bosque. Mi amo ha creído reconocer vuestra casa. Está completamente trompa, y no me extrañaría que se haya «equivocao». Y hemos llamado. Pero mi amo no se ha rendido al no recibir respuesta y ha insistido en entrar y dormir en el salón. Ha dicho que a Heddings no le importaría. ¿Se ha «equivocao»? ¿No es aquí donde vive Heddings?

La expresión tensa del hombre cambió de inmediato. Bajó la pistola, aunque no del todo. Así pues, Danny recargó un poco más las tintas.

—Ha querido echarme la culpa de que se cayera esa rueda, cuando yo le había avisado de que debería poner ruedas nuevas a su viejo coche. Desde luego, ha preferido gastarse «to» el dinero en mujeres caras y en el juego, así que no me ha hecho caso, como siempre.

El hombre carraspeó.

—¿Te atreves a decir eso en su presencia? —Danny soltó una risotada.

—Está tan borracho que no se acordará. No sé ni cómo se tiene en pie.

—¿Quién es?

Danny no se esperaba tener que mencionar ningún nombre, pero

al pensar en cómo había llegado hasta allí, no tardó en ocurrírsele uno.

—Lord Carryway, de la ciudad de Londres.

—¿Por qué no le dejaste dormir en el carruaje? —preguntó entonces el hombre.

—Lo habría hecho, pero he visto movimiento en los bosques cerca de aquí. He pensado que podría ser algún animal, pero también podría ser un maldito bandolero. No he querido exponerme a que le roben, porque bastantes cargos tiene contra mí. Prefiero conservar mi trabajo, aunque eso suponga aguantar un amo que se pasa la mayor parte del tiempo borracho.

Siguió una larga pausa durante la cual Danny tuvo la certeza de que aquel tipo descubriría el engaño y se reiría en su cara. Calculaba hacia adónde echar a correr, o si sería mejor lanzarse sobre sus piernas y tratar de pillarle por sorpresa.

—Acompáñale —dijo el hombre—. Arriba tenemos varias habitaciones de huéspedes desocupadas. En una de ellas hay un confortable sofá que puedes utilizar.

En realidad Danny no confiaba en que aquel hombre la creyera.

No debía de ser más que un criado, probablemente el mayordomo, por lo tanto no podía permitirse dejar un miembro de la nobleza a la intemperie. Podría habérsele ocurrido encerrarles hasta la mañana siguiente, cuando se pudiera verificar lo que ella le había contado. Pero, puesto que la había creído a pie juntillas, no debía de ser tipo desconfiado.

Tan pronto como el hombre se volvió de espaldas para conducirlos al piso de arriba se presentó una buena oportunidad para escapar a través de la ventana. Pero él aún no había dejado la pistola y, al ver el arma todavía en su mano, Danny prefirió seguir representando la farsa sin arriesgarse a que una o dos balas salieran a su encuentro. Además, eran dos los que debían atravesar esa ventana, y no lo conseguirían sin que uno de ambos recibiera un disparo al intentar huir. Afortunadamente, el ricachón no había pronunciado ni una sola palabra. Lo habría estropeado todo si el criado se hubiera dado cuenta de que no estaba bebido en absoluto. O era lo bastante listo como a representar el papel que ella le había asignado o tenía el miedo suficiente como para mantener la boca cerrada.

No, Danny dudaba de que tuviera miedo, o por lo menos no tenía tanto como ella. Él se había deshecho del tabernero con demasiada facilidad como para inquietarse por la posibilidad de recibir una bala. Probablemente era un valiente temerario, y un canalla despótico por haberla metido en aquel embrollo. Le cogió el brazo y se lo pasó por encima del hombro para simular que lo sostenía. Palideció al ver que tenía una pistola en la mano.

Había estado apuntando con ella al hombre todo el tiempo, oculto detrás de la espalda de Danny. ¡El maldito señorazo habría podido hacer que les mataran a ambos!

Danny le arrancó el arma de la mano y la metió en el bolsillo de

él, que se rió entre dientes. ¡Que Dios la protegiera de los imbéciles!

—Espero que sepas hacer el papel de borracho, amigo, e inclina la cabeza «pa» que él no pueda verte bien -le susurró.

Fue fácil llevarle al piso de arriba. Danny estaba demasiado nerviosa como para darse cuenta de la proximidad de sus cuerpos, y él sólo recostaba su peso sobre ella cuando el criado se giraba para mirarles si no, subía las escaleras por sí mismo y en realidad era él quien conducía a la muchacha y no al revés.

—Es aquí —anunció el criado, abriendo una puerta—. Por la mañana ya buscaremos algo con que arreglar vuestro coche para que podáis reanudar el viaje.

—Muchas gracias, amigo.

Éste los siguió al interior de la estancia, encendió una lámpara y se dirigió hacia la puerta. No había soltado la pistola más que un momento para prender la lámpara. Danny empezó a preguntarse si realmente se había creído su historia. Y tan pronto como se cerró la puerta, soltó el brazo de Malory y se precipitó contra ella para escuchar si el hombre se alejaba. Pero lo que oyó fue el leve chasquido del cerrojo de la puerta.

5

Encerrados esperando... ¿qué?

Danny perdió el poco color que le quedaba en las mejillas. ¿No había creído el hombre su historia, o simplemente estaba siendo prudente?

Esperaba que sólo estuviera siendo prudente. Al fin y al cabo, eran unos desconocidos hasta que su patrón certificara lo contrario iba a quedarse allí vigilando su puerta el resto de la noche, la situación en la que estaban metidos no haría sino empeorar.

Se volvió hacia Malory y vio que la miraba con curiosidad, arqueando una ceja. Se acercó a él y susurró:

—Nos ha encerrado.

—Maldita sea —gruñó él en voz alta.

Eso digo yo. Ahora, amigo, pega la cabeza a una almohada y ponte a roncar, lo más fuerte que puedas. Tiene que creer que esta durmiendo «pa» que vaya a acostarse.

Dicho esto, no esperó a ver si obedecía. Regresó junto a la puerta tendió en el suelo para espiar por la rendija. En efecto, vio unos zapatos al otro lado. El criado seguía allí, probablemente con el oído pegado a la puerta.

Al no oír ningún ronquido, Danny se volvió hacia Malory y le miró enfadada. Éste elevó los ojos hacia el techo, con una mueca de indignación en los labios, como si su sugerencia fuese indigna de él. Y no fue directamente a la cama sino a la ventana, para calcular las posibilidades de escapar por esa vía. Debió de concluir que eran nulas, porque suspiró y se dirigió hacia la cama, saltó sobre ella y ensayó unos cuantos ronquidos hasta dar con uno que le dejó satisfecho. Entonces siguió roncando con estruendo.

Danny estuvo a punto de sonreír. El señor parecía muy contrariado por tener que hacer algo tan sencillo como roncar. Peor para él. En primer lugar, no estarían encerrados en una habitación del piso de arriba si él no hubiera entrado en la casa. Ella habría salido de allí sin ningún problema, en lugar de estar tendida en el suelo esperando que un criado receloso se cansara y fuera a acostarse.

No parecía que tuviera esa intención. Era probable que fuera a estar «de guardia» en el pasillo toda la noche. Danny casi podía imaginarse el ruido de la puerta de la cárcel al cerrarse tras ella y comenzaba a sentir náuseas.

Cada vez más desesperada, fue a examinar la ventana por sí misma. La conclusión de Malory había sido acertada. No era una vía de escapatoria fácil, no sin una cuerda. No había ningún árbol cerca al que saltar, ni ningún alféizar por el que bajar.

Podían atar las sábanas para improvisar una cuerda, cosa que no se le habría ocurrido si aquellos dos ricachones no lo hubieran hecho esa misma noche, pero una ojeada a la habitación no reveló nada lo bastante consistente como para servir de soporte y resistir el peso de Malory. Tal vez la aguantaría a ella, pero no a él. La cama podría servir, pero era pequeña, para una sola persona, y tenía un armazón de madera que podía romperse. Y, de todos modos, quizás harían demasiado ruido al tratar de acercarla a la ventana.

Cuando finalmente se le ocurrió que el criado tal vez esperaba que apagaran la lámpara, Danny se habría dado de tortas. A pesar de que a su «amo» borracho la claridad le trajera sin cuidado, ¿por qué querría el «cochero» sobrio dormir con la luz encendida, a menos que no tuviera ninguna intención de dormir? Confiaba en que fuera eso lo que el criado estaba pensando, y en efecto, al cabo de diez minutos de apagar la luz, el hombre se alejó por el pasillo y bajó las escaleras.

Mientras tanto, Malory había estado probando una amplia gama de ronquidos que habrían hecho reír a Danny si no hubiera estado convencida de que estarían allí encerrados durante toda la noche. Era evidente que el criado desconfiaba de ellos, de lo contrario no habría permanecido tanto tiempo delante de la puerta de su habitación. Pero hubiera podido ser peor. Habría podido ir a despertar a su patrón, que quizás habría querido comprobar si faltaba algo de la casa y ella no habría podido evitar que registraran sus bolsillos y dieran con las joyas de Heddings.

Se acercó al señorazo y le dijo:

—Por fin se ha ido. Le daremos unos minutos «pa» que vuelva a acostarse.

—¿Y luego qué?

—Forzaré el cerrojo y saldremos de aquí.

—¿Puedes hacerlo?

Danny soltó un bufido.

—Claro que sí, y llevo mi ganzúa.

Se sacó una aguja gruesa del sombrero y la introdujo en el cerrojo. Fue coser y cantar. Las puertas de los dormitorios solían ser muy fáciles de abrir.

Al cabo de unos segundos dijo:

—Vamos. Saldremos por la puerta principal. Como ya saben que hemos estado aquí, no se extrañarán si la dejamos abierta.

No esperó a ver si él la seguía. Nada más salir, echó a correr y no miró atrás ni se detuvo hasta que llegó hasta los árboles. Entonces se paró, pero sólo para recobrar el aliento y orientarse. No tardó mucho en vislumbrar las luces del carruaje a través del espeso follaje. Entonces Malory llegó junto a ella.

Él la cogió del brazo para conducirla durante el resto del trayecto hasta el coche. Danny trató de soltarse, pero sólo sirvió para que él la sujetara rodeándole los hombros con el brazo. Era evidente que no

confiaba en que entregara las joyas ahora que habían salido de la casa de Heddings sanos y salvos.

Sin la amenaza de un criado encañonándolos con una pistola, a Danny la trastornaba estar tan cerca de Malory. Había permitido que le rodeara los hombros con el brazo cuando subieron las escaleras de la mansión y no había sentido más que su propio miedo. Pero ahora era distinto. Ahora notaba el largo cuerpo de él apretado contra su costado, su muslo musculoso, su cadera y su torso duro, y sentía lo bien que ella encajaba bajo su brazo, percibiendo el calor que emanaba de él... ¿o acaso de ella? Recordaba lo terriblemente guapo que era, aunque no podía verle la cara en la oscuridad del bosque. Recordaba aquellos incitantes ojos azules observándola dentro del coche, como si pudieran ver a través de su disfraz.

Si entonces se detuviera allí mismo y la volviera hacia sí, ella habría estado dispuesta a cualquier cosa que él se propusiera. Malory se paró. El corazón de Danny empezó a latir tan fuerte que hasta podía oírlo. Iba a hacerlo, acercaría sus labios a los de ella. Su primer beso, y del hombre más apuesto que había conocido nunca. Sería sublime. Lo sabía y contuvo la respiración, temblando de impaciencia.

Él la empujó al interior del coche. Sólo se habían parado para que pudiera abrir la portezuela del vehículo donde Percy les estaba aguardando.

Más desalentada de lo que estaba dispuesta a admitir, Danny se sentó y miró enojada a Malory en cuanto éste ocupó el asiento frente a ella. La mayor parte de su enojo se debía a lo que acababa de ocurrir, o lo que no había ocurrido... sólo en su imaginación, por supuesto. Pero eso no evitó que se sintiera contrariada. Aunque Malory no debía conocer sus pensamientos. Debía atribuir su expresión únicamente al tema que ella sacó a relucir.

—Ha sido lo más estúpido que he visto nunca —le dijo—. ¿Te das cuenta de que nos han pillado por tu culpa? Si querías entrar en la casa, podrías haber robado los anillos tú mismo. ¿«Pa» qué me necesitabas entonces, eh?

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Percy, pero no le hicieron caso.

—Has tardado más tiempo del necesario —señaló Malory con frialdad . Si no, no habría entrado.

—¡No habían pasado ni diez minutos!

—Pues han sido diez minutos desmesuradamente largos. Pero ahora todo esto no tiene importancia.

—¡De poco consigues que nos maten! Yo no diría que eso no tiene importancia, amigo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Percy de nuevo.

—Nada que este jovenzuelo no supiera resolver —admitió Malory. Y volviéndose hacia Danny, como si no hubiera atizado su orgullo con ese cumplido informal, añadió—: Veamos qué has encontrado, para comprobar si ha merecido la pena tomarse tantas molestias.

—Cuando hayas arrancado el coche —replicó ella, algo apaciguada

por el hecho de que él reconociera que le había salvado el pellejo. No estaremos a salvo hasta que nos vayamos de aquí.

—Muy cierto —asintió Percy, y golpeó el techo del vehículo para decir al cochero qué emprendiera el regreso hacia la ciudad—. Ahora, por favor, no me tengáis más sobre ascuas.

Puesto que no era lord Malory quien insistía, Danny no vio ningún motivo para rechazar la petición de su amigo. Procedió a vaciarse los bolsillos sobre la banqueta, incluido el fajo de billetes, recogió todo el montón y lo dejó caer sobre el asiento de enfrente entre los dos tipos ricos. Incluso se volvió los bolsillos del revés para demostrarles que no se quedaba con nada.

Percy se abalanzó de inmediato sobre una sortija de aspecto antiguo exclamando:

—«¡Santo Dios, sí!» —Se llevó la joya a los labios para besarla y luego, con una prisa indecorosa, se la puso en el dedo al que aparentemente correspondía—. ¡No sé cómo agradecértelo, querido muchacho! Te doy... -Su gratitud se interrumpió bruscamente cuando las joyas volvieron a llamar su atención—. ¡Oh, aquí está la otra! —exclamó, y desparramó las alhajas para coger el segundo anillo del montón.

—Te damos las gracias, chico —dijo lord Malory, completando el pensamiento de Percy.

—Muchísimas gracias —agregó Percy, sonriendo a Danny.

—Yo no diría tanto —objetó Malory.

—Habla por ti, viejo amigo. No eras tú quien tenías que esconderse de tu madre.

—Yo no tengo madre.

—Entonces de George.

—Entendido —admitió Malory, sonriendo.

—¿George? —inquirió Danny.

—Mi madrastra.

—¿Se llama George? —dijo ella, sorprendida.

Cuando el joven lord se echó a reír, sus ojos de color cobalto centellearon.

—En realidad se llama Georgina, pero mi padre se lo abrevió sólo para llevarle la contraria. Es su costumbre, ¿sabes?

No lo sabía ni quería saberlo. Había hecho lo que le habían pedido —mandado— que hiciera. Y con éxito, de modo que no tenía necesidad de repetirlo. Ahora sólo deseaba volver a casa, enfrentarse a Dagger... y comprobar si todavía tenía un hogar.

Al recordarlo, su semblante se entristeció. Ellos no se dieron cuenta. Todavía contemplaban la pila de joyas relucientes.

Percy señaló con el dedo un enorme colgante de forma ovalada rodeado de esmeraldas y diamantes.

—Esto nos resulta familiar, ¿no te parece? —dijo a su amigo.

—Desde luego. Admiré los senos de lady Katherine más de una vez cuando este dije adornaba su pecho.

—No la tenía por una aficionada al juego. Y no creo que estuviera dispuesta a desprenderse de algo así.

—No lo es. Oí decir que se lo robaron hace unos meses mientras estaba de vacaciones en Escocia.

—¿Me tomas el pelo, compañero?

Para entonces Malory fruncía el ceño.

—No, y esta pulsera también me resulta familiar. Juraría que mi prima Diana la lucía las pasadas Navidades. No recuerdo haberle oído decir que se la robaran, pero sé que no es nada aficionada al juego.

—Vaya, ¿insinúas que lord Heddings es un ladrón? —inquirió Percy.

—Eso parece, ¿no?

—Cuánto me alegro. No sabes lo culpable que me hacía sentir todo este desagradable asunto.

Malory pilló a Danny poniendo los ojos en blanco al oír ese comentario, y ella se dio cuenta de que él hacía un gran esfuerzo para sonreírle. Pero Percy aún no había terminado, y su siguiente pregunta hizo que el joven lord asumiera una expresión más seria.

—Pero ¿qué vamos a hacer al respecto?

—No podemos hacer nada al respecto sin implicarnos a nosotros mismos y a nuestro joven amigo.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Detesto ver a un ladrón salirse alegremente con la suya sin que pague por... ello... —Percy interceptó la mirada significativa de Danny y carraspeó—. Exceptuándote a ti, muchacho, naturalmente.

—No te olvides de vosotros —dijo Danny con desprecio—. Afanar esas joyas no ha sido idea mía.

—Tienes razón —respondió Percy, sonrojándose.

Pero lord Malory observó con desagrado:

—No, tu idea era vaciar nuestros bolsillos, por lo que no hay necesidad de acusar a nadie.

El calor de los múltiples sonrojos que experimentó Danny habría dado para encender el brasero del coche. Detestaba de veras que volvieran las tornas contra ella. Pero, dadas las circunstancias, se quedado sin argumentos de réplica.

Aquel tipo era ágil, y desconfiado, o de lo contrario no la habría seguido al interior de la casa para cerciorarse de que cumplía con su misión. También era astuto, e inteligente. No tenía la menor duda de que todo aquello había sido idea suya.

Era una lástima que no fuese un imbécil como su amigo. Antes, le había llamado tonto para sus adentros, pero sabía que no lo era. De

haberlo sido, probablemente Danny habría conseguido zafarse de aquel asunto. Incluso podría conseguirlo ahora... si él no hubiera sido tan guapo. Pero le costaba pensar con lógica cuando él la miraba con aquellos ojos de color cobalto. El ingenio y la inteligencia de Danny la habían abandonado, dejando atrás una boba que estaba irremisiblemente fuera de su elemento.

6

Regresar a la ciudad pareció llevar mucho más tiempo del que habían tardado en llegar a la mansión de Heddings. Danny no tenía reloj, pero no se habría sorprendido si hubiera visto salir el sol. Estaba cansada, en realidad exhausta, por las muchas emociones que no estaba acostumbrada a experimentar. Además, empezaba a tener hambre. Y todavía tenía muchas cosas de que ocuparse cuando finalmente llegara a casa. De hecho, esperaba que Dagger estuviera dormido para poder descansar un poco también ella. Sería mucho más sencillo dar explicaciones, o inventarse mentiras, con una mente despejada que no se viera embotada por el agotamiento.

Percy volvía a dormitar; un tipo listo. Danny deseó poder hacer lo mismo, pero con lord Malory todavía completamente despierto no se atrevía. No era que pensara que él pudiera hacerle algo mientras dormía. Sencillamente debía estar atenta para aprovechar la oportunidad de huir en una zona que reconociera.

No dudaba que la dejarían irse, ahora que había hecho lo que querían, pero seguramente no la llevarían de vuelta allí donde la habían encontrado. ¿Por qué irían a desviarse de su camino, siendo tan tarde? Y si la dejaban en el sector de la ciudad donde ellos residían estaría completamente perdida y tardaría varias horas en encontrar el modo de regresar a casa. Cierto que se había criado en Londres, pero una ciudad grande y tan sólo conocía la pequeña parte donde vivía. En cuanto él volvió a posar sus ojos en ella, Danny lo supo, y al mirarle lo corroboró: algo se le pasaba por la cabeza. La mirada que dirigía era demasiado pensativa.

—Por cierto, ¿dónde dejaste tus zapatos?

La pregunta la sorprendió. No era lo que esperaba oír, dada la expresión meditabunda del caballero. Y, de hecho, le sorprendió que no se lo hubiera preguntado antes, puesto que la había hecho caminar través del bosque sólo con calcetines. Y antes de eso le había atado los tobillos. Habría tenido que ser ciego para no darse cuenta que no llevaba un calzado normal.

—Éstos son mis zapatos —respondió, y levantó un pie para que pudiera ver la delgada suela de cuero en la parte inferior del calcetín de lana.

—Ingenioso.

Danny se sonrojó ligeramente, pero sólo porque se sentía orgullosa de su improvisado calzado. Se lo había confeccionado ella misma. Tenía un par de zapatos normales, porque andar con lo que parecían únicamente sus calcetines habría suscitado demasiados comentarios durante el día. Sólo usaba las suelas para trabajar.

—¿Te importa que los vea más de cerca? —preguntó él.

Danny se apresuró a recoger los pies debajo del asiento, tan lejos como pudo, y le dirigió una mirada rebelde. Malory se limitó encogerse de hombros.

Luego la dejó atónita cuando agregó:

—Eres mucho más listo de lo que me había imaginado. Menuda historia improvisaste allí. ¿De modo que lord Carryway? —dijo soltando una risita.

Danny se encogió de hombros.

—El nombre encajaba.

—Supongo —admitió él, pero aún no había saciado su curiosidad—. ¿Ocurre a menudo que te sorprenden y tienes que recurrir a la labia para salir del embrollo?

—No. Nunca me han «pillao», ni una sola vez... hasta esta noche. Dos veces en una noche, y las dos por tu culpa.

Malory tosió. Pero para evitar lanzarse mutuamente la culpa, mencionó aquello que tenía realmente en la cabeza. Dio unos golpecitos al collar y la pulsera que estaban junto a él en el asiento y dijo:

—Quisiera devolver estos dos objetos a sus dueños legítimos, de forma anónima, por supuesto. —Se aclaró la voz y pareció manifiestamente incómodo al añadir—: ¿Te importaría, jovenzuelo?

—¿Por qué debería importarme?

—Porque este montón es tuyo.

Danny resopló. Ya había decidido que no quería nada de aquel botín. Tenía demasiado fresca en la mente su propia imagen siendo capturada y colgada. Pero el hecho de que aquellas joyas hubieran sido robadas en dos ocasiones hacía que implicaran todavía más riesgos y así lo manifestó.

—Una cosa es deshacerse de objetos cuando se afanan por primera vez; es sólo cuestión de ser rápido. Pero intentar colar objetos que otro ha robado antes es arriesgarse a que te cojan. Alguien estará buscando ya parte de esas joyas, si no todas. Antes que tocarlas las tiraría por la ventana.

Él sacudió la cabeza.

—Ni hablar. Te prometimos una fortuna en...

—Olvídalo, amigo. Si quiero algo de ti, ya te enterarás.

Oh, Dios, él volvió a mirarla de repente con ojos sensuales, encendiendo su deseo, derritiéndola por dentro. Si ella dijera algo más en aquel momento, sería un completo galimatías. ¿Cómo podía él hacer eso con sólo una mirada? ¿Y qué había dicho ella para hacerle cambiar de expresión de ese modo? ¿La mención de «quiero»? Eso significaría que sabía que era una mujer. Pero no podía saberlo. Nadie lo sabía. Y no había podido adivinarlo. Danny ya ni siquiera sabía actuar como una mujer, después de tanto tiempo representando si¡ papel masculino, y no había cometido ningún error para delatarse.

Él la sacó del apuro enfriando su mirada carnal. ¿Lo hizo porque

notó el desconcierto de ella? Cogió el fajo de billetes, lo recorrió brevemente con el pulgar y lo lanzó al asiento de Danny.

—Aquí no hay más de cien libras, pero bastará por ahora.

¿Por qué hablaba como si su relación fuera a continuar?

—Es más de lo que he visto de una sola vez, o dos, o más -se apresuró a asegurarle ella—. Ya me basta.

Malory se limitó a sonreír. Ella volvió a mirar a través de la ventanilla. Abrió los ojos como platos al ver las calles y casas de Londres.

No fue capaz de reconocer nada, pero dijo en un tono de cierta desesperación:

—Puedes dejarme aquí, amigo. Ya encontraré el camino...

—Ni hablar, muchacho. Te llevaré hasta la puerta de tu casa y daré las explicaciones necesarias para sacarte del apuro que mencionaste. Antes dejaremos a Percy. No tardaremos nada.

¿Y quedarse a solas con él y con aquellos condenados ojos que la desnudaban? No quería arriesgarse a tal cosa.

—He exagerado —mintió—. Este dinero compensará de sobra el tiempo que me he pasado fuera de casa.

—Insisto—dijo él, sin tragarse su mentira—. Sería incapaz de dormir si pensara que este desagradable asunto iba a acarrearte perjuicios.

—¿Y qué me importa que no puedas dormir? —replicó Danny groseramente—. Lo que para ti es un favor para mí es un problema; no me hagas ningún favor más. Tendría todavía más problemas si te enseñase dónde viven mis amigos. Despertar en un callejón después de recibir una soberana paliza sería salir bien librado.

—¿Crees que te pegarán por...?

— A mí no —le interrumpió bruscamente.

Malory soltó una risita.

—Muy bien, ya lo he entendido. Pero te acompañaré hasta esa taberna. Es lo menos que puedo hacer.

Danny no creía que él se conformara con eso después de haber llegado tan lejos, por lo que no tuvo más remedio que decir:

—No, no quiero.

—No te estaba pidiendo permiso, querido muchacho.

Danny abrió la boca para soltar un comentario de lo más soez, pero como no le servía de nada, decidió reservar sus energías para lo que le esperaba a continuación.

7

Danny tuvo que esperar mucho tiempo a que el ricachón le quitara los ojos de encima para pasar a la acción. Cuando finalmente él dejó de mirarla, no se lo pensó dos veces: se abalanzó contra la portezuela del coche, se apeó y salió corriendo calle abajo.

Resultó muy fácil, como se había imaginado que sería, aunque no había calculado lo mucho que debería agachar la cabeza para pasar por la portezuela. No habiendo viajado en coche a menudo, y nunca en uno tan elegante como ése, no había tenido en cuenta su estatura superior a la media. De modo que al saltar por la portezuela del vehículo se golpeó la cabeza. Tuvo suerte de que sólo se le cayera el sombrero y el topetazo no la dejara inconsciente.

Había perdido el sombrero. Le tenía mucho cariño porque lo había ganado en una pelea callejera. Le daba cierto «garbo» que le encantaba, probablemente porque satisfacía su vanidad femenina. Pero ahora había desaparecido, olvidado en el suelo del coche del señorón, y por nada del mundo iba a arriesgarse a encontrarse de nuevo el joven lord para recuperarlo.

No aflojó el paso, no necesitaba hacerlo porque aún no había perdido el aliento. Pero una travesía más adelante pensó que era mejor dejar de correr antes de que se agotara. Cuando empezaba a aminorar la marcha, oyó que alguien corría tras ella. Volvió la vista y emprendió una veloz carrera.

No podía creerlo. ¡El condenado rico la perseguía! Y no sólo un corto trecho. Debería haberse rendido después de la primera travesía pero no lo hizo.

La cosa no tenía sentido, puesto que habían terminado su negocio. Ella había hecho lo que ellos querían y ellos la habían traído de vuelta a Londres. ¿Por qué diablos se obstinaba en desviarse de su camino para acercarla a su casa cuando era evidente que ella no quería que la llevara más lejos?

Había recorrido ya tres malditas manzanas y él seguía sin detenerse. Danny empezaba a quedarse sin resuello. Él tenía las piernas más largas. Se le acercaba poco a poco. Danny estuvo a punto de rendirse, pero al doblar una esquina vio un carruaje que se acercaba. Aprovechando los pocos segundos que estuvo fuera de la visión de Malory, se lanzó bajo el carruaje, se agarró con pies y manos al armazón y se pegó cuanto pudo al chasis para mantenerse lejos del suelo; en esta postura esperó hasta que vio pasar las piernas de su perseguidor.

Apretada contra los bajos del coche, se mantuvo fuera de la vista de Malory. Éste siguió corriendo, pero ahora en dirección contraria, lo que permitió a Danny dejarse caer al suelo cuando el carruaje dobló otra esquina.

Estaba todavía sin aliento, con el corazón acelerado, aún más hambrienta y a punto de desplomarse de puro agotamiento. De no haber creído que retrasar el regreso a casa empeoraría todavía más su situación, habría buscado un callejón en el que acurrucarse y pasarse el día durmiendo.

Se había perdido, naturalmente, en una zona de la ciudad en la que no había estado nunca. Y llamaba demasiado la atención. Sin el sombrero para ocultar el color rubio albino de su pelo, su melena rizada era como un señuelo, sobre todo en contraste con la chaqueta de terciopelo verde oscuro. Llamaba la atención allí por donde pasaba, haciendola sentirse más incómoda de lo que estaba dispuesta a admitir.

Tardó otra hora en dar con una referencia conocida gracias a la cual dejó de caminar sin rumbo y echó a andar en la dirección correcta. Tardó una hora y media en llegar finalmente a casa a paso lento, cansada y dolorida.

Pero seguía teniendo la sensación de que alguien la seguía. Sabía perfectamente que había despistado a Malory, de modo que no podía tratarse de él. Cada vez que volvía la vista atrás, no veía más que a otras personas que se dirigían a sus quehaceres. Sin embargo, pasaba ante muchos callejones en los que cualquiera que la siguiera podía esconderse y espiarla desde allí. Finalmente llegó a la conclusión de que estaba siendo estúpida, que su agotamiento y su calenturienta imaginación la estaban engañando.

Y estaba preocupada. Ésa era probablemente la razón principal de que estuviera nerviosa y se imaginara cosas. Se sentía cada vez peor a medida que se acercaba a su casa, porque no sabía si seguiría teniendo un hogar a partir de ese día.

Tyrus Dyer no daba crédito a lo que habían visto sus ojos. O estaba perdiendo el juicio, porque sabía que aquella mujer no podía haber obviado el paso de los años para parecer tan joven como antes, o veía a la chica que en teoría estaba muerta. Tenía que ser una cosa u otra, y como no creía estar perdiendo el juicio resultaba evidente que la muchacha no había muerto. Y había crecido hasta llegar a convertirse en la viva imagen de su madre.

Tyrus había sido contratado para asesinarla, a ella y a su padre. Eliminar al hombre había resultado sencillo. Ocuparse de la niña habría tenido que ser aún más fácil. Pero tenía una niñera que la custodiaba, y esa mujer había luchado como gato panza arriba. Aunque él estaba seguro de que la había herido de muerte, ¡la niñera incluso le había arrebatado la cachiporra y le había golpeado con ella! No estuvo inconsciente mucho rato, pero sí lo suficiente para que la niñera sacara a la pequeña de la casa y la escondiera en alguna parte.

Como no pudo encontrar a la chiquilla pensó que se había acurrucado en algún escondrijo esperando la muerte, y que su cuerpo no llegó a descubrirse. Pero eso no satisfizo a su cliente. Había en juego dinero, mucho dinero, y aquel tipo se enfureció tanto por la incompetencia de Tyrus que no sólo se negó a pagarle, sino que in-

cluso trató de matarle. Pero Tyrus, que se lo veía venir, consiguió esquivar los disparos y escapar.

Durante los años siguientes, el propio Tyrus había estado furioso.- Había hecho la mitad del trabajo. Pero después la suerte le fue tan esquiva, que creyó que ese trabajo sin concluir le había echado mal de ojo . Fuera cual fuese la tarea que le encomendaban, la hacía chapuceramente. Como consecuencia de ello, le habían despedido tantas veces que ya había perdido la cuenta.

Pero su mala suerte acababa de manifestarse. Ya no era ilusoria. Era tangible. Sin embargo, ahora disponía de los medios necesarios para deshacerse de ella. Debía meditarlo bien. No quería precipitarse y fallar otra vez. Sabía dónde vivía la chica. Escondida en los barrios bajos durante todos aquellos años, ¡quién lo hubiera dicho! Él iría a buscarla.

8

Era esperar demasiado que Dagger no estuviera despierto. Hacía ya un rato que había salido el sol. Dagger estaba sentado a la mesa de la cocina, tomando una taza de té que Nan le había preparado. Seis de los chicos estaban en la sala principal, además de otros dos que dormían allí. Todos vieron cómo Dagger la miraba a través de la puerta en forma de arco que daba a la cocina y empezaron a abandonar la casa.

Danny entró en la cocina y se dejó caer en el asiento situado frente a Dagger.

Era un hombre poco atractivo, y además la larga cicatriz de la barbilla y la más corta que tenía bajo el ojo izquierdo le conferían un aspecto malvado. Su pelo, largo y castaño, estaba enmarañado y tenía los ojos enrojecidos. Parecía demacrado en aquel momento. De hecho, parecía tan cansado como ella. Danny adivinó entonces que no había dormido nada, que se había pasado la noche en blanco esperando su regreso. Pero no porque estuviera preocupado por ella. No, al no regresar cuando debía, Danny le había proporcionado el pretexto que él andaba buscando para librarse de ella. No era un hombre estúpido. De haberlo sido, Danny habría podido engañarlo.

Estaba demasiado cansada para mentir sobre lo sucedido. Sería un error intentarlo. Pero antes de que Dagger pudiera decir nada, se sacó el fajo de billetes del bolsillo y lo tiró sobre la mesa. Ningún miembro de la pandilla había traído nunca tanto dinero a casa. Cien libras era una verdadera fortuna para ellos. Danny confiaba en que eso sirviera para algo. No fue así. Dagger apenas miró el dinero. Y, demasiado tarde, ella se dio cuenta de que eso la acusaba de haber infringido las normas intencionadamente.

—Tienes que escucharme, Dagger —dijo—. Desde que me marché de aquí anoche me he visto forzada a hacer muchas cosas.

—Sé que te pillaron, pero también sé que no te han metido en chirona.

—Aun así fue una trampa. Querían un ladrón que les hiciera un trabajo.

—Sabías que no debías hacerlo. ¿Por qué no te negaste?

—¿Por qué crees que me sacaron de la taberna atado de manos y pies? —replicó ella.

—Pero no has estado atado todo el tiempo, ¿«verdá»? —dijo él, mirando fijamente el dinero que había sobre la mesa—. Habrías podido escaparte más pronto.

Eso era cierto. Danny explicó con voz cansada:

—Me habría perdido en el campo sin saber cómo encontrar el

camino de vuelta a Londres.

—¡Has salido de Londres!

Ella se estremeció al oír ese grito.

—Por eso no he intentado escapar más pronto. —No había estado nunca fuera de Londres—. Seguramente habría tardado una semana en volver a casa. Pero me prometieron que me traerían de vuelta después de robar al lord.

—¡Un lord! —Ese grito fue todavía más fuerte que el anterior—. Y supongo que lo has hecho en su maldita casa, además...

Danny habría podido mentir al respecto, debería haber mentido. A fin de cuentas, ésa era la primera regla. Pero, a juzgar por las preguntas que él le estaba haciendo, sabía que fuera cual fuese su respuesta, estaba perdida.

—Recoge tus cosas y vete. Ya no vas a infringir ninguna regla más.

Danny no movió ni un músculo. Sabía que oiría eso, que dijera lo que dijese ella, iba a oírlo. Pero no esperaba sentir aquella opresión en el pecho ni la emoción que le obstruía la garganta. Dagger había sido su «familia» durante quince años. Lo que más daño le hacía era que quisiera perderla de vista.

No iba a llorar. Se suponía que no era una mujer, y había dejado de ser un niño. Se suponía que era un hombre, de modo que no podía llorar. Con todo, era incapaz de contener el llanto, por lo que se levantó velozmente de la mesa antes de que Dagger notara que se le humedecían los ojos.

Fue directamente a su jergón, en el suelo de la sala principal. Era suyo. Lo enrollaría y se lo llevaría, aunque no podía imaginarse dónde lo extendería a partir de entonces. Junto a él estaba su ropa, en un hatillo no muy grande. La indumentaria que llevaba era su preferida, de modo que la usaba a diario, y sólo cuando la lavaba se ponía la de recambio. Su mascota estaba dentro de su cajita. La metió dentro del hatillo para transportarla más fácilmente.

Los dos niños que todavía dormían se habían incorporado en sus jergones, y lloraban a lágrima viva. Danny se detuvo para abrazarles. Normalmente habría tratado de animarles, pero no le salían las palabras ni podía tragarse el nudo que tenía en la garganta, de modo que no dijo nada.

Cuando abrió la puerta se encontró con los demás niños puestos en fila; la mayoría de ellos también lloraban. Habían estando escuchando detrás de la puerta y sabían que no volverían a verla. A Danny se le partía el corazón. Ella había sido su héroe durante mucho tiempo. Probablemente la seguirían si se lo pidiera. Pero no podía hacerle eso a Dagger, por más cruelmente que la hubiese tratado. Los chicos eran todo lo que Dagger tenía. Se apartó de ellos y se encaminó hacia la calle.

Irónicamente, había querido marcharse hacía años, encontrar un empleo de verdad, un trabajo respetable para no tener que volver a robar. Dagger la estaba obligando a realizar ese sueño antes de lo que

esperaba. Danny confiaba en poder agradecérselo algún día, que su dolor no durara demasiado.

Pero el hecho de que tiempo atrás había deseado marcharse no mitigaba su dolor. Habría querido irse por las buenas, poder volver de visita y quizás ayudar a los demás chicos a encontrar también un empleo honrado.

—¡Danny!

Se volvió, asombrada, y vio que Dagger se acercaba resueltamente por la calle hacia ella. Su dolor cesó de inmediato. En el fondo él sabía que no podía hacerle eso. Sólo había querido asustarla, para que dejase de infringir las reglas y diera buen ejemplo a los demás chicos.

Cuando Dagger llegó junto a ella, Danny vio que su expresión o era para nada conciliadora. Su breve resquicio de esperanza se esfumó. Él seguía enfadado. De hecho, no le había visto nunca tan irritado.

—¿Quieres saber por qué, Danny? —le musitó—. Eres demasiado guapo «pa» ser un hombre. Me he dado cuenta de que te deseo y eso me da tanto asco que a «veses» no puedo pensar. Pero te mataría antes que tocarte, así que lo mejor es deshacerme de ti, ¿no te parece? Saldrás adelante. No lo dudo. Te he enseñado bien. Pero lo harás en otro sitio. Ahora vete antes de que cambie de parecer y al final acabemos arrepintiéndonos los dos.

Ella habría podido decirle entonces que no debía estar enojado consigo mismo por desearla. A fin de cuentas era una chica. Pero esa confesión probablemente provocaría un ataque de furia nunca visto, por haberles engañado deliberadamente durante todos aquellos años. Y además, Dagger acababa de reconocer que la deseaba. Si supiera que en realidad era una mujer, la querría tener en su cama durante un rato y luego probablemente la obligaría a prostituirse... o ambas cosas. ¿Y por qué había ocultado ella su sexo durante quince años si no era para evitar ese destino?

Danny se giró y se alejó antes de decir algo de lo cual ella se arrepentiría... y se tropezó con Lucy en la siguiente esquina.

—¡Caray! ¿Dónde has estado, Danny? Te he andado buscando por todas... ¿Qué pasa?

Esta última pregunta la destrozó. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Habría podido dominarse, marcharse sin deshacerse en llanto si no se hubiera encontrado con Lucy. Con la querida Lucy, su hermana, su madre, su única amiga...

—Lo ha hecho, ¿verdad? —adivinó Lucy de inmediato—. ¿Te ha echado? —Al ver que Danny asentía, agregó—: Ay, cariño, no te lo tomes tan a pecho. ¿Sabes?, es tu oportunidad para hacer algo sensato con tu vida. Hablaste de encontrar marido, tener hijos, criarlos como Dios manda. Querías hacerlo, pero no podías empezar estando todavía aquí.

—Ya lo sé —replicó Danny, consiguiendo a duras penas que su voz atravesara el nudo que tenía en la garganta.

—Entonces anímate, ¿eh?

Mientras decía esto, también a Lucy se le caían las lágrimas. Se volvió de espaldas a Danny, como si así pudiera ocultar la emoción que la agitaba.

—Te daré noticias mías cuando me instale —prometió Danny.

—Más te vale. Estaré muy preocupada hasta entonces. Ahora vete. Éste es un buen día para ti, querida. Tienes que creerlo.

Danny intentó con todas sus fuerzas sentir ese optimismo, pero no pudo. Empezó a alejarse precipitadamente de Lucy. Esa despedida era mucho más dolorosa de lo que había podido imaginarse. Pero su amiga la cogió por el hombro, reteniéndola un último momento.

—Sé tú misma, pequeña Danny —susurró Lucy entre lágrimas, mientras la abrazaba con fuerza—. Ha llegado la hora. Sé tú misma, y todo irá bien.

9

—Tengo un paquete que entregar a un tal lord Malory. ¿Sabe donde puedo encontrarle?

—He oído decir que una familia Malory vive en Grosvenor Square.

—¿Dónde cae eso?

—Eres nuevo en la ciudad, ¿no?

—¿Tanto se me nota?

Una risa sofocada.

—Encontrarás Grosvenor al norte de aquí. Al final de la manzana, tuerce a la derecha y sigue recto hasta llegar a las casas de postín.

Tener la dirección la habría ayudado, o tal vez no. Danny necesitaba un plano y no sabía dónde conseguirlo, y por otra parte tampoco sabría leerlo. Una dirección la habría ayudado sólo si hubiera podido permitirse pagar un taxi, pero no podía.

Estaba tan fuera de su elemento que su situación resultaba patética. Notaba claramente la desventaja de su falta de educación. Se habría rendido si su rabia no la espoleara.

Había encontrado un callejón tranquilo en el que pasarse el día durmiendo, pero de hecho su sueño no duró mucho. El hambre la despertó mucho antes de lo que hubiese querido, produciéndole un dolor de cabeza que incrementó sus ya numerosos pesares.

Tenía que encontrar un trabajo enseguida. Si debía recurrir a robar para poder comer, no estaría mejor que antes. Tenía ante sí una oportunidad de mejorar, no de caer de nuevo en la golfería y en los antiguos hábitos. Pero no iba a ser fácil. Lo sabía porque ya lo había intentado anteriormente.

Lucy solía encubrir su ausencia cuando Danny salía a buscar un empleo respetable. La dificultad siempre estribaba en su aspecto y la falta de una educación básica. Para optar a un trabajo masculino que no requería saber leer y escribir se necesitaba tener músculos, que no era su caso. Para aspirar a un empleo femenino requería vestir ropa de mujer, que no tenía. Y aunque consiguiera un trabajo cualquiera, necesitaría un techo sobre su cabeza y algunas monedas en el bolsillo para sobrevivir hasta su primera paga.

Hubo un momento en el que creyó tener el problema resuelto. Un empleo de criada solía incluir casa y comida, lo que era ideal para alguien que empezaba sin un centavo. Tomó prestado uno de los vestidos de Lucy para acudir a la entrevista y se puso contentísima por haber sido contratada... para sólo dos horas. El mayordomo le había dado el trabajo únicamente porque su aspecto le fascinó. Pero tan pronto como la vio el ama de llaves, fue despedida. Era una familia de clase media que trataba de ascender en el escalafón social, lo cual

significaba que buscaba sirvientes con categoría, o por lo menos que no parecieran maleantes ni prostitutas.

Danny se sintió tan decepcionada y desanimada por esa experiencia, que dejó de buscar un trabajo decente durante mucho tiempo. Cuando empezó a buscarlo de nuevo, sencillamente no tuvo suerte.

Al recordar sus muchos fracasos se enfadaba. La verdad era que sólo buscaba un empleo esporádicamente, unas cuatro o cinco veces al año. No lo hacía a diario porque en realidad no estaba dispuesta a salir sola, a estar sola. Pero ahora ya no tenía más remedio, y no podía permitirse el lujo de tomarse su tiempo. Debía encontrar un trabajo inmediatamente, ese mismo día. Y debía conseguir algo de comida cuanto antes. Maldecirse por no haberse quedado al menos con algunos de los billetes que Malory le había dado, en lugar de entregar todo el fajo a Dagger, no le llenaba el estómago.

No le gustaba estar sola. Lo estaba comprobando de primera mano, pero ya lo sabía de antemano. Se había criado en una casa repleta de niños. Quería vivir de nuevo, pero esta vez con sus propios hijos, para criarlos como era debido. Necesitaba un marido que la ayudara a hacerlo, un buen hombre, con un trabajo respetable. Ése había sido su objetivo durante mucho tiempo, pero nunca se había parado a planteárselo en serio mientras llevaba la vida de un muchacho.

Sin embargo, no iba a encontrar un marido a la vuelta de la esquina. Y comer era una necesidad, lo cual implicaba que debía conseguir antes un empleo. Entonces podría empezar a buscar un marido con el que fundar una familia.

Tuvo suerte con la comida. Descubrió que una de las sortijas del alijo de Heddings se había escurrido a través del agujerito que había el bolsillo de su chaqueta al interior de la funda. No podía venderla por los medios habituales, pues podía tratarse de uno de los objetos robados que la policía buscaba. Pero recordó que, muchos años atrás, la señorita Jane había vendido un anillo para comprar comida.

No había pensado en la señorita Jane durante años, por lo menos desde que se acabaron las pesadillas. No sabía por qué habían cesado. La habían atormentado desde la época que era capaz de recordar, que fue el corto espacio de tiempo que pasó con la señorita Jane. Y por lo general siempre era la misma pesadilla, repleta de sangre y gritos, hasta que un garrote caía sobre su cabeza y se terminaba.

Un sueño que por desgracia tenía muy raramente era muy bonito y le dejaba una sensación cálida y agradable. Soñaba con una mujer joven, a la que no conocía, pero que tenía el pelo de un rubio muy claro como el suyo, aunque lo llevaba peinado en ese estilo complicado que sólo había visto lucir a las damas. Era una mujer bonita, vestida con elegancia, y parecía un ángel andando sobre un campo lleno de flores.

Lucy le comentaba que el sueño del ángel era en realidad que un ángel la llamaba, porque se suponía que Danny tendría que haber muerto muchos años antes, aunque seguía viva. Desde luego, Lucy era muy imaginativa. Pero Danny lo había sido mucho más, al pensar que

aquella hermosa dama podría ser ella misma, una imagen a la que podía aspirar. Ese sueño le daba esperanza.

Ahora necesitaba esperanza, y mucha más. La venta del anillo 1e había reportado menos de una libra. Muy decepcionante, pero fue lo mejor que pudo conseguir de un perfecto desconocido que parecía sólo deseoso de aprovechar una ganga.

Su desventura se debía por completo a aquel joven lord. Si no hubiera sido tan despótico, si se hubiera limitado a aceptar su negativa y hubiera buscado en su lugar a alguien que estuviera encantado de hacer lo que él quería, ahora ella no estaría preocupándose por cuándo volvería a comer.

Ese lord había contraído una deuda con ella. Y si no se la pagaba, Danny informaría a lord Heddings de adónde habían ido a parar sus joyas robadas. Bueno, en realidad no llegaría a tanto, pero Malory entendería el mensaje.

Terminó el ágape que había pedido en un buen restaurante y dio las gracias al camarero por la comida y sus indicaciones. No le vio fruncir el ceño. Pero, de haberlo visto, no habría sabido que se debía a que no le había dejado propina. Dicen que la ignorancia puede ser beneficiosa, pero en este caso, el camarero se enojó tanto que no quiso dejarla en la inopia. La siguió afuera y le gritó:

—¡Ruin hijo de puta! ¡Encima que te he dado indicaciones, sin tener ninguna obligación de hacerlo!

Danny se volvió y se dio cuenta de que le gritaba a ella, aunque no podía entender por qué.

—¿De qué hablas, eh? ¡He pagado por la maldita comida!

—¡Eso demuestra lo estúpido que eres! ¿Acaso crees que el servicio es gratuito? No debería haber permitido que gentuza como tú entrara por esa puerta.

¿Gentuza como ella? Eso le dolió y la hizo sonrojarse. Había elegido el primer restaurante que encontró, sin pensar que se hallaba en una zona comercial opulenta, con gente bien vestida por todas partes. Los gritos del camarero estaban atrayendo una multitud de curiosos. Y ahora oía otros murmullos indignados.

—Un ladrón, seguro.

—Mírense los bolsillos por si ha estado actuando en esta zona.

—Mejor sería mirar en sus bolsillos.

—Lo único que quería era comer algo —se apresuró a decir Danny al camarero—. Lo he pagado. Si no he pagado bastante, podrías haberlo dicho. No tenías que insultarme.

El tipo pareció darse cuenta de que su reacción había sido exagerada. Pero ahora se habían congregado muchos de sus clientes habituales, de modo que no podía retractarse y disculparse.

—Márchate y no vuelvas por aquí —le dijo—. Ésta es una zona respetable. Vuelve a los barrios bajos de donde has salido.

10

Danny se alejó del restaurante tratando de mantener la cabeza erguida, aunque le costó hasta el último gramo de su voluntad conseguirlo. Le hubiera gustado echar a correr, sentía un impulso abrumador de hacerlo, pero no dudaba que alguien intentaría detenerla, porque correr la haría parecer culpable. No considerarían que sólo deseaba encontrar un agujero profundo en el que esconderse y llorar, de tan desconsolada y avergonzada como se sentía.

Ya había sido objeto de esa clase de desprecio anteriormente, cuando había estado buscando trabajo. No debería haber dejado que la afectara tanto. Simplemente indicaba lo difícil que iba a resultar encontrar un empleo decente.

Tardó un rato en digerir su agravio. Cuando finalmente lo consiguió, la invadió cierto desasosiego, porque por segunda vez en dos días tenía la sensación de que alguien la observaba, la seguía. En esta ocasión era probablemente un miembro de la multitud congregada delante del restaurante, que se cercioraba de que se marchaba de su barrio.

Pero cuando se volvió a mirar, no vio nada fuera de lo común, por lo menos no cerca de ella. Un tipo de aspecto altivo entrando en un bloque de oficinas. Un repartidor. Una dama seguida de una criada cargada con paquetes, algunas parejas paseando cogidas del brazo y docenas de personas más ocupándose de sus quehaceres. Recorrió dos manzanas sin que se disipara la impresión de que la seguían, pero cada vez que miraba por encima del hombro no lograba imaginarse quién podía ser. Había demasiada gente en la calle en aquel sector de la ciudad.

Finalmente se escabulló al interior de un comercio, lo atravesó corriendo hasta meterse en la trastienda y, a pesar de los gritos de protesta de los empleados, salió por la puerta de atrás. Durante los diez minutos siguientes no dejó de correr. Desanduvo el camino, pasó través de otros edificios y, por fin, aquella sensación se esfumó. Si alguien la había estado siguiendo, ahora creía haberle despistado. Había un largo trecho hasta Grosvenor Square, de modo que anocheció antes de que llegara allí. Y por el camino no vio ni un solo callejón acogedor. Pero sí pasó por varios parques, muchos parques, algunos de ellos tan extensos que Danny temió haber salido de la ciudad por descuido. Por último se acurrucó entre unos arbustos para esperar a que llegara el día y poder orientarse. Al amanecer sintió otra vez la punzada del hambre, y eso la enfureció aún más. Pero se olvidó de todo cuando miró a su alrededor y reconoció el parque en el que se hallaba, aunque no recordaba haber estado nunca en aquella zona de la ciudad. Apenas había visto nada la pasada noche, debido a la oscuridad. Pero por la mañana distinguió bancos que flanqueaban el camino, el gigantesco y viejo roble que daba sombra, una niña que

corría por entre una bandada de palomas para espantarlas, riendo con regocijo. Danny parpadeó y la niña desapareció, porque no era real. ¡Se trataba de un recuerdo!

Danny se sentó en el suelo, impresionada. Era el primer recuerdo de su pasado que acudía a su memoria, y seguramente era debido a que estaba en un lugar que debió de haber visitado siendo niña. ¿Habían residido sus padres en aquel sector de Londres, o sólo estuvieron de paso? Había existido un hotel a un costado del parque, así como un barrio de clase media, aunque vio más viviendas elegantes al otro lado cuando fue en esa dirección.

Trató de recordar más, de reconocer varias cosas, pero nada le traía otros recuerdos, y el esfuerzo hacía que le doliera la cabeza. No, era el hambre otra vez. Así que se apresuró, tuvo que pedir indicaciones a algunos desconocidos y finalmente llegó a la casa de Malory hacia media mañana.

¡Era una condenada mansión! Estaba aislada y vallada, incluso tenía césped a todo su alrededor, hermosas flores y arbustos. No era como se esperaba. Le daba tanto reparo acceder a una casa como ésa, sobre todo después de lo sucedido la víspera en el restaurante, que se quedó esperando que alguien con aspecto de criado saliera de la mansión. Finalmente lo hizo una joven ataviada con un uniforme de criada; bueno, no era exactamente un uniforme, pero tampoco un vestido elegante, de modo que Danny aprovechó la ocasión para llamarla.

—Buenos días, señora. ¿Vive aquí el apuesto Malory?

—Ésa sí que es buena, querido —replicó la mujer en tono amistoso—. Todos son apuestos.

—¿Cuántos Malory viven aquí?

—En esta casa, tres.

—Con el cabello oscuro y...

—No, aquí vive el conde con sus dos hijos, pero ninguno tiene el pelo oscuro. Debes de referirte a su hermano, sir Anthony. Vive en Piccadilly. O puede que hables de su sobrino Jeremy. Esos dos señores tienen el pelo oscuro.

—Tengo este paquete «pa» darle —dijo Danny, golpeando suavemente la caja de su mascota, la mejor excusa que había podido encontrar para entrevistarse con Malory—. El que ha hecho el pedido era un joven lord, de unos veinticinco años.

—Entonces tiene que ser Jeremy Malory. Vive con su padre en Berkeley Square.

Danny se sonrojó y se obligó a mentir de nuevo para pedir indicaciones.

—Soy nuevo en la ciudad. ¿Puede decirme cómo se llega a Berkeley?

La mujer lo hizo, y no le llevó mucho tiempo dar con la plaza, que a aquella hora de la mañana estaba abarrotada de peatones y también

de cocheros que, de pie junto a la acera, aguardaban a que sus amos salieran de sus elegantes casas. Así pues, le resultó fácil que le indicaran la dirección que buscaba. No era una mansión tan imponente como la anterior. Danny sabía, por sus experiencias anteriores buscando empleo, que debía dirigirse a la puerta del servicio.

Pero luego empezó a sospechar que no era ése su día de suerte ya no vivía allí, se había mudado la semana anterior a su propia residencia en Park Lane, cerca de la casa de su primo. A Danny le importó muy poco la información suplementaria que la simpática ayudanta de cocina le suministró mientras hacía todo lo posible por coquetear con ella.

Más indicaciones, más andar. ¡Diablos! No había caminado tanto en su vida. Pero finalmente llegó a una hermosa calle, por lo menos eso le pareció, porque bordeaba un parque muy florido. Pero a pesar que se había apresurado mucho, transcurrió otra hora hasta que dio con alguien que supo señalarle la casa exacta. Como Malory acababa de mudarse allí, la mayoría de criados que pasaban por allí ignoraban cuál era su domicilio.

Después de tanto deambular, Danny no se esperaba encontrar a Malory en casa. Dada la suerte que había tenido hasta entonces, le pareció extraño no tener que aguardar al día siguiente o al otro, lo que supondría una o dos noches más durmiendo en un parque, que por lo menos había uno cerca. Mientras no albergara demasiadas esperanzas, podría mantener a raya su rabia. Pero el joven lord iba recibir un buen rapapolvo en cuanto ella pudiera ponerle la vista encima.

11

¡Él estaba en casa! Y no sólo eso, sino que además le franquearon la puerta principal.

Lo hizo una muchacha que tendría su misma edad. Un poco rellenita, de pelo castaño sin brillo, apenas miró a Danny y se limitó a decir:

—Espera aquí, y no toques nada si sabes qué es lo que te conviene.

Luego subió por una escalera y desapareció.

Danny esperó allí nerviosa, todavía asombrada de haber entrado por esa puerta. Se pasó una mano por la rizada cabellera para arreglarse el peinado. Lucy siempre le cortaba el pelo cuando estaban solas. Pero no era demasiado hábil con las tijeras, de modo que solía dejárselo bien corto con mechones desiguales. Pero eso a Danny no le preocupaba, porque apenas se le veía cuando llevaba el sombrero, que ahora echaba mucho de menos.

No tocaría nada. Ni siquiera quería mirar nada, por lo nerviosa que estaba de repente. No había sido una buena idea. ¿Acaso no había llegado a la conclusión, cuando estuvo en su compañía que Malory era peligroso para ella? Su rabia le había hecho olvidarlo, pero ahora su nerviosismo se encargaba de recordárselo.

Se volvió para marcharse, la opción más sensata. Pero la detuvo el espejo situado en la pared contigua a la puerta. No era muy grande, colgaba sobre una mesa estrecha en la que no había más que una bandeja con dos tarjetas. Su propia imagen la había paralizado... y la fascinaba.

Rara vez se había mirado en un espejo. En las casas que Dagger alquilaba no había ninguno. Tampoco los había en las habitaciones de ese viejo hostal en las que ella robaba, o por lo menos no los había visto en la oscuridad. Éste la reflejaba de cintura para arriba y, sin el gallardo sombrero masculino, mostraba lo bonita que era. Resultaba sorprendente que todavía la confundieran con un chico. Bueno, lo llano de su pecho probablemente contribuía a alimentar esa impresión.

Ése había sido uno de sus antiguos temores: desarrollar unos pechos muy grandes, como los tenían algunas mujeres, y no poder ocultarlos. Pero era afortunada. Sus senos eran de tamaño mediano y, gracias a Lucy, fáciles de disimular.

Había resultado fácil porque uno de los pocos clientes acomodados de Lucy se había dejado un corsé. Les divirtió pensar que los hombres usaran semejante prenda, pero entonces a Lucy se le ocurrió la idea de que podría serle práctico a Danny al cabo de pocos años, como así fue. El corsé debía llevarse ceñido a la cintura, pero Danny era lo bastante delgada para ajustárselo alrededor del pecho. Se lo ataba por

delante en lugar de por detrás, para poder ponérselo ella misma.

Era un artilugio rígido, pero de excelente calidad; el tejido que lo revestía era tan suave, que ella apenas notaba que lo llevaba puesto. Y, sin embargo, le aplastaba perfectamente los senos. Eso y la postura ligeramente desgarbada que adoptaba le bastaban para aparentar un pecho tan plano como el de cualquier varón.

El ruido de unos pasos que bajaban las escaleras recordó a Danny que había decidido no permanecer allí más tiempo y que se había entretenido demasiado contemplándose en el espejo. No se volvió para ver quién era y se apresuró a acercarse a la puerta y empuñar el pomo.

—¿Te vas? preguntó la muchacha—. Bien. De todos modos ahora no puede verte. Tiene la visita de una amiga suya. No les he oído llegar, pero tampoco suelo frecuentar esta parte de la casa. Estamos faltos de personal, de lo contrario no habría abierto la puerta.

Danny giró sobre sus talones. No tenía por qué enterarse de todo eso y supuso que la chica simplemente necesitaba quejarse a alguien. Había hablado en un tono francamente malhumorado.

—¿Eres la criada?

—No, todavía no tenemos criada, ni siquiera un lacayo que abra la puerta, y todavía menos mayordomo. Trabajo en la cocina. Más vale que te marches. Vuelve más tarde. Para entonces su amiga ya se habrá ido.

Danny se disponía a seguir su consejo cuando sintió el vacío de su estómago. ¿Deambular durante varias horas por ahí con hambre mientras Malory pasaba el tiempo en la cama en compañía de una dama? Ni hablar de ello.

—Esperaré aquí si no te molesta. Es importante que le vea lo antes posible.

—Como quieras. En ese caso podrías aguardar en el salón, que está allí. Pero no creo que encuentres dónde sentarte. Esta casa aún no está amueblada del todo.

La muchacha se alejó hacia la parte trasera de la mansión. Danny no se movió; todavía estaba sorprendida de las palabras que acababan de salir de su propia boca. ¡Era su antigua forma de hablar! Eran los modales que Lucy había insistido en que olvidara si quería sobrevivir en la pandilla. Y Danny había aprendido la jerga barriobajera de Lucy, la había captado tan bien que se no había expresado de otra forma durante todos aquellos años.

Ya no le parecía natural hablar de aquel modo. Ni siquiera sabía por qué. ¿Porque estaba en una casa elegante? ¿Porque había oído quejarse a una criada... con un lenguaje impecable? En todo caso, era evidente que su forma de expresarse había tranquilizado a la muchacha lo suficiente como para dejarla sola en el salón.

En cuanto a Malory, le concedería exactamente diez minutos para poner fin a su galanteo. Ya había padecido demasiada hambre durante los dos últimos días como para esperar más tiempo a ese lord joven y

despótico.

12

—Ha sido una grata sorpresa encontrarte esta mañana temprano —dijo Mary Cull mientras se recostaba en la mullida butaca situada junto a la cama de Jeremy—. No me lo esperaba. Creía e los jóvenes libertinos os pasabais todo el día durmiendo, puesto que estáis despiertos toda la noche en busca de diversión.

Jeremy sonrió a la mujer mientras se arrodillaba a sus pies para quitarle los zapatos. Mary era una viuda bastante joven, la más joven de las que había seducido hasta entonces. El viejo lord Cull había fallecido en su noche de bodas. La opinión general era que el anciano se había enfrentado a una empresa demasiado ardua para él.

Mary no era una belleza, pero sí bastante atractiva, con sus ojos azules y redondos y su pelo rubio oscuro. Y se había aficionado a las relaciones amorosas hasta el punto de que ahora recibía regularmente a una serie de caballeros en su casa. Jeremy no era uno sus , «habituales», aunque había sido invitado ya tres veces y se lo había pasado bien en cada ocasión. Ese día, cuando se encontró con la dama, se hallaban más cerca de su casa que de la de ella, y como Jeremy acababa de trasladarse, le vino de perlas la excusa de que quería mostrársela. Desde luego no se había parado a ver gran cosa de la casa, sino que habían subido directamente a su dormitorio.

—Esta mañana tenía unos asuntos que tratar con mi tío Edward —replicó Jeremy.

—¿Algo que ver con tu familia?

—No, en realidad he estado administrando algunas inversiones de la familia, incluida una mía.

Ella se sorprendió.

—¿Tú, metido en negocios? Debes de estar bromeando.

—En absoluto. He descubierto que me agrada el aspecto administrativo. Pero ni se me ha pasado por la cabeza probar suerte encontrando inversiones. Se lo dejamos a mi tío, que tiene un don para elegir sólo ganadores.

—Me sorprendes, Jeremy. Eres francamente el hombre más guapo de la ciudad, y lo sabes. Tu familia es extremadamente rica. Como muchos de tus iguales, no necesitas trabajar. ¿Por qué diablos tendrías que hacerlo?

—Muérdete la lengua, querida. Yo no lo considero «trabajo», sino algo que me gusta hacer. Es muy distinto, ¿no crees?

—No mucho. —Mary le sonrió—. Pero por mí puedes hacer cuanto se te antoje...

Era lo peor que se podía decir a un libertino como Jeremy Malory si sólo se quería entablar conversación. La expresión del joven se

volvió inmediatamente sensual, y empezó a levantarle la falda. Mary se estremeció. Pero cuando miró la cama, que constituía el destino deseado por ambos, frunció el ceño.

—Esta habitación parece... demasiado solteril. ¿Existe esa palabra, querido? No importa. —Suspiró—. Ojalá hubieras venido a mi casa. Me sentiría mucho más a gusto en mi dormitorio.

La falda subió hasta sus muslos mientras las manos de Malory proseguían su camino y atraían sus caderas hacia él, hasta que Mary quedó casi tendida en la butaca, con las piernas rodeándole la cintura.

—Imagínate que es tu cama.

Ella se echó a reír.

—No se parece en absoluto y lo sabes. ¿Dónde están las sábanas de satén, las almohadas mullidas, las cosas que te hacen desear quedarte en la cama? Ésta es una auténtica cama de soltero.

—Pero no sabrás lo cómoda que es hasta que te acuestes en ella, ¿sabes? Te prometo que no tendrás ninguna queja de mi cama.

Lo dijo con una voz tan insinuante, que Mary no pudo resistirse y le sujetó la cabeza para atraerla contra su pecho. Y fue entonces cuando llamaron a la puerta y alguien gritó:

—¡Ponte decente, amigo! Voy a entrar.

Al otro lado de la puerta Danny estaba furiosa. Había concedido a Malory unos diez minutos, tal vez veinte, aunque no tenía reloj para confirmarlo. Temía que fuera uno de esos «amantes» que Lucy tanto elogiaba, uno de esos que se pasaban todo el día con la mozuela que le hacía compañía, y no estaba dispuesta a esperar tanto tiempo. Así pues, finalmente había subido la escalera y había acercado el oído a cada puerta que encontró a su paso hasta que oyó voces.

No tuvo que golpear mucho el batiente hasta que éste se abrió de golpe. Malory estaba allí de pie, y su impaciencia cedió paso a la sorpresa al reconocerla.

—¿Tú?

—Sí, yo, has «acertao» —replicó ella, recuperando la jerga callejera en su indignación.

Al oírla Malory frunció el ceño.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Deshazte de esa mujer y luego hablaremos.

Malory parecía haberse olvidado de la dama que tenía detrás, mientras que ésta, ofendida por la palabra «mujer», se alisaba fríamente la falda al mismo tiempo que buscaba su bolsito con la vista.

Cuando lo encontró, lo cogió y se dirigió hacia la puerta. Jeremy se apresuró a decirle:

—No tienes por qué irte, Mary. Esto sólo me llevará un momento.

—No pasa nada, querido— respondió ella, y le acarició la mejilla para demostrarle que no estaba tan enfadada como para permitir que

su idilio terminara tan abruptamente—. Ven a visitarme más tarde, allí no nos molestará nadie.

Con una última mirada airada hacia Danny, la dama se marchó. El lord se mesó sus negros cabellos, frustrado, y volvió a entrar en la habitación. Se encaminó hacia la repisa de la chimenea, donde había una botella de brandy y dos copas. Danny lo siguió y se detuvo en seco al ver la cama. ¿Dónde estaba su sentido común? De todos los sitios, el último en el que debería entrar era su dormitorio.

—Te espero abajo —dijo, algo azorada, y se volvió hacia la puerta.

—Que te crees tú eso. —Al ver que estas palabras no la detenían, agregó—: No me obligues a agarrarte. Podría gustarme.

Eso sí la detuvo. Se quedó inmóvil como si se hubiera convertido en estatua de piedra. ¿Sería capaz de correr más que él?

Como si pudiera leer sus pensamientos, Malory le advirtió:

—Te alcanzaría antes de que pudieras llegar al pasillo. No lo dudes. Así pues, cierra la puerta y dime qué estás haciendo aquí.

Ella no estaba dispuesta a cerrar la puerta, pero se volvió para enfrentarse a él. Sin embargo, la exasperó comprobar que el joven lord no se había movido; de hecho, estaba apoyado en la pared junto a la repisa de la chimenea, con los brazos cruzados, en la misma postura relajada que había adoptado en la posada. Era un farsa, pues tanto entonces como ahora se mantenía en tensión.

La miró arqueando una de sus negras cejas.

—¿Y bien? Dudo que hayas venido para robarme. No habrías llamado a la puerta. ¿O tal vez sí? ¿Tan eficiente te crees?

Danny sintió que se ruborizaba, pero al mismo tiempo regresó parte de su ira, que le confirió el valor suficiente para decir:

—He dejado de robar. Me han echado, gracias a ti y a tu maldito despotismo.

—¿De veras? Vaya, es una lástima. Ya lo creo que sí.

Su expresión no mostraba ni una pizca de compasión que respaldara su comentario. ¡Incluso sonrió! Y esa sonrisa fue un golpe bajo para ella, hizo que le diera un vuelco el corazón y que sus ojos quedasen tan hipnotizados que sus pensamientos se dispersaron. ¿Cómo iba a reprenderle si su mente no funcionaba en su presencia?

—Debiste dejar que te acompañara a casa para explicarlo todo —agregó Malory en un tono de ligero reproche.

—No habría servido de nada —se quejó ella—. Ya hacía tiempo que él había decidido deshacerse de mí. Le has dado el «pretesto» que necesitaba.

—¿Él? ¿Te refieres a tu jefe?

—Algo así.

—¿De modo que ya esperabas que te echara?

—No tan pronto, y no sin tener un trabajo y sin un penique en el

bolsillo —dijo Danny con enfado.

—¿Qué pasó con el dinero que ganaste esa noche? —inquirió él con sólo una ligera curiosidad.

Ella volvió a sonrojarse.

—Se lo di, esperando que cambiaría de parecer. Pero no lo hizo.

—¿Y ahora buscas otra banda de ladrones a la que unirte? Por Dios, no habrás pensado que la encontrarías aquí, ¿verdad?

Danny vio que la miraba con una expresión tan horrorizada como horrorizado había sido el tono de su voz. Ella podría decirle que sí y exponerle varias razones por las que encajaba en el papel de ladrón, por lo menos en su opinión. A fin de cuentas, no había sido idea suya robar a lord Heddings. Pero en lugar de eso prefirió ir al grano.

—Ya te he dicho que he dejado de robar. Nunca me ha gustado y espero no tener que volver a hacerlo. Lo que busco es un trabajo de «verdá».

Malory adoptó ahora una expresión de ávida curiosidad.

—¿Qué clase de trabajo?

—Ninguno en especial —respondió, encogiéndose de hombros—. Algo decente que me permita tener un techo sobre mi cabeza y comida en la mesa. He estado durmiendo a la intemperie desde que me han echado. Y como fue por tu culpa, creo que me lo debes.

—Me parece admirable que prefieras dormir en un callejón a hacer lo que se te da tan bien.

Danny se sonrojó por tercera vez, pero en esta ocasión replicó con ira:

—Cállate. Tú eras mi primer recurso, ya que me lo debes, y habría venido más pronto si no fuera porque me ha costado mucho tiempo encontrarte.

Él soltó una risita.

—Ya que estás dispuesto a culparme de tu situación, no voy a echarte con los bolsillos llenos para quedarme sin saber si eso me exonera de mi culpa. Y, antes de que se te ocurra mencionarlo, no confiaría en que vinieras a verme de vez en cuando para contarme cómo te va.

Danny irguió la espalda.

—Iba a pedirte dinero —dijo—, pero la chica de abajo dice que estáis faltos de personal. Así que he decidido aceptar el empleo que me ofreces.

—¿Tú lo has decidido? ——Se echó a reír—. ¿Qué prefieres: lacayo o criada?

Ella le miró enfadada. No la estaba tomando en serio. Eso era evidente. Y entonces Danny cayó en la cuenta de lo que acababa de oír, de hecho fue como un mazazo. ¡Él lo sabía! De lo contrario no habría mencionado el empleo de criada.

No serviría de nada negarlo. Preguntó sin rodeos:

—¿Cuándo lo has adivinado?

Malory abandonó su postura y se le acercó con aire despreocupado, más bien como un lobo acechando a su presa, pensó Danny, nerviosa. Se detuvo ante ella y levantó una mano para tocarle la mejilla. Ella se apartó, aunque la mano de él se paró a escasos centímetros de su cara.

Sonriendo, el señorito dijo:

—No lo adiviné, querida. Tengo buen ojo para las mujeres hermosas, se vistan como se vistan. Aunque, en honor a la verdad, las prefiero desnudas.

Danny, inquieta, retrocedió un paso.

—No vas a verme desnuda.

Él arqueó una ceja.

—¿No? Vaya, qué lástima. Entonces no tenemos más que hablar, ¿verdad?

—Y un cuerno. Estamos hablando del trabajo que vas a darme.

Malory suspiró.

—Ya lo hemos hecho, y lo has rechazado sin contemplaciones.

—¿Desnudarme? —exclamó Danny, indignada—. ¿Llamas a eso un trabajo?

Él se echó a reír.

—Más o menos. Estoy dispuesto a contratarte como mi amante. Me pareces muy graciosa. No me importa admitirlo. Así pues, estoy seguro de que los dos nos divertiremos por un tiempo.

Las mejillas de Danny se pusieron al rojo vivo, pero esta vez no de vergüenza sino de ira.

—Olvídalo, amigo. Lo que quiero es un trabajo decente, y me lo darás, o de lo contrario le haré una visita a lord Heddings. Estoy segura de que él me dará un trabajo a cambio de la información que puedo darle sobre adónde han ido a parar sus joyas.

Ahora también el ricachón se sonrojó, presa de irritación.

—Esto es absurdo. No sabes nada acerca de lo que es correcto ni cómo se maneja una casa como ésta. Y hablas como un golfillo— dijo con desdén.

—Puedo hablar con toda corrección —replicó Danny pausamente.

Pero tuvo que pensarlo antes, porque todavía no estaba familiarizada con esa forma de expresarse. Y no iba a resultarle fácil, especialmente cuando estuviera enfadada o incluso nerviosa, lo que parecía ocurrirle siempre en presencia de Malory. Al cabo quince años, estaba mucho más acostumbrada al lenguaje de la calle.

Había conseguido sorprenderle, pero sólo por un momento.

—¿De modo que sabes imitar a tus superiores? Pero no sabes

comportarte como ellos, ¿verdad? ¿Cómo esperas trabajar aquí sin sentirte violenta ni avergonzar a toda la casa?

—Aprendiendo. Sí, has oído bien. Aprenderé a hacer el trabajo y a comportarme.

—¿Por qué? -inquirió él, exasperado—. ¿Por qué quieres tomarte tantas molestias cuando estás mucho más capacitada para...?

Danny intentó pegarle. Él esquivó el golpe, pero probablemente comprendió que ella estaba más que harta de que la insultaran. De modo que para subrayar su postura, Danny aclaró:

—Porque quiero tener un marido respetable y luego muchos hijos. Éstos son mis objetivos, amigo. Un buen trabajo, un marido y una familia, por este orden. Y vas a ayudarme con lo primero o me las pagarás.

—Maldita sea —replicó él, y luego se mofó—. ¿Qué quieres ser entonces? Supongo que lacayo.

El ricachón trataba de insultarla otra vez y lo estaba consiguiendo. ¿O se limitaba a recalcar lo difícil que iba a resultarle la tarea que se había propuesto? ¿Podría ella adaptarse realmente a aquel mundo aristocrático, aunque fuese sólo en calidad de criada?

13

Jeremy estaba tan furioso que le costaba trabajo contenerse. Era muy infrecuente que se enfadara con una mujer, pero que le hicieran - chantaje... Maldita sea, eso enfurecería incluso a un santo. Estaba sorprendido de que ella hubiese recurrido a eso, pero habría podido esperarlo. Al fin y al cabo era lista. No esperaba tanta inteligencia en alguien criado en los barrios bajos, pero ella se lo había demostrado la noche del robo, cuando les había sacado ambos de una situación delicada e incluso hasta cierto punto peligrosa.

El recuerdo de que estaba en deuda con ella por aquello mitigó su ira, pero sólo un poco.

Su situación era absurda. Sabía cómo tratar a las mujeres. ¿Dónde estaba su maldita pericia con aquélla? Se dijo que más valía mirarlo por el lado bueno. Ahora que ella iba a vivir bajo su techo, no dudaba que tarde o temprano la metería en su cama.

Estaba muy seguro de sí mismo en lo que concernía a las mujeres. Y ésta era única, adorable con su indumentaria masculina, sorprendente por su estatura, increíblemente hermosa con aquellos grandes ojos violeta, y nada sensible a sus encantos... todavía.

Pese a todo, él la atraía. Jeremy sabía perfectamente cuándo una mujer se sentía atraída por él. Pero todos los actos de la chica hacían suponer que la traía sin cuidado. «No me toques, ni siquiera te acerques a mí» era el sutil mensaje que rezumaba. ¿Era en parte eso lo que le tenía tan enojado? Otra novedad para él. No, simplemente no le gustaba que le hicieran chantaje, y mucho menos por parte de una moza con la que preferiría hacer el amor. Maldita sea.

Suspiró. El sonido la rescató de sus cavilaciones y la instó a informarle:

—Aceptaré el puesto de criada.

—Qué lástima. Habría sido divertido ver cómo te las arreglabas sirviendo como lacayo.

Ella le miró enfadada. Él arqueó una ceja.

—¿No estás de acuerdo? Y por cierto, no debes mirar a tu patrón con el ceño fruncido. Tienes que decir «Sí, señor»,«No, señor», «Muy bien, señor», con una sonrisa o sin expresión alguna. Cuando seas mi amante, podrás mirarme con el ceño fruncido tanto como quieras.

La muchacha se disponía a contestarle, pero en vez de eso se volvió de espaldas. Adoptó una postura rígida, llena de indignación y cólera.

—Contamos hasta diez, ¿no es cierto? —comentó Jeremy con ironía.

Ella se volvió, esbozó una sonrisa forzada y respondió:

—Sí, señor.

Él se echó a reír. No pudo evitarlo. Y al reír desapareció el resto de su enfado. Al fin y al cabo iba a resultar divertida la intención de ella de «superarse». Se dijo que podría tolerar que le hicieran chantaje siempre y cuando el chantajista terminara convirtiéndose en su amante.

Sin dejar de sonreír, declaró:

—Pongamos las cosas en su sitio. ¿Y si empezamos por tu nombre?

Ella se relajó lo suficiente como para contestar:

—Me llamo Danny.

—No, me refiero a tu verdadero nombre. Si quisieras realmente pasar página, por así decirlo, deberías estar dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva.

—Ése es mi verdadero nombre —replicó ella con una mirada glacial.

—¿De verdad? ¿No es una abreviatura de Danielle, o de...?

—Es el único nombre que recuerdo. Si me pusieron otro cuando nací, no lo conozco.

Jeremy se sintió un tanto violento. Desde luego, podía ser que un huérfano no conociera su verdadero nombre, y por lo visto ella ni siquiera tenía apellido. Debía de resultar muy extraño ir por la vida sin apellido.

Preguntó con vacilación:

—¿Te importa que te llame Danielle?

—Me importa. Yo no soy Danielle. Mis amigos me llaman Danny. Y como tú no eres uno de ellos, puedes llamarme Dan.

Resultaba deliciosamente divertida en su obstinación por mostrarse distante. Jeremy adivinaba que no cedería ni un milímetro. Era su costumbre, estaba seguro. Aunque se dijo que la chica había tenido que ponerse a la defensiva, habiéndose criado donde lo hizo.

—Pero vamos a ser amigos, querida muchacha, de modo que supongo que tendré que acostumbrarme a llamarte Danny. De hecho es un bonito nombre, suena bien.

—Acaba de una vez, amigo —refunfuñó ella, y al ver que arqueaba una ceja agregó—: Señor.

Él sonrió.

—Muy bien. Pasemos a otro asunto. ¿Llevas vestidos en ese hatillo que custodias tan celosamente?

Ella sacudió la cabeza.

—Sólo mi mascota y ropa «pa» cambiarme.

—Más pantalones, supongo.

—Más pantalones, claro —repuso Danny secamente—. He sido un chico durante quince años.

—Santo cielo, ¿de verdad?

Ella se sonrojó profusamente.

—Bueno, ¿te das cuenta de que has elegido el trabajo que requiere ropa femenina? Aunque mi padre se burla de los convencionalismos, yo no soy mi padre. Sin embargo, tampoco me gustan los uniformes —la tranquilizó—. Desde luego que no. Ésta es la residencia de un soltero y, como tal, espero que mis criados se sientan a gusto trabajando aquí. No me preocupa que los cuellos no estén bien almidonados, ni las faldas arrugadas, ni nada por el estilo.

—Esperaba llevar un vestido —dijo Danny con frialdad—. ¿Te he dicho ya que no tengo dinero?

—Lo has dicho, en efecto. —Sonrió de nuevo—. No te preocupes. Mi ama de llaves podrá ayudarte en este sentido, y también te situará y te dará instrucciones. Vamos. Por mucho que disfrute de tu compañía, supongo que ahora debería encomendarte a ella.

Ella le siguió, pero al llegar al pie de la escalera se detuvo y le dijo:

—¿Le dirás que tú me has contratado? ¿Que no puede echarme? La última vez que intenté hacer de criada, cuando me presenté al ama de llaves me despidió. No le gustó mi acento ni mi modo de hablar, o mi aspecto.

—Puedo imaginármelo —repuso él irónicamente.

—No, no puedes —bufó ella—. Tú no has intentado nunca hacer de criada.

—Bueno, no, supongo que no.

—No vuelvas a reírte de mí, Malory. No lo toleraré. Y eso sucedió en una casa de clase baja, no en una de éstas, de la maldita zona rica de la ciudad.

Jeremy dejó de sonreír.

—¿ De modo que ya has intentado desempeñar un trabajo honrado?

—No he tenido ocasión de desempeñarlo. O me han despedido enseguida o no me han contratado. No sé leer, ¿sabes?, y eso me hace muy difícil encontrar algún trabajo.

—¿Te gustaría saber leer? —preguntó él con curiosidad.

—Claro que sí, pero ya soy demasiado mayor «pa» ir a la escuela.

—Pero nunca se es demasiado mayor para aprender. De todos, no debes temer que nadie te despida aquí. No te han contratado por el procedimiento normal, ¿verdad?

Jeremy se sorprendió al ver que la muchacha parecía violenta al oírlo mencionar. No iba a ser fácil tratar con ella. Debería andar con pies de plomo. Era esa actitud defensiva tan arraigada lo que hacía que se ofendiera muy fácilmente. Y no había ni una pizca de respeto en su interior. No era más que un golfillo engreído. Pero cabía esperar todo eso de alguien que no había tenido que relacionarse nunca con

sus superiores... salvo para robarles.

—Vamos —la apremió Jeremy—. La señora Robertson debe estar en la parte de atrás. Te gustará. Es una mujer muy maternal y...

En aquel momento se abrió la puerta principal y entró su prima Regina. Tenía la mala costumbre de no llamar. Claro que Reggie vivía en la misma calle y sabía que Jeremy todavía no había encontrado un mayordomo.

Ella se sobresaltó al verle en el vestíbulo.

—Cielos, no esperaba encontrarte tan pronto. ¿Te disponías a salir?

—No, sólo estaba situando a mi nuevo sirviente.

Reggie miró a Danny y le dedicó una fugaz sonrisa. Luego dijo Jeremy:

—Bueno, entonces no hay más que hablar.

Él la miro con suspicacia.

—¿Puedo saber de qué se trata?

Reggie suspiró.

—Venía a ofrecerte a uno de mis lacayos. Billings ha regresado de su permiso. Tengo que readmitirle, desde luego. Es como de la familia. Pero el nuevo que ocupó su lugar ha trabajado de maravilla también. No obstante yo no necesito tres lacayos, sólo dos, por lo que he pensado que podrías quedarte con el nuevo. Pero tú no necesitas , con uno ya tienes suficiente. Y..

— Por el amor de Dios, Reggie, no des más rodeos. Habla de vez.

Ella le miró con reproche.

—Estaba a punto de terminar. Este muchacho es demasiado joven para ser mayordomo, de modo que es evidente que acabas de contratar a un lacayo. Lo cual es perfectamente...

Esta vez fue Danny quien la interrumpió.

—He aceptado el empleo de criada, señora. He decidido que servir de lacayo sería demasiado fácil.

Reggie la miró parpadeando y seguidamente puso los ojos en blanco.

—Muy divertido, Jeremy. Ya entiendo por qué le has contratado. Te divertirá sin parar con bufonerías como ésa. Ahora debo irme. Tengo cientos de cosas por hacer hoy. Y no olvides que esta noche vienes a cenar.

—¿De veras?

—¡Lo has olvidado! —exclamó Reggie, horrorizada.

Él le sonrió.

—No, yo diría que tú te has olvidado. Es la primera vez que oigo hablar de esa cena.

—Pero Nicholas iba a pasar para..., ¡magnífico!, supongo que se le

olvidó. Bueno, no importa. Ahora ya lo sabes. Así pues, no llegues tarde. El tío Tony y Ros estarán allí. Y también Drew, Derek y Kelsey. Hasta he invitado a Percy.

—¿Drew ha vuelto a la ciudad? —preguntó Jeremy, sorprendido.

Ella asintió.

—Su barco llegó esta mañana. Y puesto que tu padre y George han ido a visitar al tío Jason en Haverston, me imagino que Drew sabrá qué hacer. Pero también espero que George regresará a Londres en cuanto sepa que su hermano está aquí.

—¿De modo que se te ocurrió invitarle?

—Por supuesto. Puede que tu padre siga odiando a sus cuñados, pero los demás nos llevamos bien con ellos.

Jeremy soltó una risita.

—Ya sabes que no les odia. Es sólo que..., bueno, no le caen simpáticos. Cuestión de principios.

—Sí, igual que no le cae simpático mi marido —refunfuñó Reggie.

Jeremy se echó a reír.

—Bueno, el viejo Nick trató de que lo ahorcaran.

—También lo intentaron los hermanos de George, pero ¿a quién le importa? —dijo ella en tono altivo, saliendo por la puerta. Jeremy se sentía casi agotado después de aquella breve visita. Pero Reggie era así, una parlanchina sin remedio. Cuando miró a Danny vio que parecía también un poco aturdida. Supuso que no había entendido nada de aquella rápida cháchara. Como Reggie la había tomado por un chico, al igual que Percy, Jeremy le preguntó con curiosidad:

—¿Soy el único que se da cuenta de que eres una mujer?

Ella hizo una mueca desdeñosa.

—Sí. Son los pantalones. Normalmente no me fallan, pero a ti no te han « engañao».

Él se le acercó un paso, pero sólo tuvo que bajar la mirada unos pocos centímetros para encontrar sus ojos.

—No, yo creo que es la estatura. Eres más alta que muchos hombres. Eso es muy poco frecuente.

Danny retrocedió para aumentar la distancia entre ambos y exclamó:

—¡Como si yo pudiera hacer algo al respecto!

—No te pongas a la defensiva. No es mala cosa ser alto. Aunque, pensándolo bien, a la señora Robertson probablemente le costará bajo encontrar ropa ya hecha para ti. Mandarte que hagas las camas llevando esos...

Interrumpió la frase abruptamente. Pensar en ella junto a una cama le trastornaba.

—¿Era ésa tu hermana? —preguntó ella.

Un tema seguro, gracias a Dios.

—No, es mi prima, Regina Eden. Ella y su marido, Nicholas, tienen una casa en esta misma calle, aunque las más de las veces residen en Silverley, su finca campestre.

—Ha sido fácil ver que sois parientes. ¿Toda tu familia es así?

—No, la mayoría de los Malory son corpulentos y rubios como mi padre. Sólo unos cuantos han salido a mi bisabuela, entre ellos yo mismo. Vaya, me parezco tanto a mi tío Tony que la mayoría de la gente cree que es mi padre.

—Parece que eso te divierte.

—Es divertido.

—Apuesto a que tu padre no piensa lo mismo.

Jeremy soltó una risita.

—Claro que no, y por eso resulta divertido.

14

La cena fue tranquila esa noche. Solía serlo cuando se congregaban sólo familiares y amigos íntimos. Desde luego, Anthony no pudo evitar lanzar algunas pullas al marido de Reggie, Nicholas. La única cosa en la que James y Anthony Malory estaban completamente de acuerdo era en que Nicholas Eden, antaño un libertino, no era lo bastante bueno para su sobrina favorita y nunca lo sería. No influía para nada el hecho de que los dos hermanos hubieran sido también insignes calaveras antes de casarse.

Reggie era alguien especial para ellos. Los cuatro hermanos Malory habían contribuido a criarla después de la muerte de su querida hermana. Y, pese a que resultaba evidente que Reggie adoraba a su marido, James y Anthony no estaban dispuestos a dejar que Nick olvidara que se las vería con ellos si le causaba algún daño.

Pero las indirectas de Anthony eran esa noche de un tono más amistoso que despectivo, y después de que su esposa, Roslynn, le diera un puntapié por debajo de la mesa para recordarle que debía comportarse, centro su atención en Jeremy.

—¿Cómo marcha la nueva residencia? ¿Está dotada de personal, amueblada y lista para una gran fiesta?

Jeremy tosió.

—Está medio dotada de personal, apenas amueblada y, en cuanto a las fiestas, habrá que esperar quizás al invierno.

—¿Tienes casa propia, Jeremy? —preguntó sorprendido Drew Anderson, el hermano de su madrastra.

Jeremy sonrió.

—Así es. El tío Tony y mi padre decidieron que había llegado el momento de que conociese la verdadera vida de soltero.

Ahora fue Anthony quien tosió.

—Santo cielo, es como si le hubiéramos conseguido una licencia para seducir.

—Creo que eso se le da muy bien sin que le haga falta licencias —observó Reggie, con una sonrisa pícara.

—No le animes, pequeña —la reprendió Anthony—. Siendo tan pillín como es, la idea era iniciarle en la administración de propiedades manejando su propia casa, haciéndose un hombre, por así decirlo.

—Bueno, no necesitaba ayuda para eso —replicó Reggie—. Ha estado actuando como un hombre desde que tenía doce años.

—No me refería a esa clase de esfuerzos masculinos.

—Vamos, Tony, te estás dejando engañar por sus burlas

—intervino Roslynn con su suave acento escocés—. Ya sabemos que tu intención era buena. —Se permitió mofarse a su vez—. Pero no pongas como pretexto la administración, ya que Jeremy hace años que ayuda a tu hermano a administrar nuestras inversiones.

Esta vez fue Jeremy quien salió en ayuda de Anthony.

—Revisar alquileres, encargarse de reparaciones y procurar que los agentes actúen honradamente es muy distinto a tratar con el servicio doméstico.

—Y los buenos criados son muy difíciles de conseguir, sobre todo los que uno quiere conservar —agregó Reggie—. Por cierto, Jeremy, ¿qué tal te va con tu nuevo lacayo?

—De hecho, me quedaré con el tuyo —contestó Jeremy—. Mándamelo mañana. .

—Espléndido. Pero espero que no dejes que ese guapo muchacho se marche porque te he ofrecido...

—No, no nada de eso

Jeremy no se molestó en corregir a su prima sobre el sexo de su nuevo sirviente. Había instalado a Danny como criada del piso de arriba, por lo que había pocas posibilidades de que Reggie volviera a toparse con ella. Y, sinceramente, no quería hablar de ella ni explicar por qué había contratado una ex ladrona —bueno, era de esperar que fuese una ex ladrona— a su servicio.

Afortunadamente, la conversación siguió por otros derroteros, porque al acordarse de ella Jeremy estuvo bastante distraído pensando en su nueva criada. Era una experiencia nueva tener que superar con respecto a ella dos emociones tan contradictorias como eran la ira y el deseo. Podía controlar la ira, pero no estaba tan seguro de conseguirlo con el deseo. La ira debería haber anulado el deseo. Pero no lo hacía en absoluto.

Estar distraído mientras charlaba con su familia tenía sus inconvenientes, como Jeremy pudo comprobar cuando se enteró de que Drew Anderson le acompañaría a casa. No sabía por qué le habían elegido para hospedar a Drew hasta que su padre y su madrastra regresaran a la ciudad, pero probablemente se debía a que toda la familia sabía que él y Drew se habían llevado bien, y ahora que Jeremy disponía de su propia residencia de soltero pensaron que le gustaría tener compañía. Lo cual no dejaba de ser cierto.

Drew Anderson le caía bien. Se entendían a las mil maravillas y compartían los mismos gustos, que era mujeres y más mujeres. Habían pasado muy buenos ratos juntos desde que los hermanos Anderson empezaron a acudir a Londres después de que su única hermana, Georgina, hubiese emparentado con la familia Malory. Pero ahora no era el momento oportuno de recibir un huésped, y todavía menos uno tan atractivo como Drew.

En cierta ocasión George había dicho de su hermano que Drew tenía un amor en cada puerto en el que recalaba, y probablemente era cierto. Drew, el segundo de los cinco hermanos Anderson, era el más temerario de todos y, a sus treinta y cuatro años, seguía siendo un

granuja amigo de diversiones sin ninguna intención de limitarse a una sola mujer, por lo que el matrimonio no entraba para nada en sus planes. Ni siquiera el hecho de ver lo feliz que era en su matrimonio su hermano mayor Warren, un soltero empedernido que se había casado con Amy Malory, hacía cambiar de opinión a Drew. Al igual que Jeremy, tenía el firme convencimiento de que en la variedad está el gusto, y cuanta más variedad, mejor.

Por encima de la estatura media con su metro noventa y en plena forma después de capitanear su propio barco durante muchos años, Drew era sin duda un hombre que causaba sensación entre las damas. Con su melena de rizos color castaño dorado y unos ojos tan oscuros que parecían completamente negros, era un hombre extraordinariamente guapo, lo cual explicaba por qué Jeremy no había querido invitarle a instalarse en su casa aunque fuera por poco tiempo, por lo menos no ahora que Jeremy tenía bajo su techo una mujer que le interesaba.

Esto le hizo decir mientras recorrían la corta distancia hasta su vivienda:

—Estás seguro de que no prefieres alojarte en un hotel durante unos días, Drew? Mi casa apenas tiene muebles. Lo único que he comprado hasta ahora son camas para todos los dormitorios. Las demás habitaciones están vacías. Incluso estoy comiendo en la cocina.

Por lo menos esa estancia estaba quedando bien, ahora que tenía cocinera y le había dado carta blanca para adquirir todo aquello que necesitaba. Y también su dormitorio estaba completamente amueblado, gracias a la insistencia de George para que se llevara todo cuanto había en su antigua habitación.

Drew soltó una risita.

—Lo único que necesito es una cama.

—Es demasiado pronto para acostarse —observó Percy. Su casa quedaba a pocas manzanas de allí, de modo que les acompañaba —.¿Por qué no vamos a...?

—Esta noche no, Percy —lo interrumpió Drew—. He tenido un día muy ajetreado. Atracar aquí es siempre un problema, con tantos barcos esperando turno. Y también me he pasado una buena parte del día en las oficinas de Skylark Shipping, y tengo que regresar allí mañana por la mañana.

—¿Me tomas el pelo, amigo? Creía que los marineros sólo aspirabais a gozar de la compañía de una mujer después de estar en alta mar.

Drew sonrió.

—Desde luego, pero preferiría buscar esa clase de diversión cuando esté descansado y deje de pensar en la cama sólo como en un mueble para dormir. ¿Qué tal mañana por la noche?

—Claro. Esperaré con impaciencia. ¿Tú qué dices, Jeremy? ¿Estás dispuesto a...?

Jeremy decidió interrumpirle antes de caer en la tentación.

—Yo también necesito una noche de sueño reparador, Percy. Todavía no me he recuperado desde que la otra noche regresé a casa al amanecer.

La mención de su excursión fuera de Londres hasta la casa de Heddings hizo que Percy estuviera de acuerdo.

—Está bien. Ahora que lo dices, irse a dormir parece una idea atractiva, ¿verdad?

Jeremy no se fue directamente a la cama. Tan pronto como hubo acompañado a Drew a su habitación, fue a la suya y accionó la campanilla conectada a las dependencias del servicio. Esperaba que su ama de llaves hubiese explicado a Danny qué significaba el sonido de la campanilla en su cuarto. Dudaba que estuviera dormida tan temprano, pero por otra parte cabía la posibilidad de que así fuera.

De hecho, podía serle ventajoso que estuviera durmiendo y la campanilla la despertara. Al imaginarse a Danny, cálida y adormilada, ya no pensó en portarse como un patrón indolente. Al llamarla, su primera intención había sido requerir sus servicios como criada, pero no lo haría si la veía sensible a sus encantos. Tendría que improvisar.

Debía de estar despierta, porque acudió con una rapidez que indicaba que no había tenido necesidad de vestirse. Él sólo llevaba puestos la camisa y el pantalón cuando ella llamó con fuerza a la puerta. Abrió enseguida y la arrastró al interior del dormitorio antes de que Drew acudiera a indagar el origen de aquel ruido.

— Déjame -protestó Danny, y se soltó el brazo.

— Habla en voz baja. Hay un invitado al otro lado del pasillo.

Ella arqueó una ceja, indicando que no acababa de tragarse aquella excusa.

—¿Qué quieres entonces?

Aparentemente el hecho de haber conseguido un empleo, un techo sobre su cabeza y comida en abundancia no había mejorado nada su temperamento. Pero la chica pareció arrepentirse inmediatamente de sus palabras, porque amplió la distancia entre ambos.

Jeremy sabía bien que confesar lo que quería en realidad sería un grave error en aquel momento. Ella no estaba preparada para oírlo. Aun así su expresión le delató, pues al parecer no era capaz de controlarse cuando estaba cerca de Danny.

Pero para tranquilizarla de momento, se apresuró a contestar:

—Necesito otra botella de brandy. Encontrarás unas cuantas en la despensa.

—¿Me has hecho subir «pa» eso? —preguntó la muchacha, incrédula—. Habrías podido ir a buscarla tú mismo.

Él abrió los ojos de par en par, con una expresión de asombrada inocencia.

—¿Por qué debería hacerlo, ahora que tengo criada?

Danny empezó a refunfuñar algo, pero cerró la boca y fue a buscar

el brandy. A Jeremy le costó trabajo borrar la sonrisa de su cara, pero lo consiguió antes de que ella regresara al cabo de unos minutos, botella en mano.

Él se había acomodado en una de las butacas junto al hogar. Danny se acercó y le tendió la botella. Jeremy señaló con la cabeza la repisa de la chimenea, donde estaba la botella vacía.

—Sírveme una copa ahora que estás aquí —dijo Jeremy, y agregó burlonamente—: y espero no tener que pedirte que me la traigas.

Danny emitió con la lengua un chasquido de impaciencia bastante audible y vertió casi un tercio de la botella en la copa, mucho más de lo necesario. Era una copa grande, lo que llaman un «balón». Resultaba evidente que la muchacha no sabía hacerlo mejor.

Jeremy suspiró, demostrando a su vez cierta impaciencia por su ineptitud, y le indicó:

— No más de dos dedos la próxima vez.

Ella irguió la espalda al volverse con la copa en la mano. Fue un milagro que el brandy no le cayera a Jeremy encima por la violencia con que se la entregó. Qué lástima. Él le habría ordenado limpiarle. Imaginársela lo bastante cerca como para frotarle el pecho con un trapo resultaba delicioso.

—También podrías abrir el embozo de la sábana, ya que estás aquí —sugirió—. La señora Robertson te explicó tus obligaciones, ¿verdad?

—Todavía no, pero dudo que abrir la cama sea una.

—Por supuesto que lo es, y espero encontrarla preparada cada noche. Aprenderás pronto, estoy seguro. Por cierto, ¿cómo te fue con la señora Robertson cuando te dejé a su cargo? Al parecer tenías algunos temores en este sentido.

Ella pareció relajarse un poco con este nuevo tema y, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la cama para bajar la colcha.

—Es una vieja simpática. Me ha hecho repetir varias veces mis palabras hasta que se ha acostumbrado a mi forma de hablar, pero no ha parecido molestarse.

—Danny, Danny —suspiró él—. Mira qué desastre estás haciendo. Hay que doblar el embozo con cuidado, no como si fueras cambiar la ropa de cama. Quiero meterme entre las sábanas, no tener que esforzarme por encontrarlas.

Ella se sonrojó por la reprimenda, pero se apresuró a intentar hacerlo mejor. Esto sorprendió a Jeremy. Danny había conseguido el empleo haciéndole chantaje, por lo que en realidad no tenía por qué tomárselo en serio. Pero aparentemente estaba dispuesta a cumplir con sus obligaciones, lo cual abría numerosas posibilidades que eran divertidas para él, aunque probablemente no para ella.

—No te olvides de mullir las almohadas también —ordenó.

Danny volvió a ponerse rígida antes de soltar un puñetazo en el centro de la almohada. Jeremy tuvo que reprimir una carcajada. El justo castigo sería muy dulce.

—Ahora mis botas.

Ella miró nerviosa, frunciendo el ceño, y habló en su antigua jerga.

—¿Qué pasa con las «marditas» botas?

—Ayúdame a quitármelas.

No se movió, y pareció muy nerviosa de nuevo cuando preguntó:

—¿No tienes un hombre «pa» eso? ¿Cómo se llama ese puesto?

—Ayuda de cámara. Pero no, no necesito ninguno. Te tengo a ti para ocuparte de estos detalles menores.

Danny cerró los ojos. Él creyó oír incluso un gemido, aunque no podía estar seguro de ello. ¿Estaría ella vacilando? ¿Se sentiría atraída pese a su mal humor? A Jeremy le hervía la sangre. Verla junto a su cama le hacía desear verla dentro de la cama.

—Ven aquí —dijo, adoptando una voz sensual.

Danny abrió los ojos, pero no se le acercó. Jeremy supuso que la había puesto demasiado nerviosa.

Para mitigar momentáneamente sus temores, se miró los pies y le recordó:

—Mis botas. Me gustaría acostarme esta noche y sin ellas puestas. —Como ella seguía sin moverse, dijo secamente—: ¿Debo recordar te que fuiste tú quien quiso, insistió, en conseguir este trabajo?

Estas palabras la impulsaron a actuar. Cruzó la habitación a grandes zancadas, sujetó una de sus botas y empezó a tirar de ella. No salía, desde luego. Tiró un poco más, pero la bota seguía sin moverse del pie.

Finalmente Jeremy observó con ironía:

—Supongo que tampoco sabes hacer esto.

—Sí sé —respondió en defensa propia—. Creía que los señoritos llevabais botas fáciles de quitar.

—Bueno, no tengas reparos en ponerte de espaldas a horcajadas sobre mi pierna, querida. Adelante.

Así lo hizo Danny, dándole la espalda y esperando que él plantara el otro pie sobre su trasero para darle el impulso necesario para sacar la bota. Pero esta vez Jeremy se quedó paralizado. Ella había subido a verle sin su chaqueta, vestida sólo con camisa, pantalones y calcetines, de modo que nada le cubría las torneadas posaderas que él tenía repentinamente delante y a su alcance. Fue probablemente una de las cosas más difíciles que hizo jamás: no aprovecharse de la situación y poner en su trasero el pie en lugar de las manos.

Irritado porque la deseaba otra vez, empujó un poco más fuerte de lo necesario. La bota salió bruscamente, y Danny se precipitó hacia delante trastabillando, pero no pareció darle más importancia y regresó enseguida para sujetar la otra.

Tratando de enfriar su pasión, Jeremy comentó despreocupa-

damente:

—Veo que todavía llevas tu indumentaria de ladrón. ¿No pudo encontrarte la señora Robertson ropa adecuada?

Ella se volvió para dirigirle una mirada de contrariedad por haber empleado aquel apelativo, pero respondió en tono inexpresivo:

—Sí la encontró. Me llevó a ver a la costurera de su hermana. Dijo que sería una pérdida de tiempo buscar ropa hecha que me siente bien. Dijo que no quiere que enseñe los tobillos.

—Vaya, qué lástima. Enseñar los tobillos parece interesante.

Danny bufó al advertir su sonrisa.

—Mandarán el primer vestido mañana, y el otro pasado mañana.

—¿Sólo dos? No bastarán.

—No necesito más y se lo dije.

—Desde luego que sí. No vas a lavar tu ropa todos los días. Es una absoluta pérdida de tiempo. Le diré que aumente el pedido. ¿Y qué te parece tu habitación? ¿La encuentras a tu gusto?

La segunda bota salió, y Danny se volvió y le miró con suspicacia.

—¿La cambiarías si no me gustara?

Él se levantó y se le acercó para decir en un susurro de conspirador:

—Puedes compartir mi habitación si lo prefieres. Lo digo en serio.

Danny irguió la espalda.

—Ni hablar, amigo.

Él se enderezó y suspiró al oír su tono.

—Tienes que dejar de ponerte tan a la defensiva, Danny, ante este coqueteo inocente. Yo no muerdo,¿sabes? Bueno, sólo si da placer, como suele ocurrir. Como mordisquearte el cuello. —Se le enronqueció la voz —. Y la oreja... Y éste puede ser un buen momento para que te vayas.

A Danny le faltó tiempo para hacerlo.

15

Danny se apresuró por el pasillo hacia la cocina. Se había dormido y habían tenido que despertarla, lo cual no era la mejor manera de empezar su nuevo trabajo. Y era un buen empleo. Todavía no podía creer que estuviera viviendo y trabajando en una casa tan elegante. ¡Incluso el pasillo de las dependencias del servicio estaba alfombrado! Pero, pese a necesitar una criada, Malory no la habría contratado si ella no le hubiera hecho chantaje. Eso le pesaba en la conciencia. Pero, para compensarlo, se había prometido llegar, a ser una criada mejor de la que él habría podido encontrar por medios normales.

Pensar en Jeremy le causó una punzada de excitación que sofocó enseguida. No le resultaría fácil dominar la atracción que sentía por él, pero lo haría, porque de lo contrario un hombre como ése podía ser su perdición.

Danny llegó a la cocina. La cocinera, la señora Appleton, estaba allí. Era una mujer de mediana edad, jovial, bajita pero robusta. Le gustaba cantar mientras guisaba y lo hacía con voz muy alta.

La víspera se había reído cuando la señora Roberston le presentó a Danny como la nueva criada del piso de arriba, y siguió riéndose durante casi diez minutos cada vez que la miraba. Era la ropa, o por lo menos Danny esperaba que fuera eso lo que divertía tanto a la cocinera. Probablemente no había visto nunca una mujer que llevara pantalones.

Su ayudanta, Claire, se hallaba también en la cocina. Era la muchacha gruñona que el día anterior había abierto la puerta a Danny. En cuanto ésta entró en la estancia, se apresuró a señalar:

—Llegas tarde.

—Ya lo sé. Lo siento.

—Ahora la comida está fría.

Lo dijo como si Danny tuviera la culpa. Resultaba evidente que Claire era una persona displicente. Regordeta y de hombros caídos, parecía siempre enfurruñada; por lo menos Danny todavía no había visto ninguna otra expresión en su rostro. O tal vez sólo parecía malhumorada en contraste con la alegre cocinera.

—Ahora no tengo tiempo «pa» comer —declaró Danny, suspirando tristemente al ver el extenso surtido de platos que habían sido preparados.

Tenía hambre.

—¿Por qué no? —inquirió Claire—. ¿Adónde tienes que ir? Llegas tarde al desayuno.

—Oh. Pero ¿no llego tarde a trabajar?

Claire soltó un bufido.

—Yo empiezo temprano, tú no .Tienes que esperar a que el patrón salga de su habitación para limpiarla. En el piso de arriba no tiene que haber ningún ruido que pueda despertarle antes de lo previsto.

—Pero ¿y si se pasa todo el día sobando?

—Entonces tendrás que trabajar por la noche. Y mejora tu lenguaje —agregó Claire, indignada—. Vaya, pareces un golfillo callejero. ¿De dónde has salido?

Danny no respondió, estaba demasiado ocupada sonrojándose. Habría podido hablar mejor, pero eso habría requerido concentración, y le costaba concentrarse cuando estaba nerviosa. Y además, el mero hecho de haber recordado su manera de hablar de antaño no implicaba que fuese a adoptarla de forma natural. Lo que le salía de un modo espontáneo era la jerga barriobajera que había estado empleando durante quince años.

La cocinera llamó la atención a su ayudanta y dijo a Danny:

—No te preocupes por eso, querida. La señora Robertson te instruirá bien sobre qué hay que hacer y cómo. Sigue sus instrucciones y lo harás bien.

La señora en cuestión entró en aquel momento por la puerta, vio a Danny y dijo:

—Ah, estás aquí. ¿Has terminado de desayunar? Sígueme.

¿De modo que no iban a reprenderla? ¿Sólo había llegado tarde al desayuno? El alivio de Danny era inmenso, pero también su hambre.

Con una última mirada al vasto surtido de comida extendida sobre la mesa, cogió dos bollos y se los guardó en los bolsillos, y luego salió apresuradamente detrás del ama de llaves. La cocinera la vio hacerlo y su risa siguió a Danny hasta el otro lado de la puerta.

La señora Robertson la condujo al piso de arriba y al interior de una de las habitaciones desocupadas para explicarle con todo detalle cuáles serían sus obligaciones. Aunque aquel dormitorio apenas tenía muebles, no se quedaría así, por lo que el ama de llaves explicó a Danny qué tendría que hacer cuando estuviera completamente decorado.

En la casa no tenía que haber nunca ni una mota de polvo. Esa era la primera regla de la señora Robertson. Danny llevaría a lavar la ropa sucia y la devolvería limpia. Ella sería la encargada de mantener impolutos suelos, ventanas y casi todo lo que se encontraba en el piso de arriba.

La señora Robertson recalcó que el piso de arriba sería su responsabilidad. A Danny le gustó cómo sonaba eso. Pero mientras tanto, por lo menos hasta que contrataran una criada para el piso de abajo, debería ayudar a limpiar también las habitaciones de la planta. Claire se ocupaba de la cocina. Y, por el momento, la mayoría de las demás piezas de abajo estaban vacías, de modo que mantenerlas limpias de polvo no le llevaría demasiado tiempo.

—Esperarás a que el señor Jeremy deje su habitación antes de entrar para limpiarla, a menos que necesite algo, en cuyo caso probablemente te llamará. Si tiene invitados, espera también a que bajen para entrar en sus dormitorios. No molestes bajo ningún concepto a los ocupantes del piso de arriba si están durmiendo. Ahora mismo un miembro de su familia se aloja aquí, de modo que hay dos habitaciones ocupadas. No tienes obligación de hacer tus tareas en un orden establecido, pero asegúrate de haberlas terminado todas al final del día.

La señora Robertson tenía muchas más cosas que decir, y Danny se las arregló para retenerlas todas, pero aun así no le parecía suficiente trabajo como para estar ocupada todo el día. Hizo esa observación.

—¿Y si acabo pronto «tos» los días?

—Deberás estar disponible cuando el señor Jeremy se encuentra en casa, por si necesita algo. De lo contrario serás libre de hacer lo que te plazca: descansar, leer, salir, visitar a tus amistades..., lo que te convenga. Librarás los domingos después de haber hecho las camas y cerciorarte de que todo tu piso está en perfecto orden. También podrías dedicar algún tiempo cada día a mejorar tu dicción.

—¿ Eh?

—Exacto. La respuesta adecuada habría sido: «¿Qué pasa con mi dicción?» o «¿Qué significa dicción?», o incluso «Me gusta mi dicción tal como es, muchas gracias».

—Pero... eso he dicho, lo he metido todo en una palabra.

La mujer se echó a reír.

—Pequeña Danny, no es nada personal. Francamente, tu forma de hablar me resulta curiosa. Me recuerda mis años mozos. No siempre he trabajado para la nobleza, ¿sabes? Pero descubrirás que mejorar tu lenguaje sólo te reporta ventajas. A menos que te guste encontrarte en apuros al querer expresar tus pensamientos...

Danny quedó impresionada por cómo la había llamado el ama de llaves, «Pequeña Danny». Eso le trajo un vago recuerdo de encontrarse en una sala repleta de juguetes, con alguien que la sujetaba de la mano y le decía: «Escoge, pequeña Danny. Tu padre dijo que podrías quedarte con el juguete que quisieras por tu cumpleaños.»

¿Había sido su vida realmente tan hermosa antes de que alguien se la arrebatara tratando de hacerle daño? ¿O era sólo algo que había soñado? Forzó su memoria hasta que le dolió la cabeza, pero no pudo evocar nada que demostrara que aquella escena había sido un sueño... o un recuerdo real. Y la señora Robertson esperaba una respuesta.

—Yo... podía hablar mejor —dijo con vacilación—. Es sólo que ha pasado tanto tiempo, que casi lo he olvidado. Mi amiga Lucy quería que hablara como hago ahora. Se esforzó mucho para con seguirlo.

—Qué extraño. Pero en cualquier caso, no me molesta corregir te, si a ti no te molesta que te corrija. El señor Jeremy mencionó que

también él intentaría ayudarte en este sentido.

—¿De verdad?

—Sí, al parecer tiene mucho interés por ti. Ésta es una casa de clase alta. Si trabajaras para una familia de comerciantes, no importaría tanto. Pero los sirvientes de la nobleza pueden ser tan esnob como sus amos, y tú deseas adaptarte, ¿no es cierto?

Danny lo pensó un momento y dijo:

—No, no creo que quiera ser una esnob.

La señora Robertson volvió a echarse a reír.

—Eres divertidísima, pequeña. Hacía años que no me reía tanto. No te sugería que te conviertas en una esnob. No, santo cielo. No creo que yo lo sea, y desde luego que el señor Jeremy no lo es. Pero conocerás a otros sirvientes de esta calle, lo sé. Y todavía tenemos que contratar a más personal para esta casa. Me refería a que es probable que te topes con ese tipo de gente, y si bien es posible que los mires por encima del hombro, igual que ellos harán contigo, no debes ponerte en ridículo si no hay necesidad, verdad? No, por supuesto que no. A nadie le gusta hacer el ridículo.

Danny no se esperaba esa clase de adoctrinamiento. Pero como encajaba en su deseo de superarse, se sintió muy agradecida por consejos de la mujer y así se lo dijo.

—Gracias, señora. Me comprometo a aprender.

—Espléndido. Le dedicaremos media hora cada noche durante algún tiempo. ¡Dentro de nada habremos corregido ese acento y esos resabios!

Danny sonrió.

—Son quince años que corregir. Puede llevar mucho tiempo.

—Es posible. Pero no vas a ir a ninguna parte, ¿verdad? Así pues, nos sobra tiempo para trabajar en ello.

¿No iría a ninguna parte? Danny sintió que le quitaban un peso de encima. Si tan sólo Malory dejara de atosigarla...

16

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Danny oyó la llamada de unas voces femeninas y asomó la cabeza por la esquina de la escalera para ver de dónde venía el ruido. En el vestíbulo de la entrada había tres señoras, vestidas a la última moda y todas hermosas. Reconoció a una de ellas: la prima de Malory, Regina Eden, que el día antes había entrado en casa sin llamar. Lo cual explicaba cómo habían entrado sin que nadie les hubiera abierto la puerta.

Danny no tenía intención de contestar la pregunta de aquella dama. Recordaba perfectamente cuáles eran sus obligaciones y no incluían abrir puertas ni tratar con huéspedes. Era consciente de que todavía no había mayordomo ni lacayo para hacerlo, pero Claire andaba por allí y había atendido las visitas perfectamente hasta la víspera.

Danny se apresuró a desaparecer de la vista, pero no lo hizo con la rapidez suficiente.

—¡Tú! Ven aquí, por favor.

Danny no se movió. El mero hecho de que pareciera que la mujer se dirigía a ella no significaba que lo hiciera. Tal vez acudiría Claire Alguien debía haber comparecido ya, al oír aquel griterío.

—Sé que me has oído, así que no te marches. Baja, por favor.

Danny volvió a asomar la cabeza por la esquina. En efecto, Regina Eden la miraba directamente y la llamaba haciéndole señas con una mano. Ya no podía escaparse. La falta de educación no formaba parte de su trabajo.

Bajó las escaleras precipitadamente, como era habitual en ella, y estuvo a punto de caerse sentada sobre el suelo de mármol al dar un patinazo. Maldito suelo resbaladizo. Pero su sonrojo no duró demasiado porque se quedó boquiabierta ante el aspecto de las tres señoras, ahora que las veía más de cerca. No sólo eran distinguidas, sino arrebatadoramente bellas.

Una de ellas tenía el pelo de un rojo encendido y los ojos gris verdoso. Era chiquita, unos quince centímetros más baja que Danny, y aparentaba poco más de treinta años. La otra desconocida era más joven, tendría unos veinticinco años, con el pelo negro con rizos que parecían naturales y ojos gris claro. Era también un poco más baja, lo que hacía que Danny se sintiera enorme de pie junto a las tres.

Malory estaba emparentado con Regina Eden, pero ¿y las otras dos? Había dicho que los demás miembros de su familia eran rubios, de modo que ellas no podían ser sus parientes. Y si bellezas como ésa acudían a visitarle, quizás en el fondo no pretendería llevársela a la cama. Tal vez sólo había estado jugando con ella. Danny no era nadie

comparada con aquellas elegantes damas, que rezumaban nobleza por los cuatro costados.

—¿Cómo te va en tu nuevo empleo, muchacho? —le preguntó Regina—. Hoy vendrá mi lacayo. Estoy segura de que te llevarás a las mil maravillas con él. Es un hombre muy simpático. Pero, mientras tanto, parece que eres el único que puede llamar a Jeremy. Me imagino que él y Drew se acostaron tarde después de marcharse de mi casa anoche. En cualquier caso, Jeremy tampoco suele madrugar. ¿Todavía duerme?

Aún era temprano, apenas las diez de la mañana. Danny podía afirmar que el lord se hallaba todavía en su habitación, puesto que había estado vigilando su puerta con la intención de correr a esconderse detrás de otra en cuanto saliera de su dormitorio. No estaba dispuesta a encontrarse con Malory en el pasillo del piso de arriba como parte de su rutina diaria.

—No le he visto hoy, así que es probable que todavía esté en la cama.

Eso habría tenido que impulsarlas a irse, pero no fue así. Regina dijo:

—Bueno, ve a despertarle. Y dile que se dé prisa. Tenemos que ir a muchas tiendas y almacenes si queremos amueblar esta casa.

—¿Le llevan de compras?

—Desde luego. Si esperamos a que lo haga él solito, jamás pondremos esta casa en condiciones. Tiene que recibir visitas, pero no puede hacerlo si no hay un sofá para sentarse.

Danny se preguntó si Jeremy sabía que tenía que recibir visitas. Se dirigió sonriendo al piso de arriba. Su prima parecía tan avasalladora, que a Danny no le extrañaría que eso de recibir visitas fuera idea suya y no de él.

Se detuvo en seco en el pasillo delante de su puerta, al darse cuenta de que ella debería despertarle. Había esperado no tener necesidad de verle ese día. Había confiado en poder acostumbrarse a su trabajo antes de tener que volver a tratar con él. Después de lo que le había dicho la pasada noche... Contuvo la respiración al pensarlo, y recordó cómo la había mirado.

Cobró ánimos y llamó a su puerta, gritando:

—¡Levántate, amigo! Tienes visita.

Se alejó por el pasillo para esconderse en un dormitorio vacío, pero no fue lo bastante rápida. La puerta situada frente a la habitación de Malory se abrió y por ella salió un hombre rubio y gigantesco, que le dijo gruñendo:

—Si es así como despiertas a la gente, procura mandarme una criada, o de lo contrario vas a bajar las escaleras rodando.

Danny estuvo a punto de echarse a llorar. Justo cuando empezaba a sentirse a gusto, había tenido que estropearlo todo otra vez y molestar a un miembro de la familia, que reaccionaba amenazándola.

Se volvió dispuesta a disculparse, y olvidó lo que iba a decir.

Tenía delante a un hombre grande, rubio y guapísimo. Y él estaba tan sorprendido como ella mientras la observaba con atención.

—¡Diablos! Si no eres una mujer, me comeré mi barco tabla a tabla.

—Un buche lleno de astillas no parece muy apetitoso —dijo ella a modo de admisión.

Él sonrió.

—Supongo que tú eres la criada. O mejor, déjame expresarlo de otro modo. Espero que seas la criada y no una de las novias de Jeremy.

—Yo no soy la novia de «naide».

—Entonces es mi día de suerte.

—¿Eh?

—Significa que estás libre, cielo.

Danny soltó un bufido.

—No significa nada de eso.

—No me destroces a estas horas de la mañana. Tal vez no me recuperaré.

Puesto que no parecía en absoluto destrozado, sino más bien repleto de confianza y júbilo, Danny se limitó a contestar:

—Acaba de una vez, amigo.

Se volvió para marcharse. No estaba acostumbrada a que los hombres coquetearan con ella, pero sí las mujeres, continuamente y allí donde fuera. Estaba muy habituada a eso, pero en tales casos cuando la miraban veían en ella a un chico guapo. Y para rechazarlas había adoptado frases manidas que no insultaban, sino que les daban a entender que no estaba interesada. Pero los hombres... ¿Y cómo diantre la había calado tan fácilmente ese otro a pesar de su disfraz?

Santo cielo, había tenido razón al temer que no podría seguir representando el papel de hombre mucho más tiempo. Ya la habían descubierto dos veces en pocos días.

No se había alejado más de un paso cuando oyó decir a Jeremy en un tono poco amistoso:

—Está prohibido flirtear con mis sirvientas, Drew. Así que ya lo sabes.

—Conque esas tenemos, ¿eh? No me sorprende. Merecería la pena dejar la mar por un rostro como éste.

—Cosa que no tienes la menor intención de hacer.

Una risita.

—En absoluto.

Una de las dos puertas se cerró. Danny no sabía cuál. Se aventuró a mirar atrás, esperando que fuera Jeremy el que había vuelto a

encerrarse en su habitación. No era así. Él se encontraba allí de pie, mirándola, y no estaba vestido del todo. Tan sólo llevaba puestos los pantalones.

Danny no pudo moverse, incluso se olvidó de respirar de tan hipnotizada como estaba. Era más fornido de lo que indicaba su ropa, y tenía unos músculos duros como una piedra. Su torso estaba tan bronceado como su cara, cosa que implicaba que ése era el tono natural de su piel. Y aquel pelo tan revuelto después del sueño le hacía tan seductor en el plano sexual, que Danny se sintió atraída casi como una mariposa nocturna a una llama...

¡Santo Dios! Buscando una puerta cualquiera para esconderse detrás, encontró la más próxima, la abrió y se metió dentro. Maldita sea, ¡se hallaba en el armario donde se guardaba la ropa de cama junto a varios accesorios de limpieza! Estaba oscuro y apenas quedaba espacio entre la puerta y los estantes que tenía detrás. Pero no iba a salir de allí para volver a ver a ese hombre medio desnudo.

Él llamó a la puerta. Ella gimió para sus adentros y le dijo:

—Vete. No estás vestido.

—Ya te acostumbrarás.

—Ni hablar.

Le oyó soltar una risita y apretó los dientes.

—¿Había algún motivo para que casi rompieras la puerta de mi habitación a fin de despertarme? —preguntó el ricachón.

Ella se sonrojó. Pensándolo bien, probablemente no habría tenido que armar tanto ruido. Suponía que la tarea de despertarle le tocaría muy de tarde en tarde y sería la parte más difícil de su nuevo empleo. Debería encontrar un modo de evitarlo, quizá llegar a un acuerdo con el nuevo lacayo cuando llegara. Ya empezaba a sentirse mejor, cuando recordó que Jeremy estaba al otro lado de la puerta aguardando una respuesta. Y medio desnudo.

—Un buen motivo. Abajo hay un grupo de mujeres...

Dejó la frase inacabada. Él había abierto la puerta del armario y se apoyaba contra el marco, cruzando los brazos sobre su pecho desnudo. Era un torso amplio, dotado de unos hombros anchos y unos músculos esculpidos, que terminaba en una cintura estrecha. Estaba muy bien formado, de veras. Probablemente era por eso que se mostraba siempre tan seguro de sí mismo. Sabía perfectamente que era un hombre digno de admiración.

En aquel momento estaba totalmente relajado... y divertido. Danny miró sus ojos azules para evitar mirar su pecho.

—Mantener una conversación a través de una puerta es bastante ridículo, ¿no crees? —preguntó él.

—Tener cualquier conversación es ridículo cuando hay visitas esperando.

—¿Quiénes son?

—Tu prima y otras dos señoras.

—Supongo que no habrán venido sólo para saludar —dijo Jeremy, esperanzado.

Ella sacudió la cabeza y no habría podido decir por qué había un tono de satisfacción en su voz cuando respondió:

—Quieren llevarte de compras.

Probablemente porque era evidente que a él no le gustaba demasiado ir de compras, o de lo contrario habría terminado de amueblar la casa por su cuenta.

En efecto, el suspiro que el joven soltó no denotaba felicidad.

—Maldita sea, desearía que Reggie me avisara cuando hiciera planes para mí. Claro que entonces no sería nuestra dulce Reggie. Sé buena y ve a buscarme un par de pastas mientras me visto. Mi prima no querrá esperar a que desayune como Dios manda.

¡Cualquier cosa por desaparecer de su presencia!

Pero Jeremy no se movió. Danny tuvo que escabullirse entre él y la puerta, y no lo consiguió sin rozar su brazo. Ese mismo brazo la sujetó por la cintura para detenerla.

—La próxima vez que quieras esconderte dentro de un armario —se acercó más para susurrarle al oído—, podrías pensar en tener compañía. Te sorprenderían los placeres que pueden descubrirse en sitios tan íntimos como éste.

Danny no contestó; no habría podido pronunciar una sola palabra aunque se le hubiera ocurrido. Le apartó a un lado y bajo la escalera con celeridad. Lo último que oyó de Jeremy fue un suspiro Lo único que la sorprendió fue poder llegar hasta la cocina sin desfallecer después de haber estado tan cerca de él.

17

—No sé cómo vas a conseguirlo. Es un soltero empedernido, incluso un libertino. Sólo acude a estas fiestas para complacer a su familia.

Emily Bascomb sólo escuchaba a su amiga a medias mientras contemplaba a Jeremy Malory al otro lado de la sala. Habría destacado entre cualquier muchedumbre por su estatura, pero era también tan sumamente apuesto que todas y cada una de las mujeres allí presentes se habían fijado en él nada más llegar. El traje negro le sentaba estupendamente. El pelo, que le caía en espesos mechones negros sobre las orejas y el cuello, era tal vez un poco demasiado largo para la moda imperante, pero le confería un aire de truhán.

Ambas jóvenes se presentaban en sociedad aquella temporada, si bien Emily había monopolizado toda la atención con su belleza sin par. Jennifer ya estaba acostumbrada a eso, al haberse criado en el mismo condado. Con su pelo rubio y sus ojos azul cielo, la chiquita y deliciosa Emily tenía mucho éxito y despertaba una gran admiración.

Pero desde el momento en que Emily había puesto sus ojos en Jeremy Malory la semana anterior se había sentido fascinada por él y había decidido conquistarle. No esperaba tener que esforzarse para ello, por lo que le había molestado que apenas reparara en ella durante su encuentro demasiado breve de la semana pasada, y ahora que por fin volvía a verle, no le hacía el menor caso, como si no se conocieran.

Era intolerable. Esa temporada Emily tenía a todos los jóvenes lores comiéndole de la mano, como sabía que así sería, todos excepto Malory. Y ahora no le interesaba ninguno de los demás... porque sólo tenía ojos para él.

Durante años había oído hablar de lo guapo que era pero, al residir en el campo con su familia y desplazarse a Londres sólo en contadas ocasiones, no había tenido oportunidad de conocerle para comprobar si esos rumores eran fundados. Lo eran. Resultaba verdaderamente atractivo.

Su amiga Jennifer seguía advirtiéndole:

—Y las únicas mujeres en las que se fija son —hizo una pausa para añadir en voz baja— las que sabe que puede llevarse a la cama sin riesgo de perder su soltería.

—Jen, tú no lo entiendes —replicó Emily con impaciencia—. Me casaré con él, aunque antes deba pasar por su cama para conseguirlo. De una u otra forma será mío.

—Emily Bascomb, ¡no te atreverás! —exclamó Jennifer, asombrada.

Emily hizo un mohín con sus bonitos labios y llevó a su amiga aparte para susurrarle:

—Claro que no, pero no sería ésa la primera vez que el rumor de una indiscreción ha llevado a un tipo al altar, ¿verdad?

—¿Qué rumor?

—Concédeme unos momentos y ya se me ocurrirá. Pero antes le daré una última oportunidad para redimirse. Vamos. Le recordaremos que ya nos hemos presentado.

—Pero a mí no me conoce —objetó Jennifer, a quien no le gustaba nada que la obligaran a participar en el ardid de su amiga.

—Yo te lo presentaré.

—¡No puedes ser tan descarada! —se quejó Jennifer, quedándose atrás—. Tú apenas le conoces.

Emily chasqueó la lengua y soltó a su amiga.

—¿Cómo puedo esperar conseguir lo que quiero si tú te amilanas? —Emitió un suspiro—. Como prefieras, iré sola. Es totalmente apropiado abordar al hombre con la que una va a casarse.

—Pero tú... no...

Jennifer cerró la boca y se volvió abruptamente buscando la salida más próxima, pero entonces reparó en Drew, quien se acercaba a Jeremy.

—No es precisamente esto lo que había esperado para esta noche —decía Drew—. Soy mucho más sociable después de haberme acostado con unas cuantas mozas.

—No eres el único. —Jeremy sonrió y cogió a Drew por el brazo para conducirle hacia la puerta—. ¿Nos vamos, entonces? Este baile fue idea de Percy, ya que prometió dejarse ver. Pero nosotros ya lo hemos hecho, de modo que...

—Jeremy, no puedes marcharte tan pronto. Todavía no hemos bailado.

Pudo haber fingido no oírla, debió haberlo hecho, pero no era tan maleducado. Suspirando para sus adentros, se volvió.

—Lady Emily, es un placer volver a verla —dijo, cortésmente pero en un tono algo cansado, esperando que se diera cuenta de que no estaba interesado en ella.

Pero la joven no lo captó. Le sonrió. Jeremy pensó que estaba arrebatadora cuando sonreía de ese modo, con sus ojos azul cielo chispeantes. Era la sensación de la temporada. Y en busca de marido, lo cual la hacía prohibitiva para él.

—El placer es mío —respondió ella recatadamente—. Tuvimos muy poco tiempo para charlar cuando nos conocimos la semana pasada.

—Llegaba tarde a una cita. Y me temo que hoy ocurre lo mismo. Precisamente nos...

Drew le hincó un dedo en las costillas y dijo:

—¿No vas a presentarme?

Jeremy suspiró.

—Lady Emily Bascomb, le presento a Drew Anderson, mi tío político.

—Haces que me sienta viejo —se quejó Drew, cogiendo la mano que Emily había ofrecido a Jeremy y estrechándola con delicadeza durante un largo momento—. El placer es enteramente mío, sobre todo si ha venido sin su esposo.

—¿Mi esposo? No estoy casada... todavía.

Drew tosió al darse cuenta de su error, aunque era comprensible. Hasta un americano sabía que las jóvenes solteras que se presentaban en sociedad, a un lado y otro del océano, no se acercaban a los solteros sin ir acompañadas.

—Lamento oír eso —contestó Drew, lo que dejó perpleja a la joven dama.

Jeremy estuvo a punto de echarse a reír. Drew había demostrado mucho interés por ella hasta que se enteró de que era una muchacha ingenua.

Jeremy le ahorró tener que justificar ese comentario diciendo: —Lo siento, viejo amigo, pero tendrás que buscar otro momento para conocer mejor a esta dama. Tenemos que irnos. Ya nos hemos demorado bastante.

—¡Qué lástima! —repuso Drew—. Pero si no hay más remedio... Y esta vez fue él quien abrió la marcha para salir de allí.

Pese a su satisfacción por los nuevos muebles que habían llegado ese mismo día, el mal humor se había apoderado de Danny y todavía persistía cuando fue a acostarse, impidiéndole dormir. No sabía a qué atribuirlo. Debería estar loca de alegría. Había cumplido su primera jornada en un empleo decente y no la habían despedido. Podía sentirse orgullosa de estar firmemente plantada en el buen camino. El trabajo era sencillo. Los demás sirvientes eran amables. El ama de llaves incluso estaba dispuesta a enseñarle a hablar mejor. Y tenía una habitación maravillosa para ella sola. Debería estar contentísima.

Su nueva ropa había llegado también ese día. Era sencilla, práctica y cómoda para trabajar. La blusa blanca de manga larga llevaba unos pequeños volantes en los puños y tenía el cuello alto, pero no lo bastante apretado como para ahogarla. La falda era negra y sin adornos. El lote contenía un delantal corto de color blanco para llevarlo sobre la falda. Estaba decorado con un minúsculo volante, pero por lo demás era decididamente un delantal de criada, con bolsillos profundos a cada lado y otro más largo y en forma de tubo que parecía hecho para contener el plumero.

Había pasado algún tiempo admirándose en un espejo. Después de apartarse los rizos detrás de las orejas para dominarlos mejor, se había sorprendido de lo bonita que estaba. No, era más que bonita: era tan hermosa como aquellas mujeres que habían venido a buscar a Malory. ¿Era eso lo que él había visto desde el principio cuando la miraba?

El nuevo lacayo había comparecido hacia el mediodía, más o menos a la misma hora a la que los nuevos muebles comenzaron a llegar. Se llamaba Carlton. Era joven, probablemente sólo unos pocos años mayor que Danny, de aspecto sencillo, aunque tenía unos bonitos ojos marrones. De talante hablador, parecía simpático. Danny se había fijado mucho en él cuando fue presentado al personal, probablemente con demasiado detenimiento, porque él se había sonrojado varias veces. Danny no se sentía exactamente atraída por él, pero se daba cuenta de que era la clase de hombre que podía ser un marido respetable, de modo que estaba decidida a llegar a conocerle mejor cuando tuviera oportunidad.

Seguía sin poder dormir. Finalmente se levantó y fue a comprobar que todo estaba aún en su sitio en el piso de arriba. Así era, exceptuando sus ocupantes. Los dos jóvenes ricos continuaban fuera, probablemente merodeando en busca de mozas con las que acostarse. Eso era lo que hacían los jóvenes ricos. ¿Era eso lo que la molestaba? ¿Que Malory hubiera salido a buscar unas faldas que levantar porque ella le había rechazado? Eso debería complacerla. Significaba que tal vez la dejaría en paz. Pero la idea no le gustó nada.

Regresó abajo, tan taciturna como antes. Acababa de doblar la esquina de la parte de atrás del vestíbulo cuando oyó que se abría la puerta de entrada y captó el final de una conversación.

—¿Entonces a qué estás esperando? Es sólo una chica —decía Drew.

—No, no lo es —contestó Jeremy—. Y no quiero hablar de ella.

—Conque esas tenemos, ¿eh? ¿Y qué me dices de la preciosa Emily Bascomb, a la que casi se le caía la baba contigo esta noche en ese baile? No me digas que no ha despertado para nada tu interés.

—¿He parecido interesado?

—En absoluto, por eso lo pregunto. ¿Por qué?

—Por la misma razón por la que tú te has echado atrás nada más enterarte de que no está casada. En esto somos iguales, compañero. Yo evito las solteras que se presentan en sociedad o que ya se presentaron la temporada pasada. Es evidente que Emily se ha propuesto conquistarme, pero lo único que busca es el matrimonio, cosa que yo no deseo. Estoy seguro de que ya sabes de qué va eso.

—Sí: o matrimonio, o nada. —Drew suspiró—. Qué lástima. Es una preciosidad. Y me ha dado la impresión de que te ofrecería mucho más.

Jeremy contestó en un tono de indiferencia.

—No lo dudo. A algunas de ésas no les importa empezar la casa por el tejado, pero sólo porque confían en que finalmente conseguirán lo que quieren. He visto más de un lord con grilletes en las piernas por haber cometido deslices parecidos.

—¿Qué? —Siguió una larga pausa—. Oh, quieres decir casados. Maldita sea, es deprimente. Creo que me limitaré a las camareras y las criadas.

—¿Te han dicho alguna vez que hablas demasiado cuando estás beodo?

—No estoy beodo. Puede que sólo un poco bebido. ¿Y por qué vosotros, los ingleses, no habláis inglés? A veces necesito un maldito diccionario para entenderte.

Una risita.

—Es posible que los acentos sean bastante marcados en ciertos rincones del país, pero probablemente te refieres a la jerga. No es más que una moda pasajera, viejo amigo. Es posible que desaparezca del vocabulario en uno o dos años.

—¿Y sea sustituida por algo igual de indescifrable? -se quejó Drew.

—¿Acaso los americanos no tenéis argot?

—Nada que no sea perfectamente comprensible —dijo Drew con afectación.

—Comprensible para ti, compañero, pero sería extraño para mí, ¿no crees?

—Procura no ser lógico cuando estoy bebido, Jeremy, me da dolor de cabeza.

Jeremy se echó a reír. Danny incluso estuvo a punto de hacerlo, lo cual le dio a entender que debía ir a acostarse antes de que la descubrieran allí en el pasillo. Y se quedó dormida inmediatamente ahora que Malory estaba en casa.

18

—Esta noche habrá una cena —anunció la señora Appleton a Danny y Claire a la mañana siguiente—. La señora Robertson os lo explicará todo y os indicará lo que debéis hacer. Yo no me enteré hasta anoche. ¡Apenas el tiempo suficiente para preparar el menú e ir a comprar!

—¿Tan pronto? —preguntó Danny mientras empezaba a llenarse el plato. Esta vez no iba a perderse un desayuno completo—. ¿No lleva tiempo mandar invitaciones para las cenas?

—Normalmente sí —convino la señora Appleton—. Pero no cuando sólo viene familia.

—Oh —repuso Danny, no muy interesada—. Bueno, procuraré quitarme de en medio.

—No, no lo harás. Tú y Claire os encargaréis de servir. Y Carlton también.

Danny había estado hablando correctamente hasta que oyó eso.

—¿Servir cuál?

—La comida y las bebidas, por supuesto.

—Ése no es mi trabajo —señaló Danny con razón.

—Lo es, porque estamos faltos de personal -replicó la cocinera, para consternación de Danny—. Necesitaremos todas las manos disponibles; se esperan de quince a veinte invitados.

—Entonces no viene sólo la familia.

—Sí, señora. Los Malory son una gran familia. Pero no todos ellos están en Londres en este momento. El marqués de Haverston, el cabeza de familia, rara vez viene a la ciudad, según tengo entendido. Y las dos hijas del conde tampoco están en la ciudad; viven en sus fincas en el campo con sus maridos. Una de ellas está casada con un duque, ¿sabes?

Realeza, pensó Danny. ¡El condenado ricachón estaba emparentado con la realeza! Y la señora Appleton parecía orgullosa de decirlo.

—Tengo ganas de vomitar —dijo Danny.

—¡Desde luego que no! —bufó la cocinera—. Ésta será una buena ocasión para comprobar tu iniciativa, querida. Con un poco de formación, lo harás bien.

Danny lo dudaba, pero no dijo nada más sobre el asunto. El desayuno no le sentaba bien porque los nervios se le acumulaban en el estómago, de modo que después de todo no comió mucho y se dirigió al piso de arriba para comenzar su rutina. Quizá si evitaba al ama de llaves durante el resto del día, la mujer se olvidaría de darle ins-

trucciones y Danny no se vería obligada a servir a la realeza esa noche.

En su estado de nervios, consiguió limpiar todo el piso de arriba antes del mediodía, excepto la habitación de Jeremy. El joven todavía estaba en ella, por lo que no quiso acercarse.

A media mañana, la señora Robertson la encontró y la llevó amplio comedor para darle las prometidas instrucciones. En realidad no había tanto que aprender, tan sólo a quién servir primero, cómo escanciar vino sin llamar la atención, estar pendiente de las copas y volver a llenarlas cuando fuera necesario. Al parecer los hombres se servirían unas copas antes de cenar. Sólo tendría que llevar una bandeja de té si las damas lo pedían. Sin embargo, debía estar a mano en el salón por si había otras peticiones. Simplemente tenía que ser discreta y no hacerse notar.

—Y arréglate todo lo que puedas —le había advertido la señora Robertson antes de volver a mandarla a sus tareas de limpieza.

Danny se sonrojó. También Claire había aludido con sarcasmo a las arrugas de su ropa aquella mañana. Evidentemente, tendría que abandonar su hábito de dormir vestida.

—Danny, ven aquí, por favor.

Suspiró mentalmente. Tanto evitar a Malory... Era el único que quedaba en el piso de arriba, y aún continuaba en su habitación. Pero resultaba obvio que ya no dormía. Había abierto la puerta para llamarla y la había dejado abierta.

Asomó la cabeza por la esquina del marco de la puerta. Todavía estaba en la cama, tendido con las manos en la nuca; parecía condenadamente cómodo y relajado. No estaba vestido del todo. Llevaba puestos una camisa blanca de linón, abrochada sólo hasta la mitad del pecho, y unos pantalones de color de ante, sin zapatos ni calcetines.

Pasarse el día holgazaneando, eso era lo que hacía ella hasta que encontró un trabajo de verdad. Malditos ricos. ¿Y cómo iba a limpiar su habitación si no la abandonaba?

Andaba buscando excusas para su irritación cuando la verdad era que verle tendido en la cama le aceleraba el pulso. Santo Dios, deseó que no fuera tan terriblemente guapo como para que sus dedos rabiaran por tocarle.

—¿No tienes nada que hacer durante el día en cualquier otra parte? —dijo, con más aspereza de la que debería.

El sonido de su voz atrajo la atención de Malory hacia ella. Abrió sus ojos de color cobalto de par en par, sorprendido. Incluso se sentó en el borde de la cama.

—¡Santo cielo, estás preciosa! —exclamó.

Danny se habría sentido complacida al oír esas palabras en boca de Carlton, pero el halago de Malory no la impresionaba porque conocía sus motivos. Además, en aquel momento ella no mostraba su mejor aspecto, de modo que soltó un bufido y le espetó:

—Eres un maldito embustero. Hoy ya me han dicho dos veces que llevo el vestido tan arrugado que da pena.

—Las arrugas no pueden ocultar el contenido, querida. La ropa que vistes no puede afear a tu admirable estructura ósea, el color único de tu pelo, no empaña la nitidez violeta de tus ojos. Pero puesto que ya estaba familiarizado con todo eso, lo que probablemente debería haber dicho es: «¡Santo cielo, tienes unos pechos preciosos!»

Se puso colorada de vergüenza. Pero esta vez no podía llamarle embustero, no cuando la víspera había pasado diez de aquellos treinta minutos delante del espejo admirando lo bien que llenaba su blusa nueva.

Pero le miró con el ceño fruncido, lo bastante aturdida como para volver a adoptar su acento callejero.

—Mencionar mis pechos no está bien, ¿«verdá»?

Él sonrió impenitentemente y le aseguró:

—Sólo cuando hay otras personas delante.

Danny hizo una mueca.

—Entonces les hablas a todos tus sirvientes igual que a mí, ¿no?

—No, sólo a aquellos con los que espero mantener una relación muy estrecha. Por cierto, esta cama es muy cómoda. ¿Te gustaría probarla lo antes posible, por ejemplo ahora?

Ella no habría tenido que hacer preguntas que le incitaran a ser más atrevido.

—Lo único que haré con esa cama será extender la colcha cuando te hayas levantado.

—Me siento agraviado —repuso él, suspirando.

—Eres un holgazán. Ve a hacer algo, para que pueda limpiar tu cuarto.

—Ya estoy haciendo algo. Me estoy recuperando de la diversión de anoche, y descansando para esta noche. Además, tu trabajo no requiere que una habitación esté desocupada. Puedes limpiar a mi alrededor. Se giró de costado, dobló el codo para apoyar la cabeza sobre una mano y le sonrió de nuevo—. Haz como si no estuviera aquí.

Eso mismo. Como si fuese minimamente posible. Pero podía tratar de no mirarle. Maldita sea, eso no daría resultado, porque sabría que él la estaba mirando. Y aunque no la mirase, creería que lo hacía, echaría un vistazo para comprobarlo y...

—Esperaré —exclamó Danny.

—No puedes— pareció alegrarse de decirle—. Pienso descansar aquí hasta la hora de cenar.

Danny apretó los dientes, sacó el plumero del bolsillo del delantal y se volvió hacia el pequeño escritorio con la intención de atacarlo con sus plumas. En su lugar dio un grito de sorpresa al ver el sombrero encima del mueble. No estaba allí la víspera.

—¡Mi sombrero! ¿Por qué lo tienes todavía?

Malory respondió con un deje de indiferencia en la voz.

—Lo guardé como recuerdo de una... experiencia interesante .

—Lo he echado de menos.

—Qué lástima. Ahora me pertenece.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Por qué? No te lo pondrías ni muerto.

—No tengo intención de ponérmelo. Tampoco tengo intención de regalarlo. De modo que si lo pierdo, sabré dónde buscar, ¿no es cierto?

—He «dejao» de robar.

—Celebro oír eso. En tal caso consideraré que mi sombrero no corre peligro. —Al ver su mirada enojada, soltó una risita—. Alégrate, cariño. La verdad es que no casa con las faldas, ¿sabes? Lo que ahora necesitas son cofias con volantes.

Danny soltó un bufido.

—Me pondré las malditas faldas, pero esos ridículos sombreros, de señora no son «pa» mí.

Él chasqueó la lengua.

—Vuelves a pensar como un hombre.

—Pues échame.

Se dispuso a limpiar el escritorio como había pretendido, pero resultó un tanto desalentador no encontrar sobre él nada de polvo que pudiera esparcir por la habitación. Tuvo buen cuidado de no tocar el sombrero. Tenía la sensación de que él se reía de ella en silencio por haberse puesto de tan mal humor a causa de un sombrero. En realidad le traía sin cuidado.

Cuando se detuvo a examinar la habitación, se alegró de comprobar que la víspera había trabajado con tanta diligencia que apenas quedaba nada que hacer salvo recoger unas cuantas prendas que él había dejado tiradas aquí y allá. Las recogió y empezó a sacudirlas, procurando mantener la vista bien alejada de la cama.

—¡Válgame Dios, Danny! No irás a privarme tan pronto de tu deliciosa compañía, ¿verdad?

Parecía realmente decepcionado. Una treta, sin duda. Aun así, se detuvo junto a la puerta para decir:

—Esta noche vas a recibir invitados. Hay mucho trabajo por hacer antes de que lleguen.

Malory suspiró.

—Ah, sí, mi primera experiencia como anfitrión. —Y agregó con cierto sarcasmo—: Vuelves a imitar a tus superiores, ¿eh?

Ella se irguió, comprendiendo que se refería a su modo de hablar.

—No, en realidad la señora Robertson ha estado enseñándome.

—¡Dios mío! ¿Y has aprendido tan rápido? Sorprendente.

Se estaba burlando, por lo que Danny no se molestó en explicarle que estaba recuperando cada vez más su antigua forma de expresión. Todavía tenía demasiados lapsus cuando se ponía nerviosa o se enfadaba, de modo que optó por cambiar de tema.

—Me sorprende que ofrezcas una cena tan pronto. Apenas he podido sacar el polvo y la suciedad del nuevo mobiliario.

—Te aseguro que no fue idea mía.

Danny arqueó una ceja.

—A ver si lo adivino: ¿tu prima?

—Naturalmente.

Como parecía molesto en aquel momento, el humor de Danny mejoró mucho. Incluso le obsequió con una sonrisa maliciosa.

—Anímate, amigo. Me han dicho que sólo viene tu familia. No necesitas impresionar a nadie, ¿verdad?

—Al contrario, Impresionar a simples conocidos me traería sin cuidado. Es mi familia la que debe pensar que puedo arreglármelas solo, de lo contrario unirán sus fuerzas para averiguar qué es lo que falla y solventar el problema.

—Eres un hombre adulto. ¿Por qué no te dejan vivir tranquilo?

—Porque me quieren, claro.

19

«Porque me quieren, claro.» Danny no lograba quitarse de la cabeza aquellas palabras. Debía de ser bonito tener una familia así. Su propia «familia» no podía considerarse como tal. Sus miembros accedían a la banda de Dagger entre los cinco y diez años de edad, por lo que no existía ningún vínculo biológico que generara un sentimiento de verdadera proximidad, y por lo general se marchaban entre los catorce y diecisiete años para llevar su propia vida. Los que se iban rara vez volvían de visita. En cuanto se marchaban, desaparecían para siempre.

A Danny le había gustado ayudar a los más pequeños e incluso había sentido predilección por algunos con el paso de los años, pero sin llegar a quererles como un hermano o una hermana. Lucy era la única con la que había cultivado una verdadera relación íntima, era como una hermana. Pero en cuanto empezó a prostituirse, ya no tuvo mucho tiempo para compartir con Danny.

Fundaría su propia familia. Ya hacía algunos años que tenía esa idea alojada en su mente, aunque nunca se la había planteado seriamente hasta ahora, porque su disfraz había limitado sus posibilidades en este sentido. Resultaba difícil buscar marido yendo caracterizada como un varón. Pero ahora era ella misma, o trataba de serlo, de modo que ya nada le impediría casarse en cuanto diera con el hombre apropiado. Y entonces, por fin, tendría una verdadera familia.

Los Malory no llegaron todos a la vez; fueron haciéndolo escalonadamente durante las horas previas a la cena. Regina Eden y su marido Nicholas fueron los primeros en aparecer, probablemente Porque eran los que residían más cerca.

Regina se quedó estupefacta al ver a Danny ataviada con su falda azul marino, la blusa blanca y un delantal azul celeste que añadía tina pincelada de color. Se limitó a decir:

—Magnífico. Debo de estar perdiendo la vista. Normalmente puedo reconocer las personas de mi propio sexo sea cual sea el modo en que vayan vestidas.

—Probablemente era mi corte de pelo, señora. El « peinao» a lo chico, ¿sabe?

—Lo supongo. Regina suspiró—. Me siento molesta por haber cometido tamaño error.

—Una muchachita muy bella —oyó Danny que Nicholas Eden comentaba a su esposa mientras iban a reunirse con Drew al otro lado del amplio salón.

—Se supone que tú no deberías fijarte en ella —le reprendió Regina, aunque en un tono risueño—. Pero estoy segura de que Jeremy sí lo ha hecho.

Después fueron llegando más y más Malory. Carlton les franqueaba la puerta de entrada. Danny tuvo que ir a buscar una bandeja de té, y otra más a medida que transcurría la tarde. Captó sus nombres en retazos de conversación que oyó casualmente. También sorprendió a muchos de ellos mirándola con curiosidad.

Las dos damas que se habían incorporado a la expedición de compras la víspera resultaron ser una prima y la tía política de Jeremy. La prima de pelo oscuro era Kelsey, casada con Derek, uno de los Malory rubios, corpulentos y apuestos. El padre de Derek, Jason, era el marqués que rara vez bajaba a la ciudad.

La belleza de pelo cobrizo era Roslynn, casada con el tío de Jeremy, Anthony. Este tipo desconcertó a Danny desde el momento en que le vio. Anthony guardaba un asombroso parecido con Jeremy, pero en una versión de mas edad. Debía de resultar curioso saber exactamente qué aspecto tendría uno cuando se hiciera mayor. Pero por otra parte, Anthony era tan sumamente apuesto que no era de extrañar que Jeremy rezumara tanta seguridad en sí mismo. Sabía que iba a conservar durante muchos años el asombroso atractivo sexual que poseía.

Llegó otro tío, el conde que la señora Appleton había mencionado. Edward Malory era un tipo jovial de la parte rubia de la familia. Unos diez años mayor que su hermano Anthony, Edward tenía una familia numerosa. Su esposa, Charlotte, estaba presente, así como sus dos hijos adultos, Travis y Marshall. Al parecer tenían además tres hijas, todas casadas, pero no se esperaba a ninguna esa noche. Dos de ellas vivían en el campo, pero la más joven, Amy, se había marchado a América con su marido, Warren, que era uno de los hermanos de Drew Anderson. Iban a regresar a Inglaterra ese verano, pero nadie sabía exactamente cuándo.

Como se trataba tan sólo de una reunión de familia y amigos íntimos, habían traído a cenar la pequeña hija de Anthony y Roslynn, Judith. Con unos padres tan guapos, no era de extrañar que Judy, como la llamaban, fuese una niña tan bonita. Tenía el pelo rojizo de su madre y aquellos asombrosos ojos azul cobalto que poseía su padre, Regina y Jeremy. Era también precoz y muy sincera en sus comentarios, como tendían a ser los niños.

Se acercó a Danny antes de que sirvieran la cena y, después de contemplarla unos momentos, dijo francamente:

—Eres muy guapa.

—Tú también.

—Ya lo sé. —Pero la pequeña suspiró al decirlo, como si no le agradara la idea—. Me han dicho que daré muchos problemas mi padre cuando crezca.

—¿Por qué?

—Por todos los pretendientes que tendré.

—¿Tantos? -preguntó Danny.

—Sí, cientos y cientos. El tío James no cree que mi padre sea

capaz de soportarlo. Cree que hará —hizo una pausa para acercarse y susurrar— «un maldito ridículo».

Danny tuvo que reprimir una carcajada.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que el tío James puede tener razón.

Esta vez Danny no pudo evitar reírse y deseó haberse contenido, porque todos los presentes fijaron los ojos en ella. Podría haberlo soportado, a pesar de la vergüenza que le causó, de no haber sido porque también atrajo la atención de Jeremy.

Éste había estado recibiendo a sus invitados, charlando con cada miembro de su familia a medida que iban llegando, sin hacer caso a Danny, que ocupaba su puesto junto a la puerta. Pero ahora sí le hacía caso, devorándola prácticamente con los ojos. Y todos estaban hablando de ella. Danny lo sabía, lo notaba, incluso captó un retazo de conversación aquí y allá, aunque no lo suficiente como para averiguar qué estaban diciendo de ella. Resultaba muy violento saber que se había convertido temporalmente en el centro de atención.

Al otro lado de la sala, Anthony susurró a Jeremy:

—Instálala en su propia casa. Habrá discusiones entre tus sirvientes cuando descubran que te acuestas con ella. Cierto que Jason lo ha conseguido, pues ha estado acostándose con su ama de llaves durante más de veinte años, pero tenía un acceso secreto a la habitación de Molly. Dudo que esta casa tenga la distribución adecuada para ello.

—No me acuesto con ella.

—Menuda patraña —se rió Anthony—. Tú no desperdiciarías una preciosidad como ésa.

—No tengo intención de hacerlo —gruñó Jeremy—. Simplemente aún no ha ocurrido.

Anthony arqueó una de sus negras cejas.

—¿Estás perdiendo tu encanto, sobrino? —Jeremy frunció el ceño.

—Estoy empezando a creerlo. Tengo que recordarme constantemente que es única.

—Excepcionalmente bella, estoy de acuerdo. Pero no es eso a lo que te referías, ¿verdad?

—No. Resulta que no hay nada en ella que pueda considerarse normal. Sus orígenes, sus hábitos..., todo en ella no es como cabría esperar.

—No puede ser tan excepcional, jovenzuelo —objetó Anthony.

—Te sorprenderías. Ayer hablaba como un golfillo callejero .¡Hoy la he oído hablar como un profesor de inglés! Y piensa como un hombre. De hecho, hasta hace poco, ha usado pantalones durante la mayor parte de su vida. Pero tan pronto como se pone una falda, quiere un marido —agregó Jeremy entre dientes.

Anthony tosió.

—¿Tú?

—No, sabe que soy un soltero empedernido, y es por eso que no quiere tener nada que ver conmigo. Quiere un marido respetable.

Anthony se echó a reír.

—Bueno, eso de los pantalones me ha convencido, pero ahora regresamos a lo normal. La mayoría de las mujeres quieren maridos respetables.

Jeremy arqueó una ceja.

—¿Cuando ella misma no es respetable ni lo más mínimo?

—Ah, comprendo. Trata de ascender en la escala social, ¿no? Bueno, si realmente no tienes ninguna posibilidad de conquistarla, entonces quizá deberías plantearte deshacerte de ella, para evitar la tentación, por así decirlo.

Jeremy sonrió por fin.

—Los Malory no nos rendimos tan fácilmente.

En otro rincón, Edward preguntó a su esposa:

—¿No te resulta familiar esa criada?

—Diría que no —contestó Charlotte.

Edward frunció el ceño.

—No logro situarla, pero me parece que la conozco.

—Probablemente la habrás visto pasar, quizás en la calle o en alguna tienda. Una chica tan bonita como ésta no puede pasar desapercibida.

—Supongo. —Edward suspiró—. Pero ahora no podré dejar de pensar hasta que recuerde dónde la he visto antes.

Junto a la chimenea, Travis comentó a su hermano con un suspiro muy parecido al de su padre:

—Supongo que Jeremy ya la habrá reclamado.

Marshall soltó una risita.

—Desde luego. Pero a mí no se me ocurriría hacerla trabajar de criada.

—Quizá le gusta ser criada.

—Lo más probable es que todavía no se haya dado cuenta de que no tiene que mover ni un dedo para contentar a nuestro primo. Es un tipo con suerte. ¿De dónde saca todas esas bellezas? No he estado nunca en una reunión en la que la chica más bonita no tratara de llamar su atención. Emily Bascomb se ha propuesto conquistarle, naturalmente, y me ha rechazado —confesó Marshall—. Pensaba cortejarla, incluso había conseguido atraer su interés..., hasta que apareció nuestro primo y quedó prendada de él.

—Te comprendo —repuso Travis—. Ojalá Jeremy ya se hubiera casado. Resulta terriblemente difícil llegar a algo con mujeres estando él cerca. Yo tuve el mismo problema con Derek hasta que se casó.

—Seremos viejos y canosos antes de que Jeremy se plantee siquiera el matrimonio. Tampoco lo haría yo si me pareciera a él y estuviera siempre rodeado de mujeres.

Y en el centro de la sala, sentada en uno de los dos sofás nuevos, Regina dijo a Kelsey:

—No acierto a comprender cómo se le ha ocurrido a Jeremy instalarla en su casa. Creo que el tío James tendrá que hablar seriamente con él acerca de infringir los convencionalismos.

—Ésta es una residencia de soltero, querida.

—Sí, ya lo sé, y si desea tener a su amante aquí, dudo que los sirvientes se escandalicen. Y mientras sea discreto, no será objeto de chismorreo. Pero la ha contratado como criada, por lo que habrá problemas en las dependencias del servicio. Puede que eso a él no le preocupe, pero sí a la pobre muchacha.

Kelsey le dio una palmadita en la mano a Regina.

—Creo que deberías dejar que se las arregle solito. Nunca ha tenido sus propios sirvientes hasta, ahora. Ya le cogerá el tranquillo. Su padre y su tío bien que lo hicieron. A pesar de su fama de libertinos estoy segura de que administraron perfectamente sus hogares.

Si Danny hubiera sabido que todos los Malory reunidos en aquella estancia creían que era la amante de Jeremy, se habría muerto de vergüenza, se habría enfurecido... y habría montado una escena que le habría costado el despido, con o sin chantaje. Pero afortunadamente ignoraba las conclusiones a las que los Malory habían llegado acerca de ella. Y si bien sospechaba que estaban hablando de ella, lo cual la avergonzaba, la llegada de Percy alejó esa preocupación. Percy se detuvo a su lado al entrar en la sala, frunció el ceño un momento y luego dijo:

—¡Ah, ya entiendo! Gemelos. Conocí a tu hermano. Un tipo de primera. Me hizo un gran favor, por el que le estaré eternamente agradecido.

Danny no supo qué contestar. ¿Debía sacarle de su error y arriesgarse a que contara de buenas a primeras que unos días antes llevaba pantalones?

Jeremy le ahorró tener que responder. Sabía que Percy era capaz de descubrir el pastel y obviamente no quería que lo hiciera en presencia de su familia.

—Llegas tarde, viejo amigo. Apenas queda tiempo para tomar una copa antes de cenar. Acompáñame y lo arreglaremos.

—No necesito ninguna copa —repuso Percy—. Sin embargo tengo ganas de averiguar si has tenido suerte con la cocinera. Por cierto, ¿dónde encontraste a la hermana gemela de nuestro ratero? No me digas que te adentraste aún más en esa guarida de ladrones, que actuaban en la taberna de aquella noche.

Puesto que Jeremy ya había conducido a Percy hasta la mitad del salón, fueron pocos los que no oyeron lo que acababa de decir. Jeremy se tapó los ojos exhalando un gemido.

Danny decidió que había llegado el momento de ir a ver si la cena ya estaba lista.

20

La suerte ya empezaba a sonreír a Tyrus Dyer. Había pensado mucho en el asunto, durante varios días, y había decidido que si iba a matar a la chica como era debido esta vez tendrían que pagarle bien. No sería codicioso. Recuperar su buena suerte era la mejor recompensa. Pero razonó que, puesto que iba a matarla de todos modos, ¿por qué no sacar también algún dinero?

Así pues, se dispuso a localizar al lord que había querido acabar con ella. Recordó dónde vivía. No confiaba mucho en su memoria, puesto que sólo había estado allí en dos ocasiones. Pero reconoció la casa. Y el lord estaba en ella.

Comprendió que su suerte empezaba a cambiar, porque el locuaz criado que le franqueó la puerta le dijo que su amo residía ahora en el campo y rara vez bajaba a Londres, quizá sólo en un par de ocasiones al año. El hecho de que hubiera llegado pocos días antes para una breve estancia con el fin de resolver unos asuntos hizo que Tyrus no pudiera creer en su buena estrella. De hecho, el lord tenía previsto regresar al campo a la mañana siguiente. Un día más de reflexión y Tyrus ya no le habría encontrado.

Desde luego, cabía la posibilidad de que el rico no quisiera recibirle en cuanto oyera su nombre. A fin de cuentas, habían roto su asociación con rencor debido al fracaso de Tyrus. Incluso era posible que intentara matarle de nuevo. Pero Tyrus razonó que aquel incidente había sido engendrado por la ira, y el lord había dispuesto de quince años para aplacarla.

Sin embargo le hicieron esperar, durante casi tres horas. Deliberadamente, no lo dudaba. Pero no iba a marcharse, si era eso lo que el lord confiaba que hiciera. Iba a pedir mucho dinero por terminar el trabajo para el que le habían contratado tantos años atrás. Eso bien merecía una pequeña espera.

Era casi medianoche cuando el criado finalmente le condujo en presencia de su patrón. Éste se encontraba en una habitación parecida a un despacho en la parte de atrás de la casa, sentado a una mesa. Estaba flanqueado por dos hombres de pie, unos tipos con aspecto de matones. A Tyrus empezaron a sudarle las palmas de las manos.

No tuvo más remedio que preguntarse si había estado engañándose. Quizá no había tenido tanta suerte al encontrar al lord en casa como había creído en un principio. ¿Lo habían hecho esperar con el fin de llamar a esos matones para que acabaran con él?

Antes de que el lord pudiera dar la orden de despacharle para siempre, Tyrus balbuceó:

—No habría « venío» si no pensara que le interesará oír lo que tengo que decir.

—Siéntese, señor Dyer.

Tyrus suspiró aliviado y sonrió con presunción mientras ocupaba la silla situada frente a la mesa. Los dos matones, aunque no dejaban de mirarle, tenían una expresión ausente.

—Se acuerda de mí, ¿« verdá»?

—Desgraciadamente sí, por lo menos recuerdo su nombre. Debo admitir que no le habría reconocido. Su aspecto ha cambiado drásticamente, ¿no es cierto?

Tyrus hizo una mueca de contrariedad. El rico se estaba refiriendo a su pelo, evidentemente. Tenía cuarenta y dos años, ni una sola arruga en la cara, pero ya hacía varios años que su pelo se había vuelto totalmente gris. El lord, en cambio, apenas si había cambiado. Ahora debía de tener cerca de cincuenta años, aunque aparentaba muchos menos.

—Herencia de familia —mintió Tyrus—. ¿Le han ido bien las cosas, milord?

—Muy bien, pero no gracias a usted.

Tyrus no supo si debía alegrarse de oír estas palabras. Si el rico ya no necesitaba urgentemente deshacerse de la chica, no pagaría por ello. Pero por otro lado, si tenía ahora los bolsillos bien llenos, podría pagar aún más de lo que Tyrus tenía intención de pedir por concluir el trabajo.

—Es tarde —dijo el lord con voz cansada—. Vaya al grano, señor Dyer.

Tyrus asintió.

—He «encontrao» a la chica, la que se escapó. Todavía vive.

—Sí, ya lo sé.

Las esperanzas de Tyrus se derrumbaron.

—¿Lo sabe?

—El otro día hubo un tumulto cerca de mi banco. Me encontraba lo bastante cerca para ver qué ocurría. No pude dar crédito a mis ojos cuando vi que la causante de todo era la chica.

—Lo entiendo. A mí también me costó creerlo cuando la vi.

—Ya casi me había olvidado de ella. Al no aparecer durante todos estos años me habría gustado que la declararan legalmente muerta, pero me... convencieron de que no era una buena idea.

—¿No la siguió?

—Por supuesto, pero la perdí de vista a unas pocas manzanas.

—Yo no. Sé dónde vive.

El lord había permanecido sentado, dando la impresión de que no estaba nada interesado en el tema. Pero ahora se levantó de repente, haciendo renacer las esperanzas de Tyrus.

—¿Dónde?

Tyrus rió entre dientes.

—No creerá le que daré esa «informasión» gratis, ¿ «verdá»?

El lord volvió a sentarse e hizo un ademán a sus dos acompañantes, que empezaron a rodear la mesa de inmediato. Tyrus casi derribó la silla en su prisa por abandonarla. Estuvo a punto de caerse, pero logró mantener el equilibrio y se irguió con una pistola en la mano. Los matones se detuvieron en seco cuando les encañonó con el arma. Su semblante, antes inexpresivo, mostró irritación. Tyrus exigió con nerviosismo:

—Si todavía la quiere muerta, lo haré, y me pagará el doble de lo que me prometió, la «mitá» ahora y la « mitá» cuando le diga dónde está el cuerpo. Esta vez no quiero correr ningún riesgo con «usté», milord.

El hombre se echó a reír.

—Ni un solo penique sin resultados. Ya me ha demostrado lo incompetente que es, señor Dyer. Tendrá su dinero, pero sólo si lo consigue esta vez.

Tyrus se conformó con eso. Sí, su suerte mejoraba definitivamente.

21

La señora Appleton estaba tan contenta de que su primera cena con invitados hubiese sido un éxito que se sirvió una copa de vino para celebrarlo... y sirvió otras dos para Danny y Claire. Ésta la rechazó; todavía estaba lavando platos. Pero Danny sólo tenía que revisar el comedor y el salón para cerciorarse de que volvían a estar en orden antes de retirarse, de modo que apuró su copa de un solo trago.

La cocinera sacudió la cabeza, disgustada.

—Eso ha sido un desperdicio que espero no volver a ver. ¿Tan acostumbrada a beber estás? ¿O acaso no sabes que el buen vino debe saborearse?

Danny no se sonrojo, bueno, en todo caso no mucho. Pero se arrepintió de haberse tomado el vino tan deprisa, saboreándolo a posteriori, por así decirlo. Estaba acostumbrada al vino barato, no a esa bebida cara y de sabor tan intenso.

—¿Puedo volver a probarlo, entonces? No lo he apreciado en la primera ronda.

La señora Appleton se echó a reír.

—Sí, creo que te lo has ganado. Esta noche lo has hecho bien, pequeña, muy bien. No has derramado ni se te ha caído nada. El sello de una buena criada es pasar siempre desapercibida. Desde luego, nunca podrás aspirar a eso con tu aspecto, pero aun así podrás llegar a ser la mejor criada de la manzana si te lo propones.

—¿Qué tiene de malo mi aspecto?

La señora Robertson escogió este vestido, ¿sabe?

—¡Eres un cielo, querida! Ya debes de saber lo bonita que eres. Con esa carita llamarás siempre la atención. Eso no tiene remedio. Pero mientras hagas bien tu trabajo, podrás superar ese defecto. Ahora vete. Te has ganado un buen descanso y la mañana no tardará en llegar.

Danny abandonó la cocina con una sonrisa en el rostro. ¿Quién sino una empleada doméstica consideraría que una cara bonita era un defecto?

Hacía ya un rato que el último invitado había dejado la casa, por lo que Danny había podido recoger con tranquilidad todos los platos del comedor. No esperaba encontrar a nadie allí cuando paso para echar un último vistazo, pero Jeremy había vuelto a sentarse a la mesa, con una jarra de vino delante y una copa medio vacía en la mano. No parecía contento. Se le veía bastante infeliz y ni siquiera se dio cuenta de que ella acababa de entrar en la estancia.

Danny se debatió entre el deseo de preguntarle qué le ocurría y el de salir del comedor antes de que la viera. Eligió la opción inteligente y

se volvió para marcharse.

—¿No quieres acompañarme?

—No.

—Demasiado sincera —dijo Jeremy, chasqueando la lengua—. No deberías ser tan sincera con un hombre abatido, ¿sabes? Cualquier excusa, por pobre que fuera, habría bastado.

Danny trató de concentrarse para poder contestarle correctamente, pero el vino que acababa de tomar se lo puso demasiado difícil

—¿Quieres que te mientan, pues?

El meditó un instante y repuso:

—Bueno, no, supongo que no. Pero las excusas no se consideran mentiras; si acaso, mentiras piadosas.

—¿Estás trompa, Malory?

La miró parpadeando y luego se levantó tambaleándose para adoptar una postura ofendida.

—Claro que no. No he estado borracho ni un solo día de mi vida.

Danny soltó un bufido.

—Eso dicen todos. ¿Y qué excusa tienes, eh? Tu cena ha sido un éxito. Deberías estar contento, en vez de ahogar las penas en alcohol.

—Estaría contento si no supiera que por lo menos tres miembros de mi familia, posiblemente cuatro, y sé exactamente cuáles, acudirán directamente a mi padre y le dirán que estoy fracasando rotundamente en mi primer intento de administrar una propiedad.

—¿Has tenido una cena estupenda y crees que estás fracasando? Sí, estás borracho como una cuba.

Jeremy se terminó el vino, dejó la copa con fuerza sobre la mesa y confesó:

—No se trata de la cena, querida. Es Percy y su maldita bocaza. Y si conocieras a mi padre, no desearías que se enfadara contigo.

—Tienes una buena familia. Hasta yo me he dado cuenta. Tu padre no puede ser peor que los demás.

Él se echó a reír. Ella aguardó, pero al parecer ésa era su respuesta. Danny sacudió la cabeza.

—Vete a la cama y duerme la mona, amigo.

Jeremy frunció el ceño por un momento.

—Lo haría, pero creo que no puedo encontrar mi cama.

—¿ Eh?

—Lo he intentado, de veras. Pero sólo he encontrado camas que no eran mías. Reconocería mi propia cama, ¿sabes? Así pues, no he tenido más remedio que volver aquí y sentarme en una silla.

Danny puso los ojos en blanco, se acercó a él, le cogió del brazo y

lo sacó del comedor hacia la escalera. Le resultó más difícil de manejar cuando empezaron a subir los peldaños. Cuando miró atrás le vio fruncir el ceño.

—No creerás que podré subir otra vez —le confió él—. No sin ayuda.

—¿Y qué crees que estoy haciendo yo, eh?

—Pero si me soltaras por algún motivo, podría perder el equilibrio. Claro que partirme la crisma probablemente haría que mi padre fuese indulgente conmigo.

Danny comenzaba a divertirse. Cuando Jeremy Malory estaba bebido, resultaba muy gracioso. E inofensivo. Las miradas sensuales que siempre la desarmaban desaparecían. El nerviosismo que siempre experimentaba cuando estaba con él se esfumaba por completo En aquel momento ni siquiera le importaba tocarle.

—¿Quieres dormir en el sofá, entonces?

—¿Cuando me espera una cama confortable arriba? —repuso él, indignado—. No, quizá si me dejas apoyarme en ti podré con seguirlo.

Los ojos violeta de Danny se entornaron con recelo.

—¿Apoyarte dónde?

—En tu hombro, claro. ¿A qué diablos creías que me refería?

Ella se sonrojó ligeramente, le cogió por la cintura y se pasó su brazo por encima de los hombros.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor.

Consiguieron subir las escaleras sin tropiezos. Él se apoyaba en ella un poco demasiado, pero a pesar de su esbeltez Danny era fuerte y podía sostenerle bien. Jeremy no la soltó cuando llegaron al pasillo del piso de arriba, incluso pareció conducirla. Ella pensó que alcanzarían antes su dormitorio si no decía nada y se limitaba a llevarle hasta allí. Pero, una vez en su habitación, Jeremy siguió sin soltarla; aparentemente quería que le ayudara también a acostarse.

Los recelos de Danny volvieron, especialmente cuando él se acercó con torpeza al lado mismo de la cama y cayó sobre ella, arrastrando con él a la muchacha. Aprisionada debajo de su cuerpo Danny no pudo levantarse con rapidez. Jeremy pesaba mucho. Le empujó y se debatió para quitárselo de encima, pero fue en vano.

—Más vale que no te hayas dormido, amigo —gruñó—. Déjame levantarme ahora, o...

—No te muevas— le advirtió él con un gemido —.Creo que voy a vomitar.

Danny se quedó inmóvil. Había olvidado por un momento que estaba borracho. Se arrepintió de haber pensado mal de él... durante cinco segundos. Jeremy, que había vuelto la cabeza hacia ella para hablarle, la irguió ligeramente y posó los labios sobre los suyos.

Danny apartó la cabeza a un lado. Estaba dispuesta a concederle el beneficio de la duda, creer que lo había hecho casi sin querer. Pero

ahora sus labios le rozaron el cuello, haciéndole sentir un escalofrío por toda la espalda, y le oyó decir:

—Debes saber que te deseo. No he tratado de ocultarlo. Hay tanto placer esperándonos, cariño... No te resistas más.

Negándose a sucumbir —heroicamente, porque sus palabras tuvieron un efecto muy debilitante sobre ella—, Danny volvió la cabeza para decirle lo que podía hacer con el placer que le ofrecía y quedó atrapada otra vez. Trató de resistirse con todas sus fuerzas, pero lo único que hizo fue olvidar todas y cada una de las razones por las que no debería besarle. Siempre se había preguntado cómo sería. Lucy le había hablado de besos con babas, húmedos, de borrachos, y los de verdad, aquellos raros casos en los que un beso era capaz de despertar su deseo sexual.

Danny sabía bien que era esto último lo que le estaba ocurriendo. Incluso sabía por qué. A fin de cuentas se trataba de Malory, y nunca había sentido por ningún hombre la atracción que sentía hacia él. Tal vez estaba bebido, pero su beso no lo demostraba, ni mucho menos. En realidad, no le sorprendería lo más mínimo que aquel beso, que para ella era el primero, fuese el más fantástico que pudiera recibir, que no volvería a saborear otro tan intenso o sensual.

Debió haberle parado los pies al instante, antes de probar su sabor. Eso iba a malearla para siempre, estaba segura de ello, porque ¿cómo podría cualquier otro hombre rivalizar con el mejor? Y ahora estaba descubriendo al mejor. Pero en ese momento lo último que le apetecía era interrumpir aquel beso. Simplemente no podía reunir la fuerza de voluntad necesaria para hacerlo, cuando todas sus sensaciones estaban siendo manipuladas con tanta habilidad, cuando lo único que deseaba era rodearle con sus brazos y no soltarle nunca.

Se le ocurrió la extraña idea de que, si besaba así cuando estaba borracho, que Dios la ayudara cuando estuviera sereno.

—¡Santo Dios, qué bien sabes! —exclamó él.

Danny había estado pensando lo mismo. Los labios de Malory eran suaves como el terciopelo. O tal vez se debía a que era ella quien los tenía suaves, y la combinación de ambos al encontrarse constituía una unión perfecta. El aliento de él no estaba en absoluto impregnado de alcohol, más bien desprendía un aroma embriagador. Su sabor era exótico, algo que no podría describir con palabras. Y Danny experimentaba otras cosas además del beso, sensaciones deliciosas, todas nuevas para ella, todas sumamente placenteras.

Él había deslizado una pierna entre las suyas. La presión allí era exquisita porque no mantenía la pierna quieta, sino que la movía contra su pelvis de un modo muy erótico. Y la estrechaba con fuerza contra sí, como si no estuviera ya completamente pegado a ella, con una mano en su espalda y la otra sobre el trasero, aprisionándola todavía más fuertemente contra su muslo. Danny sentía un intenso calor arremolinándose allí, a punto de estallar...

—¡Por todos los santos, Jeremy! —exclamó Drew desde el pasillo, en un tono de voz tan malhumorado como sus palabras—. Por lo menos podrías cerrar la maldita puerta.

La de la habitación de Drew se cerró de golpe. Y ahora Danny no tuvo ninguna dificultad para levantarse de la cama. Esta vez no se limitó a empujar, sino que cerró el puño y golpeó con fuerza la oreja de Jeremy. Éste aulló de dolor y se apartó de ella enseguida

Danny saltó de la cama y, sin molestarse en volver la cabeza, siseó de camino hacia la puerta.

—La próxima vez que estés trompa no cuentes con mi ayuda, amigo. Te quedarás durmiendo en el maldito suelo.

22

A la mañana siguiente, cuando Danny se dirigía a limpiar las habitaciones del piso de abajo porque ya no podía hacer nada arriba hasta que los dos holgazanes se levantaran, llamaron a la puerta de la calle. Carlton no estaba en casa para abrirla. Danny sabía que el lacayo había salido temprano con la señora Robertson para ayudarla con unos encargos, y al parecer no habían regresado todavía. Sin embargo, no se acercó a la puerta de inmediato. Dado su malhumor, no iba a comportarse como un mayordomo cortés.

No estaba enfadada con Jeremy por lo ocurrido la noche anterior. Al fin y al cabo los borrachos eran borrachos y hacían estupideces mientras se encontraban en ese estado. Pero estaba enfadada consigo misma. Lo que había permitido que le sucediera no tenía justificación. Se le ocurrían mil maneras de rehuir el beso de aquella noche, pero no había recurrido a ninguna porque sencillamente no había querido. Y era eso lo que la enfurecía. La prudencia no le había servido de nada. No le había servido conocer las consecuencias que ese beso podía acarrear. No había importado nada más que el placer que Jeremy Malory era capaz de dar.

Claire no aparecía para abrir la puerta. Y ahora llamaban con mucha mayor insistencia, indicando la impaciencia del visitante. Con un suspiro de contrariedad, Danny finalmente abrió y es espetó:

—Todos duermen, vuelva más tarde.

—¿Cómo dices? —dijo el hombre en un tono burlón que implicaba que no tenía intención de hacer tal cosa.

A Danny empezaron a sudarle las manos. El corpulento tipo que estaba de pie en el umbral era probablemente el hombre más intimidante que había visto nunca.

Era grande, muy grande, con unos brazos robustos y un torso ancho y musculoso, pero no mucho más alto que ella, probablemente no alcanzaba el metro ochenta. Le calculó unos cuarenta y cinco años. Y resultaba imposible saber si pertenecía a la aristocracia o no. Su estructura ósea indicaba que sí, pero iba vestido de manera informal: sin corbata, una camisa blanca de linón con el cuello desabrochado, chaqueta oscura, pantalones de ante y botas rígidas de montar. No obstante, su pelo rubio era demasiado largo como para pertenecer a la alta sociedad, que se jactaba de seguir la moda. Lo llevaba tan largo que le caía sobre los hombros en gruesos mechones, confiriéndole el aspecto de un pirata. Su expresión, sin embargo, sugería que no era un hombre al que se pudiera contrariar impunemente. Parecía muy peligroso, y probablemente se debía a eso que Danny estuviera de repente tan nerviosa. No se había topado nunca con nadie que desprendiera ese halo, ni dudó por un instante que él pudiera mostrarse despiadado si se le provocaba... y letal.

Estuvo tentada de cerrarle la puerta en las narices y echar la llave. Habría podido hacerlo si él no hubiese irrumpido en el vestíbulo, donde esperaba ahora cruzado de brazos.

Danny se acobardó, ya que se veía obligada a distraerle.

—De « verdá» que todavía duermen. ¿A quién desea ver?

—A Jeremy.

—No creo que se levante pronto. Anoche se emborrachó como una cuba y ahora está durmiendo la mona.

El hombre arqueó una de sus rubias cejas.

—Qué disparate. ¿Jeremy bebido? Eso es imposible. Le destetaron con licores fuertes. Ese jovenzuelo es incapaz de emborracharse, te lo aseguro. Así pues, ve a despertarle y dile que baje.

Danny subió las escaleras a la carrera, olvidó arremangarse la falda y tropezó un poco, se la recogió y siguió corriendo hasta perderse de vista. No corría para llegar a la habitación de Jeremy, sino para huir de aquel tipo. Pero arriba, en el pasillo, tras emitir un prolongado suspiro de alivio, reflexionó en lo que el hombre acababa de decir.

¿Que Malory era incapaz de emborracharse? ¿De modo que todas las tonterías de la noche anterior no habían sido más que una treta para llevarla al piso de arriba y meterla en su cama? ¡Maldito canalla! ¿Cómo se había atrevido a engañarla de ese modo?

No llamó a su puerta, estaba demasiado encolerizada para hacerlo. Irrumpió en su dormitorio y lo encontró en la cama, completamente despierto, acostado con una expresión engreída y satisfecha. Pero su inesperada aparición le sorprendió y se incorporó. Incluso adoptó una expresión de recelo al ver la suya.

Danny se detuvo delante de él, con los brazos en jarras, y gritó:

—¡Eres un hijoputa! Intenta engañarme otra vez para meterte debajo de mi falda y te estrangularé. ¡Y me importa un bledo que me despidan por eso!

—¿Engañarte?

—Fingir que estás trompa. No estabas bebido anoche. ¡Eres incapaz de emborracharte!

Jeremy sonrió.

—Dije eso, ¿verdad? Recuerdo haberlo dicho.

—¿Y que no podías encontrar tu maldita cama solo? ¿Recuerdas haber dicho eso también?

Jeremy soltó una risita.

—Danny, cariño, no dejas muchas opciones a un hombre. Pero estaba lo bastante desesperado como para aprovecharme de la conclusión a la que llegaste. Dije unas pocas mentirijillas, pero merecieron la pena para probar finalmente tu sabor.

—¿Ah, sí? -exclamó, justo antes de descargar el puño contra su mejilla.

Esperaba que él esquivara el golpe; ya lo había hecho con facilidad en otras ocasiones. No se esperaba que esta vez le dolieran los nudillos, pero era una sensación muy satisfactoria.

—¿Todavía piensas igual? —le preguntó con suficiencia—. Y te has « librao» de una buena. ¡A partir de ahora guárdate tus besos «pa» ti solo!

Salió de la habitación y fue a chocar contra un muro de piedra. Por lo menos eso le pareció. El intimidante tipo que había dejado en el vestíbulo había subido, pues por lo visto había agotado la paciencia.

—Vete, chica —le dijo—. Yo continuaré lo que tú has empezado, puedes contar con ello.

Parecía una amenaza terrible. Estaba segura de que Malory resultaría con algo más que un ojo morado. El muy sinvergüenza llevaría un buen escarmiento.

23

Jeremy se dejó caer en la cama gimiendo al reconocer aquella voz en el pasillo. Había creído que pasarían todavía uno o dos días hasta que su padre regresara a la ciudad. Pero sin duda George, su esposa, le había traído nada más enterarse de la llegada del barco de su hermano. Y a juzgar por lo que James acababa de decir, Jeremy había acertado la noche anterior al sospechar que su maravillosa familia estaba tan preocupada por su comportamiento que no podía evitar hablar de ello. O bien alguien había transmitido a James el comentario de Percy, o bien le habían dicho que Jeremy se acostaba con su criada. Probablemente las dos cosas. Pero lo que más le desconcertaba era cómo diablos habían llegado las noticias hasta James con tanta celeridad.

—¿Escondiéndote detrás de un ojo morado, muchacho?

Jeremy se levantó y señaló la parte superior de su mejilla.

—Echa un vistazo. Su puño me ha dado aquí, pero me escuece poco el ojo. ¿Crees que se me pondrá morado?

—Lo que creo — respondió su padre— es que te has vuelto loco, enredándote con una chica que propina puñetazos en lugar de cachetes.

Jeremy sonrió.

—No es eso lo que piensas. Ya la has visto. Sabes perfectamente por qué quiero enredarme con ella, sea lo que sea lo que propine.

—Eso no viene al caso —repuso James, pero se acercó a la cama, sujetó la barbilla de Jeremy e inclinándole la cabeza examinó la moradura, que se extendía rápidamente por la parte superior de la mejilla—. No tendrás el ojo a la funerala, pero podría salirte aquí un cardenal lo bastante feo para ahuyentar a la hija de Albert Bascomb de modo que se propondrá conquistar a otro.

Jeremy se estremeció y exclamó:

—Por todos los santos, ¿también has oído hablar de ella?

James se acercó hasta una de las dos butacas acolchadas e instaló cómodamente su corpachón.

—Déjame que te cuente lo que he hecho esta mañana, querido muchacho. He llegado a la residencia familiar a media mañana, para deleite de George, y me he encontrado con Eddy desgastando la alfombra de mi despacho con su impaciencia por verme. Al cabo de treinta minutos mi hermano mayor se ha marchado, satisfecho con mis respuestas, claro.

—Naturalmente —dijo Jeremy, sonriendo.

Su padre era un caso único en el clan Malory, siempre lo había

sido, pues actuaba por su cuenta e infringía las convenciones como quería; la oveja negra de la familia, por así decirlo. Había sido repudiado por sus hermanos durante más de diez años desde que salió a piratear en alta mar. Ahora había vuelto al redil, pero seguía sin ceñirse a los convencionalismos.

James simplemente disfrutaba siendo distinto. Incluso gustaba de cambiar los nombres. La mayoría de la familia llamaba a Regina « Reggie», pero él se empeñaba en llamarla Regan, para irritación de sus hermanos. Incluso a su propia hija, Jacqueline, la llamaba Jack pese al descontento de los tíos de ésta.

—Luego ha aparecido Tony con la predicción de que tu tripulación pronto va a abandonar la nave porque te estás acostando con uno de sus miembros —prosiguió James.

—Creía que por lo menos él lo entendería

—Oh, ha estado muy gracioso. Mi hermano se adaptó bastante bien a la paternidad y ahora piensa como padre, ¿sabes?

—¿Lo cual significa que ha olvidado lo que es ser joven y libre?

—Exactamente.

—Pero tú no...

—Ya llegaremos a eso, muchacho —lo interrumpió James—. Entonces ha entrado la pequeña Regan antes de que Tony hubiese terminado de hablar y ha sacado un nuevo tema, llamado lady Bascomb para ser más concreto, a esta lista cada vez más larga de asuntos.

—¿Cómo diablos se enteró de lo de esa muchachita? Sólo se lo comenté a Drew y Percy... No importa. Percy y su maldita bocaza.

—En realidad, la hija de Bascomb está difundiendo el rumor de que se casará contigo antes de que termine el año. Pero resulta que Regan la oyó decirle a una amiga que va a conquistarte... sea como sea.

—¿Sea como sea? —Jeremy frunció el ceño—. ¿Y qué diablos significa eso?

—Exactamente lo que piensas. Siempre habrá unas cuantas manzanas podridas en el cesto que mentirán y manipularán para salirse con la suya. ¿Estás cortejando a esa dama?

—Es una «debutante», en su primera temporada. Las evito como a la peste.

—Eso creía yo. Te aconsejaría que mantuvieras las distancias con ella, aunque es posible que no sirva de nada. Los falsos rumores tienden a condenar a un hombre tan fácilmente como la verdad.

—Puedo desaparecer de la escena social durante algún tiempo, hasta que empiece a fijarse en otro. Las jóvenes cazadoras de maridos no destacan por su paciencia, parecen creer que deben casarse en su primera temporada, lo cual no les concede demasiado tiempo para urdir sus artimañas. Y ahora que George ha vuelto a la ciudad, tal vez intente llevar a su hermano a todos esos actos elegantes a los que todas las debutantes acuden en tropel.

—No digas eso, muchacho, porque en tal caso me llevaría a mí también.

Jeremy sofoco una risita. Si había algo que su padre detestaba por encima de todo, era la actividad social de Londres.

—Afortunadamente, las distracciones que Drew prefiere están más en consonancia con las mías: lugares en los que pueda encontrar una chica con la que pasar la noche. Buscará pretextos para no acompañar a George, como hace siempre.

—Eso ocurrirá cuando ella se haya salido con la suya varias veces. Mi querida esposa lo hace siempre, ¿sabes? Pero no importa yo ya tengo preparados mis pretextos para evitar acompañar a mi mujer y mi cuñado. Otra cosa... —Hizo una pausa tan larga que Jeremy gimió para sus adentros, adivinando lo que se avecinaba— ¿Qué diablos pretendías al introducirte en las mismas entrañas de la delincuencia de esta ciudad?

—No lo hice —se apresuró a contestarle Jeremy—. Bueno, llegué hasta el borde, pero fue por una buena causa.

Y explicó rápidamente el problema en el que Percy se había metido y cómo había decidido resolverlo.

Cuando hubo terminado, James sonrió.

—De modo que le quitasteis lo que él había robado, ¿eh? No creo que a mí se me hubiera ocurrido.

—No, tú habrías invitado a Heddings a subir al cuadrilátero, para disputar un par de asaltos.

James se encogió de hombros.

—Eso obra milagros, ¿sabes? Pero no me gusta saber que poseía una de las alhajas de Diana. Robar a mi sobrina es como robarme a mí, maldita sea.

—Bueno, pues nosotros le limpiamos a fondo, o mejor dicho, lo hizo nuestro ladrón. Me las arreglé para devolver los objetos que identificamos a sus legítimos dueños y entregué el resto al juez más próximo. Con suerte, podrá averiguar qué pertenece a quién y restituírselo.

—¿Por qué no entregaste a Heddings? —preguntó James.

—No habría podido hacerlo sin confesar que habíamos encontrado las joyas en su casa cuando le robamos.

James tosió.

—Tienes razón. Supongo que exigirían pruebas de dónde encontrasteis las baratijas sustraídas. Bueno, quizá se dará cuenta de su error y no volverá a robar, ahora que sabe que alguien le sigue la pista.

—Pero no lo sabe. Probablemente cree sólo que fue robado por un delincuente común y no sacaremos nada. Estará seguro de que el ladrón no podría identificar ninguno de los objetos, o que ni siquiera sabía que robaba efectos previamente sustraídos.

James suspiró.

—En tal caso supongo que tendré que matarle, para cerciorarme de que no vuelva a robar a los miembros de mi familia.

Jeremy emitió una tosecilla.

—No tienes por qué implicarte. Tengo intención de vigilar a ese tipo. Me disponía a averiguar sus lugares predilectos y empezar a frecuentarlos. No sé cómo roba, pero tengo el propósito de pillarle con las manos en la masa. Entonces será fácil entregarle.

James guardó silencio por un momento. Su siguiente comentario indicó que de momento olvidaría el asunto.

—Por cierto, ¿cómo hiciste para contratar a la hermana de vuestro ratero si no habéis vuelto a poner los pies en esa guarida de ladrones?

Jeremy deseó con todas sus fuerzas poder mentir a su padre por una vez, pero no lo había hecho jamás y no iba a empezar ahora.

—Mi nueva criada es nuestro ratero. Y no tuve necesidad de ir a buscarla, sino que fue ella quien me encontró, puesto que por mi culpa la echaron de su banda.

James arqueó una ceja.

—¿Debo interpretar que tu amigo Percy no lo sabe?

—No. Iba disfrazada de hombre, y al parecer se ha hecho pasar por un chico durante la mayor parte de su vida. Percy nunca se dio cuenta de que era una mujer, de modo que cuando volvió a verla anoche llegó a la conclusión de que a quien había conocido era a su hermano gemelo.

—Entiendo. ¡Diablos, no, no lo entiendo! ¿Has admitido a una delincuente común en tu personal?

Jeremy se estremeció.

—Esa chica no tiene nada de común. ¿Te has fijado bien en su cara? ¡Tiene los huesos tan bien formados que podría ser una princesa! Habla como un golfillo de la calle, pero no puede evitarlo porque es allí donde se crió. Es huérfana. No tiene idea de cuáles son sus orígenes ni sabe qué nombre le pusieron al nacer. Pero quiere superarse. No dudo que lo conseguirá, porque es lista como el hambre. Incluso su forma de expresarse ya ha mejorado en los pocos días que lleva aquí. Vino a verme simplemente porque me culpa de haber perdido su hogar.

—¿Fue culpa tuya?

—Eso parece. No le di otra alternativa que la de acompañarnos esa noche. Su pequeña banda de carteristas debía obedecer ciertas normas, y resulta que infringió unas cuantas al ayudarnos.

—¿De modo que la contrataste porque creías que se lo debías? —preguntó James.

—Por supuesto que no —dijo Jeremy, y agregó sonrojándose La contraté porque me obligó a ello. Me amenazó con ir a ver a Heddings y contárselo todo.

James frunció el ceño.

—A ver si lo entiendo. En lugar de pedirte dinero a cambio de su silencio, ¿te exigió que le dieras trabajo? ¿Y dices que es lista?

—Lo es. Un buen empleo forma parte de su plan para superarse.

—Eso lo habría conseguido con dinero —señaló James secamente.

—Ya lo sé. Es muy extraño que no optara por esa vía. Por estoy empezando a pensar que no era más que un farol.

—Es probable. Si es tan lista como dices, debe de saber que no puede confesárselo todo a Heddings sin involucrarse también a sí misma.

—Exactamente. Pero está trabajando bastante bien como criada. No creía que sería capaz de hacerlo, pero lo es, y, además, todavía quiero acostarme con ella.

—Entonces ¿por qué diablos no lo haces y luego la echas?

—Porque dudo que baste con una sola vez, y... bueno, no está interesada en un revolcón por puro placer.

—¡Santo Dios! ¡No me digas que una ladrona y chantajista aspira a casarse!

—No, sencillamente no quiere tener nada que ver conmigo.

James puso los ojos en blanco.

—Qué afirmación tan rara. Estoy convencido de que lo crees, ya que lo has dicho, pero no esperes que nadie más lo crea.

—Es la verdad. Pero aún no he averiguado por qué.

—¿Piensas preguntárselo?

—Eso sería descubrir demasiadas cartas sobre la mesa, ¿no?

James soltó un bufido.

—A juzgar por el puñetazo que te ha dado, yo diría que ya has arrojado la baraja entera sobre la mesa. Pídeselo, pacta con ella, acuéstate con ella y luego échala de esta casa. Aparte de que probablemente te robará si la tienes aquí el tiempo suficiente...

—Ha dejado de robar.

—Desde luego —replicó James irónicamente.

—No, en serio, asegura que lo detesta y, pensándolo bien, seguramente es por eso que no me exigió dinero. Debió de considerar que era como robar.

—A pesar de todo, colócala en otra parte si quieres disfrutar de ella durante un tiempo, pero sácala de tu servicio. Incluso puedes instalarla aquí si no tienes más remedio, pero hazlo bien. Tenerla de criada y acostarte además con ella traerá la desgracia a tu casa.

—¿Es ésa tu opinión sobre el asunto, o alguien te lo ha susurrado al oído esta mañana?

James rió entre dientes.

—Los Malory no expresan su desagrado en susurros. Pero tienes razón, a mí no debe importarme si quieres que tu hogar sea un foco de discusiones. Lo que sí me molesta es que tus mayores me importunen con estos asuntos, Jason en particular. Así pues, convence al resto de la familia de que no transgredes las buenas costumbres y administras tu casa espléndidamente, de este modo no irán a quejarse a Jason y yo no tendré que escuchar ninguna más de sus diatribas.

Jeremy suspiró.

—Reggie es la única que viene aquí a menudo. Me pregunto si podría mantenerla alejada de mi casa. ¿Crees que un mayordomo le haría frente y le impediría la entrada?

James se echó a reír.

—No habría la menor posibilidad, aunque no creo que lo digas en serio. Mi sobrinita hace todo lo que puede por manipular y oficiar de casamentera, pero siempre con las mejores intenciones, y por lo general alcanza su objetivo. Qué lástima que fuera a casarse con un granuja como Eden.

Jeremy sonrió. Su padre se llevaba bastante bien con Nicholas Eden aquellos días, a condición de ganar siempre sus escaramuzas verbales, como solía ser el caso. Sus diferencias se remontaban muy lejos de hecho a alta mar. Jeremy había resultado herido en el combate naval entre ambos, y fue por eso que James dejó la piratería. El barco de Nick no había sufrido ningún desperfecto y éste se había burlado de ellos, que era algo que no se debía hacer con James Malory.

Finalmente James ajustó cuentas con Nick cuando le propinó una soberana paliza... justo antes de su boda con Reggie, que estuvo a punto de no celebrarse a causa de ello. Nick, a su vez, denuncio a James por agresión haciendo que terminara en la cárcel. James aprovechó esa circunstancia para simular la “muerte” del capitán pirata Hawke, con cuyo nombre era conocido en los mares, cuando se escapó, lo que le permitió regresar a Inglaterra para siempre.

—Hablando de mayordomos —dijo James, levantándose para marcharse—, ¿qué te parece tomar prestado uno de los míos?

—¡Válgame Dios! Jeremy sonrió encantado—. Esperaba que lo sugirieras.

—Tomarlo prestado, muchacho, no quedártelo, de modo que tendrás que seguir buscando uno fijo. De hecho fue Artie quien lo sugirió. Dado que él y Henry comparten el trabajo, en realidad ninguno de ellos tiene mucho que hacer.

—¿Cuál me prestas?

James se echó a reír.

—Los dos, desde luego. Se turnarán aquí, como hacen en casa. Esos dos viejos lobos de mar han estado repartiéndose el trabajo durante tanto tiempo, que estoy seguro de que creen que es así como se hace normalmente.

24

Jeremy encontró a Danny en el salón, quitando el polvo a una de las mesas; estaba tan absorta en sus cavilaciones que no le oyó entrar en la estancia. Jeremy se preguntó si estaría pensando en él. Se preguntó si todavía estaba furiosa. Se preguntó si le pondría el otro ojo morado si la obligaba a volverse y la besaba de nuevo.

Optó por toser para llamar su atención. Ella se volvió y pareció más sorprendida de lo normal al verle allí.

Su pregunta indicó por qué:

—¿Todavía estás vivo?

Jeremy lo meditó por un momento.

—¿Expirar por un ojo morado? No, no creo haber oído semejante cosa.

—No me refería a lo que te he hecho yo —murmuró ella—. Y no tienes el ojo «morao».

—Aún no— la corrigió alegremente, haciendo que le mirara con ceño fruncido. Soltó una risita—. Muy bien, me rindo. Habla, muchacha. ¿Por qué esperabas mi fallecimiento?

—Por la visita que has tenido —dijo casi en un susurro, dado su nerviosismo—. Me he escondido en la cocina hasta que por fin se ha ido. Me llevé un susto de muerte. Parecía capaz de cortarte el cuello sin pestañear. No hay muchos hombres que sean tan crueles, pero tenía ese aspecto, si entiendes lo que quiero decir. Y estaba furioso contigo.

Jeremy se echó a reír. Danny volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué te parece tan gracioso, eh? —inquirió, indignada.

—Estás hablando de mi padre, querida.

—Seguro —se burló ella—. Vaya trola. No se te parecía en « na»

—No, no se me parece, pero es mi padre. James Malory, vizconde de Ryding, cuarto de los Malory mayores, ex libertino, ex pir…, no, no importa, pero ahora es un marido fiel y padre de cuatro hijos, con uno más en camino.

Finalmente Danny le creyó, e incluso se compadeció de él.

—Pobrecito. No me gustaría tener un padre tan aterrador.

Jeremy sonrió.

—No lo es, de veras, bueno, por lo menos cuando uno llega a conocerle.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, evidentemente no te ha descuartizado como creía que iba

a «haser», lo que es una pena, si quieres que te lo diga.

Aquellas palabras demostraban claramente que volvía a estar enfadada. Jeremy carraspeó.

—Tenemos que hablar, Danny.

—No.

—¿Aún no sabes que debes complacer a tu patrón en todo momento?

—No cuando mi patrón es un macho caliente que sólo está interesado en meterse debajo de mis faldas.

—¡Al diablo! Tienes que reprimir esa franqueza tuya, debes hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque...

Se interrumpió bruscamente. Ella tenía razón. Era una de las cosas que hacían que fuese única y no quería que cambiara en ese aspecto. Además, ahora deseaba que se mostrara franca con él, y no lo conseguiría si empezaba a responder con evasivas como la mayoría de las mujeres tendían a hacer cuando se les formulaba preguntas directas. Y tenía intención de hacerle algunas.

—¿Así que tienes hermanos y hermanas? —inquirió Danny.

Las esperanzas de Jeremy renacieron. Danny no había aguardado a que él contestara su pregunta, y su curiosidad era una excelente señal de que estaba más interesada en él de lo que fingía estar.

—Hermanos gemelos y una hermana, de hecho —le respondió—. Todos ellos muy jóvenes aún.

—¿Por qué no vinieron a tu cena? ¿Ni tampoco tu padre?

—Estaban visitando a mi tío Jason en el campo. Es el cabeza de familia y no viene a la ciudad muy a menudo. De modo que si queremos verle, tenemos que ir a la finca familiar en Haverston. Pero de todas formas no se permite a los niños asistir a las reuniones de los adultos.

—¿Ni siquiera cuando todos los invitados son de la familia?—preguntó ella.

Jeremy sonrió.

—Ya lo hemos intentado. Ahora hay muchos niños en mi familia. Cuando se juntan todos, parece un campo de batalla.

Danny soltó una risita.

—Yo también he « estao» en algunos.

—¿De veras? ¿Había muchos niños en tu banda de inadaptados?

—Casi todos niños, y huérfanos como yo. Dagger nos daba techo y comida y nos enseñaba a arreglárnoslas.

—Te refieres a robar.

—Eso también.

—Era vuestro líder elegido, me imagino. ¿Fue el mismo que te echó?

Ella asintió bruscamente y se volvió para ponerse a quitar el polvo con furia. Al parecer Jeremy había tocado un tema delicado. Probablemente su expulsión de la banda era demasiado reciente como para que quisiera hablar de ello. Jeremy se sorprendió de que hubiera contado tanto cuando antes se había negado a comentar nada al respecto.

—Siéntate, Danny -sugirió amablemente—. Hay algunas cosas más que quisiera preguntarte. Será mejor que te pongas cómoda.

Le indicó el sofá. Ella lo miró por un momento y sacudió la cabeza.

—No sería apropiado, ¿a que no? Siéntate tú. Yo estoy bien aquí.

—Lo que voy a preguntarte es bastante... personal. De verdad, sentarte será lo más apropiado.

—¿Para sentarte a mi lado y volver a probar tus trucos? Ahora te vigilo, amigo. Deberías rendirte.

—Ni lo sueñes, cariño.

Jeremy no lo hizo adrede, pero su mirada se volvió tan sensual que Danny se sobresaltó y apartó los ojos enseguida. Incluso empezó a abanicarse la cara con el plumero, inconscientemente Cuando se dio cuenta de lo que hacía, emitió algo parecido a un gemido.

Y Jeremy se enfrentó a un dilema. ¿Debía aprovechar el hecho de que acababa de excitarla, o proseguir con su plan de conocerla mejor? Aunque sus instintos le dictaban lo contrario, se vio obligado a elegir la segunda opción. Sencillamente quería algo más de ella que una gratificación inmediata. Y temía que, aunque Danny sucumbiera por completo a sus encantos, más adelante podía considerar que él se había aprovechado de la situación y entonces se enfurecería tanto que dejaría su empleo y se marcharía

Al cabo de un momento Danny dijo con voz jadeante:

—Me sentaré. Pero tú te sentarás en otro sitio, ¿eh?

Jeremy sonrió. Progresos, progresos indudables. Pero cuando fue a sentarse en el sofá, lo hizo en el extremo más alejado de él. Suspiró y fue a instalarse en el otro sofá situado delante de ella.

—No será muy largo, ¿verdad? —preguntó Danny, pareciendo un tanto molesta ahora que había cedido—Tengo más trabajo que hacer.

—Podría llevar algún tiempo, pero probablemente no será así. Y no te preocupes por tu trabajo cuando yo te entretenga. Si no lo terminas hoy, yo asumiré la culpa.

—¿Qué quieres saber, pues?

—Empecemos por tu edad.

—Creía que ya te lo había dicho.

—¿Dijiste quince años?

—En realidad diez. Simplemente soy alta para mi edad.

Jeremy se echó a reír. Al ver que ella no compartía su humor, intentó dominarse enseguida y preguntó:

—¿A qué edad te quedaste huérfana? ¿A los dos o tres años?

—Supongo que a los cuatro o cinco, o puede que tuviera seis.

—¿De modo que tienes unos veinte años? ¿Incluso quizá veintiuno?

Danny asintió con brusquedad. Seguía sin relajarse y Jeremy no sabía cómo solucionarlo, porque era él quien la ponía nerviosa. Había confiado en que se sincerara y olvidara que preferiría encontrarse en cualquier otro lado en lugar de estar manteniendo una conversación con él.

Probó un enfoque distinto.

—¿Fue Dagger quien te enseñó a robar?

—Fue Lucy. Fue ella quien me encontró y me llevó con ella. ¿Lo has pillado?

El empleo de aquel último verbo le recordó a Jeremy que tenía intención de ayudarla con su vocabulario.

—No queda bien eso de «lo pillas».

—¿Eh?

—Es más educado decir, «¿lo entiendes?». Es más...

Ella le interrumpió, indignada:

—Ya sé que no hablo lo bastante bien como para ser criada en una casa elegante como ésta. La señora Robertson intenta ayudarme, pero se distrae fácilmente y pasa a cualquier otro tema.

—Yo te enseñaré.

Por algún motivo, ese comentario hizo que frunciera el ceño.

—¿Qué me enseñarás?

Jeremy no pudo evitar reírse ante su excesivo recelo.

—Lo que quieras, querida, pero me refería a tu modo de hablar. Puede corregirse, ¿sabes? Yo también tuve que corregirme. ¿No te sorprende? Oh, comprendo, no me crees.

—¿Y como hablabas, pues? —preguntó ella en tono burlón— ¿Como yo?

—No exactamente. —Sonrió—. Pero casi.

Danny soltó un bufido. Aparentemente, seguía sin creerle.

—¿Entonces te robaron siendo un bebé? ¿Te criaste entre ladrones?

—Me crié en una taberna del puerto, Danny, y si vuelves a soplar vendré y te aprisionaré la nariz. Fue allí donde mi madre trabajó muchos años y donde me quedé cuando murió. Soy un bastardo, ¿sabes? —agregó alegremente.

—No estás bromeando, ¿« verdá»?

—En absoluto. Y no te comas las «d» al final de las palabras, querida

Ella se sonrojó, pero sólo un poco.

—Cuándo te llevó tu padre con él?

—Yo tenía dieciséis años cuando me encontró, o mejor dicho cuando yo le encontré. El no conocía mi existencia.

—¿Cómo supiste quién era, entonces?

—Porque mi madre estaba tan prendada de él que le mencionaba por lo menos una vez todos los días y le describía tan bien que le reconocí nada más verle. Desde luego, le dejé atónito cuando le dije que era su hijo.

—¿Y te creyó?

Jeremy soltó una risita.

—Bueno, hubo unos instantes de duda, en realidad de seria duda, no de que estuviera emparentado con él, sino de que fuera hijo suyo. Sabía que éramos allegados, no podía pasarle por alto cuando me parecía tanto a su hermano Tony. Pero cuando le hablé de mí madre, se acordó de ella y del tiempo que había vivido con ella.

—¿Estás diciendo que no te convertiste en un ricachón hasta que tenías dieciséis años? —preguntó, incrédula.

—Eso es.

—Pero actúas como un perfecto señorito.

Él se echó a reír.

—Aprendí bien, querida. Todo lo cual demuestra mi teoría ¿no crees?

—¿Que puedo aprender a hablar como tú?

—Exactamente.

—Antes lo hacía —confesó Danny.

—¿Hacías qué?

Danny se echó a reír. Era un sonido tan delicioso, que Jeremy contuvo la respiración. Ella disipó enseguida su incertidumbre al añadir:

—Hablar como tú.

—¿De veras?

—A veces lo hago de forma natural, pero la mayoría de las veces tengo que pensarlo antes, y cuando estoy nerviosa o enfadada, me olvido incluso de intentarlo. He pasado tanto tiempo desde que hablaba como es debido que ahora no me sale de modo espontáneo.

—Claro, eres una anciana.

Ella sonrió pero no dijo más, lo cual espoleó su curiosidad.

—¿De modo que no naciste en los bajos fondos?

Danny se encogió de hombros.

—No sé dónde nací. Perdí la memoria cuando era pequeña. Lucy me encontró, como ya he dicho, y me llevó a su casa. Ella no tendría más de doce años. Me cuesta recordar aquella época tan lejana, pero sí recuerdo que me dijo que hablaba demasiado bien, que no encajaría a menos que hablara como ella, de modo que le puso remedio..., seguramente como has estado haciendo tú—apostilló, sonriendo.

—¿Dónde estabas cuando ella te encontró?

—En un callejón.

—¿No recuerdas cómo llegaste allí?

—Claro que sí. La señorita Jane me llevó allí. Pero murió, el mismo día que Lucy me encontró.

—¿Quién era la señorita Jane? ¿Tu madre?

—Dijo que no lo era, que era una niñera. Estuvo conmigo después de la sangre. Creo que ella me salvó.

Jeremy se inclinó abruptamente y exclamó:

—¡Santo Dios! ¿Qué sangre?

Danny frunció el ceño.

—Esa parte de lo ocurrido no está clara, y no recuerdo « na» , de antes. Recibí un buen tajo en la parte de atrás de la cabeza. Lucy dijo que era lo bastante profundo como para dejar una cicatriz. Nunca me la he visto.

—¿De modo que no conservas ningún recuerdo de tus padres?

—Ninguno. Pero tengo sueños. Uno es bonito, de una señora hermosa. Es tan hermosa y va tan bien vestida, que parece un ángel. Se lo conté a Lucy, y supuso que era un ángel, que soñaba que había muerto y el ángel venía a buscarme.

—¿Se parecía a ti, ese ángel?

Danny parpadeó.

—¿Cómo lo sabes? Nunca se lo he dicho a Lucy. Pero la señora se me parecía un poco, por lo menos su cara. Y tenía el pelo de un rubio casi blanco, pero muy bien peinado. Pero no era vieja en absoluto.

—Seguramente es tu madre, Danny.

Ella soltó un bufido.

—Sí, seguro. Vestía demasiado bien para serlo. Probablemente me imagino lo que deseo. Ella es lo que yo quiero ser.

Jeremy lo meditó y tuvo que admitir:

—Es posible. —Sonrió—. Y no es un objetivo poco razonable. Me pregunto qué aspecto tendrías vestida de seda y con el pelo recogido en un peinado elegante... Bueno, no importa. Puedo imaginármelo, y me tendrías arrastrándome por el suelo besándote los pies y prometiéndote la luna.

Ella se echó a reír. Él volvió a contener la respiración. Los ojos

violeta de Danny chispeaban cuando reía. Todo su rostro cambiaba, se iluminaba, haciéndola aún más bella de lo que ya era, cosa que Jeremy no había creído que fuera posible.

—También a mí esta idea me sorprende. Así pues, ¿por qué te « ríes? —inquirió con fingida seriedad.

—Porque cuando haces el bobo, eres bobo de verdad, amigo. Conque besarme los pies, ¿eh? ¿Tendré que quitarme las botas primero?

Jeremy parpadeó y le miró los pies.

—Todavía llevas botas, maldita sea. ¿Se olvidó la señora Robertson de esa parte de tu nuevo vestuario? Deberías usar unas zapatillas cómodas, querida. Al fin y al cabo, tu trabajo requiere que estés de pie la mayor parte del día. Aunque, pensándolo bien, preferiría que te pasaras todo el día tumbada. ¿Quieres cambiar de trabajo?

—Ni hablar.

Danny volvió a resoplar. Él arqueó una ceja.

—¿Ni siquiera tienes curiosidad por saber en qué consiste el otro empleo?

—Ser unos de los «chicos» durante quince años me permitió saber cómo pensáis los hombres. —Se levantó muy tiesa al decirlo y añadió cuando abandonaba la sala—: Piénsalo bien, amigo, antes de volver a insultarme.

—Espera. Yo no...

Jeremy se rindió. Ya se había ido. Diablos, ¿cómo había podido meter la pata tan deprisa? Hacía sólo un momento que la había echo reír.

Suspiró, y una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios. Su conversación había concluido con una nota agria, era cierto, pero aun así había realizado grandes progresos. Había conseguido que se relajara un poco con él y la había hecho reír. El siguiente paso sería bromear, lanzarle pullas, más risas. Entonces podría atreverse a robarle algún que otro beso justificado... Bueno, quizá debería esperar a que se le curaran los cardenales. A fin de cuentas, era una mujer que propinaba puñetazos en lugar de cachetes.

25

—¡Lucy! —exclamó Danny, asombrada, cuando llegó a la puerta después de que le anunciaran que tenía visita.

Se echó al cuello de Lucy y le dio un fuerte abrazo, pero una ojeada a la expresión de su amiga le hizo preguntar:

—¿Qué pasa?

—Vamos a dar un paseo, ¿eh? No me siento a gusto en un lugar como éste.

Danny comprendió. Lucy no sólo era una prostituta, sino que además vestía como tal y estaba muy fuera de lugar en aquel vecindario. Se sorprendió de que Lucy hubiera llegado hasta allí sin que nadie hubiera tratado de abordarla.

—Vamos al parque —sugirió Danny, cogiendo a su amiga por el brazo y conduciéndola al otro lado de la calle—. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

Lucy sonrió.

—En un coche de punto. El cochero ha «quedao» tan contento conmigo, que se ha ofrecido «pa» traerme aquí. De hecho - se volvió para lanzar un beso al cochero, que aguardaba en la misma calle—, me esperará y me llevará a casa..

—No esperaba tener visita tan pronto. Apenas hace una semana que me marché.

Danny había empleado algunas de las monedas que la señora Robertson le había dado en contratar a un deshollinador para que llevara a Lucy su nueva dirección. La señora Appleton se la había escrito, y el muchacho se había mostrado encantado de cumplir el encargo, puesto que en verano no tenía tanto trabajo como durante e1 invierno.

—¿Sabes?, me alegro mucho de verte —dijo Danny cuando se sentaron en un banco, de cara a la calle.

—Me preocupaba que no encontrases trabajo pronto, con la de dificultades que tenías antes cuando lo buscabas. Pero parece que has «encontrao» un buen empleo. Mírate. Apenas te reconozco con esa ropa tan elegante. Y me he quedado « pasmá» cuando el cochero me ha indicado esa casa. ¿Te gusta estar aquí? ¡Claro, cómo no iba a gustarte!

—Cuesta trabajo acostumbrarse, pero todos son muy amables y atentos. Incluso me están enseñando a hablar mejor.

—Ya me he « fijao» , pero no hablas mejor. Antes hablabas tan bien que daba gusto oírte.

Danny soltó una risita.

—No, no es cierto. Tú siempre me pellizcabas cada vez que me equivocaba.

—Nunca te pellizqué fuerte, pero no quería que te echaran por que desentonabas. Aunque, para serte franca, siempre pensé que no estarías mucho tiempo con nosotros, que tu familia te encontraría, que te llevarían lejos.

—¿Pensabas eso de verdad?

Danny había esperado lo mismo. Durante muchos años, había llorado hasta dormirse por unos padres a los que ni siquiera recordaba. Pero cuando se hizo lo bastante mayor para reflexionar con cierta lógica, llegó a la conclusión de que no tenía más familia que Lucy y la banda de los chicos. Si hubiera tenido a alguien, aunque fuese un pariente lejano, ¿acaso la señorita Jane no lo habría mencionado y no habría tratado de ponerse en contacto con él?

Pero al pensar que de todos modos la habrían echado de la banda al cabo de unos pocos años, las dos se pusieron más serias.

—Era el momento de que te fueses, Danny, y mira qué bien ha ido.

—Ya lo sé, pero os echo mucho de menos.

—Puedes visitarnos de vez en cuando. Restriégale por las narices a Dagger lo bien que te va por tu cuenta. Hablando de sus narices, se las han roto.

Danny parpadeó.

—Bueno, le está bien empleado. Ahora mismo no le compadezco en absoluto. Pero no habrás venido hasta aquí sólo para decirme eso.

—En realidad sí —repuso Lucy, incomodada—. Yo no estaba allí cuando ocurrió, por lo que no he podido ver al hombre que lo hizo, pero dio una buena «palisa» a Dagger «pa» que le dijera adónde has ido.

—¿Yo?

—Sí. Claro que Dagger no ha podido decirle lo que no sabía. El chico que me trajo tu «diresión» me encontró en la calle, o sea que Dagger no sabía que yo la tenía.

—Pero ese hombre ¿me buscaba a mí?

Lucy asintió.

—No ha dicho ningún nombre, ni por qué te buscaba. Pero ha « asustao» a Dagger, y ya sabes que Dagger no se asusta fácilmente. Y eso me espanta a mí también, porque si ha hecho daño a Dagger sólo «pa» encontrarte, significa que seguramente quiere hacerte daño a ti también. Y ahora Dagger lo sabe.

—¿Qué?

—Que eres una mujer. Ese hombre te llamó «la chica del pelo rubio casi blanco».

Danny se estremeció.

—¿Se enfadó mucho Dagger?

—Estaba «demasiao» ocupado llevándonos a otro sitio «pa» que ese

tipo no nos encuentre otra vez, y curándose la nariz y otros moratones. Era difícil saber si estaba enfadado por lo que ha pasado o por tu engaño.

—¿Crees que es alguien al que yo le he robado?

—No se me ocurre ninguna otra razón. Pero tú siempre has tenido cuidado de que no te viesen.

—Ya lo sé, pero...

Danny se interrumpió, porque de pronto se le ocurrió de quién podía tratarse.

—¿Qué?

—Ese lord al que robé aquella noche. Su criado me miró detenidamente. Y aunque conseguí huir de allí, al día siguiente se enteró de que había sido yo el ladrón cuando echaron en falta las joyas del lord. Resulta que ese lord era también un ladrón, por lo que probablemente sabe cómo contratar algún matón callejero para localizarme.

—Eso no pinta bien —dijo Lucy con nerviosismo.

—No, no pinta bien.

26

Cuando Lucy se fue, Danny recapacitó sobre el asunto, y se dijo que no era probable que el hombre que la buscaba hubiera sido contratado por lord Heddings. Había preguntado por una mujer, pero aquella noche el criado del noble parecía haberse dejado engañar por su indumentaria masculina. De modo que tratarían de localizar a un hombre de pelo rubio, no a una mujer.

Y además, recordó haber tenido la sensación de que alguien la seguía hasta la casa de la banda aquella mañana. Debieron de perderla de vista, preguntaron y finalmente descubrieron dónde vivía. Ese día había pasado por algunos barrios de postín, por lo que debería tratarse de algún ricachón al que hubiera robado recientemente. Al verla pasar por su vecindario, tal vez decidiera que había sido ella el ladrón y la siguiera para pedirle cuentas. Por entonces ella ya había perdido su sombrero, y resultaba mucho más fácil adivinar que era una mujer cuando no lo llevaba puesto. O bien quizá la habría seguido hasta su casa, pero al ver dónde vivía había decidido no enfrentarse con ella personalmente y contratar un matón para darle un escarmiento.

Eso tenía más sentido, y en realidad no merecía la pena preocuparse por ello. El caballero en cuestión jamás descubriría su paradero actual. Así pues, reanudó sus tareas de limpieza en el piso de arriba sin darle más vueltas.

La inesperada pero grata visita de Lucy había alterado ligeramente la rutina de Danny. Ya era media tarde cuando finalmente pudo dedicarse a limpiar las habitaciones de abajo. Creyendo que estaba desocupado, entró en el salón, pero dio media vuelta al ver a Jeremy y su prima Regina Eden sentados en el sofá. Sin embargo, no se alejó con la celeridad suficiente.

—Pasa, Danny. Puedes limpiar aunque estemos aquí —le dijo Jeremy.

—Puedo esperar le aseguró Danny.

—¿Tan tarde? No seas tonta. Entra y, en cuanto hayas limpiado el salón, habrás terminado tu jornada.

Tenía razón. El salón era la última estancia que le quedaba por ordenar. Y no tendría que limpiar mucho, ya que no se había utilizado desde que se había sentado en ese mismo sofá la víspera.

Era la primera vez que se encontraba con Jeremy desde entonces. Él había salido aquella noche, había vuelto a ausentarse por la mañana y acababa de regresar. Curiosamente, la casa no parecía la misma cuando él no estaba. No sabía exactamente por qué, pero su ausencia resultaba muy perceptible, por lo menos para ella. Quizá se debía a que era incapaz de relajarse por completo cuando sabía que

Malory se hallaba cerca. No, ¡qué va!, era todo lo contrario. No podía relajarse cuando él no estaba allí.

Todavía estaba enojada consigo misma por haberse permitido bajar la guardia con él el día anterior. La trampa que le había tendido la otra noche constituía la indicación de que debía estar siempre en guardia. Y sin embargo, lo único que habían hecho la víspera fue charlar. Se había enterado de algunas cosas interesantes acerca de Jeremy.

Era un bastardo. Quién lo hubiera dicho de él, que residía en una casa tan imponente y en la zona elegante de la ciudad, y que tenía una familia tan numerosa cuyos miembros le habían aceptado obviamente sin reparo alguno.

¡Nacido y criado en una taberna! Danny todavía no podía creerlo. Eso le situaba al mismo nivel que ella. La madre de Jeremy no debió de ser muy distinta a como habían sido sus propios padres. ¿Y por qué Jeremy le había contado eso? Era algo que cualquiera hubiera preferido mantener en secreto.

-¿Todavía le haces quitar el polvo? —preguntó Regina a Jeremy cuando Danny cruzó la sala para limpiar la repisa de la chimenea ¿O acaso le gusta hacerlo?

—No empieces... —comenzó a decir Jeremy, pero su prima le interrumpió,

—Te juro, Jeremy, que esperaba que nadie sabría tratar a una amante mejor que tú.

Danny miró por encima del hombro justo a tiempo de ver como Malory propinaba un puntapié a su prima y la miraba enojado. La dama se limitó a chasquear la lengua y cambió de tema, volviendo probablemente al mismo que habían estado discutiendo antes de que Danny apareciera.

—No puedes evitar asistir a este baile, Jeremy, te lo digo de veras. Y es una ocasión perfecta para arreglar las cosas. Anoche Emily difundió el rumor de que tuvo una cita amorosa contigo. Ya sabes qué significa eso, ¿no es cierto?

—Significa que es una condenada embustera.

—No, nosotros lo sabemos, pero nadie más. Significa que ella está utilizando el último recurso, ¡y la temporada no ha hecho más que empezar!

—¡Por todos los santos, si apenas me he fijado en esa muchachita! —exclamó Jeremy—. No entiendo por qué me ha elegido a mi cuando ni siquiera le he dedicado dos minutos de mi tiempo, ni le he insinuado para nada que me gustaría conocerla mejor.

—¿Qué tipo de relaciones has tenido con ella?

—Ninguna que merezca la pena mencionar. Consiguió que alguien me la presentara, ni siquiera recuerdo quién fue, pero yo ya me iba de esa reunión, de modo que no crucé más que cuatro palabras con ella. Y la otra noche se me acercó cuando estaba con Drew pero apenas la miré tampoco. Sería de esperar que contara con algún indicio de que

me interesa antes de emprender esta campaña para cazarme.

—¡Magnífico! No nos servirá de nada negarlo, Jeremy. Sabes muy bien que ninguna joven casadera de esta ciudad desaprovecharía la ocasión de echarte el lazo. Emily Bascomb sólo trata de hacer algo al respecto, mientras que las demás se limitan a esperar a que te fijes en ellas.

Danny volvió a mirar de soslayo y vio que Jeremy se sonrojaba. Fascinada por la conversación, sabía que debería ir a limpiar otra pieza del mobiliario, pero no deseaba recordarles que se encontraba allí.

—Si tanto sabes, primita, dime: ¿por qué tanta prisa? —se quejó Jeremy—. Tan sólo puse mis ojos en esa dama por primera vez la semana pasada. ¿Crees que debe casarse? ¿Que ya está embarazada?

Regina frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No, es muy dudoso. Creo que simplemente se ha enamorado locamente de ti y ha decidido que no se conformará con ningún otro. Y su impaciencia se debe a que es una niña mimada. Eso es lo que he averiguado sobre ella. Hablé con un tipo que hace muchos años que conoce a los Bascomb. Dijo que es hija única, por lo que su padre la ha malcriado de un modo exagerado.

—Pero manchar su propia reputación en esta campaña... es un poco excesivo, ¿no crees?

—Bueno, eso sólo puede deberse a una razón —repuso Regina—. Quiere que su padre se entere y tome cartas en el asunto. ¿Comprendes ahora por qué debes asistir a ese baile mañana por la noche?

—No. Mi presencia estando ella allí no hará más que...

—No, no tendrás que ir solo. Anoche me encontré con una vieja amiga de nuestra prima.

—¿Qué prima?

Regina chasqueó la lengua con impaciencia.

—Diana, pero eso no viene al caso. La cuestión es que la hermana pequeña de su amiga también asiste a su primera temporada.

—¿La conozco?

—No, no lo creo.

—Entonces ¿adónde quieres llegar?

—Estoy segura de que aceptará que la acompañes a ese baile si le explicamos el plan. Y si le dedicas toda la velada, será la prueba irrefutable de que tus inclinaciones románticas van en otra dirección Sobre todo si al mismo tiempo no haces caso alguno a Emily.

—Eso resultará muy fácil, pero esa muchachita no va a hacerse ilusiones, ¿verdad?

—No..., bueno, es probable. Todas se hacen ilusiones si da la casualidad de que las miras. Pero le explicaríamos con todo detalle que, simplemente nos ayudará a sacarte de esta horrible situación que

se está agravando demasiado deprisa. Y ella sacaría provecho de tu atención. Le permitirá ganar posiciones, por así decirlo, porque de ese modo llamará la atención de todos los demás mancebos. Desearan saber qué es lo que te ha fascinado en ella.

Jeremy rió entre dientes.

—Exageras la importancia que tengo, primita.

—Bobadas. Los dos sabernos que tu presencia en cualquier acto social le confiere prestigio. Todo el mundo se pregunta si has salido a tu padre y tu tío. Esos dos libertinos dejaron su huella, y bien profunda, antes de abandonar la escena social. Tú, en cambio, te las has arreglado para evitar cualquier escándalo hasta ahora, por lo que nadie sabe aún qué pensar de ti.

—Lo intento —dijo Jeremy, sonriendo.

—Ya lo sabemos ——repuso Regina, dándole una palmadita en la mano—. Supongo que aprendiste del ejemplo de Derek a mantener tus asuntos privados alejados de todas las miradas. Desde luego, influye mucho el hecho de que hayas elegido tus mujeres entre aquellas que no sienten la necesidad de fanfarronear en público. Y no te atrevas a mencionar la mala suerte que tuvo mi Nick en este aspecto.

Jeremy se echó a reír a carcajadas.

—No se me ha ocurrido ni por un momento, querida. Aunque pensándolo bien, su mala suerte con lady Eddington resultó ser buena suerte para ti. Dudo mucho que le hubieras conocido o te hubieras visto obligada a casarte con él si lady E. no hubiera careado a sus amigas que tenía intención de raptarla, pero en su lugar te raptó a ti.

Regina le miró enfadada.

—Gracias por no mencionarlo. Bien, como iba diciendo, si mañana por la noche te presentas con esa joven debutante y le dedicas toda la velada, circulará por todos los corrillos que la estás cortejando y dará al traste con el rumor que Emily está divulgando. Y Emily se verá obligada a dar marcha atrás...

—Eso si se lo cree ——la interrumpió Jeremy—. Esta hermana de la amiga de Diana ¿es más bonita que Emily?

Regina frunció el ceño.

—Bueno, en realidad no. ¡Repámpanos! Todas mis brillantes ideas sobre el asunto echadas a perder. Tienes razón, no dará resultado. Emily se dará cuenta enseguida de la farsa. No sólo no la desanimará, sino que probablemente hará que redoble sus esfuerzos.

—Bueno, daría resultado si pudieras encontrarme una muchachita que sea más guapa que Emily. No será fácil, lo sé. Esa damita quita el hipo.

Regina suspiró.

—Que se te lleve el diablo, Jeremy. Si piensas así, ¿por qué no estás interesado en ella? Seguramente ella se ha preguntado lo mismo y cree que sólo te estás dejando querer. Tal vez se diga que en realidad te hace un favor al precipitar las cosas con las mentiras que está

difundiendo.

—La respuesta es muy sencilla, primita. Piénsalo un poco y darás con ella.

Regina arqueó una de sus negras cejas y dijo en un tono divertido:

—¿Porque has decidido pasar toda tu vida sin una esposa?

—Exactamente. Por eso mantengo ojos y manos lejos de las «debutantes» y de otras jóvenes casamenteras. Hay suficientes mujeres con las que disfrutar sin poner en peligro mi soltería.

—Ahórrame los detalles, por favor —repuso Regina, poniendo los ojos en blanco— Y podemos olvidarnos de mi brillante, idea. Sencillamente, no hay otras jóvenes aspirantes que puedan rivalizar con Emily Bascomb, ni en posición ni en belleza. Esa muchacha es sin lugar a dudas la reina del baile de esta temporada

Ahora fue Jeremy quien le dio una palmadita en la mano.

—Estoy seguro de que se te ocurrirá alguna otra cosa, primita. Siempre lo haces.

Regina suspiró.

—Pero se nos acaba el tiempo. Ella ya ha afirmado que habéis tenido una cita amorosa, cuando no es verdad. Pero ese pequeño rumor llegará a oídos de su padre tarde o temprano, entonces irá a ver a tu padre, y ya sabes qué ocurre en esos casos.

Jeremy la miró sonriendo.

—Mi padre se reirá en su cara y le dirá que vaya a comprarle un marido en otra parte, que yo no estoy en venta.

—Entonces acudirá al tío Jason, y sabes muy bien que Jason no se tomará el asunto a risa.

Jeremy se acobardó esta vez.

—Muy bien, debemos recurrir a medidas desesperadas. Tu plan era bueno. Piensa en alguna otra muchachita que se pueda comparar mínimamente con Emily.

Regina volvió a sacudir la cabeza.

—Lamento tener que decirlo, pero este año no hemos tenido una buena cosecha de jóvenes aspirantes. La única muchacha que podría rivalizar con ella ya está comprometida. De hecho, no se me ocurre ni una sola mujer soltera en todo Londres que... Bueno, hum...

—¿Qué?

—Debería rectificar. Hay una, y la tengo justo delante.

Danny se volvió para ver de quién hablaba Regina y observó que la pareja sentada en el sofá la estaba mirando a ella. Empezó a sonrojarse. Había estado siguiendo su conversación con avidez. No tenía necesidad de preguntar a quién se refería Regina Eden. Acababa de recibir un sorprendente cumplido y se sentía enormemente complacida.

Jeremy miró a su prima y, con el ceño fruncido, dijo

inexpresivamente:

—No.

—¡Pero si es perfecta! —exclamó Regina—. Eclipsa con mucho a Emily Bascomb.

—No.

—¿Y por qué no? Sí, sí, ya lo sé, tendría que mantener la boca cerrada, desde luego.

—No es eso...

—Claro que sí —lo interrumpió Regina—. Porque si hablara se descubriría el pastel. ¿Puedes tener la boca cerrada, Danny? —Danny no respondió, lo que instó a Regina a añadir en tono triunfal—: ¿Lo ves? Sí puede.

—Reggie, sabes que te quiero, pero debo admitir que esta vez te has precipitado. Danny puede hablar bastante bien cuando no está nerviosa, pe...

—¿Puede hacerlo? —interrumpió Regina otra vez, sorprendida.

—Sí, aunque no hay seguridad de que no metería la pata. Pero no tiene atuendo para un baile, y es imposible que le hagan un vestido de ese tipo antes de mañana por la noche.

—Entonces le prestaré uno de los míos.

Jeremy arqueó una ceja.

—¿Has crecido veinte centímetros la pasada noche?

—Pues le alargaremos el dobladillo. Deja de ser tan negativo, Jeremy. Sabes que dará resultado, sobre todo si es capaz de imitar sus superiores.

—No lo hará. No sabe bailar. No...

—¿Cómo sabes que no sé bailar, eh? —intervino Danny—. Quizás he asistido a esos bailes de máscaras en los jardines de los conventos. Quizá soy una gran bailarina.

—Como hombre —objetó Jeremy con impaciencia—. ¿Lo has tentado alguna vez como mujer?

Danny volvió a sonrojarse. En realidad no había bailado en su vida, pero le molestaba que él lo diera por sentado. Y esa idea comenzaba a resultar divertida. ¿Asistir a un baile de la alta sociedad? No se le habría ocurrido nunca pensar que fuera posible. ¡Y qué magnifica oportunidad para conocer a un hombre que se enamorara de ella y quisiera casarse! No un lord, desde luego. Sabía que no podía aspirar a tanto. Pero seguramente no sólo habría lores en esa reunión. También estarían invitados otros hombres acomodados y respetables, hombres sin títulos nobiliarios que no tenían tantas pretensiones a la hora de elegir esposa.

Y sí había asistido a un baile de máscaras en los jardines..., bueno, en realidad no había asistido, sino que lo había mirado de lejos deseando participar en él. Le había parecido que los invitados se lo estaban pasando en grande. Además, esos bailes no eran solo para los

ricos, ni mucho menos. Cualquiera podía acudir a ellos y fingir por una noche ser alguien distinto.

—Entonces que no baile —decía Regina para contrarrestar última objeción de Jeremy—. Puede alegar una torcedura de tobillo.

—Así pues, no podrá hablar ni apenas andar. En su situación tendría que estar postrada en la cama de un hospital en lugar de asistir a un baile.

Regina le miró con el ceño fruncido pero siguió proponiendo soluciones:

—Se quedó afónica durante una cacería del zorro muy emocionante a principios de esta semana. Se ha recuperado bien, pero aún tiene que cuidar sus cuerdas vocales. Se torció el tobillo en la misma cacería, ¿sabes? Habría declinado asistir a ese baile, pero no quería decepcionarte cuando tenías tantas ganas de presentarla mañana por la noche. Y puesto que sólo estará en la ciudad este fin de semana...

—Ya te entiendo, Reggie. ¿Y por quién vas a hacerla pasar?

—Quizá podría estar emparentada de lejos con Kelsey, que procede de un linaje ilustre, aunque rara vez se mencionan sus títulos desde que se casó con nuestro primo Derek. Pero estoy segura que no le importaría aceptar a Danny como pariente.

—Emparentarla con un duque es un poco excesivo, ¿no? — dijo Jeremy.

—No, no, con uno de los títulos menores, por supuesto. Y muy de lejos. Quizá sus padres emigraron a América y ella se crió allí. No, ya lo tengo: ¡Cornualles! Sólo por si reparan en su fuerte acento. Esto funcionará, y de maravilla. Nadie, y digo nadie, va a dudar que has estado cortejando a esta preciosa muchacha durante los últimos meses, por lo que no es posible que hayas tenido ninguna cita con Emily Bascomb. Tuvo que ser algún otro tipo afortunado.

Jeremy sacudió la cabeza, pero de puro asombro.

—¿Cómo te las arreglas, prima? Me dejas patidifuso, de veras.

—Bobadas —se burló Regina—. Y me la llevaré a casa para arreglarla. Pasa a recogernos con un coche mañana por la noche a las nueve en punto. Sólo queremos retrasarnos el mínimo aceptable, nada más.

—¿Retrasarnos?

—Yo iré con vosotros, por supuesto. Tiene que llevar una acompañante.

—Desde cuándo eres mi ángel de la guardia, primita?

—Desde que Amy me pidió que te vigilara durante su ausencia.

Jeremy puso los ojos en blanco. Amy no sólo era su prima sino también su mejor amiga, y se preocupaba por él más de lo que era necesario.

—No quisiera aguar tu asombrosa estratagema, pero ¿no crees que

deberías preguntar a Danny si está dispuesta a rescatarme de las garras de Emily?

—Oh, vaya. —Regina suspiró—. Sí, supongo que sí. —Y dijo

—Danny ¿Estás dispuesta a cumplir este cometido, querida? Jeremy necesita ayuda, o de lo contrario se verá arrastrado al altar sin que pueda hacer nada por evitarlo.

Danny sonrió.

—Se me da bastante bien hacerme pasar por otra persona.

Regina parpadeó.

—Bueno, pues sí, se te da muy bien. Entonces, vamos. Tenemos mucho que hacer en muy poco tiempo.

27

Regina Eden era verdaderamente asombrosa: un torbellino de actividad, instrucciones y parloteo sin fin. Sacó a Danny de la casa de Jeremy, la llevó calle abajo hasta la suya y la condujo directamente a su dormitorio, sin darle tiempo a mirar boquiabierta la magnífica mansión que recorrían precipitadamente. Regina llamó de inmediato a su criada, Tess, le explicó lo que necesitaba y entre las dos, sacaron del guardarropa de Regina incontables vestidos de una elegancia que Danny jamás había visto. Cuando finalmente se decidieron por uno, Danny apenas pudo echarle un vistazo antes de que Tess lo entregara a otra criada para arreglarlo.

El siguiente punto del orden del día eran los zapatos, pero los que hacían juego con el vestido no encajaban en los pies de Danny por más que trataron de ensancharlos, y no había tiempo de encargar un nuevo par. Así pues, Regina mandó un lacayo a los domicilios de sus parientes. Danny no supo a quién pertenecían los escarpines blancos de satén que aparecieron antes de cenar, pero sólo le apretaban un poco en los talones y no le oprimían tanto los dedos como los zapatos de Regina.

No hubo ninguna pausa para cenar. Regina mandó subir unas bandejas a su habitación, y Danny tuvo que comer de la suya mientras Tess trataba de decidir qué podía hacerse con su pelo. No era tarea fácil. De hecho, ése resultó el problema más difícil. Sus rizos, siendo tan cortos, no se dejaban dominar. Y además hubo que cortar algunos de ellos, para arreglar los trasquilones que Lucy le había hecho.

Finalmente Regina sacó una diadema y Tess exclamó:

—¡Esto servirá! Ahora puedo separar los rizos y controlarlos. Es la única forma de conseguir un peinado decente.

—¡Magnífico! Sabía que podías hacerlo, Tess. Quiero que mañana tenga el mismo aspecto.

Danny no tuvo ocasión de verse antes de que le quitaran la diadema y la condujeran a un cuarto de huéspedes, donde Regina le dijo que se acostara enseguida. Al día siguiente les esperaba mucho más trabajo que hacer y la despertarían temprano.

¡Un cuarto de huéspedes! No podía creerlo, como tampoco podía creer que lady Regina se tomara tantas molestias para salvar a su primo de casarse con una hermosa heredera. Si una joven así no le tentaba a dejarse encadenar, entonces era evidente que Jeremy no exageraba cuando dijo que iba a seguir siendo soltero el resto de su vida. Lo cual era una lástima, pensó con tristeza. El hecho de que se esforzara tanto por evitar el matrimonio no hacía más que demostrar que no era el hombre adecuado para ella.

Sin embargo, estaba entusiasmada con la perspectiva de que al

día siguiente Jeremy la vería transformada en una dama. ¡Asistiría a un baile con él! Incluso él iba a fingir que la cortejaba. La realidad quedaría provisionalmente suspendida y ella podría imaginarse que toda aquella gloriosa velada era de verdad...

A la mañana siguiente la despertaron más pronto de lo que esperaba. Le pareció que apenas se había acostado cuando una criada llamó a su puerta y entró llevando en las manos una bandeja con el desayuno. Tan sólo se había comido la mitad cuando irrumpió Regina en la habitación:

—¿Todavía no has terminado? -le dijo con impaciencia—. Bueno, pues date prisa. Esta noche no deberías bailar, pero por si acaso algo sale mal y tienes que hacerlo, he decidido que tenemos tiempo suficiente para que tomes una pequeña lección en este sentido.

—¿Vas a enseñarme a bailar?

—Yo no, querida. Jeremy lo hará. Ya he mandado a buscarle. Danny no pudo reprimir un bufido.

—No le sacarás de la cama tan temprano.

—Sí, ya lo sé. —Regina suspiró—. Pero se levantará, puesto que he dicho que se trata de una emergencia.

—¿Lo es?

— Por supuesto que no, pero eso le traerá aquí sin demora. Bien, supongo que debería hablarte un poco de este baile. Lady Aitchison es la anfitriona, y eso significa que va a ser el principal baile de la temporada, porque todas sus fiestas hacen furor, aunque sólo las da cada cuatro años aproximadamente.

—¿Eso significa que habrá mucha gente?

—Sí, habrá una gran multitud, con la presencia de la flor y nata de la sociedad londinense: todas las jóvenes debutantes de esta temporada, todos los jóvenes que desean casarse, sus mamás, sus papás y demás acompañantes, y unos cuantos sinvergüenzas como nuestro entrañable Jeremy a los que deberías evitar.

—Él no es un sinvergüenza —dijo Danny, si bien había pensado lo mismo en más de una ocasión.

—Desde luego que lo es, pero un sinvergüenza adorable. No hay más que ver lo que está haciendo contigo. Te ha convertido en su amante, pero además te hace limpiar su casa.

—¡Yo no soy su amante, ni lo seré nunca!

Regina parpadeó ante el tono y las palabras vehementes de Danny.

—¿De veras? Oh, vaya, en ese caso te ruego que me disculpes. Creí..., bueno, toda la familia creyó..., en fin, resulta evidente que él quiere que lo seas, y Jeremy nunca ha dejado de conseguir las mujeres que le interesan.

Danny se estaba sonrojando, porque ella misma había estado a punto de sucumbir a sus encantos y debía recordarse constantemente sus objetivos, y Jeremy no se incluía en ellos. Pero Regina no reparó

en su rubor y, como siempre, pasó de un tema a otro sin solución de continuidad.

—Vamos, pues. He mandado despejar el salón para tener espacio para trabajar.

El trabajo no sólo consistía en bailar. Tan pronto como llegaron al piso de abajo, Regina le dijo:

—Bien, déjame que vea cómo andas. No, no, ya no usas pantalones. Da pasos cortos. Eso está mejor, pero... no, no andes con todo el cuerpo, sólo con las piernas. Queremos que parezca que te deslizas sobre el suelo sin moverte.

Danny redujo la marcha y dio pasos más cortos.

—¡Perfecto! —exclamó Regina.

Danny sonrió.

—¿Andas tú así?

Regina soltó una risita.

—Bueno, lo intento, de veras. Pero a decir verdad, yo antes era un marimacho. Me crié con mi primo Derek cuando falleció mi madre, y he gozado de la libertad que tienen los chicos. Ya sabes a qué me refiero, claro. ¿No es por eso que usabas pantalones?

—No, allí de donde vengo las chicas trabajan de prostitutas, y desde edad temprana. Yo no quería un trabajo así, y por eso me hacía pasar por un chico.

—Oh, vaya. —Ahora fue Regina quien se sonrojo—. ¿Y nadie lo sabía?

—Sólo mi amiga Lucy.

—Reggie, ¿dónde estás? —gritó Jeremy de repente desde el vestíbulo.

—¡Aquí!

El joven apareció en el umbral, con expresión malhumorada, y se dirigió a su prima.

—¿Sabes qué hora es?

—Sí, y ya hemos perdido media mañana. Vas a enseñar a bailar a Danny.

—¿De veras? -Se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta—. Creía que iba a tener una lesión en el tobillo.

—La tiene, pero ya está casi recuperada, sólo un poco dolorida. A fin de cuentas, no vamos a pedirle que cojee. Además, es sólo una medida de precaución.¿Y si aparece el rey Jorge y la saca a bailar?

Jeremy puso los ojos en blanco.

—Eso es llevar las cosas demasiado lejos, Reggie, créeme.

—No era más que un ejemplo para ilustrar por qué debe aprender a bailar. No pongas tantas trabas. Es tu tobillo el que intentamos librar de los grilletes conyugales.

Jeremy miró a Danny y las pupilas de ella se dilataron ligeramente·

—Te han cortado el pelo, ¿verdad? Lo tienes muy bonito.

Danny se sonrojó de forma encantadora.

—Me lo peinarán para esta noche.

—Que Dios me ayude si estás todavía más hermosa. —Entonces sonrió y dijo a su prima—: Maldita sea, ¿no deberías dejarnos solos durante la lección, Reggie?

—Ni hablar. Esto no es un pretexto para manosearla, de modo que compórtate.

Jeremy suspiró.

—¿No necesitamos música?

—Yo tararearé, y si te ríes de mi canturreo, te daré un cachete.

Él se acercó a Danny y extendió la mano.

—¿Estás lista para aprender, cariño?

Lo dijo de tal modo que ella le espetó con sequedad:

—A bailar y nada más.

—Qué lástima —murmuró él, al tiempo que la atraía hacia sí y empezaba a bailar un vals con ella.

Danny notó su mano en la espalda, y el calor de la otra contra su palma. La sala era espaciosa. Regina se encontraba en la otra punta, por lo que no podía oír los comentarios que Jeremy le susurraba a Danny al oído poniéndola nerviosa.

—Me encanta tocarte. ¿Crees que se dará cuenta si pongo mi mano en tu trasero?

—Yo sí me daré cuenta -repuso Danny con voz entrecortada.

Él soltó una risita.

—Pero te gustaría, ¿verdad?

—No. ¡Y no te atrevas a intentarlo! Se supone que estamos bailando.

—Pero yo puedo hacer el amor y bailar al mismo tiempo —susurró Jeremy—. Te lo juro.

Danny contuvo la respiración y apenas pudo responder:

—Qué embustero. ¡Para de una vez!

Pero, desde luego, él no lo hizo. Acercándose todavía más, le susurró:

—¿Quieres que te diga cómo se hace? No tienes más que sujetarte con fuerza y rodear mis caderas con tus piernas. Deberíamos estar ambos desnudos, por supuesto.

Danny tropezó. Se sorprendió de no haberlo hecho antes, dado lo absorta que estaba en él y en las imágenes que dibujaba en su mente. Jeremy la apretó contra sí hasta que recuperó el equilibrio, lo cual no

hizo más que acrecentar su turbación.

Regina había dejado de tararear. Danny se dio cuenta de ello cuando vio que había entrado una criada para hablar con la dama. Jeremy debió de fijarse también en que su prima ya no les prestaba atención, porque de repente pegó la boca al cuello de Danny y la besó con ardor. Acto seguido pasó a la oreja, que su lengua lamió a fondo. Oh, cielos, era una sensación asombrosa. Danny sintió que le flaqueaban las piernas, pero no llegó a trastabillar ni a caer, porque Jeremy la abrazaba tan fuerte que incluso le levantaba los pies del suelo. Y ella se aferraba a él. No podía evitarlo. Las sensaciones que provocaba en ella la hacían desear acercarse todavía más...

El enérgico carraspeo de Regina hizo que volvieran a separarse, pero despacio. Con los pies nuevamente en el suelo, Danny trató de recobrar la compostura. Ver la sonrisa de Jeremy la ayudó en este sentido. ¡Menudo sinvergüenza! Conocía perfectamente las sensaciones que acababa de despertar en ella y se mostraba visiblemente complacido por ello.

Jeremy se apiadó de ella y empezó a tomarse en serio la lección de baile. Le dijo que se dejara llevar, y de hecho Danny aprendió a dar unos pasos antes de que finalizara la clase.

Había creído que continuarían después del almuerzo, pero en lugar de eso la mandaron de vuelta a la cama. Regina le advirtió que no se limitara a descansar y que durmiera un rato, ya que estarían levantados hasta altas horas de la madrugada. Danny temía que al estar tan nerviosa no podría conciliar el sueño en pleno día, pero tanta información y tantas instrucciones la habían dejado agotada y se durmió al poco de acostarse.

28

Danny durmió tan profundamente que al despertar se sintió desorientada y muy decepcionada. Supuso que debía de haber soñado que asistiría a un baile. Pero entonces llamaron a la puerta y, cuando abrió los ojos, comprobó que estaba realmente en casa de Regina Eden, que realmente iría a un baile.

La hicieron bañarse después de la siesta, y luego llegó el momento de arreglarse. La condujeron de nuevo a la habitación de Regina y la pusieron frente al tocador para que esta vez pudiera observar a Tess obrando milagros con su pelo. Mientras tanto otra doncella vestía también a Regina, que no dejaba de dar instrucciones de última hora. Danny apenas la oía, pues contemplaba fascina los cambios que sufría su aspecto.

Tess utilizó una diadema adornada con piedras preciosas y una arista en el centro para dominarle los rizos. Con la diadema como línea divisoria, los rizos que le quedaban en las sienes fueron trenzaos en forma de tirabuzones y en lo alto de la cabeza le hicieron unos bucles que recordaban un peinado corto que había estado de moda pocos años atrás. Luego sin más demora, le pasaron una enaguas por la cabeza y la vistieron con un traje de baile de lo más exquisito.

El vestido era básicamente de seda color lavanda pálido. En los bajos de la falda tenía dos capas de volantes de tul de encaje. La doncella había cosido en la capa superior una cenefa de seda blanca, sobre la que había añadido un encaje violeta. Incorporó unos frunces del mismo encaje violeta a las mangas filipinas, un delgado ribete de ese encaje al escote bajo y amplio, y una franja de un centímetro al borde superior de los guantes largos de color blanco que Danny iba a llevar. Daba la impresión de que el vestido había sido confeccionado así desde el principio.

Como Danny tenía un torso más largo que el de Regina, originariamente la cintura le quedaba demasiado alta. Pero con la inserción de más seda blanca y encaje violeta, que combinaban con lo que se había incorporado a las mangas, ahora el talle le quedaba perfectamente ajustado.

Todo el conjunto resultaba tan elegante, que Danny se acordó del sueño que había tenido de la bella dama angelical. Se había hecho realidad. Por una noche, ella sería aquella mujer tan increíblemente hermosa. Danny no podía dejar de mirarse. Regina tuvo que arrancarla literalmente del espejo para dirigirse al piso de abajo cuando hubieron terminado.

—Cierra la boca, Jeremy, ¿quieres? —ordenó Regina cuando encontraron a Jeremy esperándolas en el vestíbulo.

Éste no lo hizo, y tampoco pudo dejar de mirarla. Danny comenzó a sonrojarse. Tuvo la sensación de que Jeremy ni siquiera había oído

la reprensión de su prima. Pero, en el fondo, se sentía tan complacida que apenas podía disimularlo.

Él también estaba espléndido, con su traje de etiqueta negro. Llevaba la chaqueta desabrochada y la chalina blanca con chorreras anudada flojamente, lo cual le confería un aspecto libertino. Se había peinado el pelo negro hacia atrás, pero no se le mantenía en su sitio sino que le caía sobre las sienes y el cuello. Su expresión la hizo estremecerse.

No había duda de que estaba estupefacto al verla. También a ella le había ocurrido lo mismo, por lo que comprendía que fuera incapaz de hacer nada más que contemplarla.

Regina tuvo que dar varios codazos a Jeremy. Cuando finalmente logró que le prestara atención, él se mantuvo inmóvil y dijo, categórico:

—No va a salir de esta casa con este aspecto.

—¿Y qué tiene de malo su aspecto? Has de saber…

—Es demasiado hermosa y tú lo sabes, Reggie.

Ella le miró con los ojos como platos.

—Bueno, de eso se trataba, bobo.

—Ni por asomo. No me esperaba que tuviera este aspecto. Causará una sensación como no se ha visto en esta ciudad. Se queda en casa, y no se hable más.

Regina chasqueó la lengua, molesta.

—Tú te quedas en casa. Ella asistirá al baile. Ahora que lo pienso, en realidad no es necesario que vengas para conseguir nuestro propósito. Puedo difundir el rumor perfectamente sin tu presencia. Pero ella sí debe estar allí. El rumor no circulará si no hay una prueba visible.

—No me escuchas, Reggie.

—No, tú no me escuchas. Ahora este asunto ya no está en tus manos. Voy a salvarte a pesar de ti. Vámonos, Danny, y sube al coche.

Jeremy las siguió, naturalmente. Y no dejó de manifestar sus objeciones durante todo el trayecto hasta la residencia de los Aitchinson, que no quedaba muy lejos. El baile tenía lugar en una de las mansiones cercanas a la primera casa de los Malory que Danny había visitado.

Regina había dejado de escuchar a Jeremy, puesto que estaba demasiado enojada con él. Danny había hecho lo propio. Se sentía decepcionada por el hecho de que Jeremy armara aquel escándalo, no entendía su razonamiento. ¿Que era demasiado hermosa? ¿Que iba a causar un alboroto por eso? Creía que ésa era la idea, para poner en duda los falsos rumores que Emily Bascomb estaba divulgando.

Viajar de nuevo con Jeremy en un coche le trajo recuerdos de la noche en que le conoció. Jeremy debió de adivinar lo que pensaba por su expresión, porque le susurró:

—Menudo cambio desde la última vez que viajamos juntos, ¿eh? Se

te da muy bien saltar de los coches en marcha. Ahora puedes hacerlo cuando quieras.

Ella reaccionó a su sugerencia con un leve bufido. El hombre se había propuesto estar de un humor de perros y predecir consecuencias funestas para el programa de aquella noche.

Pero al recordar lo que habían hecho aquella otra noche, Danny le preguntó en un susurro:

—¿Crees que él estará allí?

Sin tener que preguntar a quién se refería, Jeremy respondió cogiéndose de hombros.

—Da lo mismo que esté. Es su criado quien nos reconocería, no él

Regina detuvo a Jeremy una vez más, justo antes de entrar la mansión de los Aitchison. Hundiéndole un dedo en el pecho espetó:

—Si no abandonas esta actitud catastrofista, no volveré a hablarte nunca.

—¿Me lo prometes? —repuso él.

Ella no hizo caso de su comentario y agregó:

—Y si vas a entrar ahí con nosotras, haz tu papel y muéstrate apropiadamente enamorado, o de lo contrario toda esta farsa será inútil. Ahora domínate, Jeremy. La función va a empezar.

Había llegado el momento y Danny se sintió embargada por una buena dosis de aprensión. Regina le había inculcado una larga lista de lo que debía y lo que no debía hacer mientras componían su atuendo. Ahora tenía miedo de olvidarlo todo. Pero acto seguido se quedó sin habla ante la visión de un baile elegante en pleno apogeo. Las luces, los colores, los vestidos más exquisitos girando en el enorme salón. No había visto nada igual en su vida.

Debió de quedarse boquiabierta, porque Jeremy le susurró al oído:

—No pongas esa cara de asombro. Esta noche se supone que perteneces a la alta burguesía y estás acostumbrada a estas fiestas.

—Sí, pero he « fercuentado»... —se interrumpió para toser y prosiguió—, he frecuentado muy poco la sociedad desde que terminé mis estudios.

—¿Reggie te ha enseñado esta frase?

Danny se sonrojó.

—Sí, y muchas más.

—¿Por qué? —gruñó él—. Se supone que no tienes que hablar.

La muchacha se encogió de hombros.

—Supongo que creyó que cometería uno o dos errores.

—O tres o cuatro. Esta idea era nefasta. He perdido el juicio, no puede explicarse de otro modo que haya accedido a esto. Y es culpa tuya, ¿sabes?

Ella se volvió, preguntándose cómo podía culparla de nada.

—¿Por qué, amigo?

—Te deseo tanto, que ya no soy capaz de pensar con claridad.

Danny volvió a quedarse con la boca abierta, acompañada por un intenso rubor. Le flaquearon las piernas, experimentó una sensación de vértigo y le pasó por la cabeza una imagen de los dos girando desnudos por la pista de baile...

¿Por qué tenía que decir cosas como ésa, que la deshacían por dentro? ¿Y por qué precisamente ahora, cuando se disponía a exhibirse ante la mitad de la elite?

Regina se acercó para susurrar:

—Ahora no la disgustes, Jeremy. Déjala disfrutar de su momento de gloria. Está a punto de hacer que la sala se venga abajo.

Danny se volvió. En efecto, la música seguía sonando, pero todos los bailarines se habían parado y miraban hacia ella. Su rubor se intensificó, al igual que el refunfuñar de Jeremy.

—Te advertí que causaría sensación —dijo a su prima con desaprobación.

—Y yo me alegro de que tuvieras razón. Por si no te has dado cuenta, Emily está aquí, y en este preciso momento está fulminando con la mirada a nuestra Danny.

—¿Nuestra Danny? ¿Desde cuándo es nuestra Danny?

—Me otorgo el mérito que me corresponde. Puede que tú la encontraras, pero yo he ayudado a hacerla destacar, querido. Ahora deja de mostrarte molesto con ella. Se supone que estás enamorado. Pon algo de tu parte. ¿O debo explicarte cómo se hace?

Él la miró y puso los ojos en blanco, pero empezó a sonreír. Y advirtió a Danny:

—Van a atosigarnos. Recuerda: no hables si puedes evitarlo. « Si» «No»,«Es un placer conocerle», «Adiós». Con esto te bastará. Asiente mucho con la cabeza, eso favorece mucho la conversación.

No bromeaba cuando dijo que les atosigarían. Primero sólo les acercaron dos personas, cuya curiosidad no les permitió esperar más, pero de inmediato otras veinte siguieron su ejemplo. Regina Eden demostró una vez más lo asombrosa que era. Sorteó todas preguntas, dio explicaciones sobre la afonía y la torcedura de tobillo, como era su intención, de modo que Danny no tuvo que hacer nada más que sonreír y extender la mano para saludar, por lo menos la mayor parte del tiempo. Unos pocos fueron insistentes y lograron arrancarle una o dos palabras, pero más bien parecían competir entre ellos para poder decir a sus amistades: «¡Ella me habló!»

Danny no intentó memorizar ninguno de los nombres de las personas que le presentaban, pues no esperaba volver a ver a ninguna de ellas. Desempeñaba el papel de una señorita recién salida de la escuela que acababa de llamar la atención de Jeremy Malory hasta el punto de hacerle plantearse seriamente renunciar a su soltería. Era Danielle Langton, y Regina y Jeremy no cesaban de repetir que estaba

emparentada de lejos con la familia de Kelsey.

Desde luego, eso se convirtió en un tema de conversación, puesto que se recordaba que Kelsey provenía de la Tragedia. Al parecer su madre había matado a su padre por sus deudas de juego y a continuación se había suicidado, y ambas cosas fueron fruto de la fatalidad. La mujer no había tenido intención de asesinar a su marido ni de caerse por la ventana, y era por eso que se había calificado el caso de tragedia.

Aunque nada se afirmó abiertamente, la elite acabó por suponer que Danny era una Langton del lado de la familia de Kelsey, que ya estaba comprometida con Jeremy y que era de su misma condición. Varios caballeros mayores afirmaron que les resultaba conocida y Reggie justificó el hecho diciendo que «si lo oyen el suficiente número de veces, se lo creen y empiezan a pensar que siempre lo han sabido».

Jeremy también se había relajado y dejó de quejarse después de ver lo bien que Regina manejaba todas las preguntas. Sin embargo, un apuesto joven que no debía de haber oído la excusa del tobillo dolorido volvió a acercarse. Danny sabía que se lo habían presentado, pero no recordaba su nombre.

Él la obsequió con una contagiosa sonrisa y le dijo:

—Tengo intención de suicidarme si no me concede el primer baile, lady Danielle.

Jeremy no le dio a Danny la posibilidad de responder a una declaración tan disparatada.

—No tendrás que hacerlo, Fawler —dijo al muchacho—. Estaré encantado de complacerte en este sentido. Ella no bailará con nadie excepto conmigo. Ahora vete.

La expresión en el rostro de Jeremy resultaba tan amenazadora, que el tipo no añadió ni media palabra y se limitó a alejarse con rapidez.

Incluso cuando hubieron acabado todas las presentaciones, Danny se encontró finalmente sola al lado de Jeremy, todos los presentes en el salón siguieron hablando de ella. Pero Danny había presentado bien su papel y eso la llenaba de júbilo.

—¿Te apetece bailar? —le preguntó él mientras disfrutaban de unos momentos de tranquilidad.

—¿Y echar a perder una buena actuación?

—No me pasé una hora haciéndote dar vueltas por el salón de Reggie para que no lo intentes mientras estás aquí. Si tropiezas una dos veces, lo achacarán a tu tobillo. Sabes que no es demasiado difícil. Sólo tienes que dejarte llevar de nuevo.

A Danny le apetecía probarlo. Parecía muy divertido. Asintió permitió que la condujera hasta la pista de baile. Y, por unos minutos, se olvidó de dónde estaba y de toda la gente que la observaba.

Jeremy la sujetaba con firmeza, la palma de su mano, que ella sentía caliente en la suya, tenía la piel ligeramente áspera. Danny se

preguntó si el resto dc su piel sería igual. Sus propias manos estaban deseando averiguarlo. Y volvió a evocar esa imagen de los dos girando por la pista de baile, ella con las piernas firmemente aferradas a él, ambos desnudos, la música llenándola, él llenándola, oh Dios...

—¿Qué ocurre? —inquirió Jeremy al oír su jadeo.

—Nada —mintió Danny, y desesperada por quitarse aquella imagen de la cabeza, preguntó—: Ese tipo no hablaba en serio cuando dijo que se suicidaría, ¿verdad?

—Claro que no. Estoy convencido de que les dice lo mismo a todas las señoritas. Seguro que esa clase de halagos le dan resultado de vez en cuando. Yo prefiero ceñirme a la verdad, y lo que digo lo mantengo. Así pues, si no haces el amor conmigo pronto, me suicidaré.

Ella le miró parpadeando y luego se echó a reír.

—¿Llamas a eso la verdad?

—Bueno, he exagerado un poco, pero el sentimiento es acertado. Empiezo a estar desesperado, querida.

Danny contuvo la respiración. En los ojos de Jeremy leyó no tanto desesperación como una pasión tan ardiente que quemaba.

Apartó la mirada, desesperada ella misma por apagar aquel ardor para no sucumbir al mismo.

A fin de hacerle pensar en otra cosa preguntó:

—¿Quién te enseñó a bailar?

—El primer oficial de mi padre.

Ella le miró asombrada.

—Tuvo una mujer como primer oficial?

—No, podría haberse apodado Connie, pero Conrad es un escocés pelirrojo de metro ochenta, y si le hubieras visto haciéndose pasar por una mujer durante una hora para enseñarme a llevar en un baile, te habrías desternillado de risa.

Danny soltó una risita.

—Puedo imaginármelo.

—Pero sé que él no se divirtió tanto enseñándome como yo me he divertido enseñándote a ti.

Ella se sonrojó.

—Compórtate, Jeremy.

—¡Eso nunca! —le susurró al oído.

Siguió adulándola y haciéndola reír. Era tan buen bailarín, y estaba tan guapo esa noche... —bueno, lo estaba siempre—, pero esa noche, con su elegante traje negro, tenía un atractivo excepcional. La hacía sentirse especial, bailando con él; la hacía sentir que su verdadero sitio era ése. No recordaba habérselo pasado tan bien en ninguna otra ocasión. Y ya no podía negarlo. Puede que Jeremy fingiera esa noche estar enamorado de ella, pero Danny empezaba a

sospechar que ella no fingía en lo más mínimo.

29

Jeremy pudo relajarse lo suficiente como para representar su papel a medida que avanzaba la noche, pero eso seguía sin gustarle. Lo único aceptable de aquella velada era que Danny parecía estarlo pasándolo en grande. No se lo reprochaba en absoluto. Simplemente detestaba tener que compartirla.

Consideraba que era suya, y cada vez que se le acercaba otro hombre sentía el impulso primitivo de proteger aquello que le pertenecía. Lo cual era una locura. Ella no era suya en absoluto, sólo era su criada. Ya querría que fuera algo más que eso, pero Danny no cooperaba nada.

Fue a buscar champán para Regina y Danny. Habían tenido que insistirle mucho. No quería dejar sola a Danny ni un solo momento. Por desgracia, sus ojos se tropezaron con Emily, quien le miró con tristeza. Por todos los santos, ¿acaso iba a hacerse ahora la amante herida? ¿Y seguiría insistiendo en que se había acostado con ella cuando no era cierto?

—Creo que estás para que te encierren en un manicomio -dijo a su espalda una voz que conocía muy bien.

Jeremy se estremeció. Su padre. No había reparado en la llegada de James, en realidad esa noche no había reparado en casi nada excepto en Danny.

—Lo sé.

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido traerla aquí?

—No fue idea mía. ¿Crees que me apetecía compartirla con la elite y ver cómo todos los machos en celo se la comen con los ojos? Ni hablar.

—¿De quién fue la idea entonces? ¿O ni siquiera debería preguntarlo?

—No deberías. De Reggie, por supuesto.

—Mi querida sobrina ha urdido algunas maquinaciones muy extrañas en el transcurso de su carrera de metomentodo, pero no llego a entender la razones de ésta.

—Probablemente porque sólo podría ocurrírsele a una mujer. Pensó que el único modo de hacer que Emily se echara atrás era demostrarle que yo estaba interesado en otra persona, y le pareció que la única que podía eclipsar a Emily no era otra que...

—Ya comprendo, pero ¿no habría bastado con decirle «Vete al cuerno, chica», a esa damisela tan molesta?

—Reggie no lo creyó así, pensaba que nada haría que Emily cambiara de objetivo. Pero esta farsa va dirigida a los corrillos de opi-

nión, puesto que Emily ha estado difundiendo el rumor de que me he acostado con ella.

—¡Maldita sea!

—Exacto. Pero ahora cambiarán de opinión. Al fin y al cabo, por qué debería perseguir una simple margarita cuando he estado cortejando una rara rosa blanca?

—¿Cortejando? —dijo James con voz ahogada.

—Sólo para impresionar —le aseguró Jeremy—. Y no tendremos que repetir esta representación. Danny ha causado una impresión tan honda, que la elite no hablará de otra cosa durante semanas. Pero dime, ¿qué haces tú aquí? Juraría que dijiste que ya tenías preparados tus pretextos para evitar que te arrastraran a estos festejos.

—Cambié de opinión. Quería echar una ojeada a esa muchachita intrigante que está tratando de llevarte al altar. Por cierto ¿cuál es?

Jeremy miró hacia donde había visto a Emily por última vez, ya no estaba allí. Entonces volvió la vista atrás y vio que su madrastra, George, recababa la atención de Regina, de modo que ninguna de las dos estaba pendiente de Danny. Se alarmó al ver quién había aprovechado esa situación.

—Santo cielo, Emily está haciendo frente a Danny.

James arqueó una ceja al mirar en la misma dirección.

—Esto podría resultar interesante. Creo que nunca he visto a dos mujeres dándose puñetazos, y teniendo en cuenta la procedencia de, tu Danny, ésta es una posibilidad clara.

A Danny se le erizó el vello cuando la dama la pellizcó en el brazo — para llamar su atención. Era hermosa. Llevaba el pelo cuidadosamente recogido en un peinado perfecto y un deslumbrante vestido blanco, que parecía el color preferido entre las jóvenes debutantes. El vestido de Emily tenía ribetes azul pálido, a juego con los ojos celestes de la dama. Pero aquellos ojos la miraban con hostilidad. De hecho, destilaban tanto odio que Danny se quedó anonada, por un momento.

—No sé quién eres, pero si crees que vas a robármelo, estás muy equivocada —le dijo la joven.

Entonces Danny cayó en la cuenta de quién era esa dama.

Regina debería habérsela señalado para que ella estuviera sobre aviso Claro que tampoco habría podido evitar aquella situación, puesto que ni siquiera había visto a la joven acercársele.

Pero después de aquel pellizco innecesario, Danny no se mordió la lengua a la hora de responder:

—Ah, tú debes de ser Emily la mentirosa.

—¿Qué has dicho?

—Estás quedando en ridículo, ¿sabes? Él te conoce el juego, su famílla también y, a partir de esta noche, la ciudad entera sabrá quien eres. Tus embustes sólo servirán para hundirte en tu propia vergüenza

—Emily se sobresaltó, y un intenso rubor manchó sus mejillas de color marfil.

—Me temo que no lo entiendes. Él se casará conmigo. Mi padre se ocupará de eso.

Danny arqueó una ceja.

—¿Basándose en una mentira?

—Veo que estás mal informada. Yo no soy una mentirosa. Pero él sí, si trata de negar que jugó conmigo.

—¿Llamas jugar contigo a mantener una breve conversación? —preguntó Danny inocentemente.

—¿Es eso lo que dice? —Emily asumió una expresión de incredulidad que no parecía nada artificial. Entonces agregó, suspirando—: Debería haber sabido que no se puede confiar en sus promesas. A fin de cuentas, su padre fue el libertino más célebre que esta ciudad haya visto jamás, con su tío Anthony disputándole esa posición, y es evidente que Jeremy está empeñado en seguir esos mismos derroteros.

Danny no pudo replicar nada. No la sorprendería lo más mínimo que algo de eso fuera verdad. Sabía que Jeremy no tenía intención de casarse, le había oído decirlo. Y, evidentemente, el joven procuraba divertirse siempre que se le presentaba la ocasión. Su intento de meterse debajo de sus faldas era buena prueba de ello. Pero no creía que fuese tan cruel como para hacer promesas que no tenía intención de cumplir. Cabía la posibilidad de que hubiera seducido a esa dama, pero Danny dudaba que lo hubiera hecho pensando en algo más que en un rápido revolcón.

Danny tampoco se esperaba que aquella joven pareciera tan sincera. Resultaba bastante creíble. O se le daba muy bien mentir, o le estaba diciendo la verdad.

No pudo menos de señalar:

—Si es tan despreciable como dices, ¿por qué le quieres?

—Ya no le quiero —afirmó Emily—. Pero ahora no tengo elección. —Y explicó en un susurro—: Sospecho que estoy embarazada.

—¿Cómo puedes saberlo ya? ¡Te conoció sólo la semana pasada!

—He dicho que lo sospecho —protestó Emily, molesta—. No sabré con certeza hasta dentro de una o dos semanas. Y espero equivocarme, lo espero de veras, pero desgraciadamente lo dudo. De modo que ahora puedes ver que estás perdiendo el tiempo y que vas a llevarte una decepción

Danny sacudió la cabeza.

—No, lo que veo es que te estás engañando. Levanta el ánimo,, y acepta tu derrota. Involucrar a tu padre en esto no hará más que acrecentar tu vergüenza. ¿Y para qué? Aun así no se casará contigo.

—¡Qué estúpida eres! Tú no sabes cómo se manejan estas cosas. Cuando está implicada la heredera de una fortuna, las preferencias personales no cuentan. Créeme, Jeremy no tendrá más voz en esto que yo. No dependerá de nosotros.

Danny ni siquiera conocía a esa dama y empezaba a tenerle auténtica aversión.

—Márchate, chica. Me has dado dolor de cabeza.

Emily se sobresaltó, indignada.

—¡No me lo puedo creer!

Danny asintió con la cabeza.

—Probablemente es la primera verdad que sale de tu boca—comentó.

Emily se disponía a replicar, pero cambió de opinión y se marchó apresuradamente. Danny averiguó el motivo cuando Jeremy dijo a su espalda:

—¿Estás bien?

Ella se volvió y le miro con acritud.

—Ha resultado muy duro, amigo. He tenido que mantener a escondida mi pronunciación durante una larga charla. Me ha dado un fuerte dolor de cabeza.

—Toma, esto te sentará bien. —Le entregó una de las copas de champán que sujetaba—. Lamento que hayas pasado por este trago. Me sorprende que haya tenido el valor de acercarse a ti. No se habrá mostrado vengativa, ¿verdad?

—En realidad me ha parecido muy creíble.

—¿No ha cambiado de opinión al verte aparecer conmigo?

—¡Qué va! Apostaría a que esto la ha obligado a actuar. Ahora es probable que adelante su programa.

—Maldita sea.

—Anímate, amigo —dijo Danny alegremente—. Siempre podrás emigrar a África.

Jeremy se echó a reír, y luego se relajó lo suficiente para contestar:

—Prefiero quedarme aquí. Y por lo menos el plan de Reggie ha salido medio bien. Ahora los rumores irán en una dirección distinta. ¿Por qué no los fomentamos y bailamos un poco más? Ya que estamos aquí, podríamos disfrutar del resto de la velada.

Danny hizo un gesto de indiferencia, aunque le sonreía.

—Te conozco, amigo. Sólo buscas un pretexto para volver a ponerme las manos encima.

—No lo creas —protestó él, aunque su propia sonrisa dijo: «Desde luego.»

Quizás ella le había dado la idea o tal vez ya se le había ocurrido a él, pero no permanecieron mucho tiempo en la sala de baile. Al cabo de unos giros Jeremy la condujo hacia un lado del salón, donde se habían dispuesto plantas y árboles en macetas para simular un pequeño jardín.

Al parecer estaba intentando ser discreto, pero ya no podía contener su ardor por más tiempo. El follaje sólo les ocultaba a la mitad de la sala. Desde la otra mitad se podía ver perfectamente a Jeremy siendo de lo más indiscreto.

—Esto debería bastar —dijo, justo antes de besarla.

Cogió a Danny por sorpresa. Un hombre y una mujer no se besan en público a menos que se hubiera anunciado la fecha de su boda, y aun en ese caso no se consideraba una conducta aceptable. Sólo un sinvergüenza como Jeremy se atrevería a infringir tales normas. Su comentario significaba que eso formaba parte del plan y que ella debía seguirle. Danny habría podido discutir ese punto, pero no tuvo oportunidad de hacerlo y, además, había estado muy cerca de Jeremy durante toda la noche, había sentido sus manos sobre ella, había sido seducida por la sensual promesa de su mirada.

Sólo unos momentos, se dijo, sólo... Oh, Dios, no quería que ese beso terminara. El calor que se propagaba por todos los nervios y su cuerpo se elevaba entre ambos tan deprisa, que de haber llevado gafas habrían empañado por completo. Un estremecimiento recorrió su vientre y se expandió más abajo, hasta la unión de sus muslos, donde experimentaba una punzadas deliciosas.

Danny estaba deseando arrancarle la camisa y apretar 1a boca contra su pecho caliente y musculoso, desabrocharle los pantalones y palpar su carne ardiente, pero le quedaba todavía un mínimo de - sentido común. Si no le detenía ahora ya nunca lo haría.

—¡Para! —dijo sin resuello.

—¿Debo hacerlo?

Lo dijo así, sin más. Ella temblaba de pasión mientras que él no parecía nada afectado por lo que acababa de suceder entre ellos Pero entonces Danny le miró a los ojos y allí estaba, la promesa de lo que habría podido ser, y lo que podría ser, si ella hubiera dejado que ocurriera.

30

Aquélla fue sin lugar a dudas la mejor experiencia que Danny había tenido en su vida. Jamás había pensado que asistiría a un baile, y mucho menos al más elegante que pudiera imaginarse. Todavía estaba rebosante de alegría y champán en el camino de regreso a casa. Sabía que había bebido demasiado. Las dos primeras copas se subieron a la cabeza, pero después se animó a tomar dos más. No lo mismo que aquel vino selecto que había probado la otra noche. El champán entraba demasiado fácilmente y le estaba jugando una la pasada.

Pero no importaba. Pronto estaría en la cama para dormir la mona. Y estaba segura de que su embriaguez no le había hecho meter la pata en su actuación de esa noche. Jeremy la habría reprendido si lo hubiera hecho, y después de la conversación con Emily como no se había separado de ella durante el resto de la velada. No le había permitido que concediera ningún baile a otro caballero, aunque Danny habría preferido que no lo hiciera. Jeremy había ahuyentado a todos los demás hombres, pero no pudo hacer lo propio con ése.

No le había gustado bailar con James Malory. Ese tipo seguía asustándola terriblemente, aunque trató de tranquilizarla con algunos comentarios jocosos con los que pretendía hacerla reír. No lo consiguió.

Danny compadecía a su esposa, Georgina, a quien llegó a conocer brevemente. La llamaban George. Una señora agradable para ser americana, y muy hermosa.

Jeremy la ayudó a bajar del coche. La sujetó por la cintura mientras la conducía al interior de la casa. A Danny no le importó. Todavía flotaba de satisfacción, todavía saboreaba lo mucho que se había divertido esa noche. Notó vagamente que subía las escaleras. Estaba bien, era allí donde trabajaba. No, de hecho...

Se detuvo en el pasillo del piso de arriba.

—Creo me he equivocado de camino.

—En absoluto —repuso Jeremy, y señaló—: Vas a necesitar ayuda para quitarte ese vestido. Está bien abrochado a lo largo de toda tu espalda.

Era verdad. Recordó que Regina le había dicho que tendría que recurrir a una de las criadas para que la ayudara a quitárselo. Pero a esa hora todas dormían.

—¿Vas a echarme una mano, amigo?

—Desde luego, en cuanto encienda una lámpara para ver que hay que desabrochar. Tú también necesitarás una para ir a tu habitación.

—¿Una qué?

—Lámpara, querida. No parece que haya ninguna encendida en el piso de abajo salvo la del vestíbulo.

Danny asintió. Jeremy la condujo al interior de su habitación. Ella esperó mientras él encendía una lámpara, y luego se volvió de espaldas para que le desabrochara el vestido lo suficiente para poder quitárselo. Suspiró vagamente y se estremeció al notar el roce de sus dedos sobre su piel.

—Así pues ¿te has divertido esta noche?

—Creo que demasiado —admitió, sonriendo— Me gusta bailar

—A mí también... contigo.

Danny soltó una risita.

—No utilices conmigo esos halagos de seductor, amigo —dijo— Recuerda que conozco tu juego.

—Eso no era un halago, Danny. No recuerdo haber disfrutado tanto bailando como esta noche.

Ella deseó poder creerle. Todavía la estimulaba oírlo. Mirándole por encima del hombro, dijo con sinceridad:

—Gracias por enseñarme.

—Ha sido un placer, pero las lecciones no se han terminado por hoy.

El vestido cayó a los pies de Danny. Él la había ayudado a quitárselo mientras hablaban, de modo que no se le ocurrió pensar que no debería despojarse de él en la habitación de Jeremy, sino en la suya. Simplemente le costaba concentrarse en dos cosas a la vez, en realidad eran tres. Él la había tocado varias veces mientras le desabrochaba el vestido, y ella había conseguido notar cada roce de sus dedos sobre su piel desnuda.

Pero no debería haberle mirado. Danny había estado aguantando, hasta que fijó los ojos en los de él y se perdió en su azul puro e intenso. Y aquellos ojos expresaban todo lo que él sentía, una pasión tan ardiente que Danny se sintió invadida por su calor. ¿O acaso era su propia temperatura la que subía vertiginosamente?

Jeremy la volvió hacia sí. Le puso una mano en el cuello y le levantó la barbilla con el pulgar. Ese intenso momento terminó en un beso de una ternura exquisita. Un beso. ¿Qué podía tener de malo? Y sabía tan bien...

Danny no se apercibió de su otra mano en su espalda hasta que Jeremy la estrechó más contra sí, y todavía más, hasta que apenas podía respirar. Pero también eso le proporcionó una sensación exquisita. Ese beso tan tierno fue engañoso. Pero Jeremy no necesitaba abrumarla con su pasión cuando ella estaba ya tan encendida.

Él volvió a besarla. Paulatinamente, ese beso se tornó mucho más erótico, su lengua ahondó en su boca, encontrando la suya, capturándola, succionándola hasta que la hizo gemir. Danny tuvo que aferrarse a los hombros de Jeremy porque las piernas ya no la sostenían. Y él desplazó las manos, una se deslizó bajo sus rizos para

abarcar la parte posterior de su cabeza sin interrumpir el beso, mientras la otra le recorría la espalda para acariciarle el trasero. Entonces, abruptamente, las dos manos se posaron sobre sus nalgas y Jeremy la levantó hacia sus caderas.

Oh, Dios, ya no había nada que hacer después de eso. El deseo se intensificaba entre ambos. Y Danny estaba cansada de intentar combatirlo. Lo que él le hacía sentir era tan maravilloso, que no podía recordar por qué no debería disfrutarlo.

De algún modo, Jeremy la llevó hasta la cama sin apartar boca de la suya. Danny se sintió un poco más mareada al acostarse, pero al cabo de unos momentos ya no lo notó. Sí advirtió en cambio que la mano de Jeremy le presionaba suavemente los senos, acariciándole los pezones, que ya se habían endurecido al tacto. Danny nunca había prestado excesiva atención a sus pechos, salvo para lamentar que se hicieran tan grandes, lo que hacía que le resultara muy difícil disimularlos. No tenía idea de que pudieran estremecerse al ser tocados, ni que transmitieran sensaciones fascinantes a otros lugares. Y el beso no se acababa nunca. Se volvió tan ardiente, que la habitación debería haberse llenado de humo.

Danny se aproximaba a un estado erótico sin retorno y ya nada le importaba. Había perdido la camisola y las enaguas. Recordaba vagamente que habían caído al suelo poco después de que Jeremy hubiera empezado a besarla, probablemente porque se las había desabrochado al mismo tiempo que el vestido. Otra cosa en la cual tampoco había reparado. Ni en que él se había despojado de la chaqueta y la camisa. Simplemente no tenía la menor idea de cuándo ni cómo había hecho eso, pero fue consciente de ello en el momento en que él la estrechó más contra sí y ella se sintió abrasada por el calor de su piel desnuda contra la suya.

Ahora le quitaba las bragas, de una forma angustiosamente lenta. ¿Tenía miedo de que ella le detuviera? Eso no iba a ocurrir, cuando Danny experimentaba un deseo tan sorprendente de sentir su cuerpo desnudo contra el suyo. Pero esa acción se convirtió en una prolongada caricia, su mano ardiente sobre su muslo, sobre la pantorrilla cuando él le hizo doblar la rodilla, sobre su tobillo, mientras, con las bragas simplemente colgadas de la muñeca Jeremy exploraba sus largas piernas.

Danny no sabía qué hacer con sus manos salvo sujetarle del pelo, porque en realidad no quería que dejara de besarla. El problema era que no sabía qué quería, pero lo quería ahora.

Jeremy sí debía de saberlo. No quiso atormentarla mucho más tiempo dejando insatisfechos los impulsos primitivos que la habían estado perturbando desde el principio.

Le puso los brazos alrededor de su cuello y le dijo:

—Abrázame fuerte, cariño, más fuerte.

Ella lo hizo, estrujándole todo lo que pudo mientras él le cubría el cuerpo completamente con el suyo, como Danny había estado deseando que hiciera. Y entonces sintió un dolor lacerante.

Danny gritó, tirándole del pelo hasta que Jeremy levantó la cabeza.

—¿Por qué diablos has hecho esto? —protestó ella.

Jeremy la miraba como si se hubiera vuelto loca, pero entonces sonrió dulcemente.

—Danny, cariño... —empezó a explicar, luego se interrumpió para besarla, intensamente, con la misma pasión con que lo había hecho anteriormente.

¿Creía que eso la apaciguaría? Pues bien, de hecho la distrajo.

—Ese dolor no forma parte de la relación sexual, más que la primera vez —prosiguió él—. Es una iniciación, por así decirlo. Pero ya no volverá a dolerte. De veras que no. —Entonces se puso serio e inquirió—: ¿Y cómo es posible que todavía fueras virgen?

—¿Qué tenía que ser, si he sido un chico durante tantos años?

—Bueno, creía... No importa. —Su expresión se tornó infinitamente tierna—. Me alegro de que lo fueras.

—Lo soy —corrigió ella.

—Lo eras —recalcó él, encogiéndose un poco como si esperase otro puñetazo.

Entonces Danny estalló, con los ojos como platos.

—Maldito canalla, ¡me has convertido en una puta!

—Díos mío, ¿de dónde has sacado esa idea ridícula? No puedes ser una puta si sólo haces el amor con un hombre. Eso es lo más lejos que puedes estar de la prostitución, bueno, excepto seguir siendo virgen, lo cual es ahora discutible.

—¿Entonces qué soy?

—Querida, eres la cosa más dulce de este mundo. —Se inclinó para lamerle un pezón—. Hermosa sin par —agregó antes de pasar a lamerle y chuparle el otro pezón—. Y lo único que debería preocuparte es cuán a menudo podemos hacer esto.

Se incorporó y le sonrió de nuevo. Danny contuvo la respiración, resistiendo el impulso de volver a atraerle a su pecho. Jeremy no entendía el alcance de lo que acababa de hacerle. Creía que esa iniciación, como él lo llamaba, era algo sin importancia. Para él lo era. Para ella era algo trascendental.

—Tú no lo entiendes, amigo, pero no esperaba que lo hicieras. Ahora déjame levantarme.

Él no se movió salvo para acariciarle la mejilla con un dedo.

—Sabes que te ha gustado todo lo que hemos estado haciendo. ¿Por qué quieres renunciar a ese placer? Será aún mayor, ¿sabes? Puedes contar con ello.

—No lo dudo —respondió Danny, suspirando—. Pero podría ser capaz de admitir esto si no descubro cuánto mayor puede ser el tal placer.

—Debes de estar bromeando. El daño ya está hecho, Danny. Deja que te demuestre que merecía la pena. Podrías estar equivocada, ¿sabes? Sea lo que sea lo que estás pensando, podrías estar totalmente equivocada. Y entonces te habrás perdido esto.

Se movió en su interior, mostrándole qué era «esto». Oh, Dios, el calor regresó tan rápidamente que se extendió hasta los dedos dc los pies de Danny. No sentía ni pizca de dolor, tan sólo el placer, intenso y delicioso. El siguió moviéndose en sus entrañas, como si pensara que no lo había comprendido. Danny iba a detenerlo al cabo de un instante, sólo otro momento. Pero antes de que se diera cuenta se estaba moviendo con él, y entonces fue demasiado tarde. El placer llegó de repente, se intensificó, la hizo aferrarse a él con todas sus fuerzas, y entonces... ¡oh, Dios!, la sensación más sublime estalló y se esparció, persistiendo deliciosamente mientras Jeremy seguía demostrándole cuánto la deseaba.

Danny no quería soltarle. Aunque le pareció que él había alcanzado su propio placer, no quería romper el más mínimo contacto con él. Jeremy respondió a su deseo a su manera, saliendo de su interior pero atrayéndola entre sus brazos.

Prudentemente, no dijo una sola palabra, no se recreó diciendo que había tenido razón, no hizo más que estrecharla y acariciarle suavemente la espalda. Suspiró satisfecho. Ella no podía haberse perdido aquella dicha. Entonces se quedó dormido.

Danny deseó poder hacer lo mismo. Deseó que él no hubiese tenido razón. Pero, más que eso, deseó no haber tenido razón ella tampoco.

31

Danny despertó gradualmente, un lujo del que no había disfrutado desde hacía tiempo. Seguramente llegaría tarde al trabajo. Se preguntó si Claire habría estado buscándola al no recibir ninguna respuesta desde su habitación. ¿Sabría el resto del personal dónde había pasado la noche? Tal vez no. Quizá suponían que había dormido otra vez en la residencia de los Eden, puesto que no la habían vuelto a ver desde que se marchó con Regina.

Estaba tratando de reprimir lo que había sentido esa noche. No era fácil, estando todavía en la cama de Jeremy. Éste probablemente se pasaría toda la mañana durmiendo. Normalmente lo hacía. No sería muy difícil escabullirse de allí sin despertarle.

Pero siguió sin moverse. Se sentía más relajada que nunca, con una insólita sensación de satisfacción que deseaba saborear un puro más. Eso era una locura. Su mundo se había vuelto patas arriba. Debería estar desesperada, o como mínimo furiosa. Pero no lo estaba.

No podía culpar a Jeremy de lo que había ocurrido. Él había estado tratando de llevársela a la cama desde que empezó a trabajar en su casa. No lo había ocultado en ningún momento. Tampoco podía echar la culpa al champán, cuando el dolor que él le había causado la había despejado de inmediato. Podía culparse a sí misma, ¿pero de qué? ¿De desearle tanto que ya no quiso resistirse más?

Y, Dios, hacer el amor con él había sido tan hermoso..., incluso más de lo que se había imaginado. Había temido que aquello se sumaría a su pequeña lista de anhelos. Había acertado de lleno. Ahora iba a ser un anhelo irresistible... de él.

Oh, vaya. Danny no era de las que lloraban por su suerte ni se lamentaban sin parar de sus errores. Sin embargo, tendría que encontrar otro trabajo. Ahora Jeremy no tendría más que mirarla para que ella probablemente le arrastrara a la cama más próxima.

—No estarás fingiendo dormir cuando sé que no duermes, ¿verdad?

Danny abrió los ojos y descubrió que él estaba tendido de lado junto a ella, con el codo doblado y la cabeza apoyada en la mano, sonriéndole. No lo había notado moverse para adoptar esa postura y pensó que debía de estar mirándola desde antes de que ella despertara.

Ojalá se le hubiera ocurrido hacer lo mismo. Contemplarle a su gusto habría sido muy placentero. Pero mirarle ahora resultaba apasionante, teniendo en cuenta que todavía estaba desnudo v tapado sólo hasta la cintura. Ahora ella sabía que su piel era suave y tirante sobre unos músculos bien marcados. Tenía el pelo revuelto... ¡Dios, estaba tan atractivo cuando iba despeinado! Le había caído un mechón

sobre un ojo, haciendo que Danny deseara apartárselo.

—Un poco temprano para que tengas los ojos abiertos, ¿eh, amigo?

—¿Cuando sabía, o por lo menos esperaba, que todavía estabas aquí? Apenas he pegado ojo.

Danny se echó a reír. Le encantaba su humor. Y ya no había ningún motivo para reprimir el suyo. Con todo, él pareció sorprendido de su talante amable.

Su sonrisa se ensanchó.

—No me extraña que hayas podido pasar por un chico tanto tiempo. ¡Roncas!

Ella le miró parpadeando y soltó un bufido.

—¡Qué comentario más cruel!

—¿Eso piensas? Creía que sería mejor que mencionar lo mucho que me gustó hacerte el amor. No estaba seguro de que quisieras oír eso.

—Y no quiero —admitió Danny, y añadió en tono ligero—: Debería darte un puñetazo.

—Sí, supongo que tienes razón. —Suspiró—. Te dejaré hacerlo otra vez si crees que debes.

—¿Dejarme?—preguntó ella, incrédula, mientras se incorporaba.

Jeremy sonrió de nuevo, pero Danny tuvo la sensación de que no estaba bromeando. Y su mirada se había detenido en sus pechos cuando ella se sentó. No la hizo sonrojarse, pero le recordó que debería vestirse y salir de allí.

Con esa idea en mente, salió de la cama. Él no intentó detenerla, probablemente porque estaba demasiado ocupado contemplando su cuerpo. Danny encontró su ropa interior donde Jeremy la había dejado caer y empezó a ponérsela, y luego el precioso vestido. No iba a pedirle que se lo abrochara cuando necesitaría la ayuda de alguien para desabrochárselo en cuanto llegara al piso de abajo. De modo que se metió en el vestidor de Jeremy y cogió una de sus chaquetas.

—Préstame esto el tiempo suficiente para bajar a mi habitación —dijo al salir, introduciendo los brazos en las mangas.

Era asombroso lo grande que le quedaba esa chaqueta. Jeremy no parecía tan corpulento, pero evidentemente lo era. Y viéndolo ahora, con el torso desnudo por encima de la sábana, podía constatar que era más ancho de espaldas de lo que parecía vestido. No debería sorprenderla. Ella misma estaba acostumbrada a disimular sus formas debajo de la ropa.

Jeremy parecía además muy satisfecho de sí mismo. Bueno, ¿por qué no? Había conseguido lo que tanto buscaba. Y eso no le había cambiado la vida lo más mínimo. Al parecer la mujer se llevaba la peor parte en cuanto a la «primera vez». Danny pensaba que no era justo.

Fue por eso que le miró con acritud cuando le preguntó:

—¿Me emborrachaste anoche sólo para poder acostarte conmigo?

—No, eso lo hiciste tú solita, si lo recuerdas, aunque si se me hubiera ocurrido, probablemente lo habría hecho. Por cierto, ya no tienes que trabajar. Puedes quedarte aquí, hacer lo que quieras, dedicar tu tiempo a lo que desees... con la condición de que me dediques una parte del mismo. O, si prefieres tener tu propia residencia, también servirá. Algún sitio cercano en el que pueda visitarte.

—¿Y lo pagarías tú?

—Desde luego.

—¿Qué prefieres tú?

—Preferiría que no abandonaras nunca esta cama.

Danny tuvo la sensación de que hablaba en serio. Y le estaba proponiendo convertirse en su amante. Debería estar complacida. Lucy no desaprovecharía una oportunidad como ésa y veneraría al tipo que se la ofreciera. Estaría encantada de servir exclusivamente a un hombre. Pero Danny no lo veía así; le parecía tan desagradable como vender su cuerpo a cambio de unas monedas en la calle.

No se lo dijo a Jeremy. Ni siquiera le diría que se marchaba. Recoger sus cosas, coger su mascota y marcharse era el modo más inteligente de proceder. No quería tener que justificar su decisión ni arriesgarse a que él la convenciera para que se quedara. En realidad no deseaba irse ahora que se había prendado de él. Trabajar en otra casa la haría sentirse desgraciada.

Se acercó a la cama y la golpeó con la rodilla.

—No salir nunca de aquí es poco realista, amigo.

—¡De ninguna manera! —repuso Jeremy, y frunció el ceño con cierto recelo cuando señaló—: Te lo has tomado con mucha calma después del escándalo que armaste anteriormente. Te has dado cuenta de que las objeciones que tenías, fueran cuales fueren, eran ridículas, ¿no es así?

—No eran ridículas. Pero comprendo por qué no lo entiendes.

—Entonces ¿por qué no me lo explicas?

—Prefiero no hacerlo. No lo entenderías, cuando ni siquiera puedes entender que me has convertido en una zorra.

Jeremy suspiró.

—Otra vez esa palabra. ¿Tengo que ir a buscarte un diccionario?

—¿Qué no puedo leer? Claro, eso sería muy útil.

Él sonrió al advertir su sarcasmo.

—¿Por qué tengo la impresión de que identificas «zorra» con

«prostitución»? Sin embargo, no se te puede aplicar ninguna de estas dos palabras. Hicimos el amor. Fue la experiencia más increíble de mi vida, no me importa decírtelo. Una puta se ofrece a todos, básicamente porque le gusta la variedad.

—¿Más o menos como tú?

Jeremy carraspeó.

—Si insistes, aunque existe otra palabra para designarlo cuando se trata de un hombre. Pero en ninguno de ambos casos el dinero cambia de manos. Ahora ven. —Dio unas palmaditas en la cama, a su lado—. Recibamos la mañana como es debido.

Danny casi se echó a reír. Necesitó hasta el último gramo de voluntad que le quedaba para no meterse en la cama con él. Sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? ——preguntó él sin más.

¿Por qué no? Porque hacerlo equivaldría a rendirse por completo y renunciar a la poca voluntad que conservaba. Pero no iba a admitir que le deseaba tanto como lo hacía en realidad. Viéndolo allí acostado, tan sumamente sensual, sentía deseos de besarle, no de discutir con él. Le gustaba demasiado, ése era el problema. Pero el daño ya estaba hecho, así pues ¿por qué no disfrutaba por algún tiempo? No mucho, unas pocas semanas, tal vez un mes, por lo menos hasta que él perdiera interés por ella.

—Me disponía a irme —le dijo—. Debería hacerlo. Jugar con la tentación una vez ya ha sido suficiente. Pero me quedaré de momento. Sólo te pido que no me tientes cada vez que me dé la vuelta. Y conservaré mi trabajo, gracias. No hacer nada supone que me pagas, lo que significa que me pagas por acostarme contigo. No intentes negarlo. Yo no te pago por ello y tú no me pagas por ello. Entendido, ¿amigo?

De camino hacia la puerta, se dio cuenta de que Jeremy no había tenido necesidad de convencerla de que se quedara. Ya lo había hecho ella por su cuenta y riesgo.

32

Danny estaba limpiando el salón cuando Jason Malory, marqués de Haverston y el cabeza de todo el clan Malory, llegó esa misma semana. Ella no habría tenido que estar allí para tropezarse con él. La víspera habían contratado finalmente a una criada para el piso de abajo que sí debería estar allí. Pero la chica nueva había sido insultada por el nuevo mayordomo, Henry, y se había marchado ofendida a las cuatro horas de empezar.

De hecho, Henry era uno de los dos mayordomos nuevos de la casa. Siendo un francés que se esforzaba por hablar en inglés, resultaba francamente divertido. Pero la nueva criada no había opinado lo mismo. Él juró que sólo había tratado de halagarla. La chica no debía de comprender el inglés con acento francés.

Henry fue el primero en llegar, y luego, al día siguiente, apareció su amigo Artie para trabajar de mayordomo. De hecho iban a compartir el empleo, como al parecer habían estado haciendo durante años en la casa de James Malory. Ambos eran viejos lobos de mar que habían navegado a las órdenes de James cuando éste comandaba su propio barco. Cuando decidió dejar de navegar, optaron por quedarse con él. Pero comoquiera que no disponía de suficientes empleos que ofrecerles, estuvieron de acuerdo en compartir el trabajo de mayordomo.

Lo que no habían hecho en realidad era aprender bien su oficio. Se consideraban competentes, pero Claire había estado quejándose de su falta de educación, y hasta la señora Robertson había comentado algo entre dientes acerca de su modo poco ortodoxo de abordar el trabajo.

A Danny no le importó la marcha de la nueva criada. En realidad seguía sin tener suficiente que hacer para estar ocupada todo el día. Aun agregando el piso de abajo a su lista de tareas, había terminado mucho antes de la cena. Y después de que Drew se hubiera trasladado a casa de su hermana para el resto de su visita, todos los dormitorios de arriba excepto uno estaban desocupados, lo cual implicaba menos trabajo para Danny.

Luego estaba Jeremy. Si se salía con la suya, Danny se pasaría la mayor parte del día en su habitación. Si por ella fuera, también lo haría. Pero tenía que fijarse ciertos límites, y pasarse la jornada holgazaneando en su cama no le hacía el trabajo. En la práctica, si él la encontraba en el piso de arriba cuando se despertaba, generalmente se salía con la suya. Danny era presa fácil para su estilo de persuasión. Su voz sensual, que asumía un timbre grave cuando estaba excitado, y su expresión auguraban estupendos deleites. Cielos, la única persuasión que necesitaba era mirarle, siendo tan increíblemente guapo. Así pues, si bien se había propuesto no hacer el amor con el todos los días, eso era lo que hacía, y algún día en más de

una ocasión.

Jeremy quería que durmiera con él todas las noches, pero ella consiguió reunir la fuerza de voluntad suficiente para acostarse en su propia cama a diario. En realidad se trataba más de refugiarse en su habitación para no volver a toparse con él. Y aun así, Jeremy llegó a su dormitorio una noche y la pasó toda en su cama. Danny no había sentido el más mínimo deseo de echarle. Pero insistió para que no volviera a hacerlo. Y, para su frustración, él no lo hizo.

Danny había tenido que meditar muy seriamente su decisión de quedarse. Hacerlo implicaba que debería dejar de lado sus objetivos por el momento. No iba a resultarle fácil, ya que ansiaba desesperadamente conseguirlos. Pero razonó que un mes no sería una demora excesiva, y durante ese tiempo ahorraría el dinero de su paga con el fin de que, cuando se fuera, pudiera permitirse alquilar un piso mientras buscaba un nuevo empleo.

Cuando se fuera... Santo Dios, eso iba a resultar muy duro, ¿No volver a ver a Jeremy? Si sólo con pensarlo ya estaba a punto de echarse a llorar, ¿qué ocurriría al cabo de un mes? Pero ¿y si él se enamoraba de ella durante ese mes? No era una utopía. Danny podía encajar en su mundo, lo había demostrado la noche del baile. Jeremy podría llegar incluso a contravenir los convencionalismos y casarse con ella. Y ése era el factor decisivo que la había convencido de quedarse por el momento: la remota esperanza de que Jeremy pudiera ser algo más que una diversión pasajera, de que pudiera ser el hombre de su vida.

Jason Malory no llegó solo a la mansión. Le acompañaba el padre de Jeremy. Los dos hermanos se parecían mucho. El mayor era unos centímetros más alto, pero ambos eran corpulentos, rubios y apuestos. Jason era algo más espigado, mientras que James tenía los brazos y el pecho más musculosos. A Danny le recordaba algunos de los brutos que había visto en las peleas callejeras.

James Malory todavía le daba miedo, más que cualquier otro hombre que hubiera conocido, aunque no se le ocurría ninguna buena razón para ello. La impresión general que su presencia le causaba era que James era tan capaz de matar como de hablar con alguien. Fue por eso que Danny volvió la espalda a los caballeros después de lanzarles una mirada.

Por fortuna, había descubierto el fenómeno de ser «invisible» a los ojos de los nobles. La señora Robertson trató de explicárselo una noche. Los miembros de la clase alta, al residir en casas repletas de sirvientes, tendían a llevar su vida cotidiana sin «ver» a los subalternos que trabajaban a su alrededor todo el día. A menos, por supuesto, que algunos de los nobles quisiera algo, en cuyo caso todos y cada uno de los sirvientes de la casa volvían a hacerse visibles para ellos.

Tal era el caso con esos dos Malory; o por lo menos eso esperaba Danny. Y en efecto así fue porque oyó que el mayor preguntaba una vez en el salón:

—Por cierto, ¿quién es esa parienta de Kelsey de la que tanto he oído hablar desde que llegué a la ciudad? No creía que tuviera ninguna

que yo no conociera. ¿Es cierto que Jeremy la está cortejando?

Danny contuvo la respiración. El hecho de que ella fuera el tema de su conversación la dejó atónita. Ahora no podría salir de allí sin que repararan en ella. Y no era probable que el marqués de Haverston se tomara a la ligera la farsa que habían llevado a cabo. Seguramente se enfurecería con todos ellos por haber embaucado a la elite de ese modo. Pero James no hizo nada por evitar responder.

—No, es sólo una de las invenciones de Regan, con objeto de contrarrestar los rumores de Bascomb.

—Maldita sea, James, ¿tienes que...?

—Déjalo, hombre —lo interrumpió James secamente—. Es sólo una condenada costumbre llamarla así.

—No perderías nada con aceptar que es Regina, Reggie no Regan.

—Te olvidas de Eden.

—Con toda intención, te lo aseguro. —Jason suspiró.

—Ése es otro asunto. Ya empieza a ser hora de que tú y Tony dejéis en paz a Nick. Ha sido un marido ejemplar para ella.

—Por supuesto que sí. De lo contrario le habríamos matado.

A Danny se le heló la sangre en las venas, pero al parecer Jasón estaba dispuesto a pasar por alto ese comentario y preguntó:

—¿De modo que esa parienta no existe?

—No —respondió James—. Es sólo una chica que nuestra sobrina consideró mucho más bonita que la hija de Bascomb. No tuvo que ir a buscarla muy lejos.

—¿Más bonita? Tengo entendido que Emily Bascomb es de una belleza arrebatadora. He oído decir que ésta es la excusa que tiene Jeremy por haberse liado con ella.

—Mi hijo elige bien a sus mujeres, y por eso no te has enterado de ningún otro escándalo en el que haya estado involucrado desde que salió de la escuela. Ya te dije que no la ha tocado. No necesitas oírselo decir a él

Danny contuvo la respiración, aunque todo parecía indicar que no habían reparado en ella. Pero por lo menos James no había declarado que la “chica” que habían encontrado era una simple criada.

Ojalá pudiera encaminarse despacio hasta la puerta y desaparecer de verdad. Empezó a avanzar muy lentamente en esa dirección, siempre de espaldas a ellos.

—¿De modo que su padre recorrió todo el trayecto hasta Haverston para hacerte una visita? —preguntó James.

—Sí, y no me importa decirte que fue una conversación muy embarazosa, especialmente porque nadie me había puesto al corriente de esos escandalosos rumores que han estado circulando

—Rumores que la propia dama se ocupó de difundir, y mentiras —le aseguró James.

—Sea como sea, sabes muy bien el daño que pueden causar unos pocos rumores, mentiras o no. Ahora la reputación de esa chica está arruinada.

James se echó a reír al oír eso.

—Pero fue ella quien la arruinó, y deliberadamente, si no te importa. ¿Desde cuándo rescatamos desconocidos de los atolladeros en los que ellos mismos se meten? El problema es de su padre, no tuyo, ni mío, y desde luego tampoco de Jeremy, que apenas cruzó dos palabras con esa muchachita.

—Se ha convertido en nuestro problema, y más cuando se trata simplemente de la palabra de ella contra la suya, James.

—Entonces ¿por qué no dejas que me ocupe de esto? —sugirió con suavidad.

_¿Cómo? ¿Eliminando a ese tipo?

—Me tienes por un mal bicho, ¿verdad?

—Lo siento. No quería decir eso.

James asintió, aceptando la disculpa. Danny se aproximó unos centímetros más a la puerta. Pero entonces Jeremy irrumpió en la sala, pues Henry había ido a buscarle. Enseguida vio a Danny y le dedicó una sonrisa que ella esperó que sus parientes no detectaran. Pero entonces Jeremy dijo:

—¡Válgame Dios!, espero que esta visita no sea lo que parece, tío Jason.

Jason Malory carraspeó.

—Albert Bascomb vino ayer a Haverston.

Jeremy gimió y se dejó caer sobre el sofá más cercano.

—Sea lo que sea lo que te ha contado, son todo mentiras.

—Eso me ha dicho tu padre —replicó Jason.

James añadió, en favor de Jeremy:

—Esa muchachita ha jugado su última carta y ha vertido las calumnias más viles sobre ti, jovenzuelo: que la sedujiste, que le prometiste el matrimonio y que la abandonaste tan pronto como obtuviste lo que querías de ella... y la dejaste embarazada.

—Sabía que ya insinuaba todo eso. Pero si está embarazada, el hijo no es mío. Yo jamás toqué a esa chica, ni siquiera pensé hacerlo, no es que importe mucho, cuando es evidente que ha convencido a su padre.

—Veo que ya te haces cargo de la gravedad de la situación —repuso Jason—. Y para empeorar las cosas, Albert Bascomb fue uno de mis compañeros de la escuela. No caía muy simpático a nadie. Pagado de sí mismo, ya sabes a qué me refiero. Sin embargo, hizo fortuna casándose. Cortejó una beldad de su vecindario antes de que ella tuviera ocasión de asistir a su primera temporada en Londres y la convenció de que se casara con él. Sólo tuvieron una hija.

—Y la mimaron sin remedio. Ya sabía todo eso. A Reggie se le da muy bien conseguir esa clase de información y transmitirla.

—Bien, lo que tal vez no sepas es que Bascomb, a través dc su esposa, tiene muy buenos contactos.

—¿Me estás diciendo que tendré que casarme con la chica? —dijo Jeremy.

—Como medida provisional. En cuanto se demuestre que no está embarazada anularemos el matrimonio, por supuesto. De modo que deberás «seguir» sin tocarla.

A tenor del cariz que había tomado la conversación, Danny no pudo evitar volverse para mirar a Jeremy. Parecía abatido, como si ya hubiera aceptado su suerte. También ella tenía una expresión abatida, aunque no era consciente de ello. Jeremy casado significaba Jeremy fuera de su alcance, y todavía no se había saturado de él, continuaba deseándolo con pasión. Aunque su matrimonio fuera sólo nominal, seguía implicando que no podría acercarse a él. Pero tampoco estaba dispuesta a quedarse y tratar con su esposa.

James Malory no parecía abatido, sino furioso.

—Deberías haber mencionado que ésa era tu opinión sobre el asunto antes de venir aquí, Jason. Sabes muy bien que no permitiré que mi hijo sea arrojado a los lobos, por así decirlo. Para empezar, Bascomb nunca debió ir a verte. Tú no eres el padre del chico.

—Sin duda acudió a mí debido a nuestra relación anterior. Y conoce tu reputación. Francamente, es probable que estuviera muerto de miedo ante la perspectiva de plantearte este asunto.

James soltó un bufido. Jeremy suspiró y dijo:

—El problema es que lord Bascomb está muy convencido de que yo soy el culpable. Y está convencido porque cree a su hija. Lo cual es comprensible. ¿Por qué no debería creerla, a fin de cuentas?

Danny aprovechó la pausa que siguió a ese comentario para soltar de buenas a primeras:

—Entonces habrá que quitarle esa convicción, ¿no?

—¿Cómo? —le preguntó Jeremy, admitiéndola en la conversación sin ningún reparo como si hubiera participado en ella desde el principio—. Yo ya lo he negado.

—La dama ha basado su estratagema en una mentira. Así pues, ¿por qué no contraatacas con otras mentiras? —sugirió Danny con mucha lógica.

Como si también él hubiera sabido que había estado allí todo el tiempo, James replicó:

—¿Y de qué servirá eso? Sigue siendo su palabra contra la de Jeremy.

Danny se puso aún más nerviosa al tener que hablar a James directamente sobre todo porque éste todavía fruncía el ceño. Pero por el bien de Jeremy explicó:

—No ha de ser Jeremy quien contraataque. No, eso no serviría de nada. Al fin y al cabo es la mentira de ella contra su verdad. Pero ¿y si fuera su mentira contra otras dos..., hum... no, pongamos otra, tres mentiras, por si acaso?

—¿De qué diablos está hablando? —inquirió Jason sin dirigirse a nadie en particular.

Danny no tuvo inconveniente en contestar al mayor de los Malory.

—Bueno, ahora se trata de un hijo, ¿no? Ella dice que es de Jeremy. Ustedes saben que no lo es. Pero yo creo que no hay ningún bebé. Sin embargo, no hay manera de demostrarlo, por lo menos hasta dentro de cuatro o cinco meses, y ella no esperará tanto tiempo para casarse, ¿verdad? Y siempre podría mentir otra vez y decir que había perdido el bebé... después de haberse casado con Jeremy, por supuesto.

—¿Y dónde entran en juego esas otras tres mentiras? — preguntó Jason.

—Tres hombres que afirmen que se han acostado con ella. Emily lo negará, pero aun así se dará cuenta de que siendo una contra tres no tiene muchas posibilidades. ¿Se te ocurren tres hombres que mentirían por ti, amigo? —preguntó a Jeremy directamente.

—Sí, claro, pero... ¡Caramba, eso podría funcionar! —exclamó él con una amplia sonrisa.

James se rió entre dientes.

—Desde luego, muchacho, sobre todo si los tres se enfrentan con ella al mismo tiempo, en presencia de su padre para que lo oiga, una solución brillante, ya lo creo. Me sorprende que no se me haya ocurrido a mí.

—Creo que no debería oír nada de esto ——dijo Jason con una expresión severa, aunque dirigió a su hermano un gesto de aprobación apenas perceptible y añadió—: Dejaré el asunto en tus capaces manos, James.

—Sabía que lo harías —repuso James, sonriendo.

Jason se dispuso a marcharse, pero se detuvo junto a Danny de camino hacia la puerta. Estudió su rostro por unos momentos con el ceño fruncido. A pesar de que no pudo evitar fijarse en el plumero que tenía en la mano, le dijo:

—Tu cara me suena, pero no consigo explicarme por qué. ¿Nos hemos visto antes?

—No que yo recuerde, milord.

—Trabajaste en casa de Edward, ¿verdad? ¿O en la de Reggie? ¿Es allí donde te he visto?

—No, ésta es la primera vez que trabajo de criada en alguna parte.

—Es curioso. Ahora estaré preocupado hasta que pueda recordar dónde te he visto.

Danny empezaba a sentirse incómoda. Esperó que no hubiera

robado nunca a ese tipo, pero era posible. Aun así, lo dudaba. Cuando birlaba carteras, rara vez escogía hombres de su estatura, que con mucha facilidad le darían alcance si salía huyendo. Y Jason Malory tenía un físico que difícilmente podría olvidar.

James debió de pensar lo mismo, porque en cuanto Jason abandonó el salón, le dijo en un tono de lo más despectivo:

—Le limpiaste el bolsillo en algún momento de tu antigua carrera profesional, ¿no es cierto?

Danny se sonrojó. Pero Jeremy acudió rápidamente en su defensa.

—Déjala en paz. Acaba de salvarme de un matrimonio infernal. Ahora mismo estoy muy contento con ella.

James puso los ojos en blanco.

—Has estado muy contento con ella desde que la encontraste. Sea como sea, su colaboración para salvarte el pellejo es digna de elogio, pero todavía no estás salvado. Así pues, reúne a tus tres mentirosos y tráemelos. Les daré instrucciones sobre qué tienen que decir, y qué les ocurrirá si lo estropean. —Y cuando se dirigía hacia la puerta agregó—: Pero por lo que más quieras, no elijas a Percy entre ellos.

Tan pronto como James hubo abandonado el salón, Danny se relajó. Incluso sonrió a Jeremy.

—¿Toda tu familia desconfía de tu amigo Percy?

—En absoluto. Aprecian mucho a Percy, de veras, sólo que le conocen. No me cabe duda de que si hubiera estado en el baile de la semana pasada, habría soltado: ¡Cielos, Jeremy! ¿Qué hace aquí tu criada?»

Ella soltó una risita.

—No lo habría hecho.

—Oh, sí, puedes estar segura de ello. De modo que tuvimos mucha suerte de que se hubiera marchado a Cornualles un par de días para comprar caballos y se perdiera ese baile.

—No parece que nuestra representación de esa noche sirviera de mucho —le recordó Danny, suspirando.

Jeremy se encogió de hombros, pero sonrió.

—No te preocupes por eso, cariño. Puede que no consiguiéramos el objetivo inicial, pero nos divertimos intentándolo.

Y mucho más se divirtieron después, pero Danny no lo comentó porque le pareció que Jeremy ya estaba planteándose esa clase de diversión, cuando sólo debería pensar en reunir a algunos amigos que estuvieran dispuestos a mentir por él. Danny esperaba que su idea diera resultado, lo esperaba de corazón. Si fallaba, Jeremy acabaría casándose y ella tendría que buscar un nuevo empleo.

33

Danny esperó ansiosamente para saber cómo había ido la búsqueda de Jeremy. Cuando éste regresó a casa ese día, no parecía desanimado, aunque no había tenido demasiada suerte en su misión, por lo menos no de momento. Al parecer, la mayoría de sus antiguos compañeros de colegio no residían en Londres ni venían de visita a menudo. Y respecto de los jóvenes calaveras con los que él y Percy tenían amistad y que sí vivían en Londres, Jeremy comento:

—No confiaría en que ni uno solo de ellos mantuviera la boca cerrada una vez que este asunto se hubiera resuelto.

Y eso daría al traste con todo el plan si lord Bascomb se enterase más tarde. Por consiguiente, Danny sugirió:

—Entonces quizá no deberías buscar entre tus amigos, sino entre esos tipos que saben mentir para ganarse el sustento.

—Espero que no te refieras a gente del hampa.

Ella le miró enojada por el hecho de que hubiera pensado en eso.

—No, me refería a actores, por supuesto. Su trabajo consiste en ser convincentes al representar un papel, ¿no? De modo que se les da bien mentir... bueno, si son buenos actores.

—Maldita sea, tienes razón. Creo que haré una visita al distrito de los teatros. Y deberíamos divertirnos esta noche, salir por la ciudad. Te lo debo por todas esas ideas espléndidas que se te están ocurriendo, cariño, ya lo creo que sí.

—No sé qué decirte —repuso Danny poco convencida, pero él había salido por la puerta, de modo que no supo si la había oído o no.

¿Una noche en la ciudad? No sabía exactamente en qué consistía eso, pero era muy consciente de que no disponía de la ropa adecuada para salir con un caballero. El vestido que había lucido en el baile había sido devuelto a Regina, que lo había mandado de vuelta porque le quedaba demasiado largo. Aun así, era un vestido sólo para grandes ocasiones, no para una noche de picos pardos en Londres.

Ese día terminó pronto el trabajo. La excitación nerviosa la hacia apresurarse. Sin nada más que hacer, se ofreció para ayudar a Claire con sus tareas en la cocina. Esperaba además que eso mejorara la actitud de la muchacha, quien últimamente se había mostrado muy fría con ella. No es que Claire hubiera sido nunca amiga suya, pero, aun así su actitud había cambiado de un modo evidente. El ofrecimiento de Danny no le mejoró el humor, aunque ésta por fin averiguó por qué Claire manifestaba tanta hostilidad hacia ella.

Tan pronto como la señora Appleton salió de la cocina para un breve descanso, después de empezar a preparar la cena, Claire espetó a Danny:

—Eres una guarra. Sabía que acabarías en su cama. Eres demasiado bonita.

Danny se quedó atónita, pero sólo por un momento. ¿Era demasiado bonita? Miró a Claire con ojo crítico y finalmente respondió:

—Tú tampoco eres fea, Claire. Bueno, eres desgarbada, pero creo que lo haces adrede. ¿Por qué?

Como era de esperar, Claire se ofendió y estampó el cuchillo con el que había estado mondando las patatas sobre la mesa.

—No es asunto tuyo.

Danny se encogió de hombros y siguió cortando patatas.

—Claro que no lo es, pero tampoco lo que yo hago es asunto tuyo. Así pues, ¿por qué haces comentarios?

—Lo que estás haciendo es inmoral.

Danny se echó a reír.

—¿En opinión de quién? Lo único que hago es divertirme un poco con ese señor. En mi opinión eso no es inmoral mientras lo haga sólo con él. Puede que me llevara un tiempo comprenderlo, pero al final lo hice. Y es sólo mi opinión lo que cuenta. Además, no está casado. Yo no estoy casada. ¿A quién puede perjudicar?

—A ti —dijo Claire sin más.

Aquella respuesta hizo enmudecer a Danny. Ya había averiguado eso por sí misma. A la larga Jeremy se cansaría de ella. Confiaba en que ella se cansaría de él más o menos al mismo tiempo, pero teniendo en cuenta lo que sentía por él, lo dudaba seriamente. Pero de todos modos se marcharía al cabo de unos meses, para continuar su vida y encontrar un hombre que quisiera casarse con ella, no uno que no deseaba casarse nunca.

Suspiró y dijo:

—Seguramente. Pero eso no te «concerne», ¿verdad?

—Concierne —la corrigió Claire.

Danny se puso rígida. Había descuidado tanto su modo de hablar en el salón aquel día, que el hecho de que la rectificaran estuvo a punto de sacarla de sus casillas.

—¿Es que todas las personas de esta casa van a corregirme ahora?

Claire volvió a adoptar un aire ofendido.

—Creía que querías aprender a hablar correctamente.

—Es cierto, pero no resulta fácil teniendo que pensar cada palabra que me viene a la cabeza, ¿sabes?

—Por eso son necesarias las advertencias, para que se convierta en un hábito en lugar de una tarea.

La lógica de aquellas palabras era demasiado aplastante como para rebatirla. Danny recordaba vagamente que Lucy hacía lo mismo citando le enseñaba a hablar como ella muchos años atrás. Entonces

Danny sólo había deseado no meter la pata cuando se ponía nerviosa o se enfadaba, pero Lucy había conseguido quitarle la costumbre de emplear aquella «expresión elegante», como decía ella.

—Lo siento -agregó Claire—. No pretendía cambiar de tema.

Danny no pudo evitar reírse, considerando que el tema del que habían estado hablando era lo que Claire llamaba la conducta «inmoral» de Danny.

—Deberías tratar de ser tan inmoral como yo. Mejora mucho el ánimo.

Lo dijo en broma, para demostrar que no estaba ofendida, pero Claire la dejó atónita cuando respondió:

—Ya lo hice.

—¿Y qué?

Siguió un silencio tan prolongado, que Danny se convenció de que Claire no iba a explicárselo. Pero entonces dijo:

—Llegué a conocer a mi último patrón demasiado bien. El asunto terminó en el dolor más grande que una pueda imaginar.

Danny no supo qué contestar. El dolor más grande que una pueda imaginar era una manera curiosa de describir un desengaño amoroso, por lo que quizá...

—¿Se murió? —preguntó con vacilación. Claire soltó un bufido.

—Ojalá.

Danny frunció el ceño.

—¿De modo que ahora le odias?

—No, en realidad no puedo decir eso. Ni siquiera estoy sorprendida por lo que hizo. Si no me dejara llevar por el egoísmo, debería decir que acertó al hacer lo que hizo.

—¡Caray! ¿Qué es lo que hizo?

Hubo otra larga pausa. Claire parecía estar debatiendo en su interior si debía decir más. Y resultaba obvio que el tema era doloroso para ella. Habían empezado a aparecer lágrimas en sus ojos.

Danny estaba a punto de decir que lo olvidara cuando Claire explicó:

—Fue sólo una vez. Un error. No debió haber ocurrido. Ni siquiera me gustó..., bueno, no todo. Y no debería haber tenido un hijo con sólo una vez, pero así fue.

Santo Dios, tuvo un bebé y se le murió. Danny no podía extrañarse del dolor que sentía.

—Claire, no hace falta que...

—Estaba contenta de tener el bebé —prosiguió Claire, como si Danny no hubiera hablado—. No creía que lo estaría, pero mi vida se reducía a trabajar y dormir un día tras otro, sin que me ocurriera nunca nada fuera de lo corriente. El bebé habría podido cambiarla, lo

habría hecho si..., si...

Ahora Claire lloraba de verdad, pero en silencio, con grandes lágrimas resbalando por sus mejillas. Danny no supo si debía abrazarla, puesto que no eran precisamente amigas, o dejar que se desahogara esperando que después fuera capaz de dominarse. Pero sentía el impulso de abrazarla al verla tan desconsolada.

Cuando se disponía a hacerlo, Danny cambió de opinión. En realidad no eran amigas, y Claire podría tomárselo a mal, podría ofenderse mucho si Danny le ofrecía compasión. A fin de cuentas, la muchacha había dado muestras de que le caía antipática desde el principio.

Optó por seguir preguntando, pensando que Claire quizá se sentiría mejor si hablaba de ello. Tal vez no había tenido a nadie que la consolara, que la ayudara a compartir su pérdida. Parecía que se había guardado todo el dolor para sí.

—¿Cómo murió? —preguntó finalmente Danny.

Claire parpadeó y la miró, frunciendo el ceño.

—¿Murió? No murió. Me lo robaron.

Danny la miró fijamente.

—¿Qué?

—Su señoría no creyó que el bebé fuera suyo, al principio. Se burló y dijo cosas muy groseras que se reducían a «con una sola vez no se hacen bebés». Eso mismo había pensado yo, pero comprobé lo contrario por experiencia propia. Pero no quise tratar de convencerle. No quise que reconociera a su hijo ni nada parecido. Aunque me preocupaba mucho perder mi empleo por eso. Y el resto del personal se burló de mí por haberme quedado embarazada sin tener marido.

—¿De modo que te fuiste?

—No, y ojalá lo hubiera hecho. Pero mi tía aún trabajaba allí. Ella me había conseguido aquel empleo, lo mismo que hizo aquí.

—¿Aquí?

—¿No lo sabías? —preguntó Claire—. La señora Appleton es mi tía.

Danny lo ignoraba, y como las dos mujeres no se parecían en nada, no habría podido adivinarlo. Pero estaba más interesada en el relato de la muchacha, de modo que preguntó:

—¿Qué ocurrió cuando nació el bebé?

—Las hermanas de su señoría vinieron a verlo. Él les había dicho que yo había insinuado que era suyo. No sé por qué se molestó en decírselo.

—Quizá pensó que tú se lo contarías y quiso advertirlas para que no te creyeran.

—Es posible, pero no se lo habría dicho. No eran demasiado amables, ninguna de las dos, de modo que era inconcebible recurrir a ellas. Dos solteronas amargadas, eso es lo que eran. Las evitaba siempre que venían de visita.

—¿Pero fueron a ver a tu hijo?

—Oh, sí, y manifestaron que era el vivo retrato de su hermano cuando era un bebé. Su señoría era el hermano menor, ¿sabes?, mucho más joven que ellas, por lo que ambas le vieron nacer.

—¿De modo que reconocieron que tu hijo llevaba su misma sangre?

—Sí.

—¿Pero no era eso una buena cosa?

—¡Cielos, no! Insistieron en que les cediera a mi hijo para criarle. Su hermano ya era casi cincuentón y nunca había engendrado un heredero. Ellas estaban desesperadas por eso. Pero yo les proporcioné ese heredero, de modo que ya no debían preocuparse ni de dar la lata a su hermano al respecto.

—¿Así que se lo diste?

Volvieron a aflorar las lágrimas.

—No me dejaron otra salida. Estaban dispuestas a declarar que había cometido toda clase de delitos y hacerme encarcelar si no les entregaba el niño y renunciaba a verle para siempre.

—¿Habrían podido hacerlo realmente?

—Oh, sí, muy fácilmente. Al fin y al cabo ¿quién creería a una humilde criada de cocina frente a dos damas y un lord de la nobleza?

—Pero ¿por qué insistieron en que no volvieras a verle? ¡Tú eras su madre!

—Porque no querían que el niño lo supiera. Es su heredero. Le están criando para convertirle en un miembro aceptable de la elite.

—¿Sin una madre? ¿Acaso le engendraron del aire?

—Oh, su señoría tiene una esposa. Yo no lo sabía, de lo contrario yo nunca hubiera..., bueno, da igual. Pero yo no era la única que no lo sabía. No creo que la mayor parte del personal lo supiera tampoco, porque ella se había marchado mucho tiempo atrás. Supongo que no se llevaban bien, por lo que se negó a vivir con él. Las hermanas dijeron que se había ido llorando a reunirse con su propia familia.

-¿Por qué no se divorció de él?

—La alta burguesía no hace eso.

—Pero ¿van a afirmar que es hijo de ella? ¿Estuvo la esposa de acuerdo con eso?

—Esas hermanas pueden ser muy persuasivas. —Claire se inclinó hacia delante para susurrar—: Iban a decirle que su hermano estaba dispuesto a volver a vivir con ella. Me imaginé que habría accedido a cualquier cosa con tal de evitar eso.

—¿Te lo contaron ellas? —preguntó Danny, incrédula.

—No, pero en mi presencia planearon cómo iban a llevar el asunto, como si yo no estuviera allí oyendo todo lo que decían.

El fenómeno de la invisibilidad otra vez. Era realmente asombroso cómo funcionaba.

—Supongo que, después de aquello, no te permitieron seguir trabajando allí

Los labios de Claire empezaron a temblar de nuevo.

—No, tuve que irme aquel mismo día y jurar que nunca volvería ni trataría de ver a mi hijo. Sin embargo, va a tener una buena vida, la mejor escolarización, lo mejor de todo lo que se puede pagar con dinero.

—Y, a juzgar por lo que has dicho, también una familia despreciable.

Claire suspiró.

—No, de hecho le adoran.

—¿Cómo lo sabes si no has vuelto nunca más?

—Mi tía se quedó allí algún tiempo más, sólo para ver cómo le trataban. Ellos no sabían que era mi tía, por lo que no tuvo que irse conmigo. Dijo que adoran al niño, que son completamente distintos cuando están con él, que parecen buena gente. Hasta su señoría ha resultado ser un buen padre.

Ahora Danny empezaba a entender lo de «si no me dejara llevar por el egoísmo».

—¿De modo que crees que está mejor con ellos?

—Sé que lo está. Al fin y al cabo ¿qué puedo ofrecerle yo, aparte del estigma de un bastardo?

Danny sabía que ese estigma no era tan malo, por lo menos si uno de los progenitores era noble. Jeremy constituía un buen ejemplo de ello.

—Podrías darle amor —insinuó.

—Ya lo recibe en abundancia. No, está mucho mejor con ellos. Sólo que... le echo de menos. Las hermanas no aparecieron hasta que el bebé tenía casi dos meses. Tuve que ocuparme de él durante ese tiempo y... ojalá no lo hubiera hecho. Habría resultado mucho más fácil entregarle si no le hubiera tenido nunca en mis brazos, si no le hubiera dado el pecho, si...

Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas. Danny notó que también a ella se le humedecían los ojos. Esta vez abrazó a la mujer. Y no fue rechazada.

En cuanto sus emociones se calmaron un poco, Danny le preguntó:

—¿Has pensado en trabajar en algo distinto? No pareces demasiado contenta con las tareas de la cocina.

—No me importa mucho. Siempre estoy pensando en mi hijo.

—Entonces ¿has pensado en tener más hijos? Eso podría hacerte la vida más llevadera.

—¿Te refieres a más bastardos?

—No, pensaba en que te casaras primero.

Claire soltó un bufido.

—¿Y quién me querría?

Danny suspiró y puso los ojos en blanco.

—Nadie, con tu aspecto y comportamiento actuales. Pero tienes una cara bonita, Claire. No hay ninguna necesidad de esconderla. En mi habitación hay un espejo que no se usa mucho. ¿Por qué no vamos y vemos qué podemos hacer con tu pelo? Te queda muy feo, recogido en ese moño. ¿Y te pasa algo en la espalda que te hace andar de una forma tan desgarbada?

Claire se sonrojó y susurró:

—No, es que tengo los pechos muy grandes y llaman demasiado la atención.

Danny se echó a reír.

—Veo que no soy la única que necesita corregirse. Esa clase de atención no es mala si sabes aprovecharla. Si tu objetivo es tener más hijos, entonces tu prioridad es encontrar antes un marido. Así pues, utilízate a ti misma como cebo y pesca uno.

—No veo que tú sigas esta propuesta.

—Debo mejorar mi educación antes de empezar a buscar un marido decente. La estoy mejorando aquí.

—Yo no diría que liarte con Malory sea una mejora, sobre todo si tienes intención de encontrar marido.

—Eso es cierto, pero Malory constituye una excepción, es único en todos los sentidos. Es tan sumamente guapo que induce al pecado. Traté de resistirme a él con todas mis fuerzas, pero ahora que he dejado de resistirme, me alegro mucho de haberlo hecho. Si a una chica se le presenta la oportunidad de disfrutar con un hombre así no debe despreciarla, porque un hombre como él sólo se encuentra una vez en la vida.

—¿Y no te molesta saber que todo quedará en nada?

—Oye, yo no puedo esperar nada más que pasármelo bien por un tiempo. Yo misma terminaré esta relación dentro de unos meses, si no lo hace él antes. Sentiré que se acabe, claro, pero como yo se que no va a durar mucho, no me sentiré frustrada.

—Ése es un punto de vista muy liberal. La mayoría de las mujeres nunca lo verían así, ¿sabes?

Danny se echó a reír.

—No hace tanto tiempo que soy mujer, Claire. Así pues, ¿cómo puedo saberlo, ¿eh?

—¿Tan joven eres?

—No, es solo que he llevado pantalones durante mucho tiempo.

34

Jeremy no quería correr ningún riesgo cuando se trataba de eludir los grilletes del matrimonio. Aquel día reunió a varios actores y les llevó a casa de su padre. Y tuvo un golpe de suerte. Por el camino vio a uno de sus antiguos amigos de estudios pasando en un coche descubierto y le dio alcance.

Andrew Whittleby, o Andy, como sus amigos le llamaban, vizconde de Marlslow, había compartido su cuarto en uno de los colegios universitarios a los que Jeremy asistió y había sido su cómplice en algunas de las travesuras que habían hecho que expulsaran temporalmente a Jeremy en un par de ocasiones hasta que finalmente le echaron de otra escuela. Por entonces Andy había demostrado que se podía confiar en que mantuviera la boca cerrada. Ése era el motivo principal de que Jeremy hubiera durado en ese colegio más tiempo que en los demás. Andy le había encubierto a menudo. Era un buen tipo, siempre dispuesto a sacar a un amigo de un apuro.

De estatura media, pelo rubio y ojos marrones, Andrew habría sido considerado un corintio de haber sido un poco mas alto. Un joven apuesto, todavía soltero. Al terminar los estudios se había retirado a la finca que iba unida a su título, por lo que Jeremy no le había visto desde entonces. Andrew prefería administrar su propiedad personalmente y le encantaba disfrutar del aire libre, a juzgar por su intenso bronceado. Y todavía iba a heredar muchas más propiedades y títulos cuando falleciera su padre, pero eso no sucedería en muchos años. De modo que se le consideraba un buen partido. Era una lástima que Emily no se hubiera fijado antes en él.

Después de que Jeremy le explicara la situación, Andrew accedió a ser uno de los mentirosos. Jeremy no dudaba que le ayudaría, siendo tan buen chico. Incluso había conocido a Emily pocas noches antes y se había planteado cortejarla hasta que oyó los rumores que señalaban a Jeremy.

—Pensé que no tendría ninguna oportunidad contra ti, Jeremy, de veras. De modo que renuncié a intentarlo, pero con pesar. Es una chica terriblemente atractiva.

—Te la puedes quedar, si no te importa que sea intrigante, mimada y una embustera empedernida que por lo visto recurrirá a lo que sea para salirse con la suya. Decidió que yo iba a ser su marido, y cuando no le presté ni la más mínima atención puso en marcha su campaña de rumores, que fueron moderados al principio, pero subieron de tono hasta ese último absurdo de que está esperando un hijo mío, cuando apenas he hablado con ella y mucho menos la he tocado.

Andrew pareció divertido y explicó por qué:

—Antes mi madre también era así..., bueno, no exactamente así, pero algo parecido. Se inventaba los cuentos más entretenidos para

nuestros vecinos, les dejaba pasmados, alarmados, sobre ascuas, y luego se reía de su credulidad. Y nunca la pillaron. Sencillamente le encantaba inventar chismes.

—No es tan perjudicial, pero... Supongo que el estar prevenido cambia mucho las cosas. Bien, ¿todavía estás interesado en ella?

—Oh, desde luego. Me casaría con ella si me lo pidiera, por lo que creo que puedo ser muy convincente en este sentido. ¿Crees que su padre insistirá en que me case con ella cuando diga que el bebé que espera es mío?

—Es una posibilidad, y bien merecida, ya que ésa era su intención para conmigo. Propónselo a mi padre. Él será quien dirigirá esta operación.

—¡Vaya! ¿Por fin voy a conocer a tu padre? ¡Espléndido! Siempre lo he deseado, ¿sabes? Ese hombre tiene una reputación extraordinaria, sin rival en el cuadrilátero, ni tampoco en el campo del honor, ¿y sabías que...?

Jeremy escuchó a medias mientras proseguían su camino hacia el domicilio de su padre. No oía nada que no supiera ya de su progenitor, y lo más divertido de todo era que Andrew no sabía ni la mitad.

Entonces se topó con otro golpe de suerte inesperado. Drew también se había ofrecido voluntario para ser uno de sus embusteros, y ya tenía preparada su patraña. Irónicamente, no era más que su conducta habitual cuando se trataba de mujeres, de modo que para él sólo era cuestión de incluir el nombre de Emily en el cuento. Así pues, sólo faltaba que James escogiera un tercero de entre los actores que Jeremy le había traído.

Jeremy esperaba con ansia la representación que tendría lugar en la residencia de los Bascomb, pero cuando lo mencionó, James le dijo rotundamente:

—Tú no irás, muchachito. Tu presencia no es necesaria y no haría más que dar a la chica una oportunidad de demostrar sus aptitudes de interpretación. La idea es sorprenderla lo suficiente como para hacerle meter la pata al contar su versión.

Jeremy se vio obligado a aceptarlo, pero, maldita sea, no iba a resultar fácil esperar entre bastidores para averiguar si el plan daba resultado. Pero por lo menos Danny le ayudarla a distraerse. De hecho, cuando estaba cerca de ella apenas podía pensar en nada más.

Todavía le desconcertaba el cambio que se había producido en ella. Danny disfrutaba haciendo el amor, de eso no había ninguna duda. Una vez que la joven hubo superado sus propias objeciones, fue como si nunca hubieran existido. Por lo que preocupaba a Jeremy era su manera de enfocar esa relación: Danny no quería ataduras ni obligaciones, tan sólo placer mutuo. Tenía del amor una concepción casi masculina.

Maldita sea, pensándolo bien, era casi idéntica a la manera habitual en que él mismo trataba a las mujeres. Pero, por una vez, Jeremy no quería que fuera así. Le habría gustado que Danny se comprometiera un poco más...bueno, de hecho, mucho más. Le habría

gustado pasar a diario con Danny más tiempo del que ella estaba dispuesta a concederle, y no sólo en la cama. Le resultaba frustrante no poder hacerlo, tener que mantener su relación en secreto para no ofender a los demás sirvientes de su casa. Si Danny fuera su aman te, podría pasar todo el tiempo que quisiera con ella, podría vestirla apropiadamente y llevarla a los muchos lugares en los que era aceptable la presencia de queridas. Pero eso a ella no le interesaba lo mínimo, con gran disgusto de Jeremy.

Pero por lo menos estaba allí, en su hogar, a su alcance..., bueno, las más de las veces. Sin embargo no la vio al llegar a casa. Y cuando finalmente se cansó de esperar y bajó a la habitación de Danny, ovó risas femeninas en el interior que le anunciaron que no estaba sola. Maldita sea. Adiós a la celebración de aquella noche. Aunque, desde luego, era un poco prematuro celebrar nada cuando todavía no había salido del atolladero.

35

La residencia urbana de los Bascomb era más bien pequeña, pero lord Bascomb y su esposa rara vez iban a Londres, y en aquellos días muchos miembros de la nobleza opinaban que dejar una casa dotada de personal, pero desocupada, era un desperdicio de buenos sirvientes. Desde luego, no admitían que fuese una pérdida de dinero. Pero de hecho resultaba más económico no mantener una residencia en la ciudad. Se había puesto de moda alquilar un piso amueblado si había que desplazarse a Londres, o simplemente hospedarse en uno de los grandes hoteles si la visita era breve.

Albert Bascomb tenía negocios en la ciudad, y probablemente por eso mantenía una residencia allí. Y la estaban acondicionando para la puesta de largo de su hija. Y pese a ser pequeña, estaba lujosamente amueblada, con algunas piezas y obras de arte excepcionales. Después de todo los Bascomb eran bastante ricos, pero inteligentemente poco ostentosos.

James Malory fue a visitarlos a la mañana siguiente. Había dado aviso la víspera de que iba a presentarse, por lo que el hecho de que le hicieran esperar, y además en el pequeño vestíbulo, le resultó bastante divertido... durante un rato.

Albert se encontraba en casa. El mayordomo había informado a James, después de anunciar su llegada a su patrón, que éste estaba muy ocupado, por lo que quizá sería mejor que volviera en un momento más oportuno. James se limitó a mandarle de vuelta con el mensaje de que no iba a marcharse.

—Bastante descortés de su parte, ¿no les parece? —comentó, Andrew cuando ya habían transcurrido veinte minutos.

—Probablemente no es más que una señal de que todo este asunto le ha preocupado —sugirió Drew.

—No dudo que estuviera preocupado —replicó James con cierto enojo—. Lo suficiente como para ir corriendo hasta Haverston y explicárselo todo a mi hermano Jason.

—Entonces quizá crea que ya está resuelto y que sería una pérdida de tiempo hablar más del asunto —insinuó Andrew—. Sin embargo, podría tener la cortesía de comunicárnoslo.

—Puede que Jason le diera la impresión de que estaba resuelto —admitió James—. Pero lo dudo mucho. A Jason se le da bien decir a un hombre lo que quiere oír, pero sin llegar a decirle nada.

Drew soltó una risita.

—Ojalá supiera cómo hacer eso.

—Con diplomacia, querido muchacho, mucha diplomacia —repuso James—. Y tú también la dominas; sólo que la utilizas exclusivamente

con las mujeres.

—Ah, esa clase de diplomacia —exclamó Drew, sonriendo.

Al cabo de cinco minutos la paciencia de James se agotó y les dijo a los jóvenes:

—Vamos, pero esperad fuera hasta que yo os llame.

El mayordomo, que montaba guardia delante del despacho de su patrón, pensó en impedir la entrada a James. Pero fue una idea fugaz. Después de mirar detenidamente a James, optó por abrir la puerta y anunciarle.

Albert estaba leyendo un documento sentado a su mesa. levantó la mirada y suspiró al ver a James entrar en la habitación.

—Éste no es el momento oportuno.

—Eso me han dicho, aunque dudo que haya algún momento oportuno para discutir este desagradable asunto. Pero considerando que usted fue a comentárselo al Malory equivocado, me concederá un poco de su tiempo, ¿verdad?

No era en modo alguno una pregunta. Albert así lo entendió y dejó su documento a un lado. James no le había visto nunca. Tenía un aspecto distinguido y el pelo castaño oscuro, con tonos más claros en las sienes que insinuaban que pronto encanecerían. A James le sorprendió que su cabello no fuese blanco, teniendo una hija del carácter de Emily.

—En realidad no hay nada más que discutir, exceptuando la fecha de la boda —declaró Albert—. ¿Ha venido para sugerir una?

James no respondió. Desplazó hacia un lado una de las sillas situadas frente a la mesa de Albert, para tener una visión mejor de la función cuando empezara. Era una silla cómoda, lo cual resultaba conveniente, pues tenía la sensación de que aquélla no sería una visita breve.

El silencio desconcertó al hombre mayor, lo suficiente para que espetara:

—Escuche, conozco su reputación y me niego a dejarme intimidar.

James arqueó una ceja.

—Vamos, amigo. ¿De dónde ha sacado la idea de que yo intimido? Yo o bien hago caso omiso o bien..., bueno, no llegaremos a ese extremo, estoy seguro.

Las mejillas de Albert se sonrojaron.

—Entonces vaya al grano, Malory. ¿Para qué ha venido?

—Bueno, ocurre algo extraño con los rumores. Tienden a despertar interés, sorprender o enfurecer, dependiendo del punto de vista y la implicación de cada uno.

—Soy consciente de que corren rumores sumamente embarazosos. Quienquiera que los divulgó merecería estar muerto. Pero, desgraciadamente, resultan ser ciertos.

—Lamento no estar de acuerdo. Es una suerte que sean completamente falsos.

—Entonces ¿pretende su hijo negar su responsabilidad? Es una cobardía por su...

—Ahórrese las calumnias, Bascomb —le interrumpió James— Tengo tendencia a tomármelas como algo personal.

Lo dijo en el tono más suave posible y sin embargo Albert palideció. Con todo, baladroneó:

—Estamos hablando de su nieto además del mío.

—Si fuese mi nieto, puede estar seguro de que no estaríamos manteniendo esta conversación.

—La verdad saldrá a la luz tarde o temprano —dijo Albert en un tono confiado.

—Desde luego, pero no será la verdad que usted espera, y no saldrá hasta que sea demasiado tarde. Por eso he traído algunas otras verdades para someterlas a su consideración.

—¿Y ahora va a proferir amenazas y amenazar con matarme? —inquirió Albert.

James se echó a reír, no tanto por la pregunta en sí como por la indignación con que Bascomb la formuló.

—No sé qué ha oído decir de mí, Bascomb, pero probablemente sólo eran medias verdades, se lo aseguro. Otro caso de rumores sin sentido, ¿sabe?

—Lo dudo —murmuró Albert.

—Como quiera. Pero, como iba diciendo, debido a los rumores que circulan actualmente, uno de los cuales condena a Jeremy a casarse con su chica, mi casa ha sido asaltada esta semana por dos indignados pretendientes de su hija que no sabían que Jeremy tiene ahora su propia residencia. Creyeron que le encontrarían bajo mi techo. Hay un tercer pretendiente, pero se hospeda en mi casa, por desgracia. Un pariente de mi esposa. Resulta muy difícil quitárselo de encima.

Alguien tosió al otro lado de la puerta, pero Albert no pareció oírlo.

—¿Y bien? —preguntó, ceñudo.

—Bueno, imagínese mi sorpresa cuando cada uno de ellos insistió en que tenía más derecho a casarse con Emily que Jeremy puesto que accedieron a ella antes que él.

—¿Accedieron antes que él? ¿Qué insinúa?

James volvió a levantar una ceja.

—¿Quiere que recurra a un vocabulario vulgar, Bascomb?

El hombre se puso colorado de ira, se levantó y se inclinó hacia delante, con los puños cerrados.

—Si cree que puede hacer estas insinuaciones sin tener la menor

prueba, lord Malory...

—¿Y dónde está su prueba?

Albert volvió a sonrojarse, pero esta vez porque entendió bruscamente lo que el otro quería decir. James dejó pasar un momento para que lo asimilara mejor: aquello que Albert había afirmado se basaba puramente en la patraña que su hija había tejido.

Entonces dijo James:

—Le sugiero que haga bajar a su hija para oír qué tiene que decir por sí misma. De hecho, insisto en ello.

—¿Insiste? Es inconcebible que una chica de su edad hable de un tema como éste...

—Disparates. El asunto le atañe a ella, y ha sido provocado por su supuesta indiscreción. ¿De veras creía que podría obligar a mi hijo a casarse con su hija sin que ella nos contara su versión de la historia? Y he traído conmigo mi prueba, los tres caballeros que afirman conocerla... muy bien.

—¿Y no ha traído a su hijo? ¿Por qué no? Si Emily debe someterse a esta vergonzosa situación, entonces yo quiero oír también lo que su hijo tiene que decir al respecto.

—Simplemente le dirá que no conoce a su hija lo más mínimo. Así pues, ¿de qué serviría oírle decir eso? Es usted quien exige responsabilidades, Bascomb, no mi familia. Téngalo muy presente.

Albert se dirigió con paso rígido hasta la puerta para ordenar a su criado que fuera a buscar a Emily. Al ver a los tres desconocidos allí también, dijo secamente:

—Pasen. Prefiero oír lo que tienen que decir antes de que llegue mi hija.

Los tres entraron en el despacho. Sólo Drew se acomodó en la silla libre que había junto a la mesa. Andrew se quedó de pie, muy tieso, a un lado, mientras que el tercero se acercó a una de las ventanas para tener más luz. Los actores siempre estaban preocupados por la iluminación.

Andrew no parecía estar nervioso, sino inquieto. A James le había sorprendido enterarse de que seguía queriendo cortejar a la chica. Le habría deseado suerte en su empeño, pero para él la mejor suerte sería que el muchacho no obtuviera el favor de la intrigante chiquilla.

El actor, William Shakes, estaba impaciente por actuar. Consideraba ésa una oportunidad para demostrar sus dotes de interpretación a un nivel más personal. Pero cabía la posibilidad de que los Bascomb le hubieran visto en la escena y le reconocieran. Era por eso que no tenía intención de mentir sobre su identidad.

James reconoció para sus adentros que al utilizar a ese tipo se había pasado de la raya. Resultaba más bien sórdido que una dama de la condición de Emily tuviera trato con un hombre que no pertenecía a su misma clase. Pero Emily Bascomb ya había manchado su reputación sin remedio; así pues, ¿qué importancia podía tener otro

desliz aquí o allá?

36

—Antes de que estos dos fanfarrones expongan sus relatos, lord Bascomb —dijo Andrew, dando inicio al acto—, permítame asegurarle que adoro a Emily y que me encantaría casarme con ella si usted da su aprobación.

—¿Y quién es usted, señor? —preguntó Albert.

Andrew enumeró una retahíla de títulos y relaciones. Bascomb quedó impresionado. Incluso James estaba admirado, puesto que no los había oído mencionar hasta entonces.

Cuando Andrew hubo terminado, Albert admitió:

—Conozco a tu padre. Es un buen hombre.

—Ahora escúcheme. —Willian comenzó su actuación en un tono malhumorado—. Todos esos títulos no alteran el hecho de que la muchacha podría ser mía. Tal vez no me considere demasiado apropiado para su hija, milord, pero le aseguro que a ella le parecí bastante adecuado.

—¿Y quién es usted?

—William Shakes, para servirle. Soy actor, señor, y muy bueno. De hecho, una de mis últimas actuaciones fue tan brillante que me invitaron a asistir a un baile hace unas semanas, y fue allí donde conocí a Emily. Hicimos muy buenas migas, no me importa decirlo. Y conseguimos encontrar una habitación libre en el piso de arriba para..., bueno, estoy seguro de que no necesito entrar en detalles.

Ahora Albert no sólo estaba violento, sino también comprensiblemente furioso.

—¿Mi hija intimando con un actor? ¡Esto es absurdo!

William no hizo caso de su cólera, se encogió de hombros y comentó:

—Yo era el protagonista del momento y todo eso. Emily estaba decidida a conocerme e incluso a hacerme feliz, podría agregar —dijo con un guiño pícaro—. Hasta me casaría con ella, si el bebé es mío. Pero preferiría no casarme todavía si no lo es. Eso suponiendo, naturalmente, que usted me aceptara en su familia. Sé que hay algunos nobles que considerarían que no estoy a su altura.

—Por lo menos entiendes por qué ni siquiera deberías estar aquí —intervino Andrew, mirando enojado a William—. Ella nunca accedería a casarse contigo. Probablemente su padre la repudiaría con sólo insinuarlo.

—¿Pero y si el bebé es mío? —contraatacó William— No puedes olvidar esta posibilidad.

—Quién de nosotros sea el padre no tiene mucha importancia, ya

que es posible que no llegue a saberse nunca —afirmó Andrew.

—¿Por qué no?

—Porque podría salir igualito a su madre. Pero yo estoy dispuesto a casarme con ella y criar a ese bebé, tanto si resulta ser mío como si no

—Bueno, ése es un gesto demasiado noble incluso para un noble —se burló William.

—En absoluto —repuso Andrew——. Simplemente la quiero por esposa.

La declaración de Andrew hizo que Bascomb se sosegara. El hombre recobró la calma en parte, ahora que las opciones no parecían tan sumamente detestables. Pero entonces reparó en Drew, sentado muy relajado e incluso sonriente, y volvió a ponerse tenso

—Todo esto le resulta divertido, ¿verdad? —preguntó a Drew.

—¿Todo esto? —dijo Drew, sacudiendo la cabeza—. Desde luego que no. Pero al ver discutir a estos dos individuos después de saber que Emily les había hecho caso a ambos, pues sí, me resulta hasta cierto punto gracioso.

—¿Y quién es usted?

—Drew Anderson. No creo que Emily supiera que pertenezco a la familia de Jeremy cuando puso sus preciosos ojos en mí. No son muchos los que saben que mi hermana se casó con el padre de Jeremy. Al fin y al cabo mis hermanos y yo somos americanos, y capitanes de barco, por lo que no venimos a Londres muy a menudo. Desembarqué sólo unos días antes de conocer a Emily, de modo que no había oído todavía los rumores en el sentido de que ella y Jeremy..., bueno...

—Vaya al grano, joven.

—Con mucho gusto. Yo viajo mucho, y no suelo rechazar a una chica bonita cuando sus intenciones son evidentes. Me divierto siempre que tengo ocasión, ¿comprende? Siempre lo he hecho y probablemente siempre lo haré.

—¿Y debo suponer que se atribuye también la paternidad del bebé? —inquirió Albert.

—¡No, por Dios!

Albert frunció el ceño.

—¿Qué hace aquí entonces?

—Estoy aquí porque, aunque de hecho no hice el amor con la chica, estuve a punto. Salimos a pasear al jardín durante una fiesta a la que me llevó mi hermana, y encontramos un rincón apartado. Un minuto más y me habría visto obligado a reconocer que el bebé bien pudiera ser mío. Pero nos interrumpieron cuando me disponía a..., bueno, en fin, nos vestimos rápidamente y regresamos a la fiesta. Ella prometió que me vería más tarde para terminar lo que habíamos empezado. Me presenté a la cita, pero Emily no. Esperé durante una condenada hora -agregó Drew con cierta indignación—. Habría

merecido la pena. Y al día siguiente me enteré de que está esperando un hijo de Jeremy. Lamento tener que decirlo, Bascomb, pero no dudo que esté embarazada, teniendo en cuenta cómo ha estado comportándose últimamente.

Para cuando Drew hubo terminado Albert volvía a tener el rostro colorado de furia. James no podía reprochárselo. Ni él mismo habría podido relatar los hechos con tanta franqueza, fueran ciertos o no. Era característico de los americanos ser tan condenadamente francos.

Fue entonces cuando Emily Bascomb entró en el despacho. Lo hizo sonriendo, pues sólo esperaba encontrar a su padre. Era una muchacha de excepcional belleza. Pero por desgracia estaba tan mimada que creía poder conseguir todo aquello que se le antojara... a cualquier precio.

Su sonrisa se esfumó al advertir la ira de su padre. Pero cuando vio a James allí, sus ojos brillaron fugazmente, alarmados, antes de adoptar una expresión inescrutable. James suspiró para sus adentros. Era posible que aquello no resultara tan sencillo como había creído si la chica era capaz de ocultar sus emociones tan fácilmente.

—No sabía que teníamos invitados, padre.

—No los tenemos. Yo no calificaría a estos caballeros precisamente de invitados.

Andrew se sonrojó ante aquel comentario, lo cual llamó la atención de Emily. Ésta seguramente decidió representar el papel de dama gentil, porque le dijo:

—Lord Whittleby, qué placer volver a verle.

—El placer es mío, querida —respondió Andrew con una mirada llena de adoración y una reverencia, lo que hizo que la chica le obsequiara con una radiante sonrisa.

—¿De modo que le conoces? —inquirió Albert.

Emily frunció el ceño al oír el tono brusco de su padre.

—Bueno, sí. Nos presentaron la semana pasada en una velada, y volvimos a vernos una de estas últimas noches. No estaba segura de que se acordara de mí —añadió con coquetería.

—Oh, claro que se acuerda —dijo Albert Bascomb en un tono despectivo—. Y quiere casarse contigo, gracias a Dios

—Me siento halagada— empezó a decir, y luego se puso muy tiesa cuando reparó en las últimas palabras de su padre—. ¿A qué te refieres con «gracias a Dios»?

Andrew fue el más rápido en contestar.

—Pase lo que pase aquí, Emily, te aseguro que sería para mí un honor casarme contigo.

—Me siento halagada otra vez, señor, pero...

—No me vengas con «peros», Emily —la interrumpió bruscamente su padre—. Jeremy Malory no te quiere y niega que te haya tocado.

La joven lanzó un suspiro un poco exagerado, en opinión de

James. Demasiado abatimiento.

—Ya te advertí que lo negaría, siendo un libertino irresponsable —dijo ella antes de volverse hacia James y de añadir, con expresión solemne, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí—: Oh, le ruego que me disculpe, lord Malory, pero todo el mundo sabe de quién ha heredado Jeremy sus hábitos.

James se echó a reír ante ese comentario. La muchacha ya estaba a la defensiva. Tenía que ser corta de entendederas para no darse cuenta de que algo había fallado en su plan, siendo la ira de su padre tan evidente.

—Sí, estoy muy orgulloso del muchacho, especialmente del hecho de que no miente.

—Tal vez a usted no —se burló ella—. Pero ha mentido sobre este asunto...

—Ya basta, Emily —intervino Albert—. ¿Conoces o no conoces a estos hombres aquí reunidos?

Ella volvió a erguir la espalda. James tuvo la sensación de que no estaba acostumbrada a que su padre se enojara con ella, y que esa sola circunstancia era lo que más la alteraba. Probablemente no sabía cómo enfrentarse a ello, por lo menos no en presencia de otras personas.

Lanzó una mirada por el despacho.

—Conozco a la mayoría de ellos, sí -admitió.

—¿Y a este americano?

Su padre deseaba una confirmación.

—Bueno, sí, recuerdo haberle conocido. Resulta difícil olvidarse de un hombre tan alto como él.

—Y apuesto ——agregó Drew; con una sonrisa pícara y guiñándole un ojo.

—Qué vergüenza, señor. No sea tan pagado de sí mismo —se permitió replicar ella en el tono habitual de coquetería.

—¿Y a éste? —preguntó Albert, señalando a William.

—No, no recuerdo haberle visto nunca —contestó Emily suavemente.

William adoptó una actitud enojada.

—Muy bonito —dijo indignado—. Fue perfecto coquetear conmigo, siempre y cuando tu padre no lo averiguara, ¿eh? ¿Vas a negarlo ahora?

—¿Negar qué? Yo no le conozco. ¿Qué más puedo negar?

—Válgame Dios, ¿de verdad no te acuerdas? Estabas un poco bebida en ese baile, pero no me consta que ninguna mujer olvidara algo semejante. ¿O acaso te has acostado con tantos hombres que ya no puedes acordarte de todos?

Emily se sobresaltó, colorada de ira. William había exagerado. Era

natural que la joven se indignara ante tal grosería, de modo que no se podía saber si la acusación de William tenía visos de verdad.

Emily volvió su cólera ofendida contra su padre.

—¿Es esto lo que te ha preocupado? ¡Un desconocido llega aquí, te cuenta las mentiras más disparatadas y tú le crees! Y no he estado bebida en mi vida..., bueno, sólo aquella vez en la fiesta de cumpleaños de mamá del año pasado, pero ya lo sabes, y no había hombres cerca.

—Aquí no se cuestiona si bebes o no, cielo —intervino Drew yo no he venido para reclamar la paternidad de tu bebé, aunque debes reconocer que faltó muy poco.

Ella se volvió, sobresaltada de nuevo, para mirar a Drew.

—Díos mío, ¿tú también? ¿Qué es esto, una conspiración tramada por los Malory? —Entonces se volvió hacia su padre otra vez con expresión implorante—. ¡Papá, te juro que mienten!

—¿Los tres? —dijo Albert con voz cansada, sentándose a su mesa—. De uno habría podido dudar, ¿pero de los tres?

Emily miró a Andrew con expresión dolida.

—Debo suponer que tú también, ¿no?

É1 se estremeció al advertir su decepción, y estuvo a punto de derrumbarse y confesar la verdad. A fin de cuentas, todavía deseaba casarse con Emily. Y puesto que ésta sabía que mentía, le costaría mucho trabajo lograr que le perdonara si finalmente veía cumplido su deseo y Albert le concedía su mano. Sin embargo, debió de recordar que ese pequeño guión era exactamente el que Emily había planeado para Jeremy, que simplemente estaban devolviéndole las mismas mentiras que ella había inventado, por lo que la joven no estaba en situación de guardar rencor a nadie.

—Mi principal preocupación es el bebé —le dijo Andrew—, que podría ser mi heredero.

—¡Ambos sabemos que no es tuyo! —le espetó la joven—. Así pues, basta de tonterías.

—No sabemos nada al respecto. Comprendo que tengas que negar ciertas cosas. Pero no olvides que sigo queriendo casarme contigo. Estoy dispuesto a criar a ese niño, sea mío o no, y a pasar por alto tus... —hizo una pausa para mirar a los demás hombres— múltiples indiscreciones.

Emily volvió a sonrojarse intensamente, pero esta vez no de vergüenza, sino de pura ira, y la dirigió de nuevo contra su padre.

—Me has sometido a estas horribles acusaciones, ninguna de las cuales se acerca mínimamente a la verdad. ¿No te das cuenta de lo que hacen? Esto es una perfecta farsa, una conspiración urdida por lord Malory, no lo dudo, sólo para librar a su hijo de...

—¡Basta! —gritó Albert . No me hagas sentir más avergonzado de ti, jovencita, de lo que ya estoy.

Aquellas palabras tuvieron que hacerle daño. Emily contuvo el

aliento antes de decir:

—¿De modo que vas a creerles a ellos antes que a mí?

Consiguió derramar algunas lágrimas y mostrarse completamente desolada. La expresión de Drew vaciló. No podía resistirse al llanto. Andrew se volvió para que no le afectara tanto, pero William puso los ojos en blanco al reconocer a una actriz tan buena como él.

Por fortuna, Albert conocía bien a su hija y sus artimañas.

—Sé que eres capaz de mentir, Emily. Es un mal hábito que adquiriste al crecer. Y sé que lo haces muy bien: Pero jamás me imaginé que podrías mentir sobre algo que tiene unas consecuencias tan irreparables.

Emily se puso rígida. Volvió a enfurecerse tan deprisa que la era evidente que no se había disipado, sino que sólo había estado brevemente oculta durante su actuación de melodrama. Ahora optó por descargar su cólera contra James, tras haber decidido que era el responsable de frustrar sus planes.

—Sé que usted instigó todo esto, lord Malory. Pero no lo pensó demasiado, ¿verdad? —dijo mordazmente—. No logro entender cómo creyó que podría llevar esto a buen puerto, cuando puedo de mostrar que todos mienten.

James arqueó una ceja con aire burlón.

—¿Y cómo lo harías, querida, si es tu palabra contra la suya, tres contra una por así decirlo..., no, pongamos cuatro contra una, puesto que Jeremy te ha calificado también de embustera?

—Al diablo con Jeremy. Puedo demostrarlo, porque todavía soy...

Se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir y se calló bruscamente, pero James saltó sobre la ocasión y completó la frase.

—¿Virgen?

James se levantó. Emily dio un paso atrás al comprender demasiado tarde a quién había atacado verbalmente. Pero James ya no estaba interesado en la muchacha. Ella había hecho exactamente lo que esperaba que hiciera.

—Le ruego me disculpe, lord Bascomb, pero esta visita era necesaria —dijo James.

Albert asintió rígidamente con la cabeza. Su expresión era harto elocuente. Estaba avergonzado de todo aquel asunto, ahora - comprendía hasta dónde había sido capaz de llegar su hija para pescar un marido.

—Por cierto —añadió James—, en caso de que aún no se le haya ocurrido, ella fue quien difundió los rumores y los intensificó. No le recomiendo que la mate, pero sí un poco de disciplina. Esta chica no puede ir por ahí decidiendo el futuro de los demás a su antojo. Mi familia ha terminado con la suya. Procure que siga siendo así. Después de ustedes, caballeros —dijo a sus acompañantes.

Drew y William salieron del despacho. Andrew no se movió, sino que dijo:

—Vaya usted, milord. Creo que lord Bascomb y yo tenemos mucho que hablar. Al fin y al cabo, todavía hay que salvar la reputación de Emily.

—Yo salvaré mi reputación, muchas gracias —dijo ella, furiosa y abandonó también el despacho.

James miró a Andrew arqueando una ceja. La sonrisa que recibió a cambio le indicó que Andrew tenía intención de quedarse. El muchacho debía de estar enamorado, para seguir queriendo a la chica tras haber presenciado directamente sus dotes histriónicas y su mal genio.

37

Aquella mañana, en la residencia urbana de Jeremy, Danny estaba en el piso de arriba quitando el polvo cuando empezaron los gritos. Al principio creyó que había una pelea en la calle porque los chillidos de espanto se mezclaban con las voces de ánimo. Cuando se dio cuenta de que el vocerío procedía directamente del piso de abajo, se precipitó por la escalera para averiguar qué ocurría.

El tumulto la condujo hasta la cocina. Claire estaba allí. Esgrimía un cazo como si fuera un arma. Carlton también se encontraba allí. Tenía una escoba levantada por encima del hombro. Danny habría supuesto que se estaban peleando si no fuera porque ambos miraban hacia el mismo sitio. También la señora Appleton estaba allí, pero no hacía caso del alboroto, de pie delante de la cocina añadía especies al guisado que estaba preparando para el almuerzo.

Carlton se agachó para inspeccionar el hueco debajo del armario. Claire escudriñaba con la vista todo los rincones de la estancia, como buscando algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Danny, pensando si debería coger también un arma.

—Ha entrado una rata —dijo Claire—. La encontré en la despensa y ha venido corriendo hasta aquí.

—¿Una rata? ¿En un vecindario como éste? —exclamó Danny sin mucha convicción.

—No es insólito, querida —comentó la señora Appleton, mirando por encima del hombro—. Acuden a los lugares donde hay comida, y tenemos una despensa bien provista.

—Y el aroma de tu comida, mujer, las atraería todo el camino desde el puerto —dijo alegremente Artie, el mayordomo, que había entrado detrás de Danny.

Sus palabras hicieron que la cocinera se ruborizara. Danny la miró, sorprendida, cuando Claire volvió a gritar:

—¡Allí! Está detrás del fregadero.

Carlton saltó en esa dirección e hincó la escoba debajo del largo mueble para hacer salir a la rata. Lo consiguió. El roedor salió disparado hacia el escondrijo más cercano, la enorme cocina de hierro forjado delante de la cual se hallaba la señora Appleton. La mujer siguió sin moverse; se limitaba a remover el guisado, lo que hacía difícil pero no imposible para Carlton introducir la escoba debajo de la cocina.

—Dejadlo ya —dijo Danny, pero nadie le hizo caso.

Claire daba instrucciones a gritos y advertía a Carlton que no volviera a fallar como cuando asestó un escobazo al roedor y éste salió

corriendo hacia la estufa. Artie se reía estruendosamente de las peripecias del lacayo.

Danny se disponía a repetirles que pararan cuando la rata, que no se sentía segura bajo la cocina porque ésta se hallaba algo levantada del suelo, salió corriendo a campo descubierto. Carlton se irguió y levantó la escoba sobre su cabeza para descargar un buen golpe, pero Danny se abalanzó sobre el muchacho, con lo que ambos cayeron al suelo.

—No has atrapado a la rata, Danny —observó Artie, con una risita burlona.

—No iba a por ella -le espetó ella, y se sentó sobre el pecho de Carlton para inmovilizarle lo suficiente hasta que la escuchara—. Es mi mascota —dijo al incrédulo lacayo—. Intenta matarla otra y seré yo quien te perseguirá con esa escoba.

Carlton la miró con los ojos como platos, más sorprendido de que estuviera sentada encima de él que de que tuviera una rata por mascota.

—No sabía que era tuya —se justificó.

Ella asintió con la cabeza, aceptando su disculpa, y se disponía a levantarse cuando Jeremy entró, atraído también por el ruido, entró en la cocina y dijo:

—Estás despedido, Carlton.

Danny miró hacia la puerta y vio que Jeremy no sonreía. De hecho, su expresión indicaba que estaba hablando muy en serio.

—¿Por qué le despides?

—Por invadir propiedad ajena.

Era una forma curiosa de expresarlo, pero Danny comprendió qué insinuaba. Carlton también, porque dejó caer la cabeza al suelo con un gemido.

Danny hizo chasquear la lengua con reprobación a Jeremy:

—No es verdad. Yo le he derribado porque trataba de matar a mi mascota.

—Entonces está despedido por eso también —dijo Jeremy. Carlton gimió de nuevo.

—No estás despedido, hombre. Deja ya de gemir —le reconvino Danny, poniéndose de pie y lanzando una mirada airada a Artie, que volvía a troncharse de risa.

—¿De verdad tienes una rata por mascota, Danny? —osó preguntar Claire.

Y Jeremy exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¿Una rata? Carlton, ya no estás despedido.

Danny empezaba a sentirse irritada.

—No es una rata, es un ratón.

—¡Danny, ese bicho era enorme! —objetó Claire—. No puede ser un ratón.

—Porque está un poco demasiado gordo. Lo alimento bien, eso es todo. Pero no es una rata

—¿Conoces la diferencia entre un ratón y una rata? —inquirió Claire.

Danny lo pensó un momento y tuvo que admitir:

—Seguramente no. Pero sea lo que sea, sigue siendo mi mascota. —Se arrodilló para que el amplio bolsillo de su delantal quedara abierto sobre el suelo—. Ven aquí, Twitch.

No había visto adónde había ido el animal a esconderse esta vez, por lo que tardó unos momentos en verle asomar el hocico por debajo de la caja de la harina. No tuvo necesidad de volver a llamarle. Tan pronto como la rata advirtió que Danny la esperaba, cruzó como un rayo la habitación para meterse en su bolsillo.

—¡Que me aspen! —exclamó Artie—. Sí, desde luego es su mascota.

—No sabía que una rata pudiera domesticarse —agregó Claire, asombrada.

—Ratón —murmuró Danny.

Claire soltó una risita. Fue un sonido exquisito. La mayoría de los presentes no lo habían oído nunca.

Los tres hombres fijaron los ojos en Claire. Jeremy arqueó una ceja con aire interrogante.

—¿Qué te has hecho, muchacha? Pareces... más dulce.

—Ahora es toda una belleza, ¿eh? —añadió Carlton.

Tal vez lo pensaba de veras, o quizá sólo se esforzaba por mitigar los celos de Jeremy.

Pero Claire no se sonrojó, probablemente porque no le creyó. Sin embargo sonrió y le dijo:

—No me atosigues con tonterías.

El cambio en la chica era realmente llamativo, pues la confianza en sí misma obraba milagros, suavizaba todas sus asperezas y le permitía coquetear sin tomárselo en serio. Además ya no andaba encorvada, y era verdad que tenía unos pechos grandes; fue lo primero en lo que Carlton se había fijado aquella mañana cuando vio a la “nueva”Claire. Gracias a unos pequeños cambios, como apartarse el pelo de la cara y vestirse con algunas de las blusas y faltas más bonitas que tenía escondidas en el fondo de su baúl, la muchacha presentaba un aspecto tan distinto, que apenas era reconocible.

Pero lo que le había dado el toque final era la confianza en sí misma, que le permitía sonreír e incluso reír a carcajadas, alterando su expresión y revelando una cara hermosa. No podía decirse que fuese una belleza despampanante porque su figura era más bien rellenita, pero en general era una chica bonita que ahora no tendría ninguna dificultad para atraer a los hombres.

Danny era la principal responsable de haber revelado el atractivo de Claire, y estaba orgullosa de ello. La noche anterior habían pasado varias horas juntas, primero en su habitación y después en la de Claire, charlando y riendo mientras cambiaban el aspecto de ésta. Habían establecido un vínculo. Ahora Danny sabía que tenía una amiga íntima y se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos esa amistad desde que se había ido de casa. Alguien con quien hablar de las cosas importantes. Alguien con quien compartir triunfos y fracasos.

—Niñas, tenéis que regresar al trabajo —dijo la señora Appleton, consciente de que el dueño de la casa todavía estaba allí—. Ya jugaréis con la mascota de Danny en otro momento.

Danny puso los ojos en blanco y se encaminó hacia su cuarto para dejar a Twitch en su caja. Su mascota debía de sentirse a gusto en su nuevo entorno, hasta el punto de atreverse a salir fuera de su habitación pese a ser un animal tan huraño.

Danny no esperaba que Jeremy la siguiera, a la vista de todo el mundo. Confiaba en poder hablar con él más tarde sobre su ataque de celos. Verdaderamente no estaba bien que dejara patente ante los demás que ella era su amante. No es que alguno de ellos no lo hubiera adivinado —bueno, tal vez la señora Appleton no lo sospechaba—, pero aun así era como si Jeremy le hubiera dicho a Carlton: «Quítale las manos de encima; es mía.»

De momento aquello había resultado bastante irritante para Danny, pero volviendo la vista atrás estaba contentísima de aquella muestra de sentido de posesión de Jeremy. Tal vez ella le importaba un poco más de lo que la sensualidad natural de su amante indicaba. Pero también cabía la posibilidad de que tuviera celos de todas sus mujeres.

Por desgracia, era más probable esto último. Al fin y al cabo, la mayoría de hombres perdían los estribos si otro hombre se insinuaba a una mujer con la que se estuviera acostando. Había sido una tonta al sacar una conclusión que no se correspondía con lo que era en realidad: sencillamente un instinto natural masculino.

—¿No tienes otras mascotas aquí dentro? ¿Serpientes? ¿Arañas? ¿Más ratas?

Danny se volvió y se encontró a Jeremy apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos y los tobillos cruzados. De modo que la había seguido. Y aquello tampoco estaba bien.

Respondiendo a su pregunta, Danny soltó un bufido.

—No es una rata, sólo un ratón muy gordo.

—Si tú lo dices, querida...

—Y es muy cobarde.

—Creo que todas las ratas son cobardes cuando seres cien veces más grandes que ellas las persiguen a escobazos.

Ella sonrió.

—Probablemente tienes razón.

Jeremy se le aproximó. Danny se sobresaltó. Su postura relajada había sido engañosa. Ahora veía la pasión, la intensidad de su mirada. Tuvo la impresión de que él aún no se había recuperado de ese ataque de celos. Y la fuerza con que le sujetó la cabeza justo antes de besarla lo demostraba.

No le hacía daño, todo lo contrario: la abrumaba con su pasión. Con la lengua le recorría la boca mientras bajaba las manos para alzarla por las posaderas a fin de que pudiera notar su excitación. Su agresión casi la amedrentaba, aunque también la emocionaba que la deseara tanto. Su pasión la hizo más atrevida, de modo que apretó una mano contra la parte posterior de su pelo oscuro mientras deslizaba la otra por su espalda hasta alcanzar casi la curva de sus nalgas para estrecharle todavía más fuerte.

Gimiendo de placer, Jeremy le levantó la falda y consiguió introducir una mano por la parte trasera de sus bragas. Se deslizó por debajo de ella hasta que pudo alcanzar su calor húmedo. Oh, Dios, la penetró con los dedos, una y otra vez, entrando y saliendo, con su muñeca firmemente apretada entre sus glúteos, al tiempo que por delante frotaba su erección contra ella. Danny se sentía tan perturbada por las sensaciones eróticas que gritó y tuvo un orgasmo a los pocos segundos. Si él no la hubiera sujetado tan fuerte contra sí, se habría derrumbado a sus pies.

Jeremy le pasó la boca por la mejilla hasta la oreja, y su lengua hurgó también en ella antes de decir:

—Quiero darte trocitos de queso en la cama. Podrás compartirlos con tu ratón. Quiero derramar champán sobre tus pechos desnudos y lamerlos hasta que tú o yo estemos borrachos. Quiero en volverte en sedas caras y cubrirte de joyas bonitas. Quiero pasar más tiempo contigo, Danny. —Se echó atrás, y en sus ojos se reflejaba su anhelo de posesión—. Sé mi amante. Te prometo que no te arrepentirás.

Incapaz de pensar en aquel momento, Danny no quiso responder a algo tan importante. Pero tampoco estaba dispuesta a echarlo, pese a que todos sabían que la había seguido hasta allí. Estaba demasiado excitada…

—Podrías cerrar la puerta —sugirió con voz ronca.

Jeremy se volvió para hacerlo, pero justo en ese momento apareció Artie.

—Su padre está aquí, y su tío. No sé si tienen buenas noticias para usted. Se están peleando como siempre, o sea que es difícil saber si traen buenas nuevas o no.

Jeremy suspiró, pero no por el comentario de Artie sino porque no había cerrado la puerta a los intrusos con la suficiente celeridad. El suspiro de Danny fue todavía más fuerte. Necesitaba sentarse. Necesitaba tomar un baño frío.

Jeremy no tuvo eso en cuenta cuando dijo:

—Vamos, Danny. Podrás oír de primera mano qué resultado ha

dado tu idea.

38

—¿Y qué papel habrías desempeñado en nuestra actuación? —preguntaba James a su hermano cuando Jeremy y Danny llegaron al salón—. Eres un hombre casado, ¿o llevas castigado tanto tiempo que lo has olvidado?

—Yo no estoy castigado —respondió Anthony—. Y nunca he olvidado que estoy casado con la mujer más hermosa de la creación.

—Siento no estar de acuerdo contigo, viejo —comentó James—. George es mucho más bonita.

—George es americana —observó Anthony, como si eso no contara.

James suspiró

—Hay que perdonar ciertas cosas, ¿sabes?

—Además —Anthony volvió al tema sobre el que habían estado discutiendo—, no me has entendido, como haces siempre. Creo que lo haces aposta, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Tratar deliberadamente de fastidiarte? ¿De dónde has sacado esa idea?

Anthony se echó a reír burlonamente.

—Yo no sugería que debería haber estado presente en la representación, porque, como muy bien has señalado, eso no habría ayudado en lo más mínimo. Lo que quería decir es que tendríais que haberme consultado antes de la función.

—¿Por qué?

—Porque Jeremy es mi sobrino. Porque es sabido que tengo momentos de genialidad y podría haber contribuido a resolver bien el asunto.

James puso los ojos en blanco.

—Si aún no hubiéramos decidido qué medidas tomar, probablemente te habríamos consultado... Pero teníamos un plan espléndido, de modo que no fue necesario recabar más sugerencias. ¡Y al diablo con tus genialidades! —añadió por si acaso.

Jeremy decidió que aquella era una buena ocasión para interrumpir su típica discusión.

—El plan fue tan espléndido como eficaz, espero.

James miró a su hijo y hasta sonrió.

—Desde luego, muchacho. Salió muy bien.

—A pesar de que no fui consultado —rezongó Anthony.

—¿De modo que Emily reconoció que ha estado mintiendo, —preguntó Jeremy a su padre.

—Mejor que eso, reconoció que aún es virgen. Tuvo un lapsus linguae, por así decirlo, pero era precisamente lo que esperábamos. A pesar de todo, estuvimos a punto de fracasar, porque nos acusó de conspirar contra ella por tu bien. Ella supo que era exactamente eso, pero por lo menos su padre no lo creyó, y pudimos convencerle del comportamiento nada virginal de su hija antes de que ésta llegara para negarlo. Además contamos con la ventaja añadida de que el padre ya conocía su tendencia a mentir, puesto que al parecer ha estado haciéndolo desde niña.

—No puedo creer que saliera tan bien —dijo Jeremy, sonriendo con alivio.

—Pudo haber fracasado —se vio obligado a admitir James—. Creo que tu amigo Andrew resultó el factor decisivo.

—¿En qué sentido?

—Si desde el principio no hubiera dicho a su padre que todavía quería casarse con Emily, Bascomb no se habría inclinado tan fácilmente a dudar de ella. Y si su padre se hubiera puesto de su lado en el asunto, quizás ella no habría perdido los estribos hasta el punto de cometer el desliz.

—¿Pese a que erais tres contra uno?

—Ni que hubieran sido diez contra uno. Tan pronto como pronunció la palabra «conspiración», surgieron dudas sobre nuestra veracidad. Pero Bascomb mencionó las probabilidades, y fue entonces cuando a ella el asunto se le escapó de las manos. Así pues, bastó con tres contra uno. Y ya sabemos a quién debes agradecérselo.

Danny se sonrojó inmediatamente cuando los tres pares de ojos se posaron en ella. Estaba encantada de que su idea hubiese dado resultado, de que Jeremy no tuviera que casarse con una mujer a la que no quería por esposa. De hecho, estaba encantada, porque si Jeremy seguía siendo soltero ella podría disfrutar de él algún tiempo más. Pero no le gustaba ser el centro de atención, y se sentía completamente abochornada.

—No ha sido « na» —murmuró.

—Nada —susurró Jeremy a su lado.

Danny le dio un pisotón.

—Eso también.

Él se dirigió a su padre:

—Desde luego, pienso regalarle un gatito como prueba de mi gratitud.

—¿Llamas a eso un regalo apropiado? —se burló Anthony, y se volvió hacia su hermano para añadir—: ¿Qué has estado enseñándole al muchacho?

—De hecho —Jeremy frunció el ceño pensativamente, y cambió de idea— los gatos no se llevan bien con las ratas, ¿verdad? Creo que será mejor un perrito.

Danny volvió a pisarle, esta vez mucho más fuerte.

—No te atrevas a mencionarles mi mascota -le susurró.

Pero James intervino:

—¿Qué diablos tienen que ver las ratas con eso? Y por una vez mi hermano tiene razón. Una joya bonita sería un detalle más apropiado, ¿no crees? A mí siempre me dio resultado.

—¿He oído bien? —exclamó Anthony—. ¿Has dicho que yo tenía razón?

—Procura que no trascienda —murmuró James.

Pero Jeremy, tras apartarse de Danny para protegerse los pies, explicó:

—Ella me tiraría las joyas a la cabeza. Esta chica no acepta regalos.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo James, mirando a Danny. —Entonces preguntó a Jeremy—: ¿Se debe a eso el que todavía lleva puesto un delantal?

Danny, muerta de vergüenza, perdió los estribos al oír eso y replicó con vehemencia:

—Soy yo quien toma mis decisiones, amigos. No intenten adjudicarme el título de amante. No lo soy ni lo seré nunca. Yo me pago los gastos y me divertiré como quiera.

—¡Muy bien dicho! —celebró Anthony—. Santo cielo, ojalá hubiera más mujeres que pensaran así. Pero no lo hacen, ¿sabes? Pensándolo bien, sólo un hombre es capaz de hacerlo.

Danny había vuelto a sonrojarse intensamente. Se llevó las manos a la cabeza y salió de la sala airadamente, exclamando:

—¡Malditos ricos!

—Vaya, no pretendía insultar a la chica —dijo Anthony.

—No lo has hecho —replicó Jeremy—. Simplemente no le gusta que le recuerden que se ha pasado los últimos quince años viviendo y pensando como un chico.

—¿De modo que James no me tomaba el pelo por una vez? —preguntó Anthony con curiosidad—. ¿Realmente se ha hecho pasar por un chico la mayor parte de su vida?

—Por propia decisión. Supongo que así evitó acabar en un burdel.

—Ah, fue por eso —asintió Anthony—. Una chica lista. Te debe de resultar muy difícil tratarla, si piensa igual que tú.

Jeremy se echó a reír.

—No sabes ni la mitad del asunto, tío Tony.

39

Flirtear con Danny resultaba a veces perjudicial para su salud, de modo que Jeremy decidió esperar hasta la tarde antes de abordarla otra vez. Además, eso le daba tiempo para encontrar un regalo para ella que le costaría trabajo rechazar. También tenía un plan para poder pasar algún rato juntos, pero tenía que escoger bien la hora de ponerlo en práctica.

Así pues, aquella tarde buscó a Danny y la encontró cambiando la ropa de cama de uno de los cuartos de huéspedes. ¡Santo Dios, qué difícil le resultaba estar cerca de ella a poca distancia de una cama! Un ardiente deseo se apoderaba de él en cada ocasión. En realidad no importaba que hubiera una cama disponible o no. Danny simplemente le producía ese efecto dondequiera que estuvieran.

Se quedó junto a la entrada y carraspeó para llamar su atención. Ella le miró y frunció el ceño. Era evidente que todavía estaba molesta con él por haber sacado a colación su relación delante de sus parientes, y probablemente le estaba reservando una buena reprimenda, pero fuera lo que fuese lo que iba a decirle, Danny lo olvidó en cuanto vio lo que Jeremy sostenía... en cada mano.

—¡Oh! ¿Por qué lo has hecho?—exclamó al acercarse, y le cogió el gatito blanco como la nieve de su mano izquierda—. No voy a quedármelo —agregó mientras se ponía el gatito junto a la mejilla para acariciarlo.

—No creí que lo hicieras —se limitó a decir Jeremy, conteniéndose para no sonreír.

Con los ojos puestos en el perrito que él llevaba en la mano derecha, Danny recalcó:

—Tampoco voy a quedármelo.

Y extendió la otra mano para cogerle el cachorro.

—Por supuesto que no —convino Jeremy.

Danny se dirigió a la cama para dejarlos allí. Los animalitos Se olfatearon por un momento, y luego el perrito se hizo un ovillo para dormir, mientras que el gatito se sentó a su lado y empezó a lamerse una pata. Eran casi idénticos de tamaño, y probablemente no tenían más que unas pocas semanas.

—Me han dicho que se llevan estupendamente si se los cría juntos —comentó Jeremy, acercándose por detrás para observar a los cachorros.

—¿Tú crees?

—Debería funcionar también con las ratas.

Danny emitió un gemido y protestó:

—Eres un hombre perverso, Jeremy Malory.

—Gracias. Lo intento.

Ella se volvió para mirarle.

—¿Y dices que los has comprado para ti?

—Es la verdad.

—Muy bien, entonces ¿no te importará que los cuide yo en tu lugar?

—No me importará en absoluto, cariño.

Ella le sonrió, se sentó en la cama y se puso el gatito sobre su regazo para acariciarlo suavemente.

—Son adorables, ¿verdad?

Lo único que a él le parecía adorable aquellos días era ella. Pensándolo bien, ni siquiera se había fijado en otra mujer desde que había puesto los ojos en Danny. Pero para no soliviantarla, puesto que todavía tenía otros planes que proponerle, se limitó a asentir con la cabeza.

—A pesar de que me gustaría mucho ponerte elegante para salir una noche por la ciudad —dijo sin darle importancia—, se me ocurrió que necesitaríamos una «carabina», lo cual no entraba en mis planes. De modo que he organizado una agradable comida en el campo.

—Ya ha pasado la hora del almuerzo, por si no lo sabías.

—Pero no la hora de la cena, ¿verdad? ¿Y quién dice que las comidas campestres son sólo para almorzar? Estaba pensando en una merienda, junto a un estanque bonito, con flores perfumando el aire. No me digas que no es una buena manera de celebrar algo. Y me debes una celebración. Conseguiste sin ayuda rescatarme de los abismos del infierno. Pero si tú no crees que eso sea motivo de celebración, yo sí, y preferiría hacerlo contigo. Así pues, ¿qué te parece una merienda campestre?

—Me parece muy bien. No he ido nunca a ninguna. ¿Hay algún estanque en la ciudad?

—Estaba pensando en algo un poco más apartado, donde no seamos molestados por gente que me reconozca. Y sé de un hermoso lugar en las afueras de Londres que no queda nada lejos. Ya he ordenado que venga el coche, y la señora Appleton ha accedido a vigilar a los cachorritos en la cocina hasta que vuelvas. También ha preparado un cesto de comida. Así pues, coge la chaqueta y vámonos.

Jeremy abandonó el cuarto antes de que a ella se le ocurriera alguna razón para no acompañarle. Treinta minutos después dejaban Londres atrás. Jeremy sólo había mentido un poco sobre la distancia que iban a recorrer. El estanque que tenía pensado estaba a más de una hora de trayecto pero cerca de una posada. Su padre solía pasar la noche allí cuando regresaba de Haverston si se le había hecho tarde. Y tener una posada cerca era crucial para los planes de Jeremy, puesto que esperaba pasar la noche allí con ella.

Pero en realidad Danny no reparó en el tiempo que tardaban en

llegar a su destino, ya que nunca había viajado en el pescante de un coche y disfrutaba admirando el paisaje. Además Jeremy se ocupó de mantener una conversación intrascendente, contándole cómo había removido cielo y tierra a fin de encontrar las dos mascotas para ella. Pero en realidad el gatito procedía de una camada de la casa de Reggie y el perrito, de otra camada de la residencia de Kelsey. Las damas lo habían comentado cuando le llevaron a comprar su mobiliario.

El estanque era un lugar precioso en aquella época del año, con flores de mil colores salpicando el paisaje circundante y varios patos nadando en sus aguas, uno de ellos seguido por tres patitos. Y la señora Appleton se había superado pese a haber contado con tan poco tiempo: la comida era variada y deliciosa, y había incluido unas botellas de vino.

Merendaron, rieron, incluso tuvieron alguna conversación trascendente. Pese al empeño de Jeremy en mantener un ambiente relajado, por alguna razón hablaron de proyectos vitales, y Danny se puso seria cuando confesó:

—Tuve un objetivo hace muchos años, pero era poco realista, porque no podía cumplirlo.

—¿Cuál?

Estaba tendida sobre la manta que habían desplegado a la orilla del agua, con la cabeza recostada sobre el muslo de Jeremy. Sostenía en una mano el tallo de una margarita que hacía girar lentamente, y una copa de vino en la otra.

—Quería llevar a los pequeños a un ambiente más estable.

—¿Los que vivían contigo? —preguntó él, pasándole despreocupadamente los dedos por los rizos del cabello.

—Sí. Había sentido muchísimo no haber ido a la escuela, y me - figuré que a los demás niños les pasaría lo mismo. Quería proporcionarles instrucción y alimentos, para que ya no tuviesen que robar.

—Lo que deseabas era fundar un orfanato de verdad para ellos.

Los dedos de Jeremy bajaron hasta su mejilla, y desde allí subieron al lóbulo de la oreja y el cuello, tocándola siempre como quien no quiere la cosa. Sin embargo, la vio estremecerse y dejar caer la margarita sin darse cuenta. Danny tardó un momento en contestar.

—Bueno, era demasiado joven entonces, y no fue más que una aspiración que tuve durante un año o dos —concluyó, encogiéndose de hombros.

Jeremy vaciló antes de hablar, pero finalmente le dijo:

—¿Me dejarías organizar para ti un sitio como ése?

Ella frunció el ceño.

—¿Quieres decir que lo pagarías?

—Algo así.

—Eso sería un regalo, ¿no crees? Y estaría obligada a demostrarte

mi gratitud. No, no es tu objetivo. Era el mío, aunque ni siquiera ahora sé cómo podría conseguirlo. Por lo menos, no con el sueldo de una criada.

Él tosió y dijo:

—Podría aumentarte el sueldo.

Danny se echó a reír.

—No lo harás, a menos que les subas el sueldo a todos. Ya me has hecho un regalo a la fuerza, amigo. Lo aceptaré por esta vez, pero no vuelvas a hacerlo, ¿eh?

Jeremy le cogió la mano libre y se la llevó a la boca para mordisquearle los dedos.

—Me lo pones muy difícil, cariño. Siento el impulso irrefrenable de darte cosas, ¿sabes? —Se metió uno de los dedos de Danny en la boca y lo chupó por un momento—. No sé por qué. Nunca antes me había dominado un impulso semejante. —Le mordisqueó la yema del segundo dedo—. Y resulta bastante frustrante..., no, de hecho, muy frustrante, pensándolo bien.

Danny le miró, y dijo con voz algo entrecortada:

—Tú no sientes ese impulso.

—¿Y cómo puedes saberlo, si probablemente nunca lo has sentido?

—En realidad sí —admitió ella—. Cada vez que veía algo apetecible, siempre pensaba que a Lucy probablemente le gustaría también. Desde luego, eso me ocurría porque la quiero. Ha sido como una madre, una hermana y mi mejor amiga. ¿De modo que lo que tratas de decirme a tu extraña manera de ricachón es que me quieres?

—Por todos los santos, si no has averiguado eso todavía, creo que te estrangularé. Mejor aún...

Arrastrándola hacia arriba hasta que la cabeza de Danny quedó apoyada sobre su brazo, bajó la boca hacia la suya, saboreándola intensamente, a conciencia, con un deseo apasionado que no podía controlar. Le encantaba probar su sabor, le encantaba tocarla, sentirla temblar entre sus brazos como hacía ahora. Empezó a desabrocharle la blusa, pero la sutileza y la paciencia le estaban abandonando, por lo que le rodeó el pecho con la mano a través de la ropa. Ella le puso una mano en la mejilla. Eso le encendió más si cabe, y además su gemido...

Recurriendo a los restos de fuerza de voluntad que le quedaban, Jeremy separó los labios de los suyos.

—¡Maldita sea! De no ser porque nos aguarda una confortable cama en la posada vecina, te haría el amor aquí mismo, sobre la hierba. Creo que ha llegado el momento de irnos, cariño, lo creo de veras.

40

Ya era casi de noche cuando recogieron los restos de la merienda y regresaron al coche de Jeremy. Lo poco que quedaba del sol poniente estaba escondido detrás de un grupo de nubes espesas y los árboles que flanqueaban el camino. De no haber sido por esos árboles, que servían de valla, tal vez se habrían salido de la carretera, puesto que el carruaje no había sido diseñado para excursiones por el campo, por lo menos no de noche.

Sin embargo la posada, bien iluminada, era como un faro a lo lejos, y cuando por fin llegaron a ella Jeremy volvió a relajarse. No mencionó qué podría haber sucedido en el camino, donde los bandoleros predominaban de noche, o el menor giro equivocado habría podido hacerles caer en la cuneta. Dormir en un coche descubierto junto a la carretera habría sido un pésimo desenlace para un día tan agradable como aquél.

Subieron a su habitación cogidos del brazo. Danny no había preguntado por qué se alojaban en una posada en lugar de regresar a Londres. Tampoco preguntó por qué Jeremy había reservado sólo una habitación para los dos. Probablemente había sido consciente de los peligros del camino, pero en cuanto a la habitación única, o estaba tan ansiosa de hacer el amor como él, o simplemente entendía que no importaba allí en el campo, donde nadie les conocía.

Lo cual no era exactamente el caso. El posadero reconoció a Jeremy y le llamó por su nombre. A través de los años se había hospedado allí un número de veces suficiente para que el hombre se acordara de él. Uno de los huéspedes que se encontraban en la sala le reconoció también, o pareció hacerlo. De hecho, aquel sujeto miraba a Danny, y con una expresión que indicaba que estaba viendo un ángel... o un fantasma.

Pero la pareja no reparó en ello, y de nuevo la diplomacia de Jeremy le abandonó en cuanto hubo cerrado la puerta a su espalda. Encender las lámparas podía esperar. Desnudarse por completo podía esperar también. Jeremy casi echó a Danny sobre la cama y la besó tan intensamente, que ella no habría podido emitir ni una sola queja. Pero no se quejaba lo más mínimo. De hecho, Jeremy no sabía cuál de los dos estaba más encendido de deseo.

A Danny, la falta de control de Jeremy le resultaba increíblemente erótica. Él se despojó de la chaqueta y la arrojó. Ella llevaba la suya sobre el brazo y la dejó caer cuando Jeremy la echó sobre la cama. Éste se desabrochó los puños de la camisa y se la quitó abotonada por la cabeza. Danny se apresuró a desabrocharse la blusa, temiendo que él se la arrancara sino lo hacía. Jeremy le bajó la camisola, le sujetó ambos pechos y hundió la cabeza entre ellos con un gemido. Le chupó uno hasta que ella le suplicó clemencia. Sin dejar de besarla y chuparla, Jeremy le recorrió con su ardiente boca el escote y se detuvo

en el cuello. Entonces se le acercó al oído y le susurró con voz ronca:

—Tócame. Me encanta cuando me tocas.

Se puso boca arriba y la sentó sobre sus muslos para facilitarle la tarea. Las manos de Danny se movieron sobre su pecho, pellizcándole las tetillas suavemente. Jeremy gimió cuando ella se inclinó para lamerle una y se excitó tanto que estuvo a punto de hacerla caer. Tras arremangarle la falda, introdujo las manos en sus bragas y le sujetó el trasero, presionándole la pelvis contra su erección. Pero eso a ella no le bastaba, no era más que una provocación. Quería sentirle dentro, duro, caliente y bien hundido. Ya no podía esperar más.

Sus gemidos así lo manifestaron. Jeremy la cogió del pelo con una mano, le acercó la boca hacia la suya al tiempo que se colocaba encima de ella y le quitaba las bragas con la otra mano. Entonces Danny vio cumplido su anhelo: él estaba en su interior ardiente, hundiéndose profundamente en sus entrañas, y ella estalló a su alrededor, succionándole aún más adentro; gritos de placer se escapaban de sus labios mientras él seguía empujando una y otra vez, hasta que su propio grito resonó en la habitación.

El corazón de Jeremy todavía latía con fuerza. Sin lugar a dudas, ése había sido el orgasmo más espectacular de su vida. ¿De modo que era eso lo que ocurría cuando uno debía reprimir su deseo durante horas y horas?

No, ya había experimentado antes esa espera. Pero nunca había sido así. Era Danny. Por alguna razón, ella le afectaba como ninguna otra mujer lo había hecho nunca. Y no sólo en las relaciones sexuales. Ese anhelo de estar con ella a cada momento del día, cuando sabía demasiado bien que no podía hacerlo, le causaba una frustración tan grande que no sabía cómo superarla.

Jeremy no estaba dispuesto a separarse de ella ni siquiera por un momento, pero finalmente terminó de desvestirse. Incluso se levantó y encendió algunas lámparas, pues aún era temprano y no estaba nada cansado.

—No hemos traído nada con que dormir —señaló Danny cuando él se reunió con ella en la cama.

—No es cierto —repuso Jeremy, volviendo a atraerla hacia sí—. No sé tú, pero yo voy a dormir en tus brazos. Puedes intentar dormir en los míos.

—Si crees que eso dará resultado, supongo que confiaré en tu criterio. Se acurrucó contra él para sentirse cómoda—. Me resulta extraño estar en una posada sin tener que robar a los huéspedes.

Jeremy soltó una risita.

—No tengo que encerrarte aquí dentro, ¿verdad? ¿Podrás controlarte mientras estamos aquí?

—Me lo estoy pensando. Al fin y al cabo los huéspedes arman ruido cuando descubren que les han robado. Creo que no me gustaría que el alboroto me despertara.

No dijo nada más. Jeremy esperó casi un minuto y luego levan w

la cabeza para ver si Danny sonreía. No lo hacía, ni siquiera un poco.

—Lo has dicho en broma, ¿verdad?

—Claro que sí, amigo —le aseguró ella—. Pero ya que has sacado el tema del control de sí mismo, deberías aplicarte el cuento.

—Ni hablar. Ya me haces esperar demasiado. Un poco más y creo que me volveré loco.

Danny soltó un bufido.

—No, no lo harás, y no me refería a esa clase de control. Me refería a tus celos.

—¡Celos! —exclamó él, y añadió con indignación—: No he estado celoso en mi vida.

—¿Entonces por qué has despedido a Carlton esta mañana, eh?

—Ah, eso —dijo Jeremy encogiéndose de hombros—. Fue, fue..., bueno, fue..., hum..., no sé qué diablos fue eso, pero desde luego no fue...

—Sí lo fue. Y fue ridículo. Ni siquiera te detuviste a averiguar por qué estaba sentada encima de él antes de despedir al pobre muchacho. Deberías confiar en mí, Jeremy, porque la única forma de que esto funcione para nosotros es que sólo funcione para nosotros. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Ni lo más mínimo.

Danny emitió un prolongado suspiro.

—He hecho una excepción contigo. Si empiezo a hacer el amor con cualquier otro, entonces me habré convertido en lo que jure que nunca sería jamás. Así pues, no habrá ningún otro hombre para mí. Cuando hayamos terminado, esperaré a casarme con algún tipo, y lo haré sin pedirle a nadie su opinión, y espero que nadie me las pida.

Él la atrajo más hacia sí.

—Danny, cariño, dudo muy seriamente que llegaremos a separarnos nunca.

Ella no respondió de inmediato. Jeremy contuvo la respiración hasta que la oyó decir:

—A menos que me ofrezcan un trabajo mejor.

Jeremy se incorporó. Ella le hizo tenderse otra vez.

—Hablaba en broma, amigo. Vaya, conoces la diferencia, ¿no?

Él frunció el ceño.

—Creo que conozco la diferencia, y no hablabas en broma ni lo más mínimo. ¿Qué trabajo podría tentarte a alejarte de mí?

Volvió a dar la impresión de que Danny no iba a contestarle, pero finalmente suspiró y dijo:

—El de esposa y madre. No lo he ocultado nunca. Quiero tener una familia propia. Tú ya tienes una familia, muy extensa, por lo que no anhelas tener otra nueva. Pero con el tiempo me iré para realizar mis

objetivos.

Jeremy la estrechó contra sí, con más fuerza de la necesaria. No le gustaba que ella le recordara sus objetivos, pero ese «con el tiempo» podía distar años, incluso era posible que no llegara nunca, por lo que no iba a preocuparse ahora que su relación marchaba tan bien.

Un poco después confesó:

—No sé cómo puedo contener lo feliz que soy ahora.

Danny había estado adormilándose, pero al oír eso se despertó por completo. Se incorporó para mirarle.

—¿Lo eres de verdad?

—No lo habría dicho si no lo fuera. Pero me gustaría que empezaras a compartir mi cama en casa. Ahora el personal ya conoce lo nuestro. Lo he dejado perfectamente claro esta mañana, ¿no es cierto?

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Si me dices que esa estupidez fue deliberada, te pellizcaré... muy fuerte.

—Bueno, no fue deliberado en absoluto. —Y entonces sonrió—. Pero ha dado bastante buen resultado, ¿no crees?

——Creo que es mejor que dejemos las cosas como están. Tú sigues tratando de convertirme en tu amante. Ya basta. Te he expuesto mis condiciones. Serán siendo siempre las mismas.

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con dormir juntos cada noche, dormir, Danny. Me gusta mucho tenerte entre mis brazos.

Ella le sonrió y volvió a acurrucarse en la cama.

—Es muy agradable, ¿verdad? Tendré que pensármelo. —Y luego, cuando empezaba a sentirse vencida por el sueño, murmuró—, eres un camisón de noche estupendo, amigo, de veras.

41

Una posada no era un buen sitio para hacerlo. Tyrus llegó a esa conclusión cuando al dar la medianoche las luces seguían encendidas en la habitación de la muchacha. Todavía no podía creerse que hubiera vuelto a encontrarla, cuando había ya perdido la esperanza de hacerlo. Después de visitar a aquel noble se había sentido muy confiado en que esta vez terminaría el trabajo. Pero luego comprobó que la chica no estaba donde había pensado que estaría, allí donde la había visto acudir el día que la había seguido. La habían echado y no sabían adónde se había ido. Y Londres era demasiado grande como para albergar esperanzas de volver a toparse con ella, de modo que ya se había rendido.

Sin embargo, no había regresado para decírselo al lord, no quería reconocer que había fracasado otra vez. ¡Pero había vuelto a encontrarla! Y esta vez no estaba dispuesto a perderla; terminaría el trabajo esa misma noche.

Había supuesto que tendría que esperar unas horas, por lo que había birlado una botella de ron de las existencias del posadero para llevársela a su habitación. No se había figurado que la pareja no estaba allí para dormir, aunque debería haberlo imaginado. La muchacha se había convertido en una mujer espléndida, igual que su madre. Y el caballero que la acompañaba no le había quitado las manos de encima.

Con todo, tendrían que dormir en algún momento. Dudaba que regresaran a su lugar de origen en plena noche. De modo que esperó, y esperó. Aproximadamente cada diez minutos abría su puerta lo suficiente para ver si todavía se filtraba luz por debajo de la puerta de la habitación que ocupaban.

Era una lástima que la chica estuviera con Malory. Esa familia era tan célebre que hasta él había oído hablar de ella. El problema no residía en que todos eran sumamente ricos, sino más bien en que eran hombres con los que no convenía tener cuentas pendientes. Había oído decir que eran excelentes tiradores, maestros en el campo de duelo, en el cuadrilátero... y en las correrías nocturnas. Así pues, trataría de no hacer daño a ese tipo; sólo le golpearía lo suficiente para dejarle fuera de combate.

Aunque, dada su mala suerte, probablemente mataría también a Malory. Pero no si mataba antes a la muchacha. Tan pronto como estuviera muerta, su buena suerte regresaría.

Danny tuvo ese sueño aquella noche, el sueño malo. No debería haberlo tenido. Sólo la asediaba cuando estaba nerviosa por algo, asustada o

simplemente intranquila, y nada de eso le sucedía esa noche. Pero se despertó, como solía ocurrirle, cuando el bastón caía sobre su cabeza.

Después de un escalofrío para sacudirse la pesadilla, se volvió para estrecharse más contra Jeremy. Por una vez tenía a alguien que la consolara. No era que quisiera despertarle. El mero hecho de estar junto a él, tocándole, era suficiente consuelo.

Pero estaba lo bastante despierta como para oír nítidamente los suaves golpecitos en la puerta y una voz de mujer que preguntaba:

—Jeremy, ¿estás ahí?

Danny se puso rígida. Varias cosas acudieron a su mente, ninguna de ellas agradable. Y no tuvo ningún reparo en sacudir a Jeremy para despertarle.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Se incorporó de inmediato.

—Detrás de la puerta hay una chica que te llama —dijo Danny en tono de enfado.

—¡Y un cuerno! Estarías soñando.

Pero desde la puerta volvió a oírse:

—Jeremy, te estoy oyendo. ¿Estás decente para que entre?

—¡Oh, cielos! —exclamó Jeremy, sorprendido—. ¿Amy?

—De modo que la conoces, ¿eh?

El tono de Danny era lo bastante irritado como para que él adivinara sus pensamientos.

—No es lo que crees. Se trata de mi prima.

—Sí, seguro —repuso Danny, poniéndole los dos pies en el costado y empujándole fuera de la cama.

—Maldita sea —dijo él, sosteniendo el equilibrio para no caerse al suelo—. Es mi prima, de veras.

Frotó un fósforo para volver a encender la lámpara situada junto a la cama. La exclamación de Danny hizo que se volviera hacia ella, y luego hacia el hombre al que la joven estaba mirando. Parecía de mediana edad, aunque tenía el pelo completamente gris y largo, recogido en la nuca con un tallo de paja. ¿Sería paja? Era alto y delgado e iba vestido como un mendigo, con la ropa raída y llena de agujeros.

Cuando la llama del fósforo cobró vida, el hombre se quedó inmóvil a pocos metros del lado de la cama que ocupaba Danny, y parecía tan asombrado como ellos. Sostenía una porra en una mano y una almohada en la otra, que probablemente pensaba utilizar para meter en ella las pertenencias robadas. Apestaba a alcohol, una señal de que no pensaba con claridad.

—¡Amy! —gritó Jeremy—. Aléjate de la puerta, porque voy a lanzar algo a través de ella... a menos que lleves una pistola, en cuyo caso puedes entrar y usarla.

—No llevo armas —replicó la mujer—. Pero Warren sí. Está en-

cerrando nuestros caballos en la cuadra. Llegará enseguida.

Jeremy ya estaba rodeando el pie de la cama para atrapar al intruso. Al oír mencionar las armas una expresión de pánico apareció en los ojos del hombre, que se dispuso a saltar a través de la cama para llegar hasta la puerta y salir huyendo. Danny le atrapó un pie cuando saltaba sobre ella, pero se le escapó. El hombre cayó de bruces al suelo al otro lado de la cama, pero no se quedó allí. Ágil para su edad, se levantó y salió corriendo por la puerta.

Jeremy salió tras él, sin reparar en su desnudez. Danny se apresuró a ponerse la falda y la blusa para poder seguirles. La puerta estaba abierta de par en par. La mujer que se encontraba en el pasillo no asomó la cabeza al interior. Si de verdad era la prima de Jeremy, esperaba allí fuera pero se había vuelto de espaldas.

Jeremy regresó justo cuando Danny terminaba de vestirse. Parecía contrariado, lo cual la hizo reír.

—¿De qué diablos te ríes? —preguntó él, en un tono tan molesto como su expresión.

Aquello se había convertido en una comedia de errores tal, que no pudo evitar decir:

—Acabas de perseguir a ese ladrón por el pasillo completamente desnudo.

—¡Y me has escandalizado! —gritó Amy con indignación desde el pasillo.

—Si antes me hubiera puesto los pantalones el tipo habría huido —señaló Jeremy de forma lógica.

—¿Y te ha servido de algo perseguirle desnudo? —preguntó Danny—. ¿Lo has atrapado?

—No —murmuró Jeremy—. Ha bajado las escaleras como una bala, rodando, pero ¡maldita sea!, se ha levantado y ha seguido corriendo. Me he detenido porque no pienso ir correteando por el campo desnudo, muchas gracias, especialmente sin las botas puestas.

—Olvídate de las botas, ¿ya te has puesto los pantalones? preguntó Amy.

Jeremy, con gesto de resignada impaciencia, cogió los pantalones que Danny le acercaba. Al cabo de unos momentos dijo hacia la puerta:

—Ya puedes entrar, primita, y dime qué diablos estás haciendo aporreando mi puerta en mitad de la noche.

Amy asomó la cabeza por la abertura y, al ver que estaba medio decente con los pantalones en su sitio, entró y dijo malhumorada:

—No he aporreado la puerta. Debes saber que he sido muy discreta.

—Tiene razón —agregó Danny, convencida ahora de que aquella mujer era su prima.

El tono que Jeremy había empleado y cómo la había llamado casi

la había persuadido. Pero al ver a la mujer ya no albergó ninguna duda. Tenía el mismo pelo negro que Jeremy, los mismos ojos azul cobalto con la misma forma ligeramente almendrada. Además, era asombrosamente hermosa. ¿Era así toda su familia?

—¿Qué estás haciendo aquí, Amy? —quiso saber Jeremy—. Y por cierto, ¿cuándo regresasteis a Inglaterra tú y Warren?

—Llegamos esta tarde, o mejor dicho, ayer por la tarde. Y tuve el presentimiento...

—¡Dios mío!, no importa —la interrumpió Jeremy, con desagrado—. Olvídate de lo que he preguntado. No quiero oír hablar de eso.

—Oh, cállate —dijo Amy mientras se acomodaba en una de las butacas que contenía la habitación.

Jeremy miró a su alrededor en busca de su camisa, puesto que la había tirado al suelo cuando se la quitó. Hacía todo lo posible por no hacer caso de su prima. Danny se sentó en la cama, teniendo la sensación de que no iba a poder dormir en un buen rato.

—Atracamos esta tarde, o mejor dicho, llegamos en un bote de remos. Seguramente el barco de Warren todavía espera autorización para atracar. Pero nada más poner pie en tierra, he tenido el extraño presentimiento de que estabas metido en algún problema. De modo que hemos ido directamente a casa del tío James, donde nos hemos enterado de que has adquirido tu propia residencia mientras estábamos fuera, por lo que no te encontrabas allí. Por cierto, ¿cómo te va con tu nueva casa?

—Muy bien, gracias. No le habrás hablado a mi padre de tu presentimiento, ¿verdad?

—No, no me he contenido para no hacerlo. Pero esperábamos encontrarte en tu nueva residencia urbana. Me he inquietado mucho cuando me han anunciado que habías salido a pasar el día fuera. Pero por lo menos has tenido la presencia de ánimo suficiente para decir a tu ama de llaves dónde ibas a alojarte, por si alguien te quería.

—¿Qué clase de problema imaginabas, Amy?

—Ninguno en concreto y, de hecho, se trataba más de un peligro que de un problema. No tenías previsto afrontar nada de esa naturaleza, ¿verdad?

—¿Algo peligroso? No, no tengo anotado en mi agenda nada parecido para esta semana.

Amy le dirigió una agria mirada por aquella irónica respuesta.

—No te burles. Ya sabes que mis presentimientos nunca yerran. De haber sido una ligera sospecha no habría arrastrado a Warren hasta aquí cuando deberíamos estar en casa...

—Desde luego que lo habrías hecho.

Ella chasqueó la lengua con reprobación y siguió diciendo:

—Pero éste era un presentimiento intenso. No estará planeando matarte o algo por el estilo, ¿verdad?

Danny parpadeó, porque la mujer la miraba directamente mientras decía eso, y con bastante recelo. Jeremy se echó a reír.

—Me mata de placer, pero aparte de eso, no —consiguió decir entre risitas—. Ésta es mi... amiga, Danny. Danny, te presento al diablillo de mi prima, Amy.

—¿Es así como se las llama ahora? —dijo Amy, poniendo los ojos en blanco.

—No sabía bien cómo definirla—se defendió Jeremy—. Se niega a ser mi amante y tampoco quiere ser mi pareja. Sólo quiere ser mi amiga. Bueno, y mi criada. Insiste en ganarse el sustento.

Amy sonrió a Danny.

—Es alentador. Una sirvienta que no aprovecha la oportunidad de holgazanear. Encantada de conocerte, Danny.

Danny saludó brevemente con la cabeza. No le gustaba que hablasen de ella con tanta franqueza. Y era la primera vez que oía decir a Jeremy que la consideraba una «amiga. Ella no le llamaría un amigo, pero entonces ¿cómo le calificaría, ya que era mucho más que su patrón? ¿Su pareja sexual? ¿Su cómplice en el placer? ¿Acaso existía algún nombre para designar su relación particular?

—No ocurre nada malo, primita, salvo que tu llegada ha impedido que nos robaran —aseguró Jeremy a su prima.

—¿De modo que eso era todo?

—Sí. No exactamente un suceso peligroso, puesto que ese tipo sólo llevaba una porra. Pero tú le has impedido actuar, por lo que presumo que era ése tu presentimiento.

Amy no pareció muy convencida de momento, pero luego admitió:

—Supongo que habría podido despertarte, se habría producido una refriega y habrías podido resultar herido. Sí, supongo que debía de tratarse de eso.

—¿Significa eso que ahora podremos dormir un poco? —dijo Warren al entrar en la estancia.

—Bienvenido a casa, compañero —saludó Jeremy, obsequiando a su primo político con una alegre sonrisa. Y explicó a Danny—: Éste es el segundo Anderson que ha emparentado con mi familia, siendo la primera su hermana, George...

—Georgina —le corrigió Warren por costumbre.

—Quien se casó con mi padre —prosiguió Jeremy—. Warren era uno de los hombres más amargados del planeta, y ahora es uno de los más felices, gracias a mi prima.

Amy se levantó e hizo una reverencia.

—Me atribuyo todo el mérito.

Warren era muy alto. Danny no vio en él demasiado parecido con su hermano Drew, exceptuando la estatura y el pelo castaño dorado que ambos tenían en común. Los ojos de Warren eran de color verde lima, y estaban llenos de afecto cuando miró a su esposa.

—Ésta es mi amiga Danny—dijo Jeremy presentándola a Warren.

—¿Otro nombre de varón? —replicó éste, sacudiendo la cabeza . ¿Qué os ocurre a los Malory para que seáis tan propensos a poner a vuestras mujeres apodos masculinos?

—¡Éste no se lo he puesto yo. -Jeremy sonrió—. Es su verdadero nombre, aunque yo creo que es la abreviatura de Danielle.

—No lo es —murmuró Danny.

—¿Y cómo lo sabes si no puedes acordarte? —replicó Jeremy.

—Lo sé —insistió ella.

Su tono lacónico instó a Warren a sugerir:

—Creo que todos deberíamos dormir un poco.

—¿Has conseguido una habitación? —preguntó Amy.

—Al otro lado del pasillo.

—Espléndido. —Amy se dirigió a Jeremy—: Te veremos por la mañana entonces. Podemos regresar a la ciudad juntos. Y quiero saber todo lo que ha sucedido mientras he estado fuera.

Warren se llevó a su esposa antes de que se le ocurriera algo más que decir y cerró la puerta tras ellos. Jeremy volvió a meterse en la cama junto a Danny.

—¿Estás bien? —le preguntó con cautela.

—¿Por qué no debería estarlo?

—Bueno, entiendo que no estás acostumbrada a ser la víctima de un robo. No resulta muy agradable, ¿verdad?

—No me censures por lo que me he visto obligada a hacer todos estos años. Nunca me gustó robar. Lo detestaba.

—Pero lo hiciste de todos modos.

—Yo vengo de los suburbios, amigo. ¿Té das cuenta de las pocas posibilidades que tienen las mujeres que no saben leer ni escribir, que ni siquiera saben hablar correctamente?

—Comprendo por qué te repugna tanto esa «palabra» —respondió, con cuidado de no mencionarla.

—Bueno, pues eso es lo que la mayoría de ellas terminan haciendo: prostituirse o robar.

Jeremy le puso un brazo sobre los hombros.

—No es eso lo que te ha afectado en este momento. Admítelo. Ser victima ha hecho que te des cuenta de lo que todas tus víctimas debieron sentir

Ella revolvió los ojos, irritada.

—Ni mucho menos, amigo. Y no nos han robado, ni lo habrían hecho. Estaba despierta. Habría oído a ese ratero andando de puntillas por la habitación si antes no hubieran llamado a la puerta, o le habría olido. Apestaba a ron, por si no lo has notado. Estaba condenado a fracasar. Un buen ladrón sabe que no debe robar cuando está

borracho.

—Muy bien, dejaré de hacer suposiciones. —Suspiró—. ¿Qué te ha irritado?

—No estoy irritada. Simplemente me he dado cuenta, al escucharte, de que lo nuestro no tiene definición. Me has llamado tu amiga, pero has vacilado antes de decirlo. En realidad no tienes ese concepto de mí, ¿verdad?

—Bueno, si consideras la definición de esa palabra, pues sí, claro que lo tengo. ¿Qué es un amigo sino alguien de quien te sientes próximo, alguien con quien te gusta estar, alguien en quien poder confiar y con quien compartir placeres? —Sonrió con malicia—. Desde luego, no la clase de placeres que nosotros compartimos, pero ya comprendes la idea. Bueno, no es que seamos los mejores amigos... todavía. Pero nos vamos acercando.

Danny, sorprendida, le preguntó:

—No estarás tomándome el pelo, ¿verdad?

Jeremy la acostó en la cama para poder inclinarse sobre ella.

—Nunca bromeo sobre nosotros, Danny. Bien, no te he hecho demasiadas confidencias, aparte de las cosas que puedas haber oído decir de mí. De modo que te contaré un pequeño cotilleo. Amy es mi mejor amiga, y la verás con frecuencia, puesto que viene a visitarme a menudo... cuando Warren no se la lleva a América. Me gustaría que llegaras a conocerla mejor. Te caerá bien. De hecho, es imposible que te resulte antipática. Es un cielo. Pero nunca apuestes con ella, acerca de nada.

—¿Por qué?

—Porque jamás pierde.

—¿Tan afortunada es?

—No, tiene mucho talento. Son esos «presentimientos» que tiene. Nunca se equivoca con ellos. Así pues, estás advertida. Si quiere apostar contigo sobre cualquier cosa, sal corriendo.

42

Jeremy había tenido razón acerca de Amy Anderson. Resultaba imposible que no cayera simpática. Era vivaz, deliciosamente franca, divertida y capaz de hablar sin parar. Danny se sentó en el coche al lado de Amy mientras Jeremy las conducía de regreso a Londres, y Warren montaba a caballo junto a ellos. De alguna manera Amy había conseguido arrancar a Danny el relato entero de su vida, por lo menos todo lo que podía recordar, incluidos sus objetivos. Y Amy no se había sorprendido lo más mínimo, simplemente se había mostrado interesada. Amy dirigió algunas miradas a la espalda de Jeremy, y Danny no tuvo más remedio que preguntarse si él las estaba escuchando. Pero en ningún momento intervino en la conversación, de modo que lo dudaba.

Se acercaban a las afueras de Londres cuando Amy dijo de repente:

—Nos están siguiendo.

Jeremy detuvo el coche de inmediato, demostrando que había estado escuchando, aunque Danny no había dicho nada que el no supiera ya.

—¿Quién? -preguntó Jeremy a su prima, y al darse cuenta de que no podía saberlo, agregó—: ¿Pretenden hacernos daño?

Danny se disponía a señalar que Amy no podía saber eso tampoco cuando la dama respondió:

—Sin lugar a dudas.

Danny se sintió realmente incómoda en aquel momento, mientras Warren se alejaba para tratar de descubrir a quienquiera que les siguiera o se ocultara junto al camino. Ella había tenido la misma sensación de que alguien les seguía, pero la había descartado porque la había experimentado en más de una ocasión desde que se trasladó al centro de la ciudad, y no había ocurrido nada. Pero como Amy tenía el mismo presentimiento, y su familia confiaba tanto en su pálpitos, Danny se preguntó si debería mencionar que no era ésa la primera vez.

Optó por callarse. Si alguien andaba tras ellos, no tendría nada que ver con la persona que por dos veces Danny creyó que la seguía por la ciudad y que sin duda debía de ser ese matón del que Lucy le había hablado, el tipo que había intentado localizarla. Quienquiera que les siguiera ahora no tenía nada que ver con ella, probablemente se trataba de algún bandolero que había perdido la oportunidad de detenerles antes de que se acercaran demasiado a la ciudad.

Efectivamente, Warren regresó sacudiendo la cabeza, no había encontrado a nadie. Amy volvió a relajarse y anunció:

—Ha pasado el peligro. Creo que les has ahuyentado, Warren, quienesquiera que fuesen.

Reanudaron su camino como si nada extraordinario hubiera sucedido. Eso divirtió a Danny. Los dos hombres aceptaban las declaraciones de Amy como si estuvieran escritas en el evangelio. Ella dijo que ya no corrían peligro y ellos dejaron de preocuparse.

Jeremy dejó a Danny en casa antes de llevar a Amy a la suya. Mencionó que probablemente tardaría en volver, puesto que tenía algunos asuntos que resolver, como por ejemplo contratar a unos carpinteros para una de las propiedades de su tío que requería algunas reformas.

Danny emprendió de inmediato su tarea de limpieza como si no hubiese pasado la noche fuera con el dueño de la casa. No se había acumulado demasiado polvo durante su ausencia, por lo que terminó su trabajo antes de cenar. Jeremy regresó hacia esa hora e interrumpió su cena llamándola al comedor, donde él estaba despachando la suya.

—Siéntate, cariño. ¿Ya has cenado?

—Estaba haciéndolo.

—Entonces ve a buscar tu plato y acompáñame.

Danny se había sentado junto a él y no tenía intención de levantarse.

—Sabes que eso no es correcto.

Jeremy suspiró.

—En ese caso no te entretendré. Sólo quería hacerte saber que estaré fuera el fin de semana.

Ahora fue ella quien suspiró.

—Ya sabes que no tienes por qué ponerme al corriente de tus actividades.

—¿Por qué vuelves a levantar un muro entre nosotros? Creía que habíamos convenido que somos amigos. Y los amigos se cuentan lo que se proponen hacer.

Danny bajó la mirada para esquivar sus ojos. ¿Estaba ella haciendo eso? ¿Tratar de poner más distancia entre ellos para preparar su marcha? Probablemente. No iba a resultar fácil alejarse de Jeremy Malory. Pero cuanto antes lo hiciera, menos le dolería.

Para apartar ese desagradable pensamiento, dijo:

—¿Y qué te propones hacer, amigo?

—Aparte de asistir a la fiesta en la residencia de lord Crandle, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que se te ocurra.

—¿Crandle? ¿No es allí donde desplumaron a Percy?

Jeremy no contestó. Se levantó, se situó detrás de su silla y puso a Danny de pie. Y antes de que ella supiera lo que se disponía a hacer, la estaba besando tan intensamente que se le doblaron las rodillas. No supo cuánto tiempo siguió besándola. Danny Perdió la capacidad de pensar, como solía ocurrirle cada vez que probaba su sabor.

Ella le puso los brazos al cuello y le besó a su vez. La apartó de sí, y Danny adivinó al momento que estaba enfadado.

No lo había notado en el beso, pero ese enfado estaba presente tanto en la expresión de Jeremy como en su tono de voz cuando le advirtió:

—Esto ocurrirá cada vez que te hagas la indiferente conmigo. No vuelvas a hacerlo. No me gusta nada.

Danny no había estado fingiendo indiferencia con respecto a los planes de Jeremy para el fin de semana, sino que había tratado desesperadamente de disimular lo que él la hacía sentir siempre que se le acercaba. Ya debería haberse dado cuenta de que su empeño era inútil.

Molesta consigo misma y con él, por el modo que había elegido para hacerse entender, le clavó un dedo en el pecho.

—No estaba fingiendo nada. Sólo trataba de no abalanzarme sobre ti y arrastrarte a tu habitación. He pensado que antes querrías terminar de cenar.

Él la miró parpadeando y luego se echó a reír.

—Cielos, no, puedes abalanzarte sobre mí siempre que quieras, cariño mío.

Danny soltó un bufido.

—Siéntate, amigo. El impulso ya ha pasado. Y puedes contarme por qué vas a ir a una fiesta a la que es probable que acuda lord Heddings.

Jeremy chasqueó la lengua en son de reproche, pero volvió a sentarse.

—Porque es probable que esté allí, desde luego.

Ella frunció el ceño.

—Vas a intentar sorprenderle robando, verdad?

—En efecto. Aparte de lo que le hizo a Percy, ese hombre robó a mi familia. Si no me ocupo yo de que le detengan, entonces mi padre intervendrá y le matará. En el fondo, estoy seguro de que Heddings preferiría mi propuesta.

Danny puso los ojos en blanco, confiando en que sólo estuviera exagerando acerca de su padre.

—¿Se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de que no actúe solo? ¿Qué utilice a otros para que roben en su lugar?

—Estás pensando como un ladrón, querida. Piensa como un lord…

—Precisamente. ¿Se arriesgaría un lord a hacer personalmente el trabajo sucio cuando puede contratar a otros para que lo hagan mientras él, tranquilamente sentado, espera el botín? Me refiero a que ese hombre tiene sirvientes que deambulan por la casa con pistolas durante la noche. Eso debería decirte algo.

—Eso fue bastante insólito, ¿verdad?

—Es más bien cuestión de un mayordomo normal acostumbrado a la visita de tipos de la peor calaña a altas horas de la noche... y no me refiero a nosotros, por supuesto —creyó oportuno añadir.

—Naturalmente. Pero espero que no. Preferiría pillarle con las manos en la masa. Sería mucho más satisfactorio.

Danny suspiró.

—¿Tendrás cuidado?

—¡Ajá! —exclamó Jeremy de inmediato—. Por fin vas a admitir que te preocupas por mí, ¿eh?

—Ni hablar, —amigo rezongó ella—. Es mi sueldo lo que me preocupa. —Y agregó bromeando—: Quizá deberías pagarme antes de asistir a esa fiesta de fin de semana.

—Al contrario, te haré pagar a ti por ese comentario.

Y cumplió su promesa con mucho gusto.

43

Danny había dejado encendida la lámpara de su habitación, a baja intensidad, pensando en los animalitos. Se los había llevado a la cama, pero como no esperaba que durmieran toda la noche con ella, les dejó algo de luz por si querían jugar un poco antes de volver a echarse.

Fue la cola del gatito, meneándose contra su mejilla, lo que la despertó del sueño, pero no lo bastante pronto. Revivió otra vez aquella experiencia, el garrote cayendo sobre su cabeza, luego el repentino dolor. No había sentido nunca dolor hasta entonces en su sueño, tan sólo el recuerdo... ¡Santo Dios!, no estaba soñando.

Él volvió a blandir el garrote. Danny le vio con claridad, un hombre de mediana edad, canoso y despeinado, con los mismos ojos oscuros y asesinos. Él era el hombre que le había hecho daño, el que había alterado su vida y le había robado los recuerdos. No le había reconocido en la posada, pero ahora le resultaba evidente que era el hombre de su pasado. Y todavía intentaba matarla...

No pudo moverse con rapidez, pues le estorbaban las sábanas pero consiguió esquivar el segundo garrotazo, que oyó estrellarse contra la almohada. Pensando que no podría eludir el siguiente golpe si no salía de la cama, trató de liberar los pies, pero temió quedar más enredada todavía, e indefensa. De modo que la única posibilidad real era luchar contra él y arrebatarle el arma.

Se volvió para tratar de interceptar el siguiente golpe, pero de repente apareció Jeremy y derribó al intruso. Le asestó un puñetazo tras otro. Danny nunca le había visto tan violento. Parecía resuelto a matar al hombre con los puños desnudos.

—No creo que sienta ya los golpes —dijo ella.

Jeremy la miró. Había levantado al hombre del suelo cogiéndole por el cuello, para que cada puñetazo impactara directamente en su rostro. Ahora le dejó caer y fue hasta Danny. Le alzó la cara y la observó atentamente.

Su voz denotó su inquietud cuando preguntó:

—¿Dónde te ha golpeado?

—En la cabeza, pero creo que he amortiguado el golpe con cl brazo cuando he tratado de apartar el gatito de mi mejilla.

Jeremy le examinó la cabeza y vio formarse una pequeña hinchazón. Ella hizo una mueca cuando se la tocó, pero no dijo nada. Empezaba a sentir punzadas, aunque no muy fuertes. De hecho le dolía más el antebrazo.

—La piel no se ha abierto —le dijo él—. Probablemente te dolerá un poco la cabeza durante un par de días. Debe de haber hielo en la casa

para aplicártelo. Haré que Artie lo traiga en cuanto se haya deshecho de esta basura.

Se encaminó hacia la puerta para llamar al mayordomo, pero regresó junto a la cama y finalmente se sentó a su lado para estrechar la entre sus brazos.

—No puedo creer lo que acaba de ocurrir —dijo—. Pero estas bien, ¿verdad? Dime que estás bien.

—Estoy bien. Pero ¿cómo sabías que él estaba aquí?

—No lo sabía. Me despertó un ruido, seguramente los pasos de él deambulando por el piso de arriba. Pero nada más abrir los ojos he pensado en ti, calentita y cómoda en tu cama, y me he sentido muy solo en la mía. Amy debía de tener razón. El hombre nos siguió desde la posada.

—Me siguió a mí —le corrigió Danny—. Si estaba en el piso de arriba, era para encontrarme. Es el mismo hombre que trató de matarme cuando era una niña, el mismo que asesinó a mis padres.

Él la miró, incrédulo.

—¿No sabías eso cuando le viste en la posada?

—No, no le reconocí entonces, pero sí esta noche al verle con el garrote levantado sobre su cabeza. Sin embargo, en la posada debí adivinar que no había entrado a robarnos. Últimamente había tenido la sensación de que alguien me seguía por la ciudad, pero me las arreglé para despistarle.

—¿Hasta que volvió a encontrarte en la posada y nos siguió hasta aquí?

—Eso parece.

—¿Crees que intentaba eliminarte porque sabía que podías reconocerle?

—¡Si no pude! No me acordaba en absoluto de él hasta esta noche.

—Pero él no sabía eso, ¿verdad?

—No. ¡Cuidado! —gritó cuando el hombre apareció detrás de la espalda de Jeremy.

Jeremy se volvió, pero la advertencia de Danny debió de disuadir al intruso, porque en lugar de atacarles salió corriendo por la puerta... y chocó contra Artie, el mayordomo, que soltó una interjección. Jeremy se precipitó a la puerta, dijo a Artie que capturara al tipo y regresó junto a Danny.

No estaba dispuesto a dejarla sola con un loco rondando por la casa.

—Artie le atrapará. Puede llegar a ser bastante despiadado cuando tiene motivos.

Danny creyó que la confianza de Jeremy era un tanto exagerada, hasta que cl mayordomo volvió y anunció:

—Está muerto.

—Maldita sea, Artie -se quejo Jeremy—. Quería interrogarle, no enterrarle.

—No le he matado yo -repuso Artie, encogiéndose de hombros—. Se ha lanzado por la ventana que había roto para entrar en la casa y ha caído sobre un trozo de vidrio afilado.

Danny se echó a llorar. Lo hizo en silencio y volvió la cabeza para que los dos hombres no la vieran. Afortunadamente, Jeremy se fue con Artie para hacerse cargo del cuerpo y llamar a las autoridades por lo que tuvo tiempo para controlar sus emociones. Pero no lo consiguió, las lágrimas siguieron brotando, porque se daba cuenta demasiado tarde de que aquel tipo habría podido decirle quién era ella en realidad. Pero ahora era imposible.

44

—Vendrás conmigo y no se hable más—dijo Jeremy.

—Te vuelves muy tonto cuando estás preocupado, amigo —replicó Danny—. Aquel tipo actuaba solo. Nadie más va a entrar aquí para intentar matarme.

—No lo sabes con certeza, ¿o has recordado algo más?

Estaban en el dormitorio de Jeremy. Éste hacía el equipaje para pasar el fin de semana en la mansión de Crandle. Por la mañana casi había decidido no ir, por lo muy preocupado que todavía estaba por Danny. Pero luego razonó que Crandle no solía organizar muchas reuniones, sólo unas pocas por temporada, de modo que transcurriría mucho tiempo hasta que se le presentara otra oportunidad de observar a Heddings y, con algo de suerte, pillarle en alguna fechoría. Danny tuvo que convencerle otra vez de que estaba bien y que no debía cambiar de planes a causa de ella.

Creía haberlo conseguido. Él había estado de acuerdo. Pero al parecer no del todo, puesto que acababa de hacerla llamar a su habitación para informarle de que iba a acompañarle.

—No he recordado nada más -le dijo Danny, contestando su pregunta.

Pero aún estaba muy sorprendida porque aquella mañana, al despertarse abrazada a Jeremy, había recordado su propio nombre de pila. Lo había pronunciado en voz alta:

—Me llamo Danette. —Y se había echado a reír—. Es muy distinto a Danielle, ¿eh? Pero no me llames así. Suena demasiado extranjero para mi gusto.

—Me parece un nombre muy bonito —había dicho él.

—Qué lástima. Pero es mío y prefiero olvidarlo otra vez.

Sin embargo, no estaba dispuesta a olvidarlo. Y ahora albergaba la esperanza de que acudieran a su mente más recuerdos. ¿Sería porque había recibido otro golpe en la cabeza? ¿O quizá porque se había encontrado cara a cara con su peor pesadilla? Fuera cual fuese el motivo, ahora tenía la seguridad de que recordaría más detalles.

—De todos modos vendrás conmigo—insistió Jeremy—. ¿O prefieres limpiar la casa a asistir a fiestas?

Danny soltó un bufido ante su lógica.

—Prefiero ser realista, si no te importa. Yo no encajo en esas fiestas y tú lo sabes. Recuerda el alboroto que armaste porque asistí a ese baile.

—Pero allí te portaste de maravilla.

—¿S? ¿Y qué tiene que ver eso con otra fiesta? Además, no tengo ropa conveniente. Sólo tengo ese vestido de baile...

—Que servirá perfectamente.

—¿Para dos días? Ni muerta me verá tu alta sociedad llevar la misma ropa dos días seguidos, amigo.

—Habrá estado en el único baúl que logramos rescatar después de que se cayeran todos al río. Muy comprensible.

Danny le miró, y luego se echó a reír.

—¿Quién se tragaría ese disparate?

—Cualquiera a quien se lo contara. ¿No crees que los miembros de la alta sociedad están expuestos a incidentes como que el que por ejemplo, se suelte de las correas y baje por una pendiente hasta caer al río Te aseguro que los mismos contratiempos que aquejan al pueblo llano afectan también a las capas altas.

El muy canalla se salió con la suya. Pese a todas sus objeciones, fue capaz de rebatirlas todas, engatusarla, incitarla y, si no, convencerla con amenazas a su manera prepotente de ricachón.

La última advertencia de Danny fue:

—¿Sabes, amigo?, si no dejas de obligarme a hacerme pasar por una dama, podría gustarme y entonces me propondría encontrar un marido rico en lugar de contentarme con uno respetable.

Pero eso tampoco dio resultado, porque él se limitó a responder con indiferencia:

—No he matado a nadie últimamente. Supongo que voy retrasado.

Eso la hizo callar de inmediato. Bromeaba, por supuesto, pero aun así a Danny no le gustó aquella frase, que le recordaba demasiado al padre de Jeremy. A fin de cuentas, él era hijo de James Malory, y aunque básicamente no era más que un sinvergüenza adorable, como le había definido su prima, Jeremy podía estar ocultándole una faceta bien distinta de su personalidad.

—No pensé nunca que llegaría a ver el día, Jeremy, de que te enamoraras —comentó Amy.

Amy y Warren habían acudido con Jeremy y Danny a la fiesta de lord Crandle. Lo habían decidido cuando Jeremy pasó a pedirles prestado el coche y le recordaron que « Danielle» debería llevar una acompañante.

—Ni hablar, primita —replicó Jeremy—. No va a ser así.

Amy le miró con ironía.

—No me digas que vas a ser el último en enterarse.

Entonces se echó a reír, lo cual hizo que él apretara los dientes. Estaban bailando, la primera oportunidad que tenían de hablar a solas desde que ella había regresado a Inglaterra. Un trío de músicos había empezado a tocar después de la cena, y mientras Warren mantenía ocupada a Danny enseñándole a jugar a cartas, Jeremy había dejado que Amy lo sacara a la pista de baile.

Lord Hedding no había comparecido todavía, y era posible que no lo hiciera. Amy había accedido a hacer de “cebo” luciendo algunas de sus mejores joyas a lo largo de toda la visita. Aunque de poco iba a servir eso si finalmente el ladrón no aparecía.

—¿Lo ves? Ni siquiera puedes apartar los ojos de ella durante dos minutos —dijo Amy en tono triunfal, como si acabara de convencerle.

Jeremy soltó un bufido y contesto:

—Es una preciosidad. Desde luego, voy a mirarla siempre que tenga ocasión. Tendría que ser ciego para no querer hacerlo.

—Está bien que la quieras,¿sabes? Viene de buena familia.

—Suponiendo que fuese a quererla, me importaría un comino de dónde viniera. ¿Y cómo diablos sabes lo de su familia? No, da igual. Olvida mi pregunta.

—No te preocupes, no es ninguno de mis « presentimientos». No hay más que mirarla, escucharla, para saber que recibió una buena educación en su infancia.

Jeremy estalló en carcajadas y dijo:

—No estarías diciendo esto, primita, si la hubieras oído hablar hace sólo unas semanas. Parecía salida directamente de los barrios bajos, y de hecho de allí procedía.

—Precisamente —repuso Amy en un tono triunfal—. ¿No creerás realmente que una vagabunda podría aprender a hablar tan bien en sólo unas semanas, verdad? A menos que de pequeña hubiese hablado de ese modo. Esto fue lo que me dijo, que su amiga Lucy le enseñó a hablar como un golfillo. ¿Nunca te has preguntado donde se crió antes de ser adoptada por esa chusma?

—Desde luego que sí, pero es lo único que puedo hacer, porque ni siquiera se acuerda de su nombre completo. Y está convencida de que sus padres fueron asesinados por ese bastardo que intentó matarla. De lo contrario habrían removido el cielo y la tierra para encontrarla. Así pues, aunque recupere la memoria, no tiene a nadie con quien volver.

—No estés tan confiado —le advirtió Amy, enojada—. Podría tener pariente lejanos distintos a los que has inventado para ella. Y aunque no los tenga, eso no significa que vayas a retenerla como tu criada para siempre. Esta chica tiene objetivos, Jeremy, por si no lo sabías, y tú sólo le has proporcionado uno de ellos al darle un trabajo.

—Ya conozco sus condenados objetivos —gruñó él—. Maldita sea, ¿acaso te contó toda su vida en el viaje de regreso a Londres ese día?

Amy le sonrió.

—Ya sabes que tengo el don de hacer que la gente se abra. Conmigo no hay evasivas que valgan.

—Por desgracia.

—No sé por qué pones tantos reparos a lo que es evidente, pillín. Y tú podrías proporcionarle sus otros dos objetivos, aunque, pensándolo bien, no se te puede calificar precisamente de respetable, ¿no crees?

—Amy fingió un suspiro—. Olvida lo que he dicho.

Jeremy frunció el ceño. No soportaba que Amy se burlara de él. Al igual que sus dos tíos más insignes, le encantaba ensañarse con sus víctimas.

Por fortuna, un cambio de terna entró andando por la puerta.

—Ah, ahí está por fin —dijo Jeremy.

Amy siguió su mirada.

—¿Lord Heddings?

—Sí. Por qué no vas a presentarte, primita, y dejas que eche un buen vistazo a todas esas chucherías que llevas puestas? A ti y a Warren os han asignado una habitación, verdad? Dudo que se arriesgara a entrar a hurtadillas en una habitación ocupada por varios invitados.

—Sí, tenemos nuestra propia habitación. Crandle ha llegado a un acuerdo con sus dos vecinos más cercanos para que alojen a los huéspedes que no caben en su mansión. Es una suerte que hayamos llegado temprano, de lo contrario probablemente nos alojaríamos en otra casa. ¿Entiendo que tú compartes un dormitorio con otros caballeros?

—Por supuesto. Con media docena de solteros más, según el último recuento. Y han instalado a Danny con las señoritas solteras. No tuve en cuenta eso cuando la traje. —agregó con el ceño fruncido.

—No, te preocupes, se las arreglará muy bien.

Jeremy echó una mirada por la sala, pues acababa de comprobar que Danny ya no se encontraba donde la había dejado, en las mesas de juego con Warren. No la veía por ningún lado. Entretanto, Heddings se encaminaba hacia las mesas de juego.

—Intercéptale antes de que se siente a una de las mesas. Tiene por costumbre pasarse toda la noche jugando. Voy a ver adónde ha ido Danny.

Había ido a acostarse, según Warren. ¿Tan pronto? Había mencionado que tenía dolor de cabeza, lo que hizo que Jeremy se sintiera como un canalla, por haber olvidado el golpe que había recibido Danny. Ella le había asegurado que se encontraba bien, pero probablemente era tan experta mintiendo como robando.

Subió precipitadamente las escaleras para ir a verla. Siendo tan temprano, era probable que estuviera sola en la habitación que compartía. Llamó a la puerta. Danny abrió la puerta, todavía vestida; seguramente acababa de subir.

—¿Por qué no me dijiste que todavía te dolía la cabeza? —la reprendió con cierta aspereza.

—Porque no me dolía. Lo que me ha producido jaqueca ha sido intentar concentrarme en las cartas.

La miró con desconfianza.

—Tú no me mentirías, ¿verdad?

—Claro que sí. A los ladrones se les da bien, ¿sabes?

Jeremy frunció aún más el ceño. Danny soltó una risita.

—Era una broma, amigo. Vaya, estás susceptible últimamente.

Él suspiró y se apoyó en el marco de la puerta.

—Me han dicho que Crandle tiene un jardín muy hermoso. Esperaba poder enseñártelo más tarde.

Ella arqueó una ceja.

—Eso sería más indicado durante el día, ¿no crees? Así vería lo que quieres enseñarme.

—Bueno, no necesitas ver nada para esto.

De pronto extendió un brazo, la arrastró contra sí y le cubrió la boca con la suya. Quería devorarla, pero se contuvo a duras penas. El beso fue sensual, le encantaba su sabor. Y ella besaba con todo el cuerpo, no sólo con la boca, estrechándose contra él.

Jeremy se apartó bruscamente. No quería perder el dominio de sí mismo y llevarla a la cama, pues podían comparecer sus compañeras de habitación. Pero cuando retrocedió estaba temblando.

—Lo siento —dijo—. No debería haber hecho esto.

—No, no deberías —replicó Danny, jadeando.

Jeremy gimió para sus adentros y estuvo a punto de abrazarla otra vez. Pero se hundió apresuradamente las manos en los bolsillos y desechó el tema de los besos y de cuánto deseaba hacerle el amor en aquel preciso instante.

—Heddings ha aparecido por fin —anunció.

—Bueno, todo ha salido bastante bien, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Si no sabe que estoy aquí, no me buscará por la mañana. Repasará mentalmente a los invitados antes de entrar a hurtadillas en alguna de estas habitaciones. Si es que lo intenta.

—¿Todavía no crees que lo hará?

—Creo que es demasiado listo para cometer el robo personalmente —razonó Danny.

—No estoy de acuerdo. No creo que pueda resistir la tentación.

—Pero piensa a lo que se arriesga si le pillan.

—Precisamente. A algunos hombres ese riesgo les parecería algo emocionante. Pero admitiré que ambos podemos tener razón. Es posible que no se arriesgue a menudo. Sin embargo, con las joyas de Amy como cebo, hay más probabilidades de que lo intente. Ella viaja mucho estos días, al estar casada con un capitán de barco. De modo que, si quiere sus alhajas, tendrá que cogerlas en cuanto se le presente la ocasión.

—Pero ¿cómo va a saber que Amy no suele venir mucho a Inglaterra?

—Porque ella misma se lo dirá, querida. Amy es casi tan buena como Reggie a la hora de conspirar. Va a mencionar que, aunque ella y Warren acaban de llegar, se marcharán otra vez dentro de pocos días. Incluso va a insinuar la posibilidad de que no vuelvan, pues Warren ha estado hablando de una nueva ruta comercial que no pasa por Inglaterra. Y mañana dejará las joyas en su habitación. De modo que será ahora o nunca

Danny se encogió de hombros y admitió:

—Bueno, si es tan estúpido, como he dicho antes es una suerte que yo haya subido antes de que me viera. Me quedaré aquí arriba por la mañana y estaré pendiente de sus movimientos. Si va a robar, será después de asegurarse de que todos los invitados se encuentran abajo.

Jeremy sacudió la cabeza.

—No serás tú quien le capture, querida, sino yo. Si sube aquí por la mañana, le concederé unos minutos y luego le seguiré…

—Pero si actúa con rapidez, quizá no lo encuentres en el cuarto de Amy. Dar con él en el pasillo o en su propia habitación no demostraría nada, ¿verdad? La sincronización tendría que ser perfecta.

—La desaparición de las joyas será una prueba suficiente.

—No si las esconde en alguna parte. Incluso podría tirarlas por la ventana que hay al final del pasillo para que las recogiera uno de sus cómplices. Al fin y al cabo Amy las echará en falta, lo que significa que habrá un registro. De modo que no las llevará encima.

—Maldita sea, estás sugiriendo demasiadas posibilidades. ¿Tienes que pensar como un ladrón?

Danny le sonrió.

—Puedes capturarle como pretendías hacer. Pero yo me quedaré aquí arriba para indicarte la dirección que ha tomado.

—¿Y te perderás el resto de la reunión?

—En primer lugar, yo no quería estar aquí, amigo. Pero no me perderé nada. Si no ha actuado antes del mediodía, bajaré a almorzar. No pienso morirme de hambre para atrapar a tu ladrón.

45

A la mañana siguiente, Danny habría lamentado su decisión de esperar arriba, porque sintió hambre al poco de despertar. Como se había acostado temprano, se desveló antes que cualquiera de las jóvenes damas con las que compartía la habitación, y probablemente antes que todos los demás huéspedes. Así pues, aprovechó la ocasión para bajar a comer algo y regresó a su dormitorio sin tropezarse con nadie más que los sirvientes.

Utilizó el mismo pretexto de la jaqueca para permanecer en la habitación cuando las demás chicas empezaron a despertarse unas a otras para bajar a desayunar. No habían traído a sus criadas consigo, y al parecer estaban acostumbradas a ayudarse a vestirse en las reuniones de fin de semana como ésa. Y todas sentían envidia de Danny: habían oído los rumores de que Jeremy Malory la cortejaba y los vieron confirmados al saber que había llegado en compañía de él y sus parientes.

Tuvo que escuchar cómo cada una de ellas hablaba con entusiasmo de lo guapo que era y afirmaba que era el soltero más elegible de toda Inglaterra. Se contuvo para no echarse a reír. Soltero, desde luego. Elegible, ni hablar.

Una vez sola de nuevo, se acomodó junto a la puerta para poder oír las idas y venidas en el pasillo mientras los demás invitados se dirigían al piso de abajo. No estaba dispuesta a tenderse en el suelo para ver pasar los pies como había hecho en casa de Heddings, porque una de las jóvenes podía volver a buscar algo y golpearle la cabeza con la puerta. Pero se sentía segura dejando ésta un poco entreabierta. La habitación de Amy estaba justo al otro lado del pasillo, de modo que por la rendija veía perfectamente el único dormitorio que importaba.

Y no tuvo que esperar mucho. Un caballero bien vestido y de mediana edad apareció en su campo de visión. Era alto y de aspecto distinguido, con el pelo negro que se tornaba plateado en las sienes. Se detuvo frente a la puerta de Amy, miró a ambos lados del pasillo e hizo girar el pomo. Al no encontrarla cerrada con llave, rápidamente se metió dentro.

Danny estaba asombrada. Realmente no había creído que fuese tan estúpido, pero Jeremy tenía razón. A menos que ése no fuera lord Heddings. ¿Pero quién más podía ser? Había conocido a la mayoría de los demás invitados la víspera durante la cena, y ese hombre no estaba entre ellos. Iba demasiado bien vestido para ser un sirviente. Y su cautela antes de entrar en la habitación indicaba claramente que no llevaba buenas intenciones.

Escuchó con atención por si Jeremy subía la escalera, pero no se oía ningún otro ruido procedente del pasillo. Esperaba que no concediera a Heddings demasiado tiempo. No estaba segura de que

debería hacer si el lord salía de la habitación de Amy antes de que llegara Jeremy. ¿Y si éste no había visto al hombre subir al piso de arriba? Heddings iba a salirse con la suya si Jeremy no se apresuraba. Cierto que ella podría acusarle, pues al fin y al cabo le había visto entrar en el dormitorio. Pero ¿de qué serviría eso si él se deshacía antes de las joyas?

La puerta de enfrente volvió a abrirse silenciosamente. El hombre no abandonó la habitación de inmediato; primero miró pasillo arriba, y luego giró la cabeza para mirar al otro lado. Al no ver a nadie, prácticamente salió volando de ese cuarto y cerró la puerta, dejándola como la había encontrado, antes de alejarse apresuradamente por el pasillo, fuera de la vista de Danny.

Ella disponía sólo de segundos para decidir qué hacer. Quizá podría detenerle el tiempo suficiente para que llegase Jeremy.

Salió al pasillo y dijo:

—Espere, lord Heddings.

El hombre se volvió para mirarla. Ella encaminaba el pasillo para ver si había algún mueble o recipiente donde pudiera haber escondido temporalmente las joyas. No había nada, ni tan siquiera un jarrón. Y la ventana situada al final del corredor estaba aún muy lejos, de modo que debía llevar las joyas encima.

Pero entonces se dio cuenta de que el caballero la miraba con incredulidad. Así que iba a hacerse el inocente, ¿no? Danny resopló para sus adentros. Debería haber esperado a que ella le acusara de verdad.

Eso fue lo que hizo, advirtiéndole:

—Ríndase, milord. Sé lo que ha hecho.

—¿De manera que tampoco esta vez ha podido acabar contigo? —replicó Heddings en un tono enfurecido—. ¿Ha sido tan incompetente como lo fue quince años atrás? Pero sea lo que sea lo que te haya dicho, no podrás demostrarlo.

Danny se quedó pasmada. Le costaba trabajo respirar. Heddings no se refería al robo que acababa de cometer. Hablaba del hombre que había intentado asesinarla, por dos veces, y de su propia implicación en el asunto.

Y entonces no pudo respirar de verdad, porque de repente el hombre le rodeó el cuello con las manos, y apretando fuerte, gruñó:

—Terminaré la faena yo mismo.

Danny trató de aflojar los dedos que le cortaban el aliento, pero pronto los suyos perdieron toda la fuerza. Una bruma le nublaba la visión. Lo último que vio fue el odio en sus ojos...

Jeremy apareció por una esquina al final de las escaleras. Se sintió aliviado al ver Danny de pie en el pasillo delante de Heddings, de espaldas a él. Había advertido a la muchacha que se mantuviera al margen. Estaría bien, muy bien, que ella le hiciera caso de vez en cuando.

Casi había llegado hasta ellos cuando Danny cayó desplomada a los pies de Heddings.

—¿Qué diablos...?

—Se ha desmayado —le explicó Heddings . Ha mencionado que aún no ha comido nada hoy y apenas lo hizo ayer. Iré a buscar sales aromáticas.

Jeremy se arrodilló para levantar a Danny y llevarla a una cama, pero no pudo evitar ver las marcas de color rojo que rodeaban si cuello. La emoción le dejó sin respirar, pero luego exhaló un grito desgarrador. Estrechó su cuerpo sin vida contra el pecho. Se meció con ella. El dolor le destrozaba. No había sentido una pérdida semejante desde que falleció su madre.

—¿Jeremy? —dijo Warren con vacilación, poniéndole una manen el hombro.

Jeremy levantó la vista. No podía ver a Warren con claridad a través de las lágrimas.

—La ha matado se limitó a decir con voz ahogada.

Warren se inclinó y trató de quitarle a Danny, pero Jeremy no la soltó, siguió balanceándose con ella en sus brazos. Warren dijo de nuevo con vacilación:

—Jeremy, no creo que esté muerta. Aún está caliente.

Jeremy se puso rígido. Miró el pecho de Danny, pero no se movía. Acercó un oído a su boca y oyó un sonido apenas perceptible de respiración.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó y, aliviado, la estrechó aún con más fuerza.

Esta vez Warren no vaciló lo más mínimo y dijo abruptamente:

—Por el amor de Dios, Jeremy, no la dejas respirar. Suéltala.

Eso sacó a Jeremy de su abstracción. Y una emoción distinta se apoderó de él, una emoción tan primitiva que le absorbía por completo.

—Ocúpate de ella -dijo dejando a Danny en los brazos de Warren—. Yo me ocuparé de él.

—Ya le has descubierto, y haciendo algo más que robar. Dejemos que las autoridades...

Warren no se molestó en terminar la frase porque Jeremy ya no estaba allí. Corría por el pasillo hasta la única habitación cuya puerta estaba abierta. Heddings se disponía a saltar por la ventana. Jeremy se abalanzó sobre él y lo metió dentro con tanta fuerza, que el hombre fue a caer al otro lado de la habitación. Pero en lugar de levantarse, Heddings se sacó de un bolsillo la pistola que había ido a buscar en una de sus bolsas, el motivo por el que no había huido inmediatamente.

Jeremy no reparó en el arma; estaba demasiado obcecado en arremeter de nuevo contra Heddings. Oyó el silbido de la bala al rozarle. No pudo pasarle por alto, pero aun así no hizo caso, completamente

dominado por aquella cólera primitiva.

Se abalanzó sobre Heddings, le arrancó la pistola de la mano y empezó a golpearle. Quería hacerle daño, no dejarle sin sentido ni matarle, aunque en aquel momento no le importaba que fuera ése el resultado. El hombre debía pagar por haber lastimado a Danny, era el único pensamiento que Jeremy tenía en la cabeza.

Tuvieron que separarle de su víctima. Warren era probablemente el único hombre que habría podido conseguirlo, dada la furia que todavía cegaba a Jeremy, pero también estaban presentes otras personas, atraídas por el ruido del disparo. Jeremy no había matado a Heddings. Sin embargo, le había roto varios huesos y le había desfigurado el rostro lo suficiente como para que no volviera a tener el mismo aspecto.

Jeremy dejó que Warren explicara lo sucedido a los demás invitados y fue en busca de Danny. Warren la había acomodado en su propio dormitorio. Amy estaba allí, sentada junto a ella en la cama. Y Danny estaba incorporada, frotándose el cuello. Convencido ahora de que estaba fuera de peligro, Jeremy descargó parte de la ira que todavía le dominaba contra ella.

—¿Le has acusado, verdad? —dijo con irritación.

—Bueno, sí, pero creyó que le acusaba de otra cosa.

—¿A qué te refieres?

Antes de que pudiera responderle, Amy se levantó y dio un empujón a Jeremy.

—Ahora no es el momento de interrogarla. Abre los oídos Jeremy. ¿No te das cuenta de lo débil y ronca que tiene la voz?

Él miró a Danny. La rojez en el cuello iba desapareciendo, pero probablemente le aparecerían moraduras al cabo de pocas horas. Arrepentido, se arrodilló a su lado y le cogió una mano para llevársela a los labios.

—Lo siento. Amy tiene razón. Necesitas dar descanso a tu garganta. No hables por ahora.

—Hablaré si quiero, amigo.

Jeremy se puso las manos en la cabeza al oír aquel comentario testarudo. Pero Amy sugirió con razón:

—Deberíamos dejarla sola para que repose.

Jeremy no quería dejarla sola ni un segundo, deseaba llevarla de vuelta a casa para poder cuidar de ella. Con todo, aceptó el consejo de su prima. Y aún tenía que hablar personalmente con el juez, a fin de cerciorarse de que Heddings fuera acusado de algo más que de un simple robo.

Pero Danny tenía demasiadas preguntas para dejar que se fueran sin recibir respuestas.

—Esperad un momento. ¿Qué ha ocurrido con Heddings?

Jeremy se lo resumió lo mejor que pudo, o trató de hacerlo, para

que no tuviera que formular más preguntas.

—Ahora mismo está inconsciente. Y ya no intentará huir por ninguna ventana. Creo que se ha roto por lo menos una mano cuando ha tratado de parar uno de mis puñetazos.

—¿Le has dejado sin sentido?

—Algo así. Ya han ido a buscar al juez. Seguramente querrá interrogarte también, pero procuraré que sea breve.

—Iba a matarme —susurró Danny—. Y no porque le sorprendí robando. Sabe quién soy. Además, conoce al otro hombre que me atacó. Creo que es él quien lo mandó.

—¿De modo que le has reconocido?

—No, en absoluto. Nada de él me resultaba ni ligeramente familiar. Pero él me reconoció nada más verme. Él puede decirn1c quién soy.

—Eso suponiendo que quiera hacerlo. Dudo mucho que se muestre demasiado complaciente dadas las circunstancias.

46

A petición de Danny, Jeremy se encaró con Heddings antes de que se lo llevaran detenido. Jeremy fue felicitado por el juez local, que manifestó que llevaban algún tiempo vigilando a lord Heddings, pero no habían sido capaces de demostrar nada en su contra. Actuaba conjuntamente con otros, como Danny había supuesto. Al parecer, echaba el ojo a las joyas en las fiestas a las que asistía, conseguía las direcciones de los propietarios y luego mandaba a sus hombres a robar los efectos. Por lo general no intentaba apoderarse de las alhajas él mismo.

Había suscitado sospechas cuando empezó a codiciar algo más intangible que el dinero. La mayor parte de las joyas se limitaba a venderlas, pero en el caso de las que pertenecían a gente importante esperaba unos meses y luego se dirigía a su propietario. A éste le decía que se había enterado de la desaparición de las alhajas y que casualmente había dado con una pieza que se le parecía mucho en una casa de empeños, de modo que la había adquirido por si se trataba del objeto sustraído. Entonces las restituía sin cobrar nada a cambio, pero en su lugar obtenía favores, los cuales ahora no iban a servirle de nada.

Las joyas de Amy fueron rescatadas de los bolsillos de Heddings antes de que éste volviera en sí, y en presencia de tantos testigos que el lord no podría convencer a nadie de su inocencia. Estaba realmente atrapado, y se puso furioso por ello en cuanto se despertó. La cólera probablemente le impedía dolerse de las heridas más serias, pero también le hizo mantener la boca cerrada con respecto a Danny.

—Ha intentado matarla. ¿Por qué? —le preguntó Jeremy.

—¿No está. muerta? Qué lástima.

Tuvieron que retener a Jeremy otra vez para que no volviera a descargar su puño contra el rostro del hombre. Heddings se rió de él, confiado en que los tres policías que esperaban para llevárselo le impedirían atacarle.

—¿Por qué la odia? —inquirió Jeremy.

—No la odio. Ni siquiera la conozco.

—¿Entonces trata de asesinar a muchachas bonitas por puro placer?

Heddings soltó un bufido.

—Es su identidad lo que cuenta, Malory.

—¿Quién es entonces?

Heddings pareció sorprendido.

—¿No se lo ha dicho?

—No lo sabe.

El detenido se echó a reír nuevamente.

—Ésa sí que es buena. Casi ha merecido la pena todo esto para saberlo.

—Quién es?

—Si lo supiera, ¿cree de veras que se lo diría? —se burló Heddings—. Ni hablar. Si lo supiera, me llevaría esa información hasta la tumba, como indemnización, por así decirlo.

—Miente.

—No, y no tengo más que hablar con usted. —Se dirigió a los policías—: Sáquenme de aquí o llévenselo a él. Cualquiera de las dos cosas.

Jeremy consideró la posibilidad de pedir que le dejaran a solas con Heddings durante unos minutos, pero no creía que sirviera de nada. Estaba convencido de que, fuera lo que fuese lo que le dijera o le hiciera, aquel hombre no cooperaría.

Se vio obligado a regresar junto a Danny para anunciarle la mala noticia. Habían ordenado a la joven que guardara cama durante el resto del día. Uno de los invitados era médico. Le había aplicado paños húmedos alrededor del cuello y le había suministrado un bálsamo para aliviarle la garganta. Una criada se encargaba de cambiar los paños cuando se calentaban. Jeremy la echó de la habitación y cerró la puerta.

Danny se incorporó y preguntó, esperanzada:

—¿Qué ha dicho?

Jeremy se sentó en la cama a su lado y le puso una mano en la mejilla.

—¿Verdaderamente importa quién eres, cariño? Te has pasado toda la vida sin saberlo hasta ahora.

Ella se dejó caer sobre la almohada.

—Tienes razón, no es importante.

—Yo no he dicho que…

—No, de veras, tienes razón. No es que tenga familia ni nadie esperando que vuelva a casa. Si la tuviera, habrían estado buscándome, ¿no crees? O la señorita Jane habría mencionado que me llevaría a casa, pero nunca dijo nada de volver, lo cual indicaba que no había ningún sitio al que regresar. Así pues, ¿no te ha dicho quién soy?

—No.

—¡Pero lo sabe! Sé que lo sabe. Lo he visto en sus ojos, en su expresión. Se ha quedado atónito al verme plantada en el pasillo.

—No dudo que lo sepa, pero ha decidido que es una venganza apropiada guardarlo en secreto. A fin de cuentas, hemos sido personalmente responsables de su desgracia. Va a ir a la cárcel por nuestra culpa.

—¿Y si le prometieras retirar los cargos contra él?

Jeremy esbozó una sonrisa.

—Es demasiado tarde para eso. Esta casa está repleta de testigos que saben que ha intentado matarte, a varios de ellos les robaron en el pasado y ahora están convencidos de que él fue el culpable, después de encontrar las joyas de Amy en sus bolsillos. Además, ya estaba bajo sospecha, lo ha estado durante años. Sólo que no tenían pruebas con las que acusarle. Nosotros hemos aportado la prueba.

De todos modos Jeremy volvería a intentar sonsacarle, aunque no quería dar esperanzas a Danny por si fracasaba otra vez. Concedería a Heddings unas semanas para que se diera cuenta del lío en el que estaba metido y entonces le ofrecería reducir los cargos a cambio de la información que quería.

Danny suspiró.

—Bueno, por lo menos has conseguido lo que nos trajo aquí.

—Y que estuvieran a punto de matarte. —Ella se estremeció ante su tono de reprobación.

—Sólo pretendía detenerle. Estabas tardando demasiado en subir —le recriminó a su vez—. Habría podido deshacerse de las joyas, ¿y qué sería de ti entonces?

—Yo estaría bien. Y tú no tendrías hematomas alrededor del cuello.

Danny frunció el ceño.

—¿Cómo iba a saber que me reconocería y me atacaría por algo que no tenía nada que ver con las joyas que acababa de robar? ¿Qué posibilidad había de eso, eh?

Jeremy sonrió.

—Yo no habría apostado por ello. Ahora descansa. Nos iremos a casa por la mañana.

—Preferiría regresar a casa ahora. Estoy bien. ¿No te lo parece? Sólo tengo unos pocos cardenales que demuestran mi estupidez. Preferiría volver al trabajo que quedarme aquí tendida pensando en lo que habría podido descubrir hoy.

Dicho de ese modo, Jeremy no tuvo más remedio que estar de acuerdo.

47

Danny esperó cuatro días más, el tiempo suficiente para que se le acabara de pasar el dolor en el cuello. No quería ninguna molestia que la retrasara. Esperaba también que Jeremy se ausentara de casa durante más de unas pocas horas. Percy la ayudó en este sentido, pues se presentó en casa de Jeremy para invitarle a unas carreras hípicas que iban a tener lugar a más de una hora de Londres. En realidad, Danny no creía que Jeremy tratara de impedirle marcharse, pero no deseaba arriesgarse, de modo que no quiso que se enterase de su intención de partir.

Tan pronto como Jeremy salió de casa aquella mañana para ir a las carreras, Danny fue a su habitación para recoger sus pocas pertinencias. Habría dejado el vestido de baile, porque era demasiado voluminoso para cargar con él por la ciudad, pero la costurera de la señora Robertson no vivía demasiado lejos y pensó que si se lo vendía podría sacar unos peniques adicionales, quizás incluso unas libras. Iba a necesitar todo lo que había podido ahorrar hasta conseguir un nuevo empleo.

Sin embargo, creía que esta vez no le llevaría mucho tiempo encontrar trabajo. Ahora tenía experiencia, y su forma de expresión había mejorado tanto que ya ni siquiera cometía errores cuando estaba nerviosa. Seguramente podría conseguir un puesto de criada en aquella parte de la ciudad, pero eso quedaría demasiado cerca de Jeremy. La zona donde vivía la clase media sería un buen sitio para ella y también para encontrar marido; tal vez incluso lograría desposarse con un caballero, o al menos con un hombre que no fuese tan arrogante como para que le resultara inconcebible casarse con una sirvienta.

Deseó poder escribir una nota a Jeremy. No quería irse sin dejarle una explicación. Ése iba a ser un nuevo objetivo para ella: en cuanto pudiera permitírselo, buscaría un profesor que por lo menos le enseñara a leer y escribir. Como alternativa, llamó a Claire a su habitación durante unos minutos a fin de dejarle un mensaje para el amo de la casa.

—Ha llegado el momento de irme —anunció a su amiga— pasaré unas noches en mi antiguo hogar, si me dejan, mientras busco un nuevo empleo. O alquilaré un piso.

—¿Por qué debes irte? —se lamentó Claire—. Hace muy poco que somos amigas.

—Nuestra amistad no se terminará con mi marcha. Estaremos en contacto. Hasta puede que venga de visita de vez en cuando. —Danny sabía que no lo haría, pues no podía arriesgarse a volver a ver a Jeremy—. O mejor aún, podrás ir a visitarme. Té haré saber mi dirección en cuanto me haya instalado.

Claire suspiró, pero luego preguntó con recelo:

—No estarás embarazada, ¿verdad?

Danny sacudió la cabeza.

—No, he tenido suerte en ese aspecto. Pero eso podría ocurrir si me quedara más tiempo. Y aunque no creo que él tratara de quitarme el bebé, me resultaría más difícil marcharme con un niño.

—¿Entonces por qué te vas?

—Porque me he enamorado de ese hombre, Claire, y estoy cansada de sacrificar mis objetivos por amor a él.

—No sabe que te marchas, verdad?

—Por supuesto que no. No tendría ningún reparo en intentar disuadirme. Se le da bien hacerlo, rebatir mis argumentos. Por eso no voy a decirle adónde iré. Pero quiero dejarle un mensaje, si no te importa.

—Claro que no.

—Dile que le doy las gracias por haber mejorado mi suerte, y que ahora estoy mucho más segura de cumplir mis objetivos.

Claire arqueó una ceja.

—¿De verdad piensas que le gustará oír eso? ¿O no sabe cuáles son tus objetivos?

—Tienes razón, tacha la segunda parte. En su lugar dile que le echaré de menos, pero tengo que continuar con mi vida. Y dile... -Tuvo que hacer una pausa al notar un nudo en la garganta—. Dile que no me arrepiento de ser su amiga.

_¿Qué?

—Él lo entenderá. Ahora debo irme. ¿Cuidarás de mis mascotas?

—¿No te las llevas?

—Sólo a Twitch. Las otras dos no debería habérmelas regalado. —Danny abrazó a Claire—. Te echaré de menos. Os echaré de menos a todos.

—Maldita sea, creo que vas a hacerme llorar. Vete entonces, si tienes que hacerlo. Y buena suerte.

Danny subió corriendo al piso de arriba por última vez. Aunque Jeremy le había advertido de que no tocara nunca más su viejo sombrero, de todos modos iba a llevárselo. No para ponérselo. Le quedaría ridículo vistiendo faldas. Pero era suyo, y no quería dejarse nada allí.

Se detuvo en la habitación de Jeremy para echar un último vistazo. Tocó su almohada, su cama. Empezaron a aflorarle las lágrimas.

No quería irse. Se lo había dicho a Claire, pero ésa era la primera vez que lo había expresado con palabras. Amaba a Jeremy Malory. No debería haberse enamorado de él. Pensó que sería capaz de irse antes de que eso ocurriera. Pero era demasiado tarde. Deseaba pasar el resto de su vida con Jeremy. Él podía realizar todos sus sueños... si quería. ¡Santo Dios! ¿y si resultaba que sí quería? ¿Cómo podía marcharse sin

averiguarlo?

Eso implicaría hacerle frente y decirle la verdad, y arriesgarse a lo que había temido: que él tratara de convencerla de que no se fuera. Aunque no lo conseguiría. Ahora su decisión era firme. Pero la destrozaría si lo intentara, se lo pondría mucho más difícil...

Danny esperó, atormentada por la indecisión. Pero, al final, esa mínima esperanza de que Jeremy la quisiera también, lo suficiente como para desafiar los convencionalismos y casarse con ella, la retuvo allí hasta que él regresó a casa.

Notificó a Claire que no tendría que darle ningún mensaje de su parte y le explicó el motivo.

—Tienes más valor que el que yo tendría en las mismas circunstancias —le dijo Claire—. Buena suerte, Danny.

No necesitaba suerte, necesitaba que sus reducidas esperanzas se hicieran realidad.

Jeremy regresó a casa a la hora del almuerzo. Le acompañaba Percy. Entraron en la casa riendo. Danny observó la escena desde el lugar en el que se encontraba, de pie junto a la puerta de entrada al salón. No sujetaba su hatillo; estaba en el suelo, en la parte interior de la entrada, donde podría cogerlo rápidamente.

Pero debió de ser su expresión lo que hizo que Jeremy se pusiera serio y dijera a Percy:

—Corre a la cocina y diles que tienes hambre, viejo amigo. Yo iré enseguida. —Entonces se acercó a Danny y le puso una mano en la mejilla—. ¿Qué ocurre, cariño?

Ella se apartó de él, retrocediendo hacia el salón. No iba a ser capaz de decir lo que tenía que decir si la tocaba. Jeremy la siguió al interior de la sala. Volvió a extender el brazo hacia ella. Danny levantó una mano para detenerle.

—Me marcho, Jeremy.

—¡Si acabo de llegar a casa! ¿Adónde vas?

Danny se dio cuenta de que Jeremy había estado bebiendo, por que no había comprendido el significado de sus palabras. Pero no estaba borracho. Jeremy Malory era incapaz de emborracharse.

—No salgo a hacer un recado. Me marcho.

—¡De ningún modo! Es demasiado pronto.

—De hecho, no debería haberme quedado tanto tiempo. Pero no me entiendas mal. No me arrepiento del tiempo que he pasado aquí contigo, en absoluto. Yo... te echaré de menos. —Tuvo que hacer una pausa; volvía a sentir un nudo en la garganta—. Pero tengo que seguir con mi vida.

—No lo hagas, Danny.

—¡Entonces dame un motivo para quedarme! Vivir mi vida compartiendo sólo la mitad de la tuya no es lo que yo deseo. Quiero una familia de verdad, e hijos que no sean bastardos. No me quedaré a

menos que te cases conmigo.

Lo había hecho. Había hablado con el corazón en la mano.

Y él no dijo nada.

Incluso su expresión fue inescrutable por una vez. ¿Para un hombre con unos ojos tan expresivos? Ésa era su respuesta. Jeremy no quería recordarle que el matrimonio no era para él. No iba a decírselo. ¡Santo Dios, qué tonta había sido, aferrándose a una esperanza tan pequeña!

No supo cómo consiguió salir de allí sin echarse a llorar delante de él. Pero en cuanto se encontró en la calle ya no pudo contener el llanto. Pensar en marcharse no era lo mismo que franquear esa puerta y comprender que no volvería a ver a Jeremy Malory nunca más.

48

Danny tardó unas horas en averiguar adónde había trasladado Dagger su banda. Sabía a quién debía preguntar. De vuelta a su antiguo barrio, era sorprendente la cantidad de gente que no la reconoció al principio. Unos pocos lo hicieron y se quedaron mudos de asombro, pero la mayoría no la reconoció y tuvo que recordarles quién era. ¡Y había tratado a esas personas durante la mayor parte de su vida!

¿Tanto había cambiado? Seguramente. Y no se debía sólo a su atuendo femenino. Pero se adentró audazmente en la zona más conflictiva de la ciudad, segura de que podría resolver cualquier contratiempo que le saliera al paso.

Dagger estaba en casa. También Lucy, quien gritó de alegría al verla entrar por la puerta. Algunos de los niños se encontraban también allí y reclamaron una parte equitativa de su atención. Transcurrieron diez minutos hasta que se le ocurrió mirar a Dagger observar su reacción.

Éste aún no había dicho nada. Y no hacía más que mirarla, como si tampoco la reconociera. Ahora sabía que era una mujer, por lo que probablemente trataba de explicarse cómo no se había dado cuenta durante todos aquellos años.

Finalmente dijo con brusquedad:

—No puedes quedarte aquí. Hay un tipo peligroso que te busca por estos andurriales para hacerte daño.

—Sí, ya lo sé.

Danny fue a sentarse con Dagger a la misma mesa de cocina en la que él solía estar siempre. Esa mesa viajaba siempre con él. Y ahora se dio cuenta de que la utilizaba como su despacho, o su trono. Desde allí daba todas sus órdenes y dictaba sus leyes. Debería tener un despacho, uno de verdad.

Así se lo dijo.

—Deberías tener un despacho, Dagger. ¿Por qué no has utilizado nunca uno de los dormitorios para instalarlo allí?

Él soltó un bufido.

—Como si siempre hayamos tenido dormitorios de sobra. Y no me cambies de tema.

Danny se fijó en que tenía la nariz un poco desviada y la señaló con un gesto de la cabeza.

—¿Te dolió mucho?

—Ya lo creo que sí. Fue ese hombre que te busca el que me la rompió.

—Sí, Lucy me lo contó.

Dagger se tomó un momento para mirar enojado a Lucy, quien se encogió de hombros mientras se reunía también con ellos a la mesa.

—Yo sabía dónde estaba trabajando. Menos mal que tú no lo sabías, o lo habrías desembuchado todo a ese matón.

—No importa —intervino Danny—. Me encontró de todos modos. Pero está muerto, por lo que ya no tenéis que inquietaros por él.

—¿Tú le has matado?

Danny sacudió la cabeza y explicó:

—Se mató él solo cuando le sorprendieron intentando acabar conmigo y salió huyendo. Y el lord que le contrató está en la cárcel, por lo que ya no contratará a nadie más.

—¿Un lord? -exclamó Dagger—. ¿Qué diablos has estado haciendo, Danny?

—Nada. Fue mi pasado, que me perseguía. Ese lord sabe quién soy en realidad. Pero el muy bastardo no quiere decirlo, y todavía no logro recordarlo. Creo que fue él quien asesinó a mi familia. Yo debía morir con ellos, pero mi niñera me protegió y escapó conmigo. Entonces me encontró Lucy.

Dagger dirigió una mirada de incredulidad a Lucy.

—¡Trajiste a casa a una rica!

—No creo que sea uno de ellos —se apresuró a negar Danny—. Ese lord es de lo más malvado que pueda haber, y además un ladrón. Si mi familia estaba relacionada con él en aquella época, quizá no eran tan honrados. Al fin y al cabo, quiso matarnos a todos. Acabar con una familia entera suena a venganza se mire como se mire.

Ahora fue Lucy quien resopló.

—Era una niña rica. Vestía y hablaba como ellos. Y los señores se matan unos a otros por toda clase de razones « redículas» que no nos importan en este lado de la ciudad.

Danny puso los ojos en blanco y se disponía a mencionar que no sólo los ricos hablaban de ese modo, que incluso los sirvientes de la clase alta lo hacían, pero entonces Dagger preguntó a Lucy:

—¿Por qué la trajiste a casa « entonse»? Sabías que no debías hacerlo.

—Porque no tenía a nadie, ni tampoco recuerdos, y apenas tenía cinco años. Si te crees que soy tan insensible que la dejaría en un callejón «pa» que se las arreglase solita, entonces pienso que deberían volver a romperte la nariz.

—Pero has « ocultao» lo que era, no sólo que era de la alta sociedad, sino también que era mujer. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque estabas pasando por una de tus épocas de desesperación por ganar dinero y ibas a obligarme a hacer la calle «pa» sacar unas monedas. Estaba furiosa contigo por eso, Dagger. Y no quería que a Danny le pasara lo mismo. Quería que tuviese otras opciones, y los

hombres tienen más salidas.

Dagger se había sonrojado al oírla.

—¿Cuántas « veses» tengo que disculparme por eso, eh?

—Oh, cállate, Dagger. He resultado ser una buena furcia. Pero estoy pensando en retirarme. He conocido a un hombre que me quiere sólo «pa» él.

Danny sonrió y adivinó:

—¿Aquel cochero?

Lucy soltó una risita.

—Sí, es dulce conmigo, de verdad. ¡Quiere casarse conmigo! Quién lo habría dicho, ¿eh?

—¿Así que voy a perderte a ti también? —dijo Dagger, que parecía abatido.

Danny pensó que aquél podía ser un buen momento para mencionar uno de sus viejos anhelos.

—Dagger, ¿has pensado alguna vez en convertir esto en un orfanato de verdad? Podríamos conseguir trabajos honrados para mantenerlo, contratar a una maestra para los niños, conseguirles camas de verdad. Lucy probablemente nos ayudaría también.

Él la miraba como si hubiera perdido el juicio.

—¿Tienes idea de la «cantidá» de dinero que costaría el dirigir un orfanato? Las maestras no son baratas, son terriblemente caras. ¡Y camas!

—Podría hacerse, Dagger. Piénsalo.

—¡Bah! ¿Dónde encontraría un trabajo honrado, eh? Tú no lo has conseguido, ¿« verdá»?

—Sí lo hice —contestó Danny, a la defensiva.

—¿Por qué has vuelto aquí entonces? —inquirió él—. ¿Ya te han echado?

—No, me he ido por decisión propia. Era un buen trabajo, me gustaba mucho. Pero me estaba encariñando demasiado con mi patrón, de modo que pensé que era mejor marcharme.

Las lágrimas empezaron a agolparse de nuevo en sus ojos. Se levantó y se apartó de la mesa. De repente Lucy estuvo a su lado, y le pasó un brazo sobre los hombros al mismo tiempo que miraba irritada a Dagger.

—No he venido para quedarme, Dagger—prosiguió Danny en cuanto logró dominar sus emociones—. He venido sólo para dejar mis cosas con Lucy por unos días mientras busco otro trabajo. Y os he echado de menos a todos, y a los niños. Ya sé que me dijiste que no volviera, pero...

—Basta, cariño —la interrumpió Lucy—. Puedes venir a visitarnos todas las veces que quieras. No es cierto, ¿Dagger?

Lo dijo en un tono tan amenazador que Dagger se limitó a farfullar algo en voz baja, cogió su sombrero y se marchó, probablemente hacia la taberna más próxima. Pero tan pronto como se hubo ido, Lucy hizo volverse a Danny, escrutó sus ojos enrojecidos por el llanto durante un momento y la abrazó con fuerza.

—Pobre pequeña, no estarás preñada, ¿«verdá»?

—No, por lo menos no lo creo.

—Entonces ¿has dejado que te partan el corazón?

—No pude evitarlo. Creí que si me marchaba más pronto que tarde, no sería tan duro, pero..., pero no pensaba que me dolería tanto.

—¿No hay ninguna posibilidad «pa» lo vuestro?

—No, le dije que me marchaba y por qué. No trató de detenerme.

—¿Porque pertenece a la alta sociedad? —Danny negó con la cabeza.

—Puede que tenga una gran familia llena de señores y damas con títulos, pero algunos de sus miembros se rebelan contra los convencionalismos, incluso su padre. Sólo que no quiere casarse. Es uno de esos solteros empedernidos. Lo único que le interesaba era tenerme como amante durante un tiempo.

—¿Entiendo que no te apetecía serlo?

—En absoluto.

—¿A pesar de que algunos hombres mantienen a sus amantes durante tanto tiempo como a sus esposas? —Danny soltó un bufido.

—Él no es de ésos. Lucy, te juro que es tan guapo que podría derretir la mantequilla con su sonrisa. Hay mujeres que intrigan y conspiran para llevarle al altar a cualquier precio, mientras que él hace todo lo posible por evitarlo. Pero no importa. Quiero tener mi propia familia. Y Jeremy Malory no puede dármela.

49

—No me sorprende —decía Anthony mientras el coche se abría paso por entre el tráfico a media tarde del día siguiente—. Lo vi en su estructura ósea.

James miró a su hermano con un bufido.

—Tú no viste nada.

—Lamento no estar de acuerdo contigo, viejo. El mero hecho de que tú no lo vieras no significa que alguien con un ojo más experto no pueda hacerlo. ¿Quizá necesitas gafas a tu avanzada edad?

—Y tú quizá necesitas una visita a Knighton's una vez que hayamos solucionado este embrollo.

Anthony soltó una risita. Knighton's Hall era un pabellón deportivo especializado en ejercicios de naturaleza violenta. Decían que ambos hermanos habían pasado muchas horas en su cuadrilátero perfeccionando sus cualidades pugilísticas.

—Acepto el reto cuando quieras —repuso Anthony—. Pero reconócelo. Estás enfadado porque no viste avecinarse esto.

—¿Y cómo podía haber ni la más remota posibilidad de que Jason recordara un extraño encuentro que tuvo lugar hace más de veinte años? Sólo había visto a la muchachita en una ocasión en aquel entonces.

Anthony se echó a reír.

—Porque estaba intrigado. Creía que tenía que conocerla, de modo que se propuso no dejar de pensar en ello hasta que recordara por qué le resultaba familiar. No me sorprende tampoco que se apresurara a regresar a Londres para comunicarte su descubrimiento.

—No era a mí a quien buscaba. Fue directamente a casa de Jeremy, pero mi hijo no estaba allí. Impaciente como es nuestro hermano, me convertí en su segundo objetivo.

—No te envidio. No querría tener que decir a mi hijo que debe renunciar a semejante belleza.

James soltó un bufido.

—Tú no tienes ningún hijo. Y yo no diré al mío semejante cosa. El chico ya es todo un hombre, puede tomar sus propias decisiones sobre cómo resolver este lío. Además, ¿sólo porque lo diga Jason? Ni hablar.

Anthony sonrió.

—La verdad es que he tenido muchísima suerte al poder oír la noticia de boca de Jason. Sé perfectamente que tú no me habrías comentado nada al respecto.

—Claro que lo habría hecho. La desgracia siempre busca com-

pañía, ¿no lo sabes?

No encontraron tampoco a Jeremy en casa pero, a diferencia de Jason, James sabía a quién preguntar sobre su paradero.

—Ha ido en busca de la joven —informó Artie a James—. Ha «abandonao» el barco.

—¿Se pelearon?

—No lo creo. Según la chica de la cocina, ha ido a buscar otro trabajo.

—¿En qué dirección le mandaste? —preguntó James con suavidad.

—Yo no, pero la criada de la cocina le ha dicho que la joven pasaría primero por su antigua casa antes de buscar trabajo.

—¿Y qué dirección me señalas?

—Ninguna —dijo Artie, que le sorprendió al añadir con obstinación—. A«meno» que me lleves para cubrirte las espaldas.

—Desde luego. No lo habría hecho de otro modo. Bien, ¿adónde ha ido a buscarla?

—A la peor parte de la ciudad que te puedas imaginar. Los suburbios de los suburbios.

—¿Has pensado en un orfanato, Dagger?

—No —murmuró—. ¿Lo has pensado tú? ¿Qué pasa si tu idea fracasa, eh? Les das a esos chiquillos la esperanza de una vida mejor, y después se la quitan cuando no podemos cubrir los gastos. Entonces tendrás un montón de chicos descontentos y peores de lo que eran antes. Por lo menos ahora no esperan nada mejor, «asín» que ya están contentos con lo que tienen.

De modo que sí había pensado en ello. Y ella no había considerado esa posibilidad de fracaso. Pero Dagger se mostraba demasiado negativo. Con esa actitud era seguro que fracasarían.

—He encontrado un buen trabajo esta mañana, el primero al que me presenté.

—¿Y qué?

—Pagan mejor sueldo en el centro. Si pudieras conseguir un empleo en la misma zona, podríamos poner el orfanato allí. Es un barrio agradable, sin alta sociedad; básicamente sólo hay comerciantes.

—Olvídalo —repuso él, irritado—. Nunca he tenido un trabajo de «verdá».

—Sí lo has tenido. Eres organizador, administrador, capataz y otras muchas cosas que has estado haciendo aquí durante años.

—Yo sé lo que sé y no quiero aspirar a lo que no es posible. Ahora vete. Tus objetivos son demasiado exagerados «pa» nosotros. La única forma de montar un orfanato es con ayuda del gobierno o ayuda privada.

—Si puedo conseguir la ayuda privada, ¿estarías dispuesto a dirigir el orfanato?

—Claro, tú ponlo y yo lo dirigiré. —Pero recuperó el tono burlón cuando agregó—: «Asín» que ahora tienes amigos ricos, ¿eh?

Dijo eso sólo porque no creía que ella tuviera la mínima posibilidad de conseguirlo. Y tal vez era cierto. Pero no estaba dispuesta a rendirse.

—Los tiene, en efecto.

Danny se volvió y se sobresaltó al ver a Jeremy de pie en el umbral. La miraba como si quisiera cogerla y zarandearla... o abrazarla. De hecho, había tanta emoción en sus ojos que la joven no podía descifrar exactamente qué sentía. Pero finalmente Jeremy apartó la vista de ella para mirar al grupo de niños que se habían congregado tras él y contemplaban con asombro a un caballero bien vestido en aquel sector de la ciudad.

Lanzó una moneda y dijo:

—Sé buen chico y vigila mi carruaje. Si todavía está allí cuando salga, habrá otra moneda para ti. Si no está, te ayudaré a cavar tu tumba antes de meterte dentro.

Estas palabras sacaron a Danny de su estupefacción. Corrió hacia la puerta.

—No ha querido decir eso —explicó al chico, que estaba allí plantado con la boca abierta—. Siéntate en el coche y grita si alguien intenta llevárselo.

Luego se apartó de Jeremy antes de volverse para preguntar con frialdad:

—¿Cómo me has encontrado?

—He tenido que derribar al gigante de la taberna y amenazar con arrancarle el corazón para que me dijera dónde se encontraban tus compinches.

—¿Te has metido con él?

—Bueno, en realidad no, pero sonaba bien, ¿no es cierto? —dijo Jeremy con una sonrisa maliciosa.

A Danny no le pareció divertido, pero en cambio a Dagger sí. Se echó a reír. Jeremy prosiguió:

—Resulta que el dinero le ha soltado la lengua sin necesidad de coaccionarle lo más mínimo. Tenéis una gente muy leal aquí —añadió con sarcasmo.

Las risotadas de Dagger habían atraído a Lucy. Miró a Jeremy boquiabierta antes de dirigir una mirada aún más incrédula a Danny.

—¿Has dejado a este hombre? Vaya, Danny, ¿has perdido la chaveta?

Danny empezó a sonrojarse, pero Jeremy obsequió a Lucy con una sonrisa y dijo:

—Tú debes de ser Lucy. Tengo contraída una deuda de gratitud contigo, desde luego.

Lucy parpadeó.

—¿De « verdá» ? ¿Por qué?

—Por haber protegido a esta muchachita durante tantos años. Gracias. Y gracias a ti también —añadió, dirigiéndose a Dagger—. Por haberla despedido de aquí, cosa que le permitió encontrarme.

Danny puso los ojos en blanco. Dagger tosió. Lucy dijo:

—Dagger, vamos a admirar el coche de este señor un ratito, ¿vale?, y dejamos a estos dos un momento solos.

—Sólo un momento —insistió Danny, pero ya salían por la puerta. Entonces miró enfadada a Jeremy—: ¿Por qué estás aquí?

—He venido a buscar mi sombrero, por supuesto. Te advertí que no lo robaras.

No era eso lo que ella esperaba oír y, aunque comprendió que estaba bromeando, se marchó indignada a la habitación de Lucy, sacó el sombrero de su hatillo, volvió y se lo tiró. Él lo recogió, se acercó a ella y se lo entregó.

—Toma. Ahora te lo he dado y puedes quedártelo. —Nada más decir eso la cogió entre sus brazos y susurró—: Pero yo voy a quedarme contigo. Santo cielo, Danny, no vuelvas a hacerme pasar por este infierno.

La estrechaba con tanta fuerza que no la dejaba respirar, y por un momento a Danny no le importó, se limitó a saborear la sensación de ser abrazada por él. Pero luego se impuso la razón y se apartó. Jeremy la soltó, pero sólo le permitió alejarse un poco, a fin de poder sujetarla de inmediato.

—No deberías haber venido —le advirtió ella.

—Tú me has obligado a hacerlo. Y habría llegado más pronto, pero a la gente de esta zona le ha parecido divertido darme indicaciones erróneas durante la mitad del día.

—De todos modos yo no debería estar aquí. Sólo he vuelto para recoger mis cosas y empezar a trabajar en mi nuevo empleo.

—Olvídate de tu nuevo empleo. Vendrás conmigo a mi casa, que es también tu hogar.

Danny gimió para sus adentros. Jamás había oído nada tan bonito. «Que es también tu hogar.» Santo Dios, sabía que negarse iba a resultarle demasiado difícil si él se proponía convencerla.

Se volvió y tuvo que esforzarse para decir:

—No voy a cambiar de opinión, Jeremy. Quiero más para mí de lo que tú estás dispuesto a darme.

—Si no hubieras huido tan deprisa...

Danny se sobresaltó y giró sobre sus talones para interrumpirle.

—Yo no huí. Te dije qué era lo que me retendría allí, pero no hi-

ciste caso. ¡Tú me dejaste marchar!

Él chasqueó la lengua.

—Me dejaste atónito, querida, proponiéndome matrimonio de aquel modo. Tienes que recordar que ya no usas pantalones. Me quedé estupefacto, por si quieres saberlo.

—¡Qué va! Sabías que iba a ocurrir. Yo ya te había advertido de cuáles eran mis objetivos y te dije que me marcharía pronto para cumplirlos.

—Pero para mí ese «pronto» significaba varios años. —Danny soltó un bufido.

—Entonces quizás eres tú quien necesita un diccionario.

—Tal vez, pero lo único que necesito realmente es a ti. Vuelve a casa...

—¡No! —exclamó ella, con voz sofocada y lágrimas en los ojos—. Vete, Jeremy. Siempre has procurado convencerme de que me quedara, si has venido por eso. Pero no lo conseguiste ni lo conseguirás ahora. Así pues, vete.

—He venido para disculparme y para hablar de tu matrimonio.

—¿Con quién?

—Pues conmigo, chica tonta.

Danny le lanzó un puñetazo apuntándole a un ojo. Estaba furiosa. Pero él esquivó el golpe y exclamó:

—¡Maldita sea! ¿Por qué has hecho eso?

—Éste es un tema que no debe tomarse a broma, Jeremy Malory. Ha sido muy cruel por tu parte, no puedo creer que hayas dicho eso. Márchate. Y no vuelvas a buscarme.

En lugar de obedecer, Jeremy la atrajo hacia sí de nuevo, con fuerza. Y sus brazos la atenazaron por completo para que no pudiera tratar de pegarle otra vez. El muy sinvergüenza no parecía arrepentido en lo más mínimo.

Preguntó con desenfado:

—¿Era eso un sí?

Ella forcejeó para volver a golpearle. Él soltó una risita.

—Ten paciencia conmigo, cariño. Nunca me había planteado hacer una proposición de matrimonio a nadie, por lo que naturalmente estaba condenado a meter la pata. Pero deberías conocerme lo suficiente para saber que éste es un tema que jamás me tomaría a broma.

Danny se quedó muy quieta. Tenía razón, él no bromearía acerca de eso. Pero aún no podía creer que hablara en serio y tuvo que preguntar:

—¿Por qué? Sé que no piensas casarte nunca. Lo has dejado muy claro. Así pues, ¿por qué lo consideras ahora?

—Porque eres obstinada. Porque es lo que tú quieres y yo deseo hacerte feliz. Porque te quiero. Porque la idea de seguir mi vida sin ti me hace pedazos y preferiría no volver a pasar por ello. Porque quiero despertarme a tu lado cada mañana, no sólo cuando tengo suerte. Porque tú eres todo lo que podría desear en una mujer, Danny. Así pues, ¿por qué no querría casarme contigo? Bueno, eso es lo que me pregunté, y ahora los dos conocemos la respuesta. No sabía que estaba enamorado de ti hasta que creí que te había perdido. Lo habría averiguado tarde o temprano, pero me alegro de saberlo ahora y no más tarde. Así pues, ¿te casarás conmigo y dejarás que sea tu familia?

Ella se inclinó hacia atrás, mirándole con asombro.

—¿Lo dices en serio? ¿Me quieres?

—Más de lo que podría expresar sólo con palabras.

La voz de Anthony se elevó tras ellos cuando él y James irrumpieron en la habitación.

—Te han dicho que no les interrumpieras. Ha sido terriblemente embarazoso oír esa cursilería, ¿no crees?

Jeremy se volvió, sonriendo, hacia su padre y su tío.

—Felicitadme. Ha aceptado casarse conmigo. —Pero susurró a Danny—: Lo harás, ¿verdad?

—Sí —repuso ella, rebosante de dicha—. Claro que sí.

—Bueno, que me aspen —dijo James—. No creo que esto se le pasara ni remotamente por la cabeza a Jason cuando vino a soltarme su plática. Sin embargo, resolvió el misterio.

—¿Qué misterio?

—Jason sabe quién es ella, muchacho.

—¿Que proviene de aquí?

—No, quién es realmente.

50

Las flores silvestres de finales de verano llenaban los campos por los que discurría el camino hacia Somerset. Quedaba lejos de Londres, a un día entero de trayecto más la mitad de la mañana siguiente. Danny no reparó en la mayor parte del recorrido. Estaba aturdida, destrozada de emoción.

Era en parte la felicidad. Nunca había experimentado nada parecido. Jeremy la quería. Se casaría con ella. Iba a realizar todos sus sueños. Era casi más de lo que podía soportar. Mejor dicho, habría podido serlo si el miedo no contrarrestara esas emociones. Pero el miedo anulaba todo lo demás.

Temía que no fuera cierto, que Jason Malory estuviera equivocado. Y temía que, de ser verdad, su madre ya no siguiera con vida. Lo último que se sabía de ella era que residía en Somerset en la propiedad de su abuela, pero nadie la había visto desde que se había retirado allí quince años atrás. Podía haber muerto, en cuyo caso estarían haciendo ese viaje en balde. Pero Danny temía también que, si Evelyn Hilary aún vivía, no la aceptara como su hija. No había ninguna prueba de ello, exceptuando un vago parecido. ¿Por qué aceptaría una gran dama, hija de un conde y viuda de un barón, a una niña abandonada en la calle como un miembro de su familia?

James Malory les acompañaba. Había insistido en ello.

—La muchachita necesita una carabina, ahora que sabes quién es —había dicho a su hijo.

A Jeremy no le había gustado oír eso, y la propia Danny habría bufado si no hubiera estado sumida en aquella confusión emocional. Aún no sabían con certeza quién era, tan sólo eran suposiciones. El mero hecho de que la tragedia relacionada con Evelyn Hilary se pareciera mucho a la de Danny no significaba nada. Podía tratarse de una simple coincidencia.

La dama no estaba allí cuando su marido, Robert, fue asesinado. Habían ido a pasar unos días en Londres, pero ella había tenido que regresar a Somerset. Su abuela había sufrido una caída, o algo así. Los crímenes salieron en todos los periódicos, y se atribuyeron a un loco que irrumpió en la casa londinense de la familia y asesinó a todos los que le salieron al paso. Su marido, Robert, y varios sirvientes resultaron muertos. La hija del matrimonio y su niñera desaparecieron para siempre, pero los rastros de sangre insinuaban que se las habían llevado después de asesinarlas. El hecho de que el criminal se hubiera deshecho de esos dos cuerpos, dejando atrás el resto, fue lo que llevó a la conclusión de que se trataba de un loco. Sencillamente aquella carnicería no tenía pies ni cabeza.

—¿Cómo es posible que no la reconocieras? —había preguntado Jeremy a su padre—. ¿No estabas en Londres en aquella época?

—Bueno, de hecho fue bastante romántico —respondió James—. Recuerdo que estaba decepcionado por no haber llegado a conocer a lady Evelyn. Pero resulta que durante la temporada social de Londres asistió sólo a una fiesta, que fue donde Jason tuvo ocasión de conocerla. Al parecer Robert Hilary ya la conocía y la siguió hasta Londres para proponerle matrimonio. Ella aceptó y regresó a casa al día siguiente. Y se instalaron en la finca que Hilary poseía en Hampshire, donde tuvieron una hija. De vez en cuando iban a Londres, pero de hecho apenas hacían vida social en la ciudad, y por eso tan poca gente recuerda a lady Evelyn.

Danny escuchó este relato sólo a medias. Lo asimiló, pero en realidad no pudo relacionarlo consigo misma, todavía no. El miedo no se lo permitía.

Jeremy la reconfortaba con sólo su presencia, pero además la rodeó con un brazo durante todo el trayecto. Sin eso, Danny probablemente se habría desmoronado. Cuanto más se acercaban a Somerset, más la atenazaba el miedo. De haber sido capaz de pensar con claridad, habría salido huyendo en la dirección contraria.

La finca a la que por fin llegaron era magnífica. El edificio principal tenía tres pisos, con sendas alas más bajas a ambos lados, era de piedra gris oscuro y estaba recubierto de hiedra. Se levantaba sobre inmaculadas extensiones de césped, salpicadas de imponentes robles centenarios. Aquella visión hizo que el temor de Danny se intensificara todavía más. Nunca había visto una vivienda tan grande.

No les dejaron pasar. Danny se alegró de oír que lady Hilary no recibía visitas, no quería ver a nadie. El mayordomo se mantuvo inflexible. El apellido Malory no le decía nada.

Estaba a punto de cerrarles la puerta en las narices cuando Jeremy se enojó y estiró a Danny, que había permanecido escondida detrás de su espalda, para ponerla delante de él.

—Creo que la señora querrá ver a su hija —anunció al hombre.

El mayordomo, un tipo estirado, palideció ligeramente al ver a Danny. Finalmente dijo con voz temblorosa:

—Pasen. La señora se encuentra en el jardín que hay detrás de la casa. Les indicaré...

—Limítate a señalar el camino —le interrumpió James, todavía irritado con él.

No estaba en el jardín. Uno de los jardineros les indicó el modo de llegar al estanque, situado detrás de una hilera de árboles, arguyendo que la señora solía pasear hasta allí.

Danny se quedaba atrás y Jeremy tuvo que arrastrarla cogiéndola de la mano. Finalmente la joven se negó a dar un paso más. Jeremy se paró, le levantó el rostro, vio lo pálida que estaba y la abrazó.

—No puedo hacerlo. Llévame a casa -le suplicó ella.

—¿De qué tienes miedo?

—Ella me odiará. No querrá tener una hija como yo. Es demasiado

tarde, ella y yo no podemos ser una familia.

—Sabes que no es verdad, pero nunca lo sabrás con certeza a menos que te enfrentes a ella. —Y añadió con ternura—: Y si fuera verdad... todavía me tienes a mí.

Ella se estrechó contra él. Su dicha, oculta detrás del miedo, se impuso otra vez, envolviéndola y restituyéndole parte de su valor.

Se dejó conducir a través de la estrecha arboleda hasta el otro lado, donde James se había detenido para esperarles. Jeremy trató de distraerla preguntando:

—¿No reconoces esta propiedad?

—No, en absoluto. Parece demasiado grande para que alguien viva aquí.

—En realidad es más bien pequeña.

—Embustero.

—De veras, es bonita y acogedora.

Danny soltó un bufido, pero acto seguido contuvo la respiración. Un campo de flores se extendía frente al estanque, y por él caminaba una dama con el pelo de un rubio casi blanco.

—¡Oh, Dios mío! Es mi sueño, Jeremy. He estado aquí... con ella.

É1 tuvo que arrastrarla de nuevo, pues sus pies se negaban a moverse. James les precedía. Ninguno de los dos estaba dispuesto a evitarle aquel encuentro.

La dama paseaba lentamente por entre las flores, de espaldas a ellos. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no les vio ni oyó acercarse.

Las primeras palabras de James la hicieron sobresaltarse, y se volvió.

—Lady Evelyn, permítame presentarme. James Malory, para servirla. Conoció a mi hermano mayor, Jason, hace muchos años.

—No lo recuerdo, pero en realidad no recibo visitas. Por favor, señor, váyase. Está invadiendo mi intimidad.

Se volvió y siguió andando. Apenas había mirado a James, no había reparado en Jeremy ni había visto a Danny, escondida detrás de él. Estaba decidida a no hablar con nadie y ni siquiera preguntó qué hacían allí ni cómo habían conseguido que su mayordomo les hubiera permitido entrar.

—¿Podemos irnos ahora? —susurró Danny con voz temblorosa.

James la oyó.

—Maldita sea —farfulló, y luego dijo a la dama en voz muy alta—: No hemos venido desde Londres para que nos despachen sin más. Haga como si yo no existiera, pero tal vez debería echar una mirada a mi futura nuera. Guarda un asombroso parecido... con usted.

La dama se volvió de nuevo. No pareció sorprendida en absoluto por el comentario de James. En lugar de eso, ahora se mostró enfa-

dada.

—No me tome por una estúpida, señor. Le aseguro que ya no soy tan crédula. ¿Cree que es el primero que viene aquí para tratar de endosarme una hija, con la intención de reclamar la propiedad de mi marido? El primer caso me dejó destrozada. La segunda vez fui precavida, pero todavía quería creer que había encontrado a mi hija. Después del tercer intento perdí todas las esperanzas. ¿Sabe lo que es perder todas las esperanzas?

—No puedo decir que lo sepa. Pero no hemos venido para convencerla de nada. No es necesario. La chica pronto será un miembro de mi familia. Sabemos cuidar de nosotros mismos, de modo que no necesita nada de usted.

—¿Qué es lo que quieren entonces?

James se encogió de hombros.

—Supongo que ella quería recuperar a su madre. Pero empiezo a creer que se las arreglará mejor sin ella.

La dama se puso rígida. Danny reprendió a James:

—No diga cosas en mi nombre, amigo. Y tampoco la insulte.

James la miró con suspicacia y dijo irónicamente:

—Al final me has perdido el miedo, ¿verdad?

Danny se sonrojó y volvió a esconder la cara tras la espalda de Jeremy. Con ese «sabemos cuidar de nosotros mismos» James Malory había ganado su simpatía para siempre. Era verdad que ya no le tenía miedo. Pero todavía no tenía el valor necesario para enfrentarse a su madre.

Sin embargo Evelyn la había oído, y si bien lo único que veía de Danny era su falda por entre las piernas de Jeremy, le dedicó toda su atención e inquirió:

—¿Por qué se esconde?

—Porque la aterra pensar que usted no la quiera —contestó Jeremy—. Perdió la memoria hace muchos años. Y ahora sólo está empezando a recobrarla.

—Ahórreme esto, por favor —dijo Evelyn burlonamente—. Este pretexto también lo han utilizado antes.

Jeremy no respondió. Se volvió y levantó la barbilla de Danny.

—Lo estás empeorando, ¿sabes? Va a arrepentirse de todo lo que ha dicho.

—O volverá a decirnos que nos larguemos.

—Que lo haga. Entonces nos iremos a casa, nos casaremos y empezaremos a tener bebés. —Le sonrió—. Si va a decirnos eso, cariño, entonces acabemos ya. Demorarlo no va a cambiar nada.

Danny gimió. Jeremy tenía razón, desde luego. Al esconderse, ella no hacía más que prolongar sus temores, y notaba un nudo cada vez más grande en el estómago. Salió de detrás de Jeremy y vio la ex-

presión enojada de su madre. Sintió que se le caía el alma a los pies.

Pero Evelyn, que esperaba otra decepción, estaba aún furiosa con todos ellos por tratar de engañarla. Tardó un momento en mirar a Danny, mirarla de verdad, y entonces se quedó tan estupefacta que no pudo articular palabra. Se estaba viendo a sí misma veinte años atrás, casi idéntica, y a la hija que creía que no volvería a ver jamás.

Danny se había vuelto de espaldas, viendo sus peores temores convertidos en realidad. Rodeó a Jeremy con sus brazos y ocultó la cara en su pecho.

Tenía la garganta oprimida y apenas pudo balbucear:

—Llévame a casa.

No iba a llorar. Se resistía a hacerlo en presencia de Evelyn Hilary. Más tarde...

—¡Danny!

Miró hacia atrás. Su madre le tendía una mano. Ahora su estupefacción era evidente. Estaba pálida como la cera.

—¡Oh, Dios mío! Danny, ¿de verdad eres tú?

A ambas se les saltaron las lágrimas. Danny dio un paso hacia ella, luego otro, y finalmente echó a correr. Para entonces lloraba abiertamente, y todavía más cuando su madre la estrechó entre sus brazos, transida de emoción. Danny reconoció su olor, su dulzura, empezó a recordar cuánto le había gustado estar allí. Estaba en casa.

51

Era un salón grande y utilitario, decentemente limpio, pero empleado rara vez. Se sentaron en él, Evelyn y Danny en el sofá, Jeremy en una butaca enfrente de ellas. James se quedó de pie a un lado, junto al hogar vacío, limitándose a observar y comentar, tanto si venía a cuento como si no. Evelyn sujetaba la mano de Danny. No se la había soltado ni una sola vez desde que se la había cogido para conducirles a la casa. Todavía lloraba a ratos, de hecho a cada ocasión que miraba a Danny, por lo que trataba de mantener la vista fija en Jeremy. Danny también lloraba de vez en cuando, pues no hacía falta mucho para que las lágrimas acudieran a sus ojos. Había encontrado a su madre. Había recobrado su identidad, su verdadera vida. Sin embargo, temía estar soñando, todavía no podía creerse que todo lo que había anhelado siempre acababa de hacerse realidad.

A petición de Evelyn, mientras se dirigían a la casa Danny le había contado todo lo que le había ocurrido. Su madre no se había mostrado muy sorprendida al oír su relato, pues halló en él la explicación de por qué no había podido nunca localizar a Danny. Jamás se le había ocurrido buscarla en lo peor de los suburbios.

—Creí que estabas muerta decía Evelyn ahora—— . Al cabo de varios años de búsqueda, finalmente perdí toda esperanza. Y luego empezaron a aparecer las impostoras. Tenían tus mismos ojos, las tres. Pero no guardaban ningún otro parecido. El color del pelo habría podido cambiar con los años, lo mismo que el aspecto, pero no los ojos. Habían sido aleccionadas, obviamente, por alguien que conocía muy bien a mi familia.

—¿Cuántas fueron? —preguntó Jeremy.

—Tres. La primera niña tenía diez años, y fue la que me engañó más tiempo. Transcurrieron cinco años hasta el segundo intento. Y dos años más hasta el último. Tuve la sensación de que el primo de Robert encontraba a esas niñas y les enseñaba qué debían decir. Quería hacerse con los bienes y el título de Robert. Después de intentar en vano que declarasen muerta a Danette, creo que recurrió a crear una nueva Danny a la que poder más tarde eliminar, para tener una prueba sustancial de que estaba muerta.

—Me estaba preguntando acerca de eso —admitió Jeremy—. Al cabo de quince años, habrían tenido que dictaminar que estaba legalmente muerta.

—Él lo intentó y se puso furioso cuando denegaron su petición. Por entonces mi abuela aún vivía, y mantenía una estrecha amistad con el juez.

—¿Era el único familiar vivo de su marido? —inquirió James.

—Sí. Sin embargo era un primo lejano, e ilegítimo, y por esa razón

el título habría pasado a los hijos de Danny antes que a él. Pero lo habría obtenido si hubiese logrado que la ley la declarase muerta antes de que empezara a tener hijos. ¿Tienes alguno? —le preguntó a Danny.

Ella se sonrojó.

—No, todavía no.

—Pronto los tendrá —añadió Jeremy sonriendo.

Evelyn suspiró.

—Supongo que no podré impedir este matrimonio, ¿verdad? Acabo de encontrarla y ya tengo que perderla otra vez.

—No, pero puede venir a Londres a vivir con nosotros si lo desea - sugirió Jeremy.

—Es muy generoso de tu parte —replicó Evelyn—. Pero no querría molestar a una pareja de recién casados. Sin embargo, me trasladaré a Londres, si es allí donde vais a instalaros, para poder ver a Danny a menudo. Hice derribar nuestra antigua casa en la ciudad para no reconstruirla jamás. Sabiendo lo que sucedió allí... —Hizo una pausa y se estremeció——. Pero podría reconstruirla ahora. Todavía poseo el terreno.

—No conservo ningún recuerdo de esa casa —dijo Danny.

—Eso no tiene nada de extraño. Fue tu primer viaje a Londres. Sólo llevábamos allí unos pocos días, y los pasaste acompañándome a las tiendas o jugando en el parque, adonde te llevaba tu niñera. De modo que no estuviste mucho tiempo en esa casa hasta la noche que ocurrieron los asesinatos. También yo habría muerto aquella noche, no me cabe duda, si mi abuela no se hubiera roto la pierna. Estábamos muy unidas las dos, y ella era lo único que me quedaba. Mis padres murieron cuando era joven, y a partir de entonces fue mi abuela quien me crió. Así pues, no pude tranquilizarme hasta que comprobé por mí misma que se encontraba bien.

—¿De modo que estabas aquí cuando ocurrió?

—Ni siquiera había llegado todavía, había salido de Londres aquella tarde. Pero me llegó la noticia. Me quedé destrozada. Estuve a punto de perder el juicio. Robert era el amor de mi vida. Le conocía desde niña. La finca de su familia está cerca de aquí. Sólo fui a Londres una temporada para animarle a declararse. Ya estábamos enamorados. Sólo que a él le llevó más tiempo darse cuenta de ello. La posibilidad de que Danny hubiera escapado de la carnicería fue lo único que me sostuvo durante ese tiempo. Pero no saber qué había sido de ella resultaba también angustioso.

—No dudo que la señorita Jane me habría llevado hasta ti si no hubiera muerto —observó Danny.

—Oh, sé que lo habría hecho. Era una buena mujer. Lo cual me hizo más difícil conservar la esperanza. Finalmente sospeché que le había sucedido algo que se lo impidió. Y tú eras demasiado pequeña para encontrar el camino hasta casa. Nunca pensé que habías perdido la memoria por completo.

—Empecé a recordar cosas poco a poco, desde que conocí a Jeremy. Me acordé de ese parque en el que había jugado. Recordé mi nombre de pila, aunque no me gustó demasiado.

Evelyn se echó a reír.

—A nosotros tampoco. Pero era el nombre de la madre de Robert, por lo que nos vimos obligados a ponértelo. Pero ni siquiera a él le gustaba y fue el primero que te llamó Danny.

Danny sonrió, pero continuó con vacilación:

—Y reconocí al hombre que perpetró la matanza aquella noche, cuando me encontró e intentó de nuevo matarme.

Evelyn palideció.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace poco. Pero murió en el intento, de modo que no pudimos averiguar quién era.

Evelyn suspiró.

—Siempre sospeché que fue el primo de Robert. Era el único que podía beneficiarse de la muerte de Robert. Y siempre había odiado a mi marido. Pero no había forma de demostrarlo. Y ni siquiera estaba en Londres cuando sucedió.

—No se llamará por casualidad lord John Heddings, ¿verdad?

—John Heddings, sí, pero no es un lord. ¿Cómo lo sabes? No llegaste a conocerle. Como odiaba tanto a Robert, nunca nos visitó después de que nacieras, y jamás mencionamos su nombre. Yo misma sólo le vi unas pocas veces, antes de casarnos. Su animosidad era palpable cuando se hallaba cerca de Robert. Nunca trató de ocultarla.

Jeremy explicó:

—Heddings ha estado viviendo en una suntuosa mansión no lejos de Londres, y haciéndose pasar por lord. Obviamente, nadie se ha molestado en verificar sus antecedentes. Pero ha sido jugador y ladrón de joyas durante varios años, que es lo que le ha permitido mantener un nivel de vida tan elevado.

—Y trató de matarme también —agregó Danny—. Queríamos sorprenderle robando, porque sabíamos que era un ladrón. Pero nada más verme me reconoció, o más bien te reconoció en mí, de modo que supo quien era. Comentó con rabia que su secuaz había vuelto a fallar en su intento de acabar conmigo, y le acusó de ser tan incompetente como lo había sido quince años antes. Pero afirmó que lo iba a hacer él mismo, y se dispuso a matarme. Por fortuna Jeremy apareció a tiempo para impedírselo. Entonces supe que era él la persona que, tantos años atrás, había enviado a otro a eliminarme. Pero no podíamos demostrarlo, y no sabíamos tampoco que tenía un móvil.

—Dios mío, de modo que yo estaba en lo cierto —dijo Evelyn—. ¡Haré que lo procesen!

—Tendrá que ponerse a la cola —comentó James—. Los jóvenes ya le hicieron arrestar por robo e intento de asesinato.

—Entonces me aseguraré de que le condenen por asesinato. No va a salir de ésta, ahora que sé con certeza que pagó para que mataran a mi Robert.

—Tenga la seguridad de que sus días están contados, lady Evelyn —dijo Jeremy—. Ahora también mi familia tiene un interés personal en esto, puesto que Danny pronto será uno de los nuestros.

—Ah, sí, eso vuelve a recordarme que la perderé pronto. Pero hasta la boda, se quedará conmigo. ¿Seríais capaces de acceder a aplazar el enlace?

Jeremy, que ya estaba protestando por ese comentario de «se quedará conmigo» , dijo a su futura suegra:

—Ni hablar.

Evelyn chasqueó la lengua como reconviniéndolo. Pero Danny sonrió a Jeremy antes de decir a su madre:

—Yo también iba a responder que ni hablar.

—Así pues, ¿le quieres? —preguntó Evelyn en voz baja.

—Oh, sí, con todo mi corazón.

James puso los ojos en blanco y comentó irónicamente:

—No nos pongamos sentimentales antes de cenar, chicos. Y tened presente que dormiréis en habitaciones separadas durante el noviazgo. Debéis guardar las formas hasta la boda, ¿entendido?

Esta vez Jeremy gimió en voz alta.

52

Se casaron a finales de agosto. Las amonestaciones se habían publicado en el condado de Evelyn, así como en Londres, lo cual causó estupefacción entre la elite. Cierto es que se había rumoreado que Jeremy cortejaba a la belleza de los Langton, pero nadie había creído que fuera a casarse realmente con ella.

Danny se enteró de que Regina Eden solía acudir en auxilio de Jeremy cuando surgían situaciones complicadas. Explicar por qué Danny había sido presentada a la elite como una parienta de Kelsey Langton, cuando resultaba ser hija de Evelyn Hilary, no resultaba nada sencillo. Pero entonces Reggie argüía tranquilamente que se le había olvidado mencionar que los Langton habían adoptado y criado a Danny, puesto que en aquella época no parecía tener familia.

Fue una boda magnífica. Después de pensar durante tantos años que no tendría la oportunidad de organizar el enlace de su hija, ahora Evelyn se superó a sí misma.

Ofreció a Danny elegir entre un vestido nuevo, diseñado a su gusto, y el que Evelyn había llevado para casarse. Como Danny siempre había creído que no necesitaría un vestido de novia de verdad para casarse, ya que sus aspiraciones al matrimonio no habían sido tan elevadas, escogió el vestido de su madre. Era demasiado hermoso para desperdiciarlo, de satén y encaje azul pálido, tan suave que parecía de seda. ¡Y le sentaba perfectamente! Había tardado un poco en darse cuenta de que su madre era exactamente tan alta como ella. Ése era uno de los motivos por los que Evelyn no había querido participar en la temporada social londinense y se había marchado inmediatamente después de que Robert le propusiera matrimonio. Siempre se había sentido acomplejada por su estatura. De hecho, Robert no había sido más alto que ella, de modo que Danny había heredado la estatura de su madre.

Fue curioso cómo se desarrolló la relación madre—hija durante las semanas anteriores a la boda. Parecía que no hubieran estado nunca separadas. Entre ellas había afecto, amor y no vacilaban en demostrarlo. Evelyn quiso saber todos y cada uno de los detalles de los años en que habían estado separadas. Hablaban sin parar, a veces hasta bien entrada la madrugada. Reían, lloraban. Evocaron más y más recuerdos de aquellos primeros años que Danny había pasado con sus padres. Santo Dios, era tan bonito volver a estar con su madre...

Mientras que ella no cabía en sí de dicha, Jeremy no era feliz. ¡Incluso le habían pedido que se marchara! Después de haberse oído decir que no haría más que estorbar, que viviría con Danny el resto de su vida y que podía esperar unas pocas semanas más, no, no se sentía nada dichoso. Pero le mandaba cartas todos los días, como si hubiera olvidado que ella no podía leerlas. De hecho, Danny se enteraría más adelante de que el tipo que le había entregado la primera debería

haberle dicho que las guardara, que Jeremy se las leería una vez que estuvieran casados, pero el hombre se había quedado tan deslumbrado por la sonrisa de Danny que se olvidó de mencionarlo. Así pues, la joven pedía a su madre que se las leyera todos los días, y si bien Evelyn se sonrojaba profusamente mientras leía su contenido, Danny estaba demasiado absorta y emocionada por la intensidad de la pasión de Jeremy como para darse cuenta de ello.

Jeremy la quería, la quería muchísimo. Danny se preguntaba si algún día ella dejaría de albergar dudas al respecto. Jeremy se sentía infeliz por su breve separación, decía que incluso se había emborrachado por primera vez en su vida. Bueno, en realidad decía que no creía haberlo hecho, pero que su padre, dos tíos suyos y Percy así lo afirmaban, por lo que no tenía más remedio que admitir esa posibilidad.

Evelyn dejó sorprendida a Danny al mandar a buscar a Dagger y Lucy, y también a todos los niños. Envió tres coches a recogerlos a todos con la intención de no permitirles regresar a Londres. Había decidido apoyar la causa de su hija y mantener un orfanato. Robert poseía dos propiedades en las inmediaciones, que ahora pertenecían a Danny, y una de ellas constituiría un lugar idóneo para que los niños crecieran allí. Dagger administraría el establecimiento, pero bajo la supervisión de Evelyn.

No se llevaron bien al principio. A Dagger no le seducía la idea de trabajar al lado de una gran dama. A ésta le molestaba el hecho de que él hubiera criado a su hija. Se hicieron muchos reproches, pero las aguas volvieron a su cauce cuando finalmente se acostumbraron uno a otro y resolvieron los detalles.

Los sirvientes de Jeremy también fueron invitados a la boda. Al fin y al cabo eran amigos de Danny. Ésta había decidido ofrecer a Claire la posibilidad de cambiar de empleo, pensando que quizá sería más feliz trabajando con niños. Y acertó. Claire no quiso desaprovechar la oportunidad, y ella y Dagger hicieron buenas migas desde el momento en que se conocieron. Por lo general costaba algún tiempo acostumbrarse a Dagger, pero por entonces Claire tenía demasiada confianza en sí misma como para dejarse intimidar por él.

Dagger vestido con un elegante traje para la boda, había experimentado una transformación enorme. Además se había afeitado para la ocasión y se sentía intimidado por su nuevo aspecto. Danny recordó por qué le había considerado su «familia» durante tantos años. Ya le había perdonado por haberla echado, sobre todo porque de lo contrario probablemente no habría vuelto a ver a Jeremy. Y Dagger se quedó estupefacto cuando ella le pidió que la escoltara por el pasillo engalanado con flores para llevarla al altar.

Lucy engalanada también con un vestido nuevo, lloró como una magdalena durante la ceremonia. Evelyn hizo lo propio. También Danny derramó algunas lágrimas debajo de su precioso velo, pero porque no cabía en sí de felicidad mientras pronunciaba los votos que la unían a Jeremy Malory. Tal vez no se tratara del marido respetable que ella se había propuesto encontrar, pero era mucho más que eso, el hombre más solicitado en todo Londres, y ahora era todo suyo.

Jeremy no había conseguido verla antes de la boda. Había llegado la víspera, pero habían mandado a Danny a acostarse pronto y ella estuvo ocupada toda la mañana en su arreglo personal. Cuando Danny se reunió con él en el altar, era la primera vez que se veían en varias semanas. Así pues, no fue de extrañar que el beso que se dieron una vez que les declararon marido y mujer fuera un poco prolongado; numerosas tosecillas trataron de interrumpirlo sin resultado, hasta que finalmente James se acercó a felicitar a su hijo dándole en la espalda una palmada tan fuerte que estuvo a punto de hacer caer a la pareja.

Todos los miembros de la familia Malory habían acudido a la boda, por lo que Danny tuvo ocasión de conocer a los que todavía no había visto, incluidos los niños, puesto que había pedido que les permitieran asistir a la ceremonia. En realidad la familia Malory era mucho más numerosa de lo que se había imaginado, y ahora ella era uno de ellos, lo cual cumplía otro de sus deseos: tener una gran familia. De hecho, entre su madre y Jeremy habían realizado todos sus sueños y esperanzas, con una sola excepción, que mencionó a Jeremy esa noche cuando estaban acostados en la enorme cama de matrimonio de su casa, la mansión solariega de su padre, que ahora le pertenecía hasta que tuviera un hijo lo suficiente mayor para tomar posesión de ella y del título de barón que la acompañaba.

Danny y Jeremy se habían pasado varias horas recuperando el tiempo que habían estado separados. La ropa de cama estaba desordenada. Danny estaba recostada sobre el pecho de Jeremy, que la abrazaba estrechamente. No se sentía cansada todavía. El tampoco.

—Tendremos que ventilar un poco más esta habitación. Todavía huele un poco a cerrado —dijo Jeremy.

Danny estuvo de acuerdo con él.

—Hace poco que la han limpiado, ha permanecido todos estos años cerrada. —Entonces se le ocurrió preguntar—: ¿Te gustaría vivir aquí?

—No —contestó él, y preguntó al cabo de una larga pausa—: ¿Y a ti?

—No, me gusta más tu casa. Es mucho más fácil de limpiar.

Jeremy se incorporó bruscamente y la miró con el ceño fruncido.

—No se te ocurra pensar en seguir limpiando esa casa, Danny. Lo digo en serio. Tus días de manejar un plumero se han terminado.

Danny soltó una risita y le obligó a echarse de nuevo para poder estar cómoda.

—Sólo bromeaba. Soy muy consciente de mi elevada posición.

—Fue una suerte que no conociera tu linaje antes de pedirte que te casaras conmigo, porque de lo contrario probablemente no lo habría hecho —murmuró él.

Ahora fue ella quien se incorporó bruscamente e inquirió:

—¿Por qué no?

—Porque tu madre no me habría permitido acercarme a ti, querida,

de modo que no habría llegado a conocerte, no me habría enamorado y seguiría alegremente con mi vida de soltero, feliz en la ignorancia de que sería desgraciado sin ti.

Danny lo pensó por un momento y se echó a reír.

—Mi madre te habría aceptado en cuanto hubiera llegado a conocerte bien.

—No estés tan segura, cariño. Me habría evaluado y habría llegado a la conclusión de que un sinvergüenza como yo no era lo bastante bueno para su hija. Habrías podido aspirar a un título elevado, ¿sabes? Es así como piensan las madres.

—Me gustaría serlo para averiguarlo.

—¿Ser qué?

—Madre. —Y le susurró—: Quiero un hijo, Jeremy, un hijo tuyo.

Él gimió, volvió a estrecharla entre sus brazos y dijo con voz ronca un momento antes de besarla:

—Será un inmenso placer para mí cumplir ese deseo, Danny, te lo aseguro.

—Puesto que también será un placer para mí, ¿podemos trabajar en ello un poco más esta noche?

—Esta noche, mañana y todos los días hasta la extenuación, querida.

—No tendré náuseas del embarazo. Mi madre me dijo que no las tuvo, ni tampoco su madre.

—No es cosa de familia, ¿eh? Bueno, entonces no es « estraño» que me sienta agradecido a tu madre.

—Extraño —dijo Danny.

—¿Qué?

—Has dicho « estraño». —Le sonrió—. Vaya, me ha gustado corregirte por una vez. —Entonces le imitó—: Desde luego que sí.

Jeremy se echó a reír a carcajadas.

FIN